
VERÓNICA MENGUAL
LAS NORMAS DE LA REGENCIA 2
NO
TENTARÁS A UN SEDUCTOR

© VERÓNICA MENGUAL

No tentarás a un seductor

ASIN: B0FVTP9Q85

Sello: Independently published

Safe Creative: 2510113291021

Primera edición, noviembre de 2025.

Impreso en España.

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

No tentarás
a un seductor

Las normas de la Regencia 2

Verónica Mengual

Para los que creyeron que estaban rotos y
descubrieron que solo eran páginas en blanco
esperando una historia mejor.
Gracias por seguir leyendo mis historias.

Sinopsis

Un seductor en apuros.

Una escocesa hecha de fuego.

Lord Rafe Deverell ha vivido de ingenio, encanto y una asignación económica que sus abuelos —los duques de Greymere— acaban de suspender. Si quiere recuperar su vida, deberá casarse. Y como la desesperación es mala compañera, acepta una invitación a una fiesta campestre repleta de damas casaderas, decidido a elegir una esposa que no le reclame absolutamente nada. Lo que no esperaba era que el destino fuese tan benévolo con él, pues surge la ocasión de ajustar cuentas con uno de sus mejores amigos que se ha ganado el título de enemigo.

Concretar un matrimonio y consumar su venganza es más que posible. Ambas cuestiones vienen de la mano de **Catriona MacCrae**. La escocesa, valiente, poco impresionable y leal a su clan, siempre se ha sentido impresionada por Rafe, pero también conoce su fama de seductor y sabe que no es una opción para ella. Pero cuando ese hombre tan apuesto comienza a verla con otros ojos, el temple de **Cat** se desvanece como la niebla en las Highlands tras la tormenta.

Entre juegos campestres, paseos y conversaciones, la tentación crece entre ambos. Así que Rafe y Cat tendrán que decidir cómo quieren afrontar el futuro, si juntos o por separado.

En la Regencia hay normas para todo, salvo para un corazón herido que aprende a protegerse sin tener en cuenta el de los demás. **Y cuando la verdad estalle, Rafe tendrá que elegir si es preferible perder su orgullo… o a la única mujer capaz de amarlo de veras.**

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Capítulo 1

La verdad sobre un inglés

Capítulo 2

La actitud de una escocesa

Capítulo 3

Una cacería provechosa

Capítulo 4

Una persecución maravillosa

Capítulo 5

La oportunidad perfecta

Capítulo 6

Un amargo despertar

Capítulo 7

La maldición de las amistades

Capítulo 8

Un dulce sueño

Capítulo 9

Una exasperación exasperante

Capítulo 10

Las cartas sobre la mesa

Capítulo 12

La tempestad sin calma

Capítulo 13

El borde del abismo

Capítulo 14

El grito del destino

Epílogo

El siguiente paso tras la aceptación

No te pierdas la **siguiente** historia

«No arruinarás a una debutante»

Aclaración sobre la historia

Todos los títulos por orden

Sobre la autora

Prefacio

Todo tiene un principio

Castillo de Dunrath, Escocia, 1807.

La sociedad era hipócrita. Lord Rafe Deverell, tercer hijo de un marqués y nieto del poderoso duque de Greymere, lo había comprobado en sus propias carnes. También se había dado cuenta de que aunque su abuelo tenía control sobre buena parte de la sociedad, había áreas que escapaban a su competencia. Ni el duque de Greymere había logrado revertir su expulsión de la Universidad de Oxford. En honor a la verdad, Rafe se había esforzado mucho cuando escribió aquella sátira sobre un catedrático de la universidad. ¿No le dijo ese títere que él no servía ni para escribir su nombre en un papel en blanco? Pues le había demostrado que su ingenio daba para

mucho más, porque había creado un libelo que habría hecho llorar al mismo maestro Shakespeare debido a lo bien que retrataba a ese vicioso sin escrúpulos. Rafe no lo hizo con el ánimo de que lo expulsaran, ni siquiera pensó en que lo atraparían, pero lo habían hecho. Era curioso, porque la dirección, en vez de reprobar o investigar las hazañas del catedrático, las habían dado por mentira y fue a Rafe a quien mandaron al infierno.

Bah. No le gustaba demasiado sumergirse en el estudio. Estaba mejor sin toda esa responsabilidad. Lo malo era que iba a romperle el corazón a su abuela cuando el abuelo le informase de la expulsión.

Por ese motivo había preferido refugiarse en Escocia, más concretamente en el castillo de Dunrath, propiedad de uno de sus mejores amigos, llamado Ewan MacCrae. No estaba huyendo de su familia, solo deseaba disfrutar de un poco de paz. Y se dio cuenta nada más bajar del carruaje de que haber ido a ese lugar no había sido una buena idea. ¿El motivo? Una belleza de ojos grises verdosos, con la piel clara salpicada de pecas y un cabello brillante con destellos del mismo color del fuego. La vio corriendo hacia el sendero y se quedó fascinado. Pensó en que esa doncella del castillo sería la

salvación que necesitaba para olvidarse de todo el lío en el que se había metido en Oxford. Ah, pero no era ninguna sirvienta con la que uno podía enredarse, aunque la muchacha le diese la bienvenida. No. Era la maldita preciosa hermana de uno de sus mejores amigos y eso implicaba que no debería mirarla más de la cuenta.

¡Al cuerno con las normas! Él no las respetaba y no iba a empezar a hacerlo en esos momentos en los que necesitaba distraerse.

Con un poco de suerte, la muchacha caería rendida a sus pies —tal y como les sucedía a todas— cuando le ofreciese una bonita sonrisa y le guiñase un ojo. Su encanto solía triunfar más que su ingenio, de modo que cuando ella le confesase que se había enamorado de él, Rafe tendría que comportarse como un caballero y satisfacer cada una de las demandas de la joven.

Lo malo era que después de tres días no había sido capaz de verse con ella a solas para desplegar todas sus armas de caballero seductor. Con veinte años, Rafe Deverell ya había demostrado que ninguna mujer era capaz de resistírsele y Catriona MacCrae no iba a ser una excepción. Poco importaba que la abuela de la muchacha lo mirase de ese modo tan inquietante. ¡Ni que pudiese leerle la mente!

Además, no iba a arrebatarle la virtud ni nada por el estilo, Ewan era su amigo y él no debía propasarse, solo divertirse un poco con ella. Estaba convencido de que Cat, tal y como se referían a ella en el castillo, iba a disfrutar tanto o más que él cuando le mostrase lo bien que besaba.

Así pues, ahí estaba Rafe, siguiendo sus pasos por el pasadizo que llevaba al jardín amurallado. El viento había barrido la lluvia de la mañana y quedaban charcos que reflejaban un cielo más despejado. La muchacha se detuvo junto a un manzano enano, como si el muro y el árbol bastasen para hacerla invisible.

—¿Por qué me sigue, *amadan*? —le preguntó, confiando en que él supiera que lo acababa de llamar tonto en gaélico y se marchase airado.

—Señorita MacCrae —la saludó Rafe, con el tono que tantas otras veces le había funcionado cuando se dirigía a una joven hermosa, mitad reverencia, mitad sonrisa—, temo haber perdido el camino hacia la biblioteca y me he topado con usted. Qué afortunado extravío, porque he dado con la muchacha más bonita de Dunrath; estoy seguro.

Ella lo miró con un respingo tan sincero, tan despejado de coquetería, que por un instante él

creyó ver verdadero pánico en sus ojos verdosos. Pánico… o embelesamiento. Era difícil distinguirlo cuando una dama se enfrentaba, por primera vez, a semejante concentración de encanto masculino, pensó con indulgencia Rafe.

—¿La biblioteca dice?

—Así es.

—¿Sabe usted que ese lugar está repleto de libros?

—Por supuesto —le sonrió de nuevo—; de otro modo no lo llamarían biblioteca, ¿no le parece, hermosura? —flirteó él. Y de nuevo ese bonito rostro le mostró… ¿pánico? No. Era lo segundo. Ella estaba embelesada por recibir las atenciones de un hombre tan atractivo como él.

—¿Y usted es consciente de que para consultar un libro uno necesita haber aprendido a leer?

Rafe frunció el ceño.

—¿Insinúa que no sé leer? —cuestionó, sintiéndose un tanto inseguro.

—Milord —murmuró Cat, al tiempo que se llevaba una mano al cuello, como si comprobase que el aliento seguía en su sitio. No quería echarse a reír. Ese amigo de Ewan no solo era tonto, era un *amadan suarach* o lo que era lo mismo: un tonto insignificante—. En este jardín no suele perderse nadie; más bien se entra a propósito.

Un comienzo prometedor: ya le temblaba un poco la voz. ¿Nervios, admiración? Rafe le concedió la interpretación más agradable. La tenía encantada.

—Entonces hoy he tenido el doble de suerte: toparme con este lugar a propósito… y encontrarla a usted.

El rostro de Cat cambió con una rapidez asombrosa. Mostraba en esos momentos una serenidad que habría helado un vaso del mejor *whisky* de Ewan. Catriona se colocó una hebra suelta del cabello tras la oreja.

—Qué coincidencia tan exquisita. Yo venía a no ser encontrada —ironizó.

Rafe soltó una risa breve.

—Puedo desandar el camino si mi presencia le resulta peligrosa.

—¿Peligrosa? —Le sostenía la mirada de un modo que él no llegaba a entender. ¿Con educación? ¿Admiración? Seguro que era la última—. No, milord. Solo bastante… innecesaria.

La palabra le cayó como una gota fría en la mismísima frente. Él decidió que aquello era pudor, no desdén; las jóvenes recatadas rara vez sabían administrar los halagos.

—Créame, señorita MacCrae, nadie es poco necesario cuando aporta belleza a un lugar —replicó, y se acomodó al lado del manzano, sin invadir el espacio de ella, pero lo bastante cerca como para que su sonrisa hiciese su trabajo—. Además, necesitaba aire. En la gran sala todos hablan de la calidad de la avena y el grosor de las lanas. He temido que me cardasen a mí.

—Sería una lástima —concedió ella con gravedad—. No creo que el cardado le favoreciese el peinado. Parecería una vaca peluda.

Él parpadeó. ¿Se estaba riendo de su cabello? Qué criatura despiadada sería si eso era lo que hacía. Desechó la idea. Él era un adonis. Cierto

que no era el más alto de la sala si comparaba a los escoceses de Dunrath, pero tenía esa estatura que también imponía, aunque no denotase fuerza bruta, y un cuerpo ligero, hecho para moverse con soltura más que para presumir de anchura. La piel, clara con un dorado discreto, hablaba de horas al aire libre; el cabello, castaño con destellos de miel, le caía en ondas que parecían desordenadas por capricho y, sin embargo, obedecían a un arreglo pensado. Los ojos, de un ámbar tibio ribeteado de oscuro, se entornaban cuando sonreía y daban la impresión de que llevaba ventaja en cualquier conversación. La boca, amplia y expresiva, guardaba un hoyuelo en la mejilla izquierda y una pequeña marca en el labio inferior —testigo de una travesura infantil— que rompía la perfección justo donde más llamaba la atención.

Sus manos, largas y elegantes, eran las de un jugador paciente y violinista ocasional; el sello familiar brillaba sin ostentación en un dedo acostumbrado a barajar cartas y a sostener copas sin derramar secretos. La voz, de un barítono templado, llenaba los espacios con comodidad; la risa, baja y contagiosa, hacía el resto. No necesitaba alzarla: ocupaba el salón por puro carisma, por la manera en que entraba juzgando al mundo y dejaba la sensación de haber ganado antes de empezar cualquier competición.

Esa escocesa solo estaba jugando para no ser evidente, porque Rafe Deverell era apuesto hasta decir basta.

—Puedo sobrevivir a casi todo, salvo a que alguien me compare con un animal cuyas melenas cegarían mi visión del mundo —repuso con aplomo—. Dígame, ¿suele escabullirse así de los salones… o he de atribuirme el mérito? —Se resistía a pensar que ella lo pudiese encontrar falto de atractivo.

—Me atribuyo yo la decisión —respondió con suavidad—. Y no fue por usted. Decididamente, no por usted —recalcó con énfasis.

Su seriedad dolió más que la respuesta. Otra gota fría en toda la frente. Rafe decidió no sentirse ofendido.

—Entonces permítame, ya que he llegado sin invitación, ganarme un sitio. —Se inclinó un poco—. ¿Puedo al menos robarle unos minutos de conversación alegre? Prometo no hablar de avena ni de cardadores. Ni de mi peinado.

—No sé bien de qué podríamos hablar, lord Rafe —observó ella—. Siempre he creído que las conversaciones pueden empezar con la verdad,

transitar por derroteros inciertos y terminar en confidencias. No quisiera que nadie sufriese innecesariamente si lo hago.

Le daba en la nariz que ella estaba insinuando que él acabaría resentido por algo, pero no la entendía del todo. Le sonrió.

—Qué tentación tan seria ha puesto usted sobre la mesa —dijo él, divertido—. Empecemos por una verdad pequeña: he visto escabullirse a una dama hermosa y he pensado que nadie debería correr sola en un jardín con charcos; podría acabar arruinándose el dobladillo.

—Qué consideración. —Cat bajó la vista hasta la falda y la sacudió con dos dedos—. Por fortuna, este dobladillo se arruina sin la menor ayuda. No importará mientras no termine con un pie torcido.

—Un pie torcido… —musitó—. Una escena que evoca a una princesa cuyos cabellos han encantado a su guerrero, quien se comportará como un príncipe y la rescatará sin importar su propia seguridad. ¿Es eso lo que le sucede? ¿Le duele el pie, señorita MacCrae, y tiene que ser rescatada?

Ella parpadeó un par de veces.

—¿Se supone que usted sería mi guerrero?

—¿Por qué no?

Ella lo miró de arriba abajo con absoluto descaro.

—Le concederé que tiene apariencia de príncipe, pero… ¿cargarme en sus brazos?

—¿Eso es una invitación? —flirteó él.

—¿Lo dice en serio? —Ella no daba crédito.

—¿A qué se refiere? —Rafe se estaba perdiendo algo.

—Usted apenas puede cargar su propio peso; ¿cómo en nombre de Dios podría alzar a una mujer que no es ni frágil ni está en los huesos?

—No tiene que preocuparse por su aspecto, bella. Me gusta que las damas tengan algo más que piel envuelta en los huesos. Sus curvas son muy seductoras, apruebo sus gustos culinarios.

—¿Disculpe?

—Es un cumplido. La encuentro deliciosa, señorita MacCrae —precisó él.

Rafe le mostró todos y cada uno de sus perfectos y blancos dientes.

—Lamento no poder decir lo mismo. —Esperaba que el corte fuese directo y él se alejase de una maldita vez.

—¿Qué? —inquirió desconcertado.

—Se lo explicaré de modo que lo pueda entender, pues antes ya hemos debatido sobre su poca capacidad para enfrentarse a un libro y me considero una mujer muy magnánima. No lo estigmatizaré debido a su condición, se lo prometo.

—¿Cómo dice?

—¿No lo acaban de expulsar de Cambridge?

—En realidad ha sido de Oxford, pero…

—Bien. Se lo diré con palabras simples para que lo pueda entender —lo cortó—. Usted sí es un príncipe, bastante enclenque, debo señalar, pero no es de extrañar debido a su condición…

—¿Condición? ¿Enclenque? —preguntó cuando se dio cuenta de que lo otro era más importante.

—Es usted inglés —le explicó, como si eso fuese todo lo que él necesitaba saber.

—Lo soy. ¿Qué tiene que ver eso con nada? —No la entendía.

—Pues que no es escocés. Y yo, ni quiero ni tengo deseos de convertirme en su guerrera. Tendrá que buscarse a alguien que luche sus batallas. Yo podría cargar su peso si se torciese uno de sus delicados pies, pero no creo que debiera hacerlo por si acaso comenzase a soñar conmigo.

—¿Soñar con usted? —graznó.

—Desde luego. Ya ve que, sin hacer nada, usted se ha visto obligado a correr tras mis faldas. Lo siento, pero debe buscar el amor en otro lado.

—¿Amor? —Se sentía estúpido, pero no podía parar de preguntar cosas que no debería. Era más, hacía rato que Rafe tendría que haberse dado la vuelta para huir. ¡Ella era una arpía! ¿Quién iba a

pensar que bajo sus dulces rasgos y sus encantadoras curvas habría una bruja escocesa?

—*Aye* —le confirmó en gaélico—. Estoy segura de que encontrará a una dama todavía más delicada que usted a la que pueda impresionar, pero esa no será escocesa. Busque en su propia tierra, milord —le aconsejó.

Él abrió la boca y se encontró sin palabras. Catriona, mientras lo había desdeñado, no se distanció ni un ápice de la educación, pero acababa de darle una lección con una puntería capaz de herir el orgullo del más seguro de los hombres.

—De acuerdo, señorita MacCrae. Le demostraré que no soy un enclenque inglés.

—¿Ah, sí? —Ella abrió los ojos con sorpresa—. ¿Cómo hará semejante hazaña?

—Váyase al infierno escocés —sentenció, para luego darse la vuelta.

Lo siguiente que escuchó fue una fuerte carcajada.

—¡Practique un poco más, lord Rafe! Para empezar no ha estado nada mal. Tal vez haya

garra debajo de todo su aspecto frágil y principesco.

—Escocesa bruta y desagradecida —masculló entre dientes sin detener el paso.

No había la menor duda de que esa joven no tenía ni una gota de dulzura en su sangre escocesa. Era la maldita hermana de Ewan MacCrae, eso estaba fuera de discusión. Tan dura como él, más insolente que su mejor amigo y, aunque le doliese reconocerlo, más hermosa que la diosa Venus.

Era la primera vez que una mujer le hacía jirones el orgullo y se juró que sería la última.

Por su parte, Catriona dejó de observarlo y chasqueó la lengua. Tal vez había sido demasiado dura con él. No había pretendido mostrarse tan… tan… Bueno, sí que había querido darle donde más le dolía a un hombre como ese. Era demasiado apuesto para su propio bien y ella sabía que eso sería más una maldición que una bendición para cualquiera. ¿Para un inglés que se creía irresistible? No tenía el don de la providencia como su abuela, pero sospechaba que pocas mujeres lo buscarían más allá de su aspecto. Debería estar prohibido ser tan bonito. Sí. Ese hombre era tan bonito como un dulce y pequeño querubín. Era mejor haberlo espantado, porque sería complicado para cualquiera resistirse,

más cuando ese caballero con sus finos y bellos rasgos había dejado claro que contaba con toda su atención.

Cat sonrió. Aunque el amigo de su hermano no era para nada el tipo de hombre que elegiría, sí tenía que admitir que era todo un gran seductor. Incluso enfurruñado llamaba la atención. No. A Catriona le agradaba un buen escocés: alto, fornido, bruto y capaz de mover una montaña si ella se lo pidiese. Y de entre todos los *highlanders* que residían en las inmediaciones de Dunrath sentía una debilidad por uno en concreto. Y ese era Lachlan Grant.

Lachlan era el hermano de un *laird* de las tierras que colindaban al sur con las de Ewan. Su familia y la de Cat no se tenían aprecio. Así que no podía hablar con su hermano sobre el amor que había descubierto junto a un escocés que la admiraba y con el que quería casarse.

Mientras pensaba en toda la fuerza, en la belleza bruta de su amado, comenzó a caminar hacia la llanura, pues había cerca de Dunrath unas ruinas que los dos enamorados habían convertido en su lugar de reunión. Sí. Había hecho bien en sacarse de encima a uno de los mejores amigos de Ewan o el

inglés podría haberla seguido y luego contarle su mayor secreto a su hermano.

Comenzó a caminar llena de expectación.

Las ruinas se abrían paso como una boca de piedra sobre la llanura, donde el brezo empezaba a encenderse de púrpura y el viento olía a lluvia reciente. Catriona llegó primero, con el corazón al galope y el cabello despeinado por la prisa; dejó la capucha de la capa caer sobre sus hombros y respiró hondo, como si el aire de aquel lugar fuese distinto al del resto del mundo. No tuvo que esperar mucho. Pasos firmes se escucharon por la vertiente y Lachlan apareció entre dos muros derruidos, alto como un pino, con la chaqueta de paño oscuro, la camisa abierta en el cuello y esa mirada clara que a ella le hacía suspirar.

—No estaba seguro de si estarías hoy aquí. Pensé que no vendrías —dijo él, acercándose con decisión.

—Siempre vengo. —Catriona le sonrió, incapaz de contener la alegría que le cruzaba los ojos —. Este sitio es nuestro.

Él bajó la vista hacia el círculo de piedras, a la hierba que siempre era testigo de sus promesas. Había muchas cosas que quería decirle, pero nunca fue bueno con las palabras. Alzó la vista y la mano, dudó un instante y le colocó una hebra rebelde detrás de la oreja.

—*Mo chridhe* —murmuró, muy bajo. Era una forma de llamarla «mi amor» en gaélico—. He tomado una decisión.

Las palabras llenas de ternura le rozaron la piel como si fuese un juramento. Catriona tragó saliva, valiente y asustada a la vez.

—Lo sé —alcanzó a decir—. O lo adivinaba. Te vas.

Lachlan asintió despacio.

—El 71º regimiento de las Tierras Altas parte al sur. Dicen que a Portugal, que hay guerra y que un hombre puede ganarse un nombre y fortuna si vuelve con honor. Soy el segundo en mi familia, Cat. Aquí mando poco y gasto mucho. —Le sostuvo la mirada, sin pedir perdón por su decisión—. No quiero ser una carga para mi hermano. Ni quiero serlo para ti.

—Nunca lo serías para mí —replicó ella, con esa firmeza que le nacía muy adentro—. Nunca.

Él sonrió con los ojos, agradecido. El viento golpeó una pared derruida y las campanillas azules del brezo tintinearon en el silencio.

—Quiero prometerte cosas —dijo—, pero sería mentira. La guerra no entiende de promesas. —Se inclinó apenas—. Aun así… si me lo permites, me llevaré de aquí algo que pese más que el acero y me alegre más que tu risa. Un recuerdo bonito, uno que me defienda cuando no pueda hacerlo. ¿Me lo darás?

Catriona sabía que tenía que responder con sensatez, con esa prudencia que su abuela aprobaría. Era necesario decirle que esperase, que cuando regresase se lo daría todo sin reservas; darle un motivo para mantenerse con vida. Pero Lachlan la miraba de esa forma que la hacía derretirse y era tan bueno, tan formidable… Le sostuvo el fiero rostro barbudo con ambas manos, lo miró sin parpadear —como si quisiese grabárselo a fuego en la mente— y respondió sin palabras.

Lo besó con una entrega que no conocía de sí misma. La caricia íntima no fue tímida ni medida, sino limpia y segura, como si llevara años preparándose para eso sin saberlo. Lachlan la sostuvo

por la cintura, firme, y la acercó a su pecho; el mundo se redujo a un solo latido, pues ambos compartían el mismo corazón. Cuando se separaron, no lo hicieron del todo. Él apoyó la frente en la suya, y las respiraciones se encontraron para dar fe de que eran un solo ser.

—*Tha gaol agam ort* —susurró, torpe y valiente. Fue un «te amo» nacido desde el corazón. La primera vez que él se lo confesaba a viva voz—. Sé que me ha costado mucho decírtelo, pero no quiero marcharme sin que lo sepas.

A Catriona le ardieron los ojos, pero no lloró. Sonrió con ese orgullo que solo entendían los MacCrae.

—Vuelve a mí —pidió—. Vivo. Y cuando regreses lo tendremos todo. *Aye*, tienes mi juramento, lo escribiré en piedra si es necesario.

—Viviré y regresaré para presumir de ti: me ganaré el honor y ni tu hermano ni el mío podrán oponerse —prometió, y la besó una vez más, breve, como si esa segunda caricia fuese el sello de la promesa emitida.

Se apartaron a regañadientes. Lachlan miró hacia la colina, como si estuviese midiendo el

camino de regreso al mundo donde no contaría con la compañía de la única mujer que querría hasta el fin de sus días. La escocesa lo observaba a él con intensidad.

—Quisiera que las cosas fuesen de otro modo, Lachlan.

—Yo también. Sé que esto es lo que debo hacer. Parto al amanecer. ¿Vendrás hasta el puente para despedirme?

—Hasta el puente y un poco más —le aseguró.

Él le sonrió, le besó los nudillos y, antes de abrazarla, volvió a hablar muy bajo, como quien le confiaba un secreto a los dioses:

—¿*Mo leannan*? —inquirió.

—Sí, soy tu novia —le confirmó.

Entonces se abrazaron y se mantuvieron así de unidos. Ocultos entre el brezo con el corazón llorando y la esperanza de un reencuentro que auguraría toda una vida juntos.

La pareja no advirtió al hombre que, más abajo, había detenido el paso al borde del sendero. Rafe, que había seguido a la joven con la excusa de disculparse y proponerle un nuevo inicio, se había quedado helado ante el cuadro que se presentaba ante sus ojos. No escuchaba las palabras, pero no hacía falta ninguna explicación. Las caricias y los besos compartidos decían más de lo necesario. No le gustó el tirón que sintió en el pecho. Incluso se le quedó una mueca torcida en el rostro y no entendía el motivo de lo que le estaba sucediendo.

Por supuesto. Era del todo natural que esa belleza arisca no lo quisiera. Si a ella le gustaban los hombres como ese: fornidos, hechos de músculo y el rostro lleno de pelo, capaces de cargar troncos… ¡Por amor de Dios, ese sí que parecía una vaca peluda! ¿Cómo había esperado conquistarla, él, con sus manos de violinista y su sonrisa perfecta? Seguro que ese escocés del demonio no sabía más que gruñir como Ewan MacCrae. Dio media vuelta con cuidado, para no ser descubierto.

—Que la disfrute, señor Fornido —masculló para sí, intentando que el orgullo cerrase el paso al resto de los sentimientos a los que no quería prestar atención—. Hay muchas damas, más bellas y bonitas que tú, Catriona MacCrae. Encontraré a

alguna que aprecie a un príncipe de ensueño, porque no soy ningún enclenque. Quédate con ese bárbaro —escupió con rabia.

Y se alejó de las ruinas hacia el castillo, con una sensación nueva y nada agradable. Porque en su fuero interno sentía como si hubiese llegado tarde a un lugar muy importante.

¡Qué desfachatez! Seguro que el *whisky* que había compartido esa tarde con su amigo Ewan todavía le embotaba los sentidos.

¡Catriona MacCrae era una bruja de primera a la que no necesitaba para nada!

Capítulo 1

La verdad sobre un inglés

Londres, residencia de los duques de Greymere, 1817.

La casa tenía esa clase de silencio que no era mutismo, sino disciplina ducal. A esas alturas, Rafe estaba más que familiarizado con cada tabla del parqué y cada sombra del retrato del primer Greymere —un duque con espada y una mirada que prometía paciencia escasa— y reconocía el olor a cera y a pergamino o la forma en que los carruajes sonaban al entrar por el empedrado. Aunque lo que mejor retenía en la memoria era aquel ultimátum que le dieron sus abuelos la temporada pasada en esa misma casa.

El año anterior, los actuales duques de Greymere lo habían sentado en el gabinete verde con la misma ceremonia con la que se establecían las dinastías europeas. Le ofrecieron té, le permitieron bromear un minuto y luego, con una firmeza que no admitía la menor réplica, le exigieron que hiciera lo que hacían los hombres de su linaje cuando se les pedía responsabilidad: casarse. Las asignaciones peligraban; si se empeñaba en vagar sin destino, las cortarían. Sencillo, limpio, implacable. Una sentencia de muerte. O se casaba o se quedaba sin fondos. Había invertido dinero en varios proyectos. Rafe repasó mentalmente sus *genialidades* con la serenidad propia de un contable. El kelp —que era un alga marina que se quemaba y servía para hacer vidrio y jabón— seguía oliendo a humo y a pérdidas porque el precio se había desplomado. Luego estaba la inversión en las factorías de arenques, eso solo les dio beneficio a las moscas. Sin olvidar el dinero que metió en los peajes de caminos nuevos, que recaudaban menos que un cepillo en la catedral un día de lluvia. Y, sin embargo, allí estaban sus dos ridiculeces favoritas: unas acciones de gas que apestaban —literalmente— y un par de almacenes junto a un canal que parecía una zanja eterna. Cualquier hombre sensato los habría vendido para salvar el resto. Él, por alguna razón que no pensaba confesar ni bajo tortura, no. Había algo en esas dos

últimas inversiones feas —el olor a carbón o la línea de agua que todavía no llegaba— que le murmuraba que tuviese fe. No sabía si era intuición o pura soberbia. Sus abuelos le dirían que pusiera orden. Él decidió que lo pondría… pero sin matar lo poco que, quizá, un día lo haría rico.

Casarse con una heredera le había parecido más razonable de lo que les confesó a los abuelos. En aquellos instantes había conocido a una dama que lo dejó impresionado. Incluso creía estar enamorado de ella.

La señorita Constance Ainsworth.

El nombre aún se le presentaba envuelto en lavanda y orden, con esa luz inglesa que parecía llegar desde una ventana muy alta y uno se moría por ser alcanzado por ella. La señorita Ainsworth debió haber sido una presa fácil porque era toda una solterona. Él, tan ducho en sonrisas, había descubierto con ella el deseo de ser tomado en serio. Y, sin embargo, la vida se inclinó hacia otra parte. La dama se había casado con uno de sus mejores amigos. Un bruto escocés. Rafe todavía no podía asimilarlo.

Recordaba la boda de Constance y de Ewan como una herida abierta. Se casaron en Escocia

y, aunque él se peleó con Ewan MacCrae por la dama, decidió ir. No quería ser acusado de cobarde. Ni por la solterona que lo había despreciado ni por la hermana de ese bruto escocés. Resultó ser un enlace muy de las Tierras Altas, de los que pusieron al cielo por testigo y al brezo por alfombra. La novia lució sencilla y radiante; el novio, Ewan MacCrae, parecía hecho de granito y lealtad. Rafe había aplaudido con todos, había bebido lo justo para no recordar demasiado y había perdido la posibilidad de salir corriendo.

Lo peor de haber estado allí no fue ver cómo los novios se comían el uno al otro con los ojos, ni la envidia indigna que se le instaló en el estómago. Lo peor fue el instante en que, al llegar, descubrió un rostro que no deseaba ver.

Catriona MacCrae. La primera y única mujer que lo había mandado al infierno.

El cabello rojo lo tenía recogido con horquillas de perlas; las pecas le marcaban el puente de la nariz como si la luz hubiese decidido quedarse a vivir en su piel y los ojos los tenía más verdes que grises. Le dirigió un saludo formal y recibió otro igual de sobrio. Nada más. Ni una palabra que no cupiese en una reverencia. Se dijo que era un alivio. Mentía. Esa mujer lo irritaba con fuerza.

Desde que Rafe le contó a su abuela que había elegido a una dama que lo había cambiado por otro, la casa de Greymere había vuelto a envolverse en su orden de siempre. Sin presiones. Pero el plazo se había agotado. Sabía que la paciencia de los duques había llegado a su fin y que de nuevo tendría que buscar una esposa.

Así que ahí estaba él. En casa de los abuelos, a punto de entrar en la biblioteca. El duque estaba de pie, apoyado en el bastón que rara vez necesitaba pero se empeñaba en exhibir por autoridad; la duquesa ocupaba la butaca junto al fuego con un chal que ella había declarado «infalible contra las decisiones apresuradas». En las paredes, sus antepasados más recientes ejercían una muda labor de testigos.

—Raphael —dijo el duque, con esa voz de campana que no requería volumen. Mala señal. Cuando el abuelo usaba su nombre completo, implicaba problemas—. Gracias por ser tan puntual.

Rafe sonrió con esa inclinación de cabeza que, en su caso, sustituía la obediencia por galantería.

—Siempre a su servicio, excelencia.

—Siéntate, querido —pidió la duquesa, y el «querido» sonó a caricia y a aviso—. Vamos a hablar con absoluta sinceridad.

Rafe se acomodó. La mano derecha, jugó un instante con el sello familiar que llevaba en el dedo meñique de la izquierda. Habría preferido hacer una broma —algo sobre lo favorecedor que era el color del chal de la duquesa—, pero la postura de sus abuelos no consentiría banalidades.

—La duquesa y yo —comenzó el abuelo — te dimos un año. Un año entero desde la última temporada para que ordenaras tus inclinaciones y escogieras esposa. No lo has hecho.

—Me he lamido mis heridas con laboriosidad ejemplar —intentó él bromear, ligero, para quitarle hierro al asunto—. No estoy recuperado todavía. —No era mentira del todo.

La duquesa ladeó la cabeza, con esa ternura que no debía tomarse jamás como un signo de permisividad.

—Cuando nos hablaste de la señorita Ainsworth, de lo mucho que te dolió su abandono, yo te concedí tiempo. El dolor no dura eternamente.

Pensé, y lo sigo pensando —puntualizó—, que confundir dolor con obstinación es una torpeza cruel.

—Abuela… —iba a interrumpirla.

—Sea como sea —lo frenó la anciana—, la vida continúa, Raphael.

Él la miró con el semblante serio.

—Hice cuanto pude por sentir otra cosa. Me había imaginado casado con ella. Siendo su devoto esposo, el padre de sus hijos. Era una mujer formidable.

—No está muerta, Raphael —lo llamó al orden la duquesa.

—Lo que pretendo decir es que el corazón sana cuando quiere. No estoy preparado.

—Fuiste a su boda —le recordó el duque.

—Sí. Se casó con uno de mis mejores amigos. Fue imposible no ir. No quería que él se sintiese mal por mi causa. —Tampoco era mentira del todo.

—Eso te honra —decretó la abuela—. No obstante, cuando a uno le laceran el corazón tanto como nos dijiste, no sigue soportando más dolor… Debió ser insoportable verla casarse con otro hombre y…

—Lo fue. Y mi valentía debería ser elogiada. Antepuse mi orgullo a la felicidad de la dama y la de mi estimado amigo —razonó él.

La duquesa de Greymere lo miró con una ceja alzada. Señal de que no se creía nada.

—En fin, como hemos advertido que esta sería una conversación cruda…

—Sincera, dijo usted, abuela —le recordó con suavidad.

—Lo mismo es. Seré clara: dudo mucho que te doliese tanto perderla. Tus hazañas salen en los periódicos. Cuando uno se entristece no se vuelve tan ocioso como tú. Has estado un año revoloteando de aquí para allá, incluso se habló de un duelo con un esposo furioso.

—Aquello fue una simple equivocación —le restó importancia.

—Hablemos del futuro. Del siguiente paso, Raphael —intervino el duque para poner un poco de orden. Greymere se acercó despacio a la mesa del globo terráqueo y señaló con el bastón, no a ningún trozo de tierra, mar u océano, sino a Rafe—. Tu padre y tu madre ya no están —dijo, sin dramatismos—. Murieron jóvenes, y la providencia decidió que sus hijos se educasen distintos. Tus hermanos han sido, digámoslo así, sencillos de administrar. Han entendido su lugar, han elegido con prudencia, han evitado titulares escandalosos. Tú eres… —lo estudió, sin malicia— menos sencillo.

—Admito el cargo —repuso Rafe, con una inclinación casi alegre—. Con una objeción: los titulares me persiguen. Yo nunca los busco. Bueno… no siempre.

La duquesa dejó escapar un bufido breve. El duque no sonrió tampoco.

—Oxford no fue un titular. Fue un error. Brillante, si quieres por la audacia, pero una calamidad que te costó el futuro —dictó—. Han pasado diez años, Raphael. No te estamos juzgando por un libelo. Te estamos recordando que en esta casa los caprichos tienen presupuesto, y el presupuesto no crece en los árboles. De mis siete nietos eres el que todavía no está establecido y eso

me disgusta. Dios sabe que no debe haber preferidos, pero tu abuela, por alguna razón que desconozco, te prefiere y te consiente.

—Vamos, Greymere —intervino la anciana—, sabes demasiado bien que el chico es igualito a ti cuando eras joven; por eso me apiado de él.

—Nunca fui tan truhan como él —se defendió el duque.

—¿Ah, no? ¿Qué hay de cuando te batiste en duelo con Edeston porque me robó un beso?

—Ambos disparamos al aire y solo lo hice porque sabía que te complacería.

—Sí… Por eso armaste todo aquel escándalo del que hablaron durante semanas los periódicos.

—No entiendo de qué te quejas, querida. Fuiste la sensación de la temporada porque Edeston y yo nos peleamos por ti.

—Tu título pesó más. Él solo era un conde —le dijo llena de coquetería.

—Mi título y otros asuntos privados que me niego a debatir frente a tu polluelo. Además, no te entiendo, querida. Me hiciste intervenir para que el chico se casase de una vez y ahora pareces estar defendiéndolo. ¿Qué deseas que haga?

—Lo que estás haciendo, querido —resolvió la duquesa—. Raphael necesita un empujón para encontrar a una dama por la que valga la pena jugarse la vida. ¿Cómo lo hará si sus amorosos abuelos no lo apremian?

—Si quieres que se case por amor, no deberías forzarlo —siguió opinando el duque.

—Si no lo fuerzo, morirá viejo lleno de soledad, con una larga colección de amantes que no le habrán dado más que migajas. ¿Ese es el legado que quieres que deje tu sangre, Greymere? Solo falta que se case él y juré que no me moriría sin ver al chico arrodillado frente a su gran amor.

—¿Así es como me ves, querida? ¿Postrado ante ti? —preguntó burlón.

—¿Acaso no besas el suelo que yo piso, duque?

—Ah, una pregunta que es más una trampa que otra cosa. Regresemos al origen de la reunión —expuso magnánimo.

Los duques miraron al díscolo nieto.

Rafe apoyó los codos en los brazos del sillón. Por un segundo, la máscara de encanto cedió y asomó el hombre que quería convencerlos de que, en realidad, la vida era una obra benévola hecha a su medida. Estaba asombrado, porque sus abuelos no se solían mostrar tan familiares. No era que fuesen duros o estuviesen cargados de esnobismo, pero parecían divertidos más que molestos. Eso tenía que ser una buena señal, ¿cierto?

—Entonces ya está decidido —dijo—. Me concederán un poco más de tiempo. —Los abuelos negaron con la cabeza al unísono—. ¿Me cerrarán el grifo?

—Vamos a cerrarlo, sí —confirmó el duque, sin adornos—. Desde este mismo mes. No se te abonará más asignación hasta que presentes un compromiso formal o, mejor, te cases. No te pedimos una farsa ni una víctima; te pedimos una decisión.

La duquesa posó la mano sobre la mesa, a medio camino entre ambos.

—No quiero verte mendigando favores ni vendiendo tu violín —añadió, y el humor le suavizó la frase—. Quiero verte bien casado, que no es lo mismo que casado sin más. Eres encantador y lo sabes. Diriges ese encanto hacia quienes no lo merecen; es hora de que encuentres lo que necesitas. Un hombre no es nada hasta que está con su compañera. Tu abuelo mismo te lo confirmará.

—Ah, otra trampa. Te has propuesto dejarme hoy como un cachorro, duquesa.

—Greymere, el chico necesita un testimonio. Debe comprender que un hombre, por muy duro que sea, está dispuesto a ablandarse cuando encuentra su gracia salvadora.

—Yo, un cachorrito a tus pies, aunque duro, y tú, convertida en una gracia salvadora. No te llamaré al orden, duquesa, porque sé que tienes buena voluntad para inspirar al chico, pero ten por seguro que me rendirás cuentas cuando estemos a solas.

—Desde luego, Greymere. ¿Cuándo no he pagado yo mis deudas?

—Bien. Sigamos con lo que procede. ¿Lo has entendido, Raphael? —le preguntó su abuelo.

Él dejó salir el aire de sus pulmones muy despacio. Miró al duque.

—¿Y si elijo mal?

—Te conocemos y llevas nuestra sangre —respondió la duquesa—. Cuando eliges de veras, eliges bien. Lo sabrás cuando la tengas delante. Tu abuelo tuvo a un buen desfile de debutantes frente a él en su juventud y logró la gracia salvadora. Busca el diamante y desecha cualquier cosa que brille menos. Tu abuelo lo hizo.

—¿No te has cansado todavía de regodearte, duquesa? —le preguntó su esposo, con humor.

—En absoluto. No todos los días puedo erguirme como un ejemplo a seguir. Tus demás nietos no necesitaron tanta guía. Permite que recuerde aquellos años como lo que fueron: me convertiste en tu presa y no fui fácil de cazar. El chico necesita comprenderlo bien. Una dama que lo merezca no será una conquista fácil.

—Es cierto. Me lo pusiste muy difícil y disfruté del premio, aunque tendrás que admitir que yo era un mozo de lo más sofisticado y también te costó ganarme.

—Tonterías —desechó la duquesa—. ¿Crees que no recuerdo que cuando me veías entrar en un salón no podías despegar los ojos de mí? Mi madre me pidió que te dijese que no fueses tan obvio porque los rumores correrían como la pólvora y mi reputación se resentiría por culpa de esas miradas tan descaradas tuyas. Tú, lejos de sofocar el fuego, lo avivaste con aquel duelo.

—Y lo volvería a hacer. Nadie toca lo que es mío. —La anciana se sonrojó debido al cumplido y le sonrió a su esposo—. Ahora, sigamos con Raphael, duquesa.

Greymere apoyó ambas manos en el pomo del bastón.

—Sí. El muchacho y la boda —estuvo de acuerdo la dama.

—No vamos a humillarte haciendo una lista, aunque podríamos —dijo—. Sabes quiénes son las muchachas sensatas. Sabes quiénes son las familias que no convertirán tu apellido en una feria. Y sabes, sobre todo, que no habrá más fondos hasta que consigas lo que esperamos.

Rafe asintió una vez. Podía protestar, podía reírse, podía echar a volar una ocurrencia que

aliviase el rictus de la sentencia final. No lo hizo. No serviría de nada. Pensó un instante en el retrato del primer Greymere —la paciencia corta, la espada larga — y luego volvió la vista a sus abuelos.

—De acuerdo —dijo—. Buscaré esposa solo para llegar a vivir lo suficiente para lograr que la dama se sonroje a pesar de no ser ninguna jovencita. —Él había visto a su abuela ruborizarse por las palabras del duque. Tal vez debía tomarse en serio el trabajo de encontrar a una dama que mostrase la complicidad de sus abuelos. Sus difuntos padres discutían muy a menudo, pero también se reconciliaban como si el mundo fuese a acabarse. Prefería lo que tenían los abuelos a una pasión tan desmesurada y plagada de amantes. Su padre no fue discreto y su madre se vengó por cada afrenta. En cambio la relación de los duques, que siempre le había parecido aburrida y basada en la corrección, se apreciaba que era mucho más.

—Hacemos esto por ti, Raphael —tomó la palabra su abuela—. Te queremos y deseamos que te establezcas. Tienes treinta años y es momento de que conozcas las bondades del matrimonio. Convertirte en padre te hará más bien de lo que crees.

—Busca sabiamente. La dama que elijas estará el resto de tu vida a tu lado —cerró el duque.

Hubo un silencio que no fue incómodo, sino más bien como si se estableciese un pacto. La duquesa se levantó y, al pasar junto a él, le acarició el cabello.

—Tus padres tuvieron sus altibajos, Raphael, pero se amaron. Un amor extraño, lo admito. Tal vez debido a la modernidad de los tiempos, pero amor al fin y al cabo. Confío en tu sabiduría. Dejaste bien claro en Oxford que no eras un pusilánime. Sabes luchar. Lucha aunque pierdas y así sentirás que lo has dado todo.

—¿Acaso el amor es una lucha? —indagó él.

—Constante —terció su abuelo—. Hay que mantener el equilibrio si uno quiere ser feliz con su elección. Que la belleza no te ciegue.

—¿No fui yo hermosa, Greymere?

—Muchísimo, duquesa, pero no la más hermosa de quienes querían impresionarme.

—Oh, la desfachatez de tu afirmación te costará un collar de diamantes para resarcirme.

El duque soltó una risotada.

—Con lo que me ahorraré hasta que tu nieto tome la decisión, podré comprarte el juego completo, no solo el collar.

—Eso me recuerda… ¿Raphael, vas a tener suficiente para mantenerte? —preguntó su abuela, que seguía de pie a su lado.

—¿Acaso importa? —preguntó con suavidad.

—No —tomó la palabra el duque—. Has tenido un año entero para, como dijiste antes, lamerte las heridas, y complacernos a tu abuela y a mí. Por más que me duela, tendrás que valerte por ti mismo.

—Lo haré.

Rafe sonrió por fin, esta vez sin escudos.

—¿Tienes un plan? —Su abuela estaba sorprendida por la serenidad que presentaba su nieto.

—Siempre tengo uno.

—Perfecto. Puedes retirarte, Raphael. Tienes una tarea que cumplir —lo despachó el duque.

Se levantó, le dio un beso a la duquesa y luego le hizo una breve reverencia a su abuelo.

Salió de la biblioteca con el paso ágil de siempre. En el pasillo, los espejos le devolvieron la imagen de un hombre que, de repente, llevaba menos adornos y más propósito. Era una gran suerte que tuviese una invitación para ir a una fiesta campestre donde iba a reunirse un buen número de damas casaderas. Iría y elegiría una que no le reclamase absolutamente nada y recuperaría su vida. El amor no existía. Y en caso de existir, él no quería toparse con él. Los duques de Greymere estaban equivocados. Lo mejor para casarse era guiarse, primero, por la riqueza de la mujer, y luego, por su hermosura. Además, no tenía tiempo que perder.

En dos semanas como mucho estaría de nuevo recibiendo su asignación.

***

Catriona MacCrae había llegado de Escocia a Londres casi por secuestro. Su abuela y Ewan la habían montado en el carruaje con el mismo aplomo con que se subía un saco de avena: sin preguntar si quería ir. La esposa de su hermano, Connie, tan dulce como severa cuando se proponía algo, había tejido la trama con puntadas invisibles; Lydia —la hermana del actual duque de Wynthorpe— la había rematado con un precioso lazo. Entre las dos habían logrado lo impensable: arrastrarla a una fiesta campestre que reunía a las damas más casaderas y a los caballeros más codiciados del reino. Una trampa con arpas, charadas, paseos por el campo y solo Dios sabía qué más. Catriona no quería casarse. Y, sin embargo, allí estaba. Pero no cedería. *Lady* Lydia era la que tenía que brillar y deslumbrar. No ella.

El jardín de la casa de campo de los duques de Ravensvy se abría en terrazas verdes y parterres pulcros que olían a menta y a tierra húmeda. Catriona había descendido por un sendero de grava mientras repasaba la jugada de su familia con un humor más bien sombrío. Connie había sonreído como si aquello fuese por su bien; Ewan había alegado que la ciudad le sentaría bien porque se divertiría; la abuela había asentido con ese silencio

que en los MacCrae valía más que cualquier decreto. Lydia, en cambio, había aplaudido porque quería una compañera durante la temporada. La pupila de Connie tenía dieciocho años, una ilusión nueva en cada pestañeo y un mundo aristocrático por estrenar. Iba a debutar ese año y ese hecho la había vuelto luminosa; aquella *pequeña fiesta*, con sus tonterías y sus cintas, había significado para la hermana de un duque un escenario perfecto: por fin podría lucirse, hacerse ver, ocupar el lugar que le correspondía. Catriona no la censuraba, pero no compartía sus inquietudes o anhelos. Si fuese una muchacha inteligente elegiría a un buen escocés como había hecho la mujer que la custodiaba, porque era innegable que Connie era inmensamente feliz al lado de Ewan. No tenía celos por la felicidad de su hermano. Tampoco por la belleza y contactos de Lydia.

Catriona no había tenido nada de eso. No había heredado una cara de porcelana ni un don para conversar de óperas; había heredado un pulso firme y ojo para el blanco. El arco y las flechas habían sido su pasatiempo y su consuelo; las ovejas, su especialidad, pues había sabido distinguir carneros buenos de fanfarrones, preñeces sanas de complicadas, partos fáciles de los que exigían meter el brazo hasta el codo y rezar. Ella era una buena

escocesa que no se desmayaba por hacer lo que se debía en un momento de necesidad. También había aprendido a leer el cielo. En Escocia, una nube nunca había sido solo una mancha blanca sobrevolando las cabezas de los de abajo. Era una promesa de granizo, media hora de calma, viento del norte o barro hasta los tobillos. Esos eran sus atractivos más destacables. Con eso no se conquistaba un salón, pero se salvaban inviernos enteros. Estaba orgullosa de quién era y eso ningún inglés estirado se lo arrebataría. A lo largo de los años había tenido peticiones de manos, de *highlanders* con más valor que todos los habitantes de Inglaterra juntos. Su abuela se desquiciaba cada vez que mandaba a uno a darse un baño frío al lago. Si no había elegido a ningún montañés, ¿qué locura había poseído a su familia para que pensasen que iría a Londres a interesarse por un *sassenach*?

Cat cruzó un seto de boj y había salido a la explanada del estanque. El agua mostraba un reflejo perfecto de las nubes y de las cintas que un sirviente había atado a los olmos. Más allá, se oían risas, pasos de baile ensayados y el tintineo de vasos. Una merienda al aire libre que ella quería perderse. Catriona había apretado el paso, como si el borde del jardín pudiera concederle una tregua que la sociedad no permitía.

Al doblar la glorieta de rosas, suspiró. Lo había visto. El vizconde Pembroke. Ese noble había dejado claro —con miradas y con un par de comentarios bien medidos— que estaba interesado en ella. No la conocía antes de haberse visto en la fiesta el día anterior y, aun así, la había observado como se evaluaba una compra mayor. Como a una yegua de cría. Ella no era ninguna ingenua. Ese caballero era demasiado joven para tenerla en consideración. Catriona preferiría el zarpazo limpio de un lobo antes que ese interés cortés. Alzó la barbilla, enderezó los hombros y continuó por el sendero de grava. Él se adelantó para cortarle el paso. Se presentó con el sombrero en mano y la sonrisa de un hombre seguro.

Y allí, justo en el recodo donde el boj terminaba y el estanque se quedaba en silencio, se encontraron. Catriona respiró hondo. La conversación había quedado servida.

—Señorita MacCrae, no he tenido el honor de verla en el salón —empezó él—. Me han dicho que disfrutaba más de la vida al aire libre y veo que es verdad.

—El aire en el campo le permite a una escocesa sobrevivir. Por eso lo disfruto tanto. Se dice que somos salvajes y tal vez sea cierto. Usted sabe

que soy de Escocia, ¿verdad? —inquirió con la esperanza de que eso la dejase libre de su compañía.

Pembroke se rio con ligereza.

—Lo sé. Su cabello la delata, también sus encantadoras pecas.

Ella le sonrió.

—Y mis ojos. No se olvide de mis ojos, milord —coqueteó falsamente.

—Por supuesto. He observado que son grises cuando el cielo está despejado, pero se tornan verdes cuando se nubla. Un misterio que no todo el mundo descubriría si no prestase la debida atención a sus encantos, señorita MacCrae. Aunque confieso que no sé gran cosa sobre Escocia, salvo que debe ser hermosa.

—Como afirmación general no serviría para establecerla en un mapa —afirmó sin centrarse en lo apuntado sobre sus ojos—. Y para no perderse en mi tierra, se necesita algo más que adjetivos. Hay que conocerla para amar Escocia.

Pembroke amplió su sonrisa.

—Aprendería encantado todo sobre el lugar si tuviese una buena maestra.

—La enseñanza siempre exige paciencia y botas —dijo—. Tengo el calzado, pero me temo que no lo primero.

—Estoy seguro de que con el hombre adecuado se mostraría paciente.

—¿Una escocesa paciente? —Ella se rio sin contención. Incluso emitió unos sonidos nada femeninos. Él la miró con cierto recelo. Era lógico que la censurase por su falta de etiqueta—. No hay ni una sola, se lo garantizo. Los montañeses de las Tierras Altas son insoportables, las mujeres no somos menos. Tenemos incluso competiciones sobre qué género es peor. Yo creo que las mujeres somos más intolerables que ellos.

—A veces, la belleza hace que el corazón se ciegue.

Ella suspiró. Era un buen rival. A esas alturas ya había pensado que él habría salido corriendo.

—Oh, milord, como ya somos muy buenos amigos, se lo diré. Ni un ciego y sordo me

soportaría.

—Suerte que el caballero que se presenta ante usted tiene los ojos bien abiertos, y la paciencia necesaria para suplir cualquier falta. Hay damas que merecen el esfuerzo de ver más allá de lo superficial.

Era bueno. Catriona tenía que admitirlo, aunque fuese solo en su fuero interno.

El caballero le ofreció el brazo y ella no tuvo más remedio que cogérselo. Siguieron por el sendero de grava. Él había buscado conversación con un empeño gallardo.

—Le aseguro que no le agradaría ni Escocia ni las escocesas —trató de insistir.

—Ya me he formado mi propia opinión. Me agradan las escocesas y sé que Escocia me enamoraría con facilidad. Me han hablado de su puntería con el arco. Resulta infalible, según tengo entendido —desvió el asunto.

—Una fama inmerecida. Soy común. No lo usaría para ser admirada en una exhibición.

—¿No es ese el fin de toda destreza?

—¿La destreza sirve para cosechar admiración, milord?

—Así es.

—Yo lo uso para matar.

—¿Disculpe?

—El arco. Yo cazo —clarificó—. En Escocia todo es más relajado que aquí. Se me permite ponerme unos pantalones, unas buenas botas y salir a cazar.

—¿Se le permite o usted hace lo que considera que debe hacer?

—Lo segundo —admitió—. No he pedido nunca permiso para hacer nada y, por descontado, que soy demasiado vieja para comenzar. Me gusta la libertad. Ya se lo avisé. Soy, simplemente, una salvaje. Guárdeme el secreto o los anfitriones me echarán sin contemplaciones.

Pembroke carraspeó. La sonrisa se le había hecho un poco más seria.

—¿Y entre sus cualidades se incluye la sinceridad?

—*Aye*. Soy sincera de una forma grosera, casi cruel. Mi hermano siempre lo dice. Debe guardarme ese secreto también.

—He buscado su compañía porque me parece usted extraordinaria.

—¿Extraordinaria en qué, exactamente? —Ese hombre tenía mucho mérito. Otro ya se hubiese dado cuenta de que quería librarse de él o de que ella era una calamidad.

—En todo. En cómo mira, en cómo camina, en cómo calla.

—No me ensalce. Los dos sabemos que miro con normalidad, camino como si fuese una mula coja y no sé callarme.

Él parpadeó otra vez. La admiración se había tropezado con la duda.

—Me refería a que inspira confianza.

—¿Para confesar pecados o para elegir sombreros? Porque para lo uno sería terrible. Demasiado chismosa, me temo. Y para lo segundo… con un sombrero sencillo de paja… No. Ni eso aconsejaría. Me gusta el sol.

Lo vio fruncir el ceño.

—Me refería a sensata para pensar en el futuro.

—Ah. El futuro. ¿Qué tiene de especial eso cuando el presente es lo que importa?

Pembroke empezó a hablar de su título, de su finca, de una madre complacida, de bailes y cenas. Catriona lo escuchaba con educación y una atención que no había concedido a muchos hombres. Cuando él terminó, ella inclinó la cabeza. Estaba más que claro que el joven quería cortejarla.

Caminaron hasta detenerse bajo la sombra de un olmo. Una cinta de color se había soltado y colgaba como una promesa floja. Pembroke se animó.

—Si me permite la franqueza, pensaba solicitarle otro paseo esta tarde. Y dos bailes cuando sea el momento.

—La franqueza siempre merece más franqueza. No me gusta bailar y cuando paseo disfruto más si lo hago sola, milord. —Era consciente de que rayaba la descortesía pero era necesario ahuyentarlo y él parecía no darse por vencido.

—¿He hecho algo que le haya desagradado?

—No, pero sé que yo le desagradaré a usted.

—¿Por qué?

—Porque me esforzaré en que así sea.

—¿Pero cuál sería el motivo? —insistió el vizconde.

—Usted debería cortejar a una dama más adecuada.

Él se quedó callado un par de segundos, para meditar sobre las palabras de la escocesa.

—Tal vez me haya juzgado severamente por la edad. Podría pensar que soy demasiado joven.

—La juventud no es una falta. En todo caso no para un caballero; sí lo es para una dama.

—¿Y si al caballero no le importa? —tanteó él—. Puedo demostrarle que no soy ningún niño. Y desde luego, discúlpeme de nuevo la franqueza, usted está lejos de ser una anciana.

—Sería una empresa fatigosa. En mi tierra, cuando un carnero joven quiere probarse, hace ruido. El buen pastor lo deja ir contra la verja para que aprenda la lección. Sé de lo que hablo, yo misma crio ovejas codo con codo con mi hermano.

—¿Quiere decir que usted cría ovejas, que está con ellas supervisándolas? —graznó.

—Eso mismo. Para las ovejas, el apareamiento es una cosa seria. Lo sé todo sobre el asunto. Ellas tienden a escoger al carnero por resistencia, no por su aspecto. Porque si se equivocan, todo serán saltos y nada de corderos.

El silencio que siguió le confirmó a Cat que había ganado la batalla. Y por si tenía alguna duda, vio que Pembroke abría la boca y la volvía a cerrar. El rubor cubrió el rostro del joven. Catriona era consciente de que se había saltado más de un centenar de reglas, porque Connie se las había repetido durante todo el viaje. En honor a la verdad, le vino bien prestar atención a la esposa de su hermano porque así podía ahuyentar a los caballeros con mayor eficacia.

—No creo que ese sea un tema… —balbuceó.

—De conversación —completó ella con calma—. Para la vida, en cambio, resulta imprescindible. Y para los matrimonios más.

Él se inclinó en un saludo que aspiraba a ser muy cortés y varonil, y se quedó solo en digno.

—He abusado de su tiempo, señorita MacCrae. La dejaré pasear.

—Se lo agradezco —se despidió ella con una brillante sonrisa. Ese joven no volvería a dirigirle la palabra jamás.

Pembroke se retiró con suma prisa. Catriona lo veía alejarse y se sentía triunfal. No había necesitado ser grosera en exceso. Los ingleses eran tan predecibles… Cuando el silencio recuperó el jardín, una rama se movió al otro lado del seto. Algo había crujido entre los arbustos.

Una figura masculina emergió frente a sus ojos.

—Veo que no ha cambiado ni un ápice, señorita MacCrae. Sigue sabiendo cómo vapulear el orgullo de un hombre con suma destreza. Esa sí que debería ser una destreza digna de exhibición, aunque no tanto de admiración, ¿no cree?

En ese momento Catriona volvió a buscar con la mirada a Pembroke y a punto estuvo de pedirle que regresase. No lo hizo porque si se ponía a gritar, el joven caballero saldría corriendo todavía más deprisa de lo que lo hacía. Aunque de haber sabido lo que le aguardaba, se habría contenido, pues prefería tener al vizconde como conversador antes que al inglés infame que la miraba con esa odiosa sonrisa llena de picardía.

Capítulo 2

La actitud de una escocesa

—Detesto su sonrisa, lord Rafe —fue lo primero que le vino a la mente y no se censuró.

—Yo no apruebo sus pecas, por más que el petimetre las haya elogiado.

Ahí estaba. Una nueva confirmación de que el amigo de su hermano había escuchado toda la conversación.

—Dios santo… Esto no acabará nunca. Yo solo quería dar un paseo en paz —se dijo más para sí misma que para su indeseado compañero.

Acto seguido se dio media vuelta dispuesta a salir huyendo como el vizconde.

—¿A dónde va?

—A llamar a Pembroke; él es más fácil de tratar que usted.

—He cambiado mucho, pues hace diez años que no me ve —le recordó.

—Le vi en la boda de mi hermano. Tiene mala memoria —lo corrigió.

Él le sonrió lleno de arrogancia.

—Parece que la impresioné. En cambio, yo no recuerdo haberla visto allí.

Ella suspiró. Así que el que quería vapulear orgullos era él.

—Es usted quien ha estado contando los años desde nuestra última conversación, no yo, muchacho.

—¿Muchacho? —preguntó irritado. Una cosa era que sus abuelos, por cariño, lo llamasen

«chico». La hermana de Ewan no lo hacía por ese motivo.

—¿Prefiere que lo llame viejo?

—¿Cuántos años tiene, señorita MacCrae?

—¿Y usted?

—Treinta —apuntó, lleno de satisfacción.

—Yo tengo dos más —mintió—. Así que es usted un muchachito —se burló de él.

—Resulta más insoportable que su hermano —se quejó Rafe.

—Gracias.

—No era ningún cumplido.

—Yo creo que sí.

—¿Ahora también sabe leer la mente? Creía que era su abuela la que tenía el don de la premonición.

Ella volvió a suspirar.

—Tuve que haberme ido tras los pasos de Pembroke —se lamentó en voz baja.

—Él la corteja solo porque sabe que su dote es igual de elevada que su edad. Le gusta apostar. Aun así, no debió haberlo mandado al infierno tan rápido. Posiblemente sea su última oportunidad para cazar a un marido.

—¿Cree que quiero casarme? —preguntó asombrada.

—Está en una fiesta pensada para encontrar pareja.

—Si hubiese querido casarme haría una eternidad que lo estaría. —No sabía de dónde había salido esa aseveración. ¿Qué más le daría a ella lo que el amigo de su hermano opinase?

—Si se siente mejor pensando eso…

—¿Y usted se siente bien involucrándose con damas casadas?

—¿Cómo dice? —Eso sí que no se lo esperaba.

—He visto salir corriendo a una mujer y quiero pensar que usted no arruinaría a una dama inocente. Además, tiene la camisa mal puesta, el chaleco es un horror y el pantalón no está mucho mejor. Carece de chaqueta, así que supondré que debe seguir en algún lugar sobre la tierra. La discreción no es lo suyo.

—Se ha fijado en detalles muy… exactos. Me siento halagado. Y sí, me ha faltado discreción, lo admito. No debí delatar mi presencia, pero he sido caballeroso y le he dado a mi… compañera de diversión un lugar sobre el que tumbarse, poco importa que la chaqueta se haya arruinado por completo. Aunque antes de eso la coloqué de espaldas al árbol y pude haberla mantenido así hasta terminar.

—¿Es ahora cuando debería salir huyendo, azorada y con las mejillas sonrojadas?

—¿Lo es?

—Crio ovejas. La cópula es lo mismo para todas las razas, animal o humana.

—Sí, ya sé que las cría. Lo he oído mientras recomponía mi atuendo. Lo que creo es que usted sabe de esas cuestiones por otras razones que

no incumben a la cría de animales. —No podía olvidar la estampa que vio en aquella llanura con las ruinas. Ella en brazos de aquel bárbaro… ¿por qué veía esa imagen tan clara después de diez años?

—Como me imagino que no ha terminado aún de exhibirse, y creo que lo que busca es que alabe su destreza por involucrarse con una mujer que le pertenece a otro hombre, le rogaré que siga su camino porque no lo apruebo.

—La dama no es feliz. No hay nada de malo en que busque consuelo, más si su esposo también lo encuentra en otra parte.

—De donde yo procedo la lealtad no es solo una palabra. Si usted se siente mejor con la creencia de que no transgrede ningún vínculo sagrado, piense lo que desee.

—Ella me considera un príncipe, ¿sabe? —le dijo con el mentón en alto.

—Sí, yo también. Recuerdo que se lo dije en una ocasión.

Rafe le sonrió porque no se esperaba esa confesión.

—Tuvo que haber aprovechado mejor dicha ocasión, señorita MacCrae.

—*Nay*. Lo consideré un príncipe enclenque y mi opinión ha variado a peor hoy mismo —le dijo sin censura.

—Me siento deseoso de mostrarle el motivo por el que no tengo nada de enclenque.

—Busque a alguien a quien le importe —lo desdeñó—. Ahora, si ha terminado, y como habrá escuchado, me gusta pasear sola.

—Lo he escuchado —replicó él—. También he visto cómo hace correr a los hombres. Al vizconde lo ha despachado con ovejas. Muy pedagógico todo eso sobre la cópula.

—Ha funcionado. ¿Qué tengo que hacer para despacharlo a usted?

—No soy ningún cobarde.

—Probaré con cabras. Dicen que se parecen más a los ingleses. ¿Me lo ratifica, lord Rafe? —le preguntó con seguridad.

Él se rio.

—Tengo diez años más que entonces. Para hacer que abandone esta batalla dialéctica tan entretenida, tiene que esmerarse más.

—Ya veo. Se cree tan irresistible que está pensando en exhibirse en un concurso de vanidad sin camisa y sin chaqueta.

—La camisa la llevo puesta, solo le estoy permitiendo ver parte de mi atractivo. —Era verdad, se le veía el torso más de lo debido, dado que el chaleco no lo tenía abotonado tampoco.

—Empieza a dar lástima, milord.

—¿Por qué?

—Porque es evidente que: o quiere impresionarme, cosa que no logrará, o no ha podido olvidar el duro golpe que le infligí diez años atrás. En ambos casos me da más importancia de la que merezco.

—No me subestime, señorita MacCrae. Ya lo hizo una vez. No debería tentarme.

—¿Considera que mi desdén es una invitación? —preguntó con los ojos bien abiertos.

—Creo que yo le agrado más de lo que le gustaría y eso la hace tener miedo.

Ella se carcajeó. Al verlo a él tan serio, carraspeó. Se llevó una mano al pecho y parpadeó un par de veces.

—Oh, por favor, se lo suplico, lord Rafe, cortéjeme —dijo con suma teatralidad—. ¡No! Mejor aún, sedúzcame. Lo confieso, llevo diez años enamorada de usted. Lo aparté porque un hombre así, tan apuesto y maravilloso… Yo sabía que no era merecedora de su admiración que, por otro lado, nunca la tuve, por eso me protegí e hice lo posible para que me evitase. ¡Y ya puestos, confesaré el resto de mis secretos! —exclamó sabiendo que sería una gran actriz si decidiese subirse a las tablas de un teatro—. En la boda de mi hermano no pude dejar de admirar su formidable porte, sus bellos ojos, su pelo sedoso y su brillante sonrisa. Me hizo mucho daño que no me mirase, pero supongo que lo merecía porque no me comporté bien cuando lo envié a paseo. —Se puso seria de pronto—. Ya lo tiene, ya se lo he dicho. ¿Me dejará proseguir mi camino?

—A paseo no. Me envió al infierno como a Pembroke. Ahora es cuando me toca a mí recordarle otra vez que no soy el mismo. Además,

estoy disfrutando de nuestra conversación. No tengo prisa por ahuyentarla.

Se miraron un segundo de más, por puro orgullo. Él no apartó los ojos. Ella tampoco.

—Está bien. Usted gana. Me disculpo si lo ofendí hace diez años. ¿Contento?

—No.

—¿No?

—Eso he dicho.

—Ya me he disculpado, ¿qué más quiere?

—Me divierte y no tengo nada mejor que hacer.

La escocesa volvió a suspirar.

—No quería llegar a estos extremos, pero no me deja otra opción. Confío en que con lo que le diga a continuación me deje tranquila otra década como poco.

—Sorpréndame —la animó, al tiempo que le sonreía.

—Debe ser duro para un muchacho, para un príncipe enclenque inglés saber que un *highlander* le robó a su mujer. —Le tocó el turno a ella de sonreírle porque lo vio enderezarse.

—Tú no eras mi mujer —se apresuró a decir, sin darse cuenta de que había cambiado a la informalidad. Sintió un tirón extraño en el pecho.

—No, por supuesto que no. —Ella no entendió esa referencia, así que prosiguió—: Pero Constance es otra cosa, ¿me equivoco? Ewan solo tuvo que romper un par de copas frente a ella y la conquistó. —Cat estaba al tanto de la historia de amor de su hermano—. Ni tus ridículos cumplidos, ni tus tontas sonrisas hicieron que la balanza se inclinase un poco.

—Eres una escocesa salvaje, vieja y amargada. ¿Lo sabes, verdad?

—*Aye* —afirmó en gaélico—. Música para mis oídos. Mis rodillas se derriten con semejantes elogios.

—No estoy bromeando. Es lo que pienso de ti.

—Lo sé. Y me agrada, pero lo haría todavía más si te marchases y no me volvieses a molestar durante otros diez años. —No se dio cuenta de que también había cambiado a un trato más informal.

—Deseo concedido.

—Por fin… —murmuró ella.

—Una última cosa antes de marcharme para olvidarte —dijo Rafe. Como ella había dado un paso adelante, él le agarró la muñeca.

La soltó enseguida, como si quemase, en cuanto se dio cuenta de lo que acababa de hacer.

—Por favor, no te prives de tus deseos —lo animó.

—Deja al niño en paz —apuntó Rafe en alusión al vizconde—. Va a soñar con carneros hasta Navidad y no podrá sacarte de la cabeza porque le hablaste de copular.

—Mejor que sueñe con carneros que conmigo. Se ahorrará decepciones. Y le hablé de la procreación de las ovejas, no de cómo poner a una mujer casada contra un árbol para después tenderla sobre el suelo.

—Chaqueta. Usé mi chaqueta —la corrigió, para luego ofrecerle una preciosa sonrisa—. Y no te muestres celosa. Puedo ponerte contra un árbol si lo deseas, pero sé que preferirías algo un tanto más especial, como por ejemplo un prado con ruinas. No soy un enclenque y cuando quieras te lo demuestro. Tengo resistencia y un aspecto envidiable.

Ella le sostuvo la mirada otra vez, sin entender algunas referencias.

—Entonces busque a una oveja y propóngale un acuerdo. Eso sí, asegúrese de que sea libre, porque incluso en el mundo animal la lealtad existe. —Volvió a la formalidad porque era lo que correspondía.

Catriona giró sobre los talones y se marchó por el sendero, muy erguida, como quien no pensaba mirar atrás ni aunque el jardín ardiese. No miró. Rafe se quedó quieto, con la camisa mal

abrochada y la sonrisa torcida, y soltó un resuello que no fue risa ni maldición.

—¡Salvaje, vieja, amargada y cada descalificativo atroz que puedas imaginar! ¡Eso eres, Catriona MacCrae! —le gritó.

¡Maldición! ¿Qué tenía esa mujer que sacaba lo peor de él?

—¡Gracias! Los pondré todos en mi lápida —exclamó ella.

Apretó los dientes, recogió su chaqueta de detrás del árbol culpable y se fue en dirección contraria. Uno y otra habían ganado lo mismo: nada. Y, aun así, ninguno había cedido un milímetro. Enemigos declarados. De nuevo.

***

A la mañana siguiente, *lady* Lydia Wynthorpe entró en la habitación de Catriona sin llamar y casi sin respirar. Llevaba los rizos alborotados

y la sonrisa de quien había esperado toda la vida participar en una fiesta así.

—¡Es perfecta! —Se dejó caer a los pies de la cama mientras manifestaba su euforia—. Las cintas, las mesas, el entretenimiento… ¡Todo! Estoy encantada. —Se quedó mirando a Cat, quien no tenía buen aspecto y le preguntó con seriedad—: ¿Has dormido?

—Nada —confesó la escocesa, al tiempo que se incorporaba despacio, dado que seguía en el lecho—. He tenido una noche horrible. Me he peleado con la almohada y me ha ganado.

—Tienes mala cara. —Lydia le tocó la frente con el dorso de la mano—. No ardes. Solo estás terriblemente extraña.

—Me siento peor, te lo garantizo.

Lydia se rio. Luego se sentó a su lado y bajó la voz.

—Ewan y Connie se han marchado a la ciudad. Han dicho que tenían que hacer un recado urgente, pero creo que querían tener un poco de tiempo solos. Han dejado al niño en la guardería de los duques. Volverán para el té. Estamos solas.

Catriona, con la mención de su sobrino, suspiró. El bebé de Ewan y Connie era perfecto, regordete y bastante escocés. Eso era lo que ella echaría de menos, lo que no tendría por no haberse casado: hijos.

—Magnífico. —Catriona se dejó caer sobre la almohada—. Nadie nos vigilará cuando hagamos el ridículo. Adoro a Connie, pero tiene tantas reglas que a veces me vuelve loca.

—Hablando de vigilancia… —Lydia se mordió el labio—. Quería contarte algo. Estoy enamorada.

Catriona se movió tan rápido para buscarla que la trenza le golpeó el hombro.

—¿Y quién es él?

—Si te lo confieso no puedes traicionar mi confianza.

—Jamás. Mi sangre escocesa no me lo permitiría. Habla, Lydia, porque quiero saberlo todo.

—Se trata de un amigo de Ewan.

—¿Qué? —Sintió un extraño tirón en el pecho.

—Es que es perfecto. Tan apuesto, con tanto humor, tan atento y apuesto.

—Ya has dicho que es apuesto. Dos veces.

—Porque lo es en exceso. Y luego está esa sonrisa que hace que me tiemble todo el cuerpo. Creo que de verdad es amor. Y me trata como si fuese una princesa.

—*Ouch*, muchacha. Sé bien que el tipo es muy guapo, incluso hermoso, con esas facciones perfectas. Creo que lo que le da ese toque de perfección al que aludes son los ojos. Los tiene de un tono ámbar con un ribete oscuro que le enmarca el iris. Nunca había visto ese color. No es fornido como un escocés, pero supongo que tendrá cierta fuerza. Lo malo es que es un hombre terrible, Lydia. No puedes ilusionarte con él.

—¿De quién estás hablando, Cat? —La joven no sabía a quién se refería.

—¿Y tú?

—Ah, no. Yo he preguntado primero. Y si voy a confesarte mi mayor secreto, necesito que tú también te fíes de mí.

—Lord Raphael Deverell. —Le pareció más sensato utilizar el título y todo su nombre completo junto con su apellido—. Te lo prohíbo. No es un hombre agradable. Es el más guapo que he visto nunca, sí, pero no puedes elegirlo.

Lydia se echó a reír.

—No es Rafe —negó la joven, divertida —. No estoy tan loca. —Se le iluminó la cara y luego suspiró—. Es Azrael. El mejor amigo de Rafe. Sueño con él. Lo veo y… es perfecto.

—¿Perfecto de qué manera?

—De la que importa. Es amable, me escucha, me habla como si yo fuese una emperatriz, no una joven recién puesta en un salón. Y tiene una voz… —Cerró los ojos un momento—. Me hace temblar. Lo amo.

—¿Lo amas? —repitió Catriona, incrédula —. ¿Desde cuándo lo conoces?

—Lo amo, sí —se reafirmó la joven—. Seguramente lo he visto más veces que tú a Rafe.

—¡A mí no me gusta ese espanto de hombre!

—¿Espanto? Lo has descrito como si él fuese una ensoñación. En especial sus ojos.

Catriona refunfuñó una maldición en escocés.

—No me gusta, pero eso no significa que no lo considere un inglés atractivo. ¿Contenta?

—¿No te gusta? —La puso en duda.

—No. Además, él me odia con todas sus fuerzas.

—¿Por qué?

—Porque me propuse que me detestase y he tenido mucho éxito.

—Oh, Catriona. ¿Cuál es el motivo por el que alejas a todos los caballeros que se fijan en ti?

Ella sacudió los hombros como un gesto de despreocupación.

—Es mejor así. Hablemos de Azrael.

—Del hombre al que amo… —suspiró la joven.

—En la boda de Ewan y Connie fue bastante agradable. Pero creo que deberías tener cuidado con él. Son hombres experimentados. Mi hermano podría romperle el cuello si se atreve a comportarse mal contigo. —Catriona se enderezó y se pasó las manos por el rostro—. ¿Le has dicho algo a tu enamorado?

—Ewan parece un demonio ahora que Constance quiere que se deje crecer la barba, pero es más tierno que el pan. No le haría daño a una mosca.

—Mi hermano engaña mucho. Te lo aseguro. Dime si Azrael sabe que te interesa.

—¿Cómo voy a decírselo? ¿Qué quieres que le diga? «Buenos días, me tiene usted trastornada». No. He sido muy digna. Le sonrío, lo escucho con mucha atención y lo miro a los ojos.

—Suenan como las lecciones que nos ha dado Connie.

—Porque lo son. Ella sabe cómo encantar a un hombre.

—¿Lo sabe?

—Pescó a tu hermano. ¿Te he contado que Ewan me sacó del Serpentine?

—Hay pocas personas que no conozcan esa historia, Lydia.

La joven volvió a reírse.

—Ewan me pareció todo un héroe.

—Déjame adivinar, creías que lo amabas.

—¡No seas ridícula! Solo fantaseé con casarme con él —expuso como si hablase del clima y no de pasar el resto de la vida con un hombre.

—¿Te gustan todos los caballeros con los que te cruzas, Lydia?

—Oh, no. Desde que vi a Azrael decreté que se convertiría en mi esposo.

—Un plan infalible. ¿No crees que es demasiado mayor para ti?

—No. Mi madre tenía dieciocho años cuando se casó con mi padre, quien le doblaba casi la edad.

—Los ingleses y sus raras costumbres.

—No te burles de nosotros —le pidió Lydia, aunque se le escapó otra risa—. Además, no puedo contarle nada a Connie. Me miraría con pánico y me obligaría a centrar mi interés en otro lado.

—Cosa que yo misma te aconsejo que hagas. ¿Qué te parece lord Pembroke? Es un joven muy atento.

—El vizconde solo tiene ojos para ti. Todo el mundo lo ha notado.

—Condenación —se quejó—. Pero sigo pensando que te agradan todos los caballeros que se paran para prestarte atención.

—No. Todos no.

Lydia se estremeció y la escocesa se dio cuenta de inmediato.

—¿Quién te disgusta? —se interesó Cat.

—No me gusta lord Trowbridge.

—¿Simon? —preguntó asombrada. El mejor amigo de Ewan era confiable. De otro modo el escocés no lo habría aceptado como su contraparte.

Lo cierto era que el grupo de amigos del *laird* de Dunrath era muy peculiar. Tenían sus más y sus menos entre ellos, en especial había cierta enemistad entre Simon y su primo Azrael, y Rafe y Ewan tampoco se llevaron nunca bien, sobre todo desde que Constance se casó con él.

—No me agrada. Está muy pendiente de mí. Demasiado. Me mira como si estuviese… —chasqueó la lengua—, no lo sé. Y es oscuro, ya me entiendes… por dentro. Me pone nerviosa. Ewan dice que es correcto, yo sé que es aburrido hasta el exceso, pero…

—¿Ha sido grosero?

—No. Esa es la cuestión. Es correcto, amable, educado. Y, aun así, me deja fría. Es… como un cuarto sin ventanas. Es la forma que tiene de mirarme. Como si tuviese que vigilarme. —Se quedó

un momento pensativa—. ¿Crees que Ewan le habrá dicho que lo haga? Que me vigile, digo.

—No. Mi hermano no le daría potestad a otro para ocuparse de las mujeres que tiene bajo su protección. Tal vez, su amigo esté interesado en ti.

—No. No es eso. Es… otra cosa, pero no logro averiguarlo. En realidad sería más feliz si lord Trowbridge se alejase de mí.

—¿Quieres que le clave una flecha en el sombrero para alejarlo?

—No puedes hacer eso.

—*Aye*, Lydia. Puedo acertar a una cereza desde la ventana. Un sombrero es más fácil.

Lydia se desternilló. Cuando se calmó, la miró con una especie de adoración que a Catriona siempre le había dado un poco de miedo.

—No sé cómo haces para que todo resulte menos terrible —susurró—. A veces me gustaría ser tú. Eres muy franca y libre.

—Y por eso no puedo casarme. Soy una escocesa salvaje, vieja y amargada. —No le dolieron

aquellas palabras en aquel momento, pero eso no evitó que se pasase toda la noche llorando. ¿Por qué? No lo sabía.

Lydia se incorporó para observar bien a Cat.

—No eres así. Eres una escocesa auténtica, libre, madura y enérgica. Eso sin contar que eres preciosa.

Catriona abrió los ojos llena de asombro.

—¿Preciosa?

—Sí. Cuando entraste la primera noche de la fiesta en el salón de baile de los duques de Ravensvy, todo el mundo te admiró.

—Eso fue porque no debí llevar el pelo tan suelto. Connie me lo advirtió y no le hice caso.

—Si yo tuviese tu cabello jamás lo anudaría.

—No te gustaría ser escocesa.

—¿Por qué no?

—Porque no les agradamos a los ingleses.

—Catriona, yo soy inglesa y me gustas.

—Tú eres mi amiga. Venga, regresa a tu habitación. Si Constance se entera de que deambulas en camisón por la casa de los duques, le dará un ataque de apoplejía. Nos vestiremos e iremos a practicar el tiro con arco.

—¿Tiro con arco?

Catriona suspiró.

—No quieres venir conmigo.

—Pensaba ir con las demás chicas de picnic.

—Entonces ve.

—¿Sin escolta?

—Llévate a tu doncella. Eres lo suficientemente mayor para saber lo que debes hacer y lo que no. Constance te protege demasiado.

—Me quiere mucho. Y yo a ella.

—Como debe ser. Ahora bien, prométeme que te mantendrás alejada de los problemas.

—¿Qué problemas?

—Los caballeros, Lydia. Especialmente de Azrael, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo, con la boca pequeña.

—Lydia… —la llamó al orden.

—Ya, ya. Eres igual de aguafiestas que Constance.

La joven se marchó para prepararse para una nueva jornada de la fiesta campestre. Catriona se levantó, se recogió el cabello en una trenza alta y se anudó el corpiño con tirones certeros. Se puso una chaquetilla de lana y, cuando estuvo lista, se colocó el carcaj y agarró el arco. Buscaría un lugar tranquilo para cazar.

Capítulo 3

Una cacería provechosa

Catriona no se había dado cuenta de que era tan temprano. Lydia era igual de madrugadora que Constance. Esa mañana, el parque aún guardaba brumas en las hondonadas, y los setos, perlados de agua, parecían criaturas encogidas que rehusaban despertar. Cruzó el prado lateral con el arco a la espalda y el carcaj bien ceñido; la falda, recogida lo justo para no tropezar, le azotó los tobillos al saltar el pequeño zanjón con el que se topaba siempre que tomaba dicha dirección, pues incluso en el infierno de las damas casamenteras había encontrado un lugar que le daba paz. Aquella dirección conducía a su refugio: la casita del guardabosques, olvidada por todos salvo por la maleza y por ella. Allí no llegaban los carruajes de los invitados ni la risa fácil de cierta

clase de señoritas. Allí escapaba de las bienintencionadas damas que jugaban a ser cupido.

Desde que llegó a la fiesta campestre no había tenido problemas para dormir. Eso cambió precisamente el día anterior. Sabía que no había sido justa con el amigo de Ewan y pese a tratar de ignorarlo, no lo conseguía. Lord Rafe Deverell la sacaba de quicio con la eficacia de un cardador novato: tiraba de fibras que no quería mostrar, descolocaba el ánimo y encrespaba el orgullo. No entendía por qué la ponía en guardia con una sola mirada. Se había prometido no molestarse por ningún hombre que tratase de impresionarla o molestarla, tal y como hacía lord Rafe. Y, sin embargo, sentía esa punzada instintiva que avisaba del zorro en el gallinero. Quizá fuese todo orgullo y nada más. Tenía que serlo, porque no había otra explicación posible. Ella detestaba a los ingleses, en especial a los que embaucaban a las mujeres casadas con su hermosura para hacerlas descarriar. Lo que le impresionaba de ese amigo en concreto de Ewan era su belleza. Todo el mundo sabía que un hombre no debía ser bello, sino fuerte como un roble, grande como un pino. No tenía ningún sentido que le hubiese dedicado su pensamiento durante toda la noche a él. Lord Rafe no merecía ningún pensamiento por su parte. El hombre la aborrecía tanto o más que ella a él, entonces, ¿cuál

era el motivo por el que no había logrado sacárselo de la cabeza? ¡Pero si había soñado con él! ¡Que la besaba! ¡Vaya tontería más tonta! ¿Qué clase de escocesa sería si desease que un bello inglés la besase? A buen seguro sus antepasados resucitarían para reprobarla. Y pese a saber que no debería estar pensando en él a todas horas, no lograba dejar de hacerlo. Sacudió la cabeza mientras aceleraba el paso con el fin de olvidar a ese pomposo por el que además había llorado sin consuelo.

Un susurro que no pertenecía al bosque la detuvo. No era el viento. No era un ave tampoco. Vino un golpe sordo, otro y un quejido masculino ahogado. Catriona se agazapó tras un fresno, apartó con dos dedos la rama húmeda y vio, en el claro anterior a la casita, a cuatro hombres rodeando a un quinto que figuraba de rodillas. La víctima no temblaba, se veía que sostenía una rigidez obstinada; mantenía la cabeza erguida con terquedad y las manos las tenía atadas a la espalda. Uno de los cuatro alzó el puño con la facilidad de quien practicaba la violencia a diario. Los otros dos se dispusieron a levantar a la presa y ella hirvió llena de furia. No era una pelea justa ni aunque el hombre al que querían darle una lección hubiese robado una oveja.

—No hay honor en eso —murmuró Catriona.

El cuerpo decidió antes que su mente. La escocesa deslizó el arco del hombro, lo alzó con un gesto seguro y tanteó el plumaje de la primera flecha. Las distancias estaban escritas en su memoria, dado que conocía bien el lugar: tres docenas de pasos hasta la piedra caída; cinco más hasta la espalda del tipo de la gorra; siete hasta su mano alzada. Inspiró, contuvo el aire y se preparó para sentir el momento exacto en el que debía disparar. Al tensar la cuerda, todo lo demás —el charco, el olor a tierra mojada y la punzada del recuerdo de Rafe— quedó en suspenso.

Soltó la primera.

La flecha voló recta, limpísima, y atravesó la mano del agresor a la altura de los nudillos. El hombre dio un bramido antinatural y cayó hacia atrás, plantando las rodillas en el barro con un chapoteo torpe. «Diana», pensó Catriona con una satisfacción fría. No había olvidado nada. No estaba allí para cosechar alabanzas en prados al aire libre y con público, sino para hacer justicia donde nadie aplaudía.

Los otros tres tardaron un segundo largo en comprender de dónde venía el ataque. Dieron un par de vueltas con ojos bovinos, hasta que el que debía ser el más inteligente del grupo calculó la ruta de la flecha.

—¡Ahí! —gritó.

Sacó una pistola del fajín.

Catriona ya estaba moviéndose. Apoyó el hombro contra el fresno, se asomó lo justo y sacó otra flecha. No apuntó al pecho —no era una ejecución—, sino al hombro del hombre que sostenía el arma. Soltó su flecha al tiempo que él disparaba.

El disparo del hombre erró; no así la flecha de Cat. El brazo del malvado se fue hacia atrás como si un caballo le hubiese mordido. La pistola cayó al barro. Catriona notó el latido en las muñecas y lo aplacó con el gesto de volver a tensar el arco. Sin pensar en el siguiente movimiento, lo tuvo claro. El tercero, el más joven, quiso huir hacia la casita para cubrirse. Mal calculado. Ella se propuso señalarle el muslo, dos dedos por encima de la rodilla, y la flecha obedeció con una precisión que le recordó a su abuela corrigiéndole la postura en la ladera de Braemuir.

El muchacho gritó, trastabilló y se llevó la mano a la herida. El cuarto, que hasta entonces había estado sosteniendo al cautivo por el cuello de la chaqueta, decidió que aquel claro ya no merecía su presencia. Echó a correr sin mirar atrás, arrastrando en su carrera al de la mano atravesada, que chillaba improperios y algo sobre una bruja. Estaba claro que la habían visto.

—Bruja no —susurró Catriona, mientras seguía con la vista sus trayectorias—. Escocesa.

No los persiguió. Quería que se fuesen, nada más. Y lo hicieron. El de la pistola sujetándose el hombro y maldiciendo; el joven cojeando con la flecha temblando en la carne; el de la mano herida gimoteando; el cuarto empujándolos por pura supervivencia. Se desvanecieron entre el follaje con un estrépito de ramas partidas y un juramento final que el bosque se tragó.

El claro quedó otra vez en manos de la bruma y del olor metálico de la pólvora mal disparada. Catriona escuchó un instante, con el arco preparado por si alguno se echaba atrás en la fuga. Solo oyó un jadeo ronco detrás de la piedra. El hombre de rodillas había bajado por fin la cabeza. Respiraba como si hubiese hecho una carrera cuesta arriba con los pulmones llenos de ceniza.

Se colocó el arco al hombro y se deslizó hasta él en un semicírculo prudente, asegurándose de que ningún otro saliese de la nada. El barro le salpicó el ruedo del vestido; no le importó. Se agachó, tanteó las cuerdas de las muñecas y las cortó con la hoja corta que llevaba cosida al interior de la liga, una vieja costumbre que su abuela le había enseñado.

—Ya está —dijo, y descubrió que la voz le había salido demasiado suave para el temblor que notaba bajo los dedos. El hombre dejó escapar un gruñido—. No se mueva todavía —le recomendó.

Le sujetó el antebrazo y empezó a incorporarlo con cuidado. La chaqueta estaba hecha un desastre: barro, sangre y polvo del camino. El sombrero había desaparecido y el cabello —demasiado bien cortado para un contrabandista, demasiado indómito para un contable— le caía sobre la frente en mechones oscuros pegados por el sudor. Catriona apartó una greña con dos nudillos para ver el estado de la sien. No había herida, pero sí un golpe feo, junto con otro en el pómulo, un hilo de sangre en la comisura del labio y un gesto de ironía obstinada que, incluso poco clara, reconoció al instante.

El mundo de la escocesa se tambaleó, no por la magnitud de la sorpresa, sino por el inesperado infortunio. Catriona sintió entonces la oleada helada que llegaba después de la furia. Y eso era la consciencia de lo que podía haber pasado si hubiese disparado un palmo más alto, si no hubiese escuchado, si hubiese permitido que cuatro cobardes terminasen su trabajo. Se obligó a soltar el aire despacio. Le sujetó la nuca con la palma abierta, con más firmeza de la que pretendía.

Rafe Deverell alzó por fin los ojos. Tenía ese brillo desafiante que tanto la exasperaba, oscurecido en esos instantes por el dolor físico. Él intentó ofrecerle una media sonrisa que se partió en una mueca.

—De alguna manera sabía que tenías que ser tú —le dijo lord Rafe—. Nada más vi la primera flecha, me lo imaginé y recé a Dios para que me ejecutaran antes de tener que soportar la humillación de verte.

—Supongo que es bueno que su orgullo le obligue a decir sandeces. Eso demuestra que no está tan grave como parece —expuso ella.

—Eres la única mujer que me hace sentir que no valgo nada. ¿Entiendes lo frustrante que es

ahora saber que te debo la vida?

—Solo un inglés se sentiría mortificado porque una mujer, una escocesa, le salvase la vida. Los tiempos avanzan pero el pasado no se olvida, ¿no es cierto?

—Esto no trata sobre si soy inglés o tú escocesa. Lo que me sucede es que nunca sé si quiero estrangularte o besarte hasta que me supliques que no me detenga.

—Perfecto, ahora delira. Sí que está grave.

—No he estado más cuerdo en toda mi vida.

—Está herido.

—La mayoría de mis encantos siguen intactos, ¿quieres que te lo demuestre? —susurró él, con la voz hecha jirones.

—No me interesan sus encantos. Prefiero que intente estrangularme a ver si puede lograrlo.

—Un día de estos… —se mordió la lengua.

—Un día de estos, ¿qué?

—Nada. Vete.

—¿Irme y dejarlo aquí cuando es indudable que necesita que lo ayude a caminar?

—Tuviste que dejar que ellos terminasen el trabajo.

—Puede ofenderme de mil maneras, con palabras soeces si lo desea, pero no ponga en tela de juicio mi criterio. No sé lo que les habrá hecho para que lo tratasen peor que a un animal, no me interesa tampoco, pero no me quedaría jamás de brazos cruzados mientras una situación no sea justa. Cuatro contra uno no lo es. Así que no se atreva a insultarme por hacer lo que debía.

—Igual de leal y obstinada que tu maldito hermano.

—*Nay*. Lo soy más. Al menos en lo que a terquedad se refiere.

Catriona dejó de mirarlo a los ojos y se centró en examinar la hemorragia de la ceja. No la había visto antes. Lo ayudó a incorporarse del todo. La rodilla de él cedió y, por un instante, su peso la

arrastró; Catriona plantó los pies en el barro y lo sostuvo. A un par de pasos figuraba el umbral oscuro de la casa del guardabosques. No le hacía ninguna gracia compartir ese refugio del que ella se había adueñado, pero no quedaba otra.

—Necesito que camine. No puedo cargar yo sola con su cuerpo.

—Creía que eras más dura, muchacha.

—Lo soy, pero usted pesa más de lo que había calculado.

—¿Eso es un cumplido? ¿Ya no soy un enclenque?

—No tenemos tiempo para seguir con esta disputa, lord Rafe.

—Odio cómo pronuncias mi título. Prueba a llamarme solo por mi nombre.

—El aguacero está a punto de descargar.

—¿Lloverá, dices?

—Tan cierto como que usted desea estrangularme por haberle salvado la vida.

—Ahí está. El recuerdo de todo lo que te deberé hasta el fin de mis días. ¿Qué querrás de recompensa? No tengo ni un penique y dudo mucho que te conformes con disfrutar de mis encantos, dado que me encuentras repulsivo.

—Lo digo de verdad, entremos en la casa. Luego podrá decirme lo que se le antoje.

—¿Y besarte?

—¿Está herido o bebido?

—Estoy hastiado, Catriona —le confesó —. Uhm… Es un nombre interesante. Me gusta cómo suena. Catriona. Cat te llama Ewan. No, no me agrada Cat. Prefiero Catriona, una mujer con tus habilidades debe ser respetada.

—Respéteme dentro antes de que nos empapemos. No quiero que se resfríe.

—¿Y no te preocupa resfriarte tú?

—No. Yo estoy acostumbrada al frío.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Te bañas también en ese lago helado al que Ewan me llevó una vez?

—Siempre que puedo y sé que no habrá nadie observándome.

—Invencibles. Eso sois tu hermano y tú.

—¡Me falta muy poco para soltarlo y dejarlo aquí para que se pudra!

—Cálmate, no va a llover. Conozco bien el clima inglés y… —No continuó porque el trueno que resonó lo dejó en evidencia—. No digas nada.

—Camine y no lo pondré en evidencia.

Rafe al fin comenzó a dar un paso tras otro.

—Y tirana como tu hermano, aunque él no es tan hermoso como tú. Si al menos fueses horrorosa… ¿por qué no puedes tener una verruga en la nariz?

—Me pondré un pegote de barro para complacerlo. ¿Le vale eso?

—No. Esto es porque me despreciaste diez años atrás. No veo otra explicación. Ni tan siquiera me gustas, pero no puedo dejar de mirarte cuando estás cerca.

—Seguro que las muchachas se desmayan cuando les hace un cumplido.

—No tengo que abrir la boca para que me admiren. Me basta con sonreírles. ¿Por qué no te parezco seductor?

—¿Qué más le dará lo que yo opine de usted?

—A eso es a lo que me refería. No tendría que importarme que tú seas la única que me desdeñe. Todas las demás me aman. —Se detuvo en el umbral y volvió a mirarla. Y, en el fondo de esa mirada, Catriona vio algo que no quiso nombrar: no era gratitud, no, sino el reconocimiento de una deuda peligrosa.

—No lo diga.

—¿El qué?

—No me debe nada.

—Los dos sabemos que eso no es así. Supongo que debería comenzar a disculparme por haberte llamado salvaje, vieja y amargada.

—No lo haga. No sería sincero.

—Es cierto. Sigo pensando que lo eres.

—Gracias a Dios; ya me estaba imaginando que se dejaría caer sobre sus rodillas y me suplicaría que lo perdonase.

Él esbozó una sonrisa que ella correspondió.

—Sentido del humor.

—¿Qué?

—No sabía que lo tuvieses. Ewan carece de él. Es todo seriedad, lealtad y un sinfín de buenos calificativos que hace que Simon, Azrael y yo queramos destriparlo.

—Mi hermano es agradable con quien desea. Su esposa misma se lo confirmaría. ¿Por qué no prueban a parecerse a él un poco en vez de envidiarlo?

—Yo no envidio a tu hermano, bruja escocesa.

—*Ouch*. Ahora soy salvaje, vieja, amargada y una bruja escocesa.

—Escuché a James decirlo antes de que echase a correr. Creo que acertó en su valoración sobre ti.

—Ah, así que esos cuatro son amigos suyos. Debería encontrar mejores compañías.

—Sí. Y pensar mejor las cosas también. No tengo remedio. Haces bien, ¿sabes?

—¿En qué hago bien?

—En que yo no te agrade. Solo te traería desdicha.

—Aunque la conversación resulta encantadora, sería mejor entrar.

Ella lo dejó apoyado sobre la pared de piedra y fue a buscar la llave que estaba escondida bajo una piedra junto a la puerta. Entonces el cielo descargó con fuerza.

La vio sonreírle con suficiencia.

—No te vanaglories tanto sobre conocer el clima, muchacha. Hemos decretado que eres una bruja y eso está entre tus muchas habilidades. ¿Quién te enseñó a disparar ese arco?

—¿Quién cree?

—¿Ewan?

—No, mi abuela. Mi hermano tenía cosas más importantes que hacer para que la familia sobreviviese. Mi abuela, por otro lado, me dijo que… —Se silenció de golpe. No. No podía ser.

Catriona se quedó helada. El recuerdo la golpeó como el trueno que se acababa de escuchar en la nuca. Vio a su abuela, mientras la ayudaba a poner recto el arco porque ella lo tenía inclinado y se burlaba. Le dijo que: «Llegará el día en que tus flechas salvarán lo que más quieres, así que presta atención y no juegues, muchacha». El aire se le escapó del pecho de golpe y tuvo que apoyarse en la jamba para no doblarse.

Rafe la observó con los labios pálidos y el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te dijo tu abuela?

—Nada importante.

—No lo parece. Si vas a desmayarte, ten en cuenta que no podré ser un galante caballero, me faltó poco para suplicarte que me alzases en tus poderosos brazos, Catriona.

—¿Servirá de algo si lo llamo al orden para que no utilice mi nombre y me trate con la misma formalidad que yo a usted?

—¿Después de haberte llamado salvaje, vieja, amargada y bruja escocesa, pretendes que vuelva a la formalidad? —se mofó él.

—¿Comprende que cada vez que recuerda esos insultos es como si me los volviese a escupir? Y por cierto, soy fuerte, pero me hace parecer un bruto escocés parecido a Ewan cuando dice que yo podría auparlo.

—Es justo. Tú me haces sentir como una damisela en apuros.

—Usted estaba en apuros cuando le he salvado la vida —le recordó enfurruñada.

—Y por eso doy por seguro que podrías cargarme en tus poderosos brazos —rebatió él—. No discutas más conmigo, no ganarás esta vez. Dime qué te ha pasado. Te has puesto pálida como la muerte misma al recordar algo importante.

—¿Cómo sabe el aspecto que tiene la muerte?

—Porque la acabo de ver de cerca hace escasos minutos. ¿Me cuentas lo que te ha turbado?

—Ha sido un mareo. Entre y siéntese antes de que caiga redondo.

Al fin entraron. La casita olía a madera vieja y tomillo seco. Se escuchaba bien el sonido de la lluvia encabritada contra los cristales. Catriona lo acompañó hasta el sofá y él se sentó. Dejó el arco y el carcaj en el suelo.

—¿Traes aquí a muchos caballeros, Catriona? —inquirió burlón.

—Tiene la suerte de ser el primero. No se duerma —le ordenó.

Cruzó la estancia, posó una rodilla en la alfombra y colocó los troncos en la chimenea para

hacer fuego. Iban a estar ahí atrapados durante unas horas. La chimenea comenzó a cumplir con su cometido y el calor mordisqueó la humedad de las paredes. Cuando se volvió hacia él, Rafe la miraba con esa mezcla insoportable de ironía y ¿deseo?

—¿Por qué me mira de ese modo?

—¿Hay algo que no sepas hacer?

—¿Me censura por estar preparada para cualquier eventualidad?

—Se supone que las mujeres necesitan la ayuda de un hombre para todo.

Ella alzó una ceja.

—Entonces, sí que puede que yo sea un bruto escocés y no una mujer.

—No. Tus pechos te delatan.

Ella resopló.

—¿No se supone que un inglés no debe enunciar ninguna parte del cuerpo femenino, menos los senos?

—No te sonrojas con facilidad. Sobrevivirás a mi grosería tal y como has sobrevivido a las demás. Dime una cosa… ¿debo prepararme para recibir visita?

—¿A qué se refiere? —inquirió ceñuda.

—¿Con quién te reúnes aquí? —Por algún extraño motivo le molestaba imaginársela en ese lugar acompañada por un fornido caballero que la abrazaría, le daría besos y… ¡Dios! Estaba celoso. La comprensión de ese hecho lo hizo jadear.

—Una nueva ofensa… Por lo visto soy una falda ligera además de las otras lindeces que me dedica. ¿Qué le ocurre? —preguntó ella al verlo tan rígido de pronto.

—Me han dado una paliza. Eso sucede —improvisó.

Catriona se levantó y entró en la pequeña cocina del lugar. Luego regresó con una jofaina con agua, paños limpios y una botella de aguardiente.

—No me pregunte de dónde ha salido todo. Lo encontré aquí cuando descubrí la casa. Y

tiene suerte de que tenga lo necesario para atenderlo. Le prohíbo que se queje.

Él intentó sonreírle.

—Eres tan feroz como un lobo. Sé que no debería gustarme que te muestres tan tirana, pero me agrada.

—Soy práctica, no tirana. Inclínese.

Le limpió la sangre de la ceja con pases firmes, sin malgastar ternura. Rafe respiró hondo, una y otra vez, decidido a no regalarle un quejido, pues le dolía todo el cuerpo. No lo logró del todo; la comisura se le crispó cuando el paño encontró el golpe del pómulo. Catriona siguió curándolo, fría por fuera y tratando de controlar sus dedos trémulos.

—¿Cómo encontraste este lugar? —preguntó él, pues necesitaba concentrarse en otra cosa que no fuese la cercanía de ella. Esos labios se veían tan jugosos, sus ojos tan ardientes… Esa escocesa era una tentación para Rafe. Una tentación contra la que lucharía con uñas y dientes.

Catriona suspiró.

—Constance tiene buenas intenciones, pero me tiene harta con sus planes de casamentera. Salí un día para huir de… —se silenció.

—¿Del niño al que le hablaste de copular y de ovejas? —dijo en alusión al joven pretendiente que la había acosado hasta que ella logró espantarlo.

Cat le sonrió.

—Salí a pasear y me topé con este refugio que me protege de las flechas casamenteras de Connie.

Rafe se recostó despacio. Cat se dio cuenta de que el fuego le encendía un destello cobrizo en los ojos.

—¿Vas a decirme con quién te reúnes aquí? Uno no encuentra un lugar así y no lo aprovecha al máximo para cosas excitantes.

—Ni se le ocurra cambiar el respaldo de los árboles por esta casa. Si vengo un día y está usted aquí compartiendo la cama con una dama, le aseguro que no me iré a ninguna parte.

Él soltó media carcajada porque el hecho de reírse no era fácil debido a las magulladuras.

—¿No te dolió ni un poco pensar en que otra mujer había gozado conmigo? —indagó.

—Me dolió pensar en que el esposo de ella estuviese siendo traicionado. Me dolió también por usted. No debería conformarse con las migajas, lord Rafe.

—¿Sientes lástima por mí? Espero que no, porque puedes ahorrártela.

—¿Lástima? Si no la siente usted mismo, ¿por qué debería sentirla yo? Le he escuchado quejarse mucho sobre su suerte, sobre que debí dejarlo al alcance de quienes pretendían hacerle más daño, o de que es mejor que no me interese. Eso solo significa que no está contento con el modo en el que lleva su existencia, en cambio dudo mucho que haga algo por variar el rumbo de su vida. No, milord. No me compete a mí consolarlo o compadecerlo, pues sé que es consciente de que sabe que no está haciendo las cosas bien y no pretende hacer nada al respecto.

—Y tan santa como tu maldito hermano —refunfuñó—. Prueba a darme ese sermón sin utilizar la cortesía y te quedará más directo. Usa mi nombre, Catriona.

—*Nay* —se negó.

—¿No? —Ella negó con la cabeza de nuevo—. ¿Por qué no?

—No es apropiado.

—No lo haces por atenerte a las normas. Lo haces porque me tienes miedo.

—¿Miedo?

—Yo he admitido que no debería sentirme tentado por ti. Sé valiente y admite que te perturba sentir lo mismo por mí.

—Dijo antes que tiene a todas las damas encandiladas, no creo que sumarme a su larga lista sea…

—Cuidado, escocesa —la interrumpió—, comienzas a sonar celosa.

—¿Lo halagaría si estuviese celosa?

—Rafe. Di mi nombre si no tienes nada que temer de mí.

—Rafe, entonces. No me provoque. Le estoy curando las heridas; no me obligue a causarle otras.

Él soltó una risa breve que le hizo sentir dolor. Catriona le sujetó el hombro para mantenerlo quieto; bajo la palma notó un temblor que no confesó. Cambió el paño de la ceja, humedeció otro y lo posó en la comisura del labio.

—Me gusta el modo en el que parece que te preocupas por mí —le confesó, sin comprender el motivo de soltar una cosa tan inquietante.

—Lo haría por cualquiera que necesitase mi ayuda —restó importancia.

Él apretó los dientes.

—¿Por qué te disgusto tanto? ¿No puedes darme un poco de consuelo?

Ella abrió los ojos con sorpresa.

—No sé qué quiere de mí, Rafe. Me pide que no lo trate con condescendencia y al segundo después me dice lo contrario. No soy una mujer dada

a la ternura. De donde vengo eso no es una virtud, es una debilidad.

—¡Qué me aspen, si sé lo que me ocurre cuando estás cerca! Me vuelves loco.

—Eso no es difícil de entender. Vuelvo loco a todo el mundo. Ewan mismo podría dar fe de mis palabras. Deme una semana más y Connie me mandará de regreso a Escocia porque no puede tolerarme.

Rafe se calló. El fuego prendió una rama y lanzó un puñado de chispas. Afuera, la lluvia caía sobre el tejado con la cabezonería de un tambor. Se quedaron mirándose el uno al otro a los ojos. Una escena demasiado íntima. Catriona sabía que debería salir corriendo de allí. Aunque no quisiera admitirlo, ella se sentía del mismo modo que él acababa de confesar, solo que no era tan valiente para hablar de ello a viva voz.

—¿Quiere explicarme lo sucedido con esos rufianes?

—No. En cambio, podríamos dejar de declararnos la guerra por un rato. Solo hoy. Aquí.

Catriona no contestó enseguida. Exprimió el paño, escuchó el crepitar y le sostuvo la mirada de nuevo.

—Podemos hablar —concedió—. Pero no intente seducirme con sus tretas.

—Sería un desperdicio. Me imagino que me las destriparías todas con el mismo ingenio que yo te las dedicaría. Está claro que me equivoco, no me temes. Me detestas, mientras que yo sigo sin saber si debería besarte para probar una locura que se me ha ocurrido.

Catriona dejó el paño en la jofaina y se puso de rodillas delante de él. Suspiró y lo miró a los ojos.

—No. Tiene razón en una cosa.

—¿Sobre qué? ¿Sobre que me odias?

—No me siento cómoda cuando usted está cerca. —Ya estaba; se lo acababa de confesar.

—¿Por qué?

—¿No puede aceptar lo que he dicho como un cumplido y olvidarse del asunto?

—No, porque ahora tengo más ganas de besarte para ver si de verdad eres tan inmune a mí como te empeñas en demostrarme.

—No está en condiciones de tratar de besar a nadie. No presenta su mejor imagen.

—¿Quieres que lo intente cuando esté mejor? —indagó.

—*Nay*. Hace diez años decidí que no sería su presa y eso no ha cambiado.

—¿Mi presa?

—No me sumaré a su lista.

—No tengo ninguna lista.

—A sus conquistas, pues.

Él abrió los ojos con suma sorpresa.

—Sientes algo por mí que desearías que muriese.

—¿Su vanidad exige que conteste afirmativamente?

—No. No hace falta. Lo has dejado ya claro.

—Estoy cansada de luchar contra…

—¿Contra qué? —la azuzó.

—Contra usted.

—Acabas de confesar que estás loca por mí, como mínimo puedes prescindir de la formalidad.

—Loca sí que estoy, pero no por usted.

—Terca como una oveja.

—Las ovejas no son tercas, lo son las mulas.

—Quizá sea así. Entiendes más de animales y campo que yo. ¿Y si intentamos ser… amigos?

La palabra estaba enmascarada. Ambos lo sabían. Un hombre y una mujer rara vez podían ser amigos sin que sucediese algo más. Catriona sopesó la propuesta como se tanteaba un cuchillo antes de usarlo. Si él se mantuviese alejado ella no se sentiría tan incómoda, pero dudaba que Rafe la dejase en

paz, en especial después de confesarle que se sentía atraída por él.

—No es imposible —dijo por fin.

Notó que él tragaba saliva con gran esfuerzo.

—Comienza por ser menos formal conmigo.

—Lo intentaré, aunque sé que no debería.

—¿Por qué? —siguió él con su interrogatorio.

—Eres como un perro con un hueso, Rafe.

Al ver que ella aceptaba su petición le sonrió con dulzura.

—Acabo de hacer un gran descubrimiento.

—¿Cuál? —preguntó falsamente sorprendida.

—Me deseas.

—Presuntuoso. No es eso.

—¿Qué es, pues?

—No lo sé. Es algo extraño que no logro comprender.

—Te sucede lo mismo que a mí. Es deseo, sé de lo que hablo.

—Me ha dolido, Rafe.

—¿Qué? —Se había perdido algo.

—El modo en el que me has restregado tu experiencia.

—Como si tú no la tuvieses en absoluto… —refunfuñó.

—¿Qué has dicho? —Había hablado tan bajo que no lo entendió.

El silencio que siguió ya no fue hostil. Catriona se dio cuenta de que él no iba a hablar, así que recogió la bandeja, ordenó los paños y se fue para dejarlos en la cocina. Al volver, lo encontró

sentado, no recostado. Había cansancio en su rostro, sí, pero también una claridad nueva, una especie de respeto que a ella le provocó una reacción extraña.

—Siéntate a mi lado —le pidió con suavidad.

—No debería.

—No haré nada malo. Te lo prometo. Además, tú misma lo has dicho antes; no estoy en condiciones de impresionar a una dama, menos a una que ha demostrado que no se asombra con facilidad.

—Está bien.

Ella se ordenó no ser una cobarde y se sentó a su lado.

—Gracias —dijo él, muy bajo.

—No me las des. No es necesario.

—Eres una mujer muy especial, Catriona. No me había dado cuenta de cuánto hasta ahora —le dijo con sinceridad.

Iba a contestar con un corte ingenioso. Ladeó el rostro para buscar su mirada. Abrió la boca

y no le salió nada. Rafe posó los labios en los suyos con una delicadeza que desmintió su fama de pícaro desalmado. No reclamó, no se impuso, no pidió más. Fue un beso breve, limpio, pero excesivamente peligroso, pues era un claro aviso. Catriona no era ninguna muchacha ingenua. Ese pequeño roce era una declaración.

El corazón de Cat estaba desbocado, como si hubiese corrido por una colina empinada. Rafe se separó de ella y la miró con intensidad.

—¿Piensas abofetearme?

—Lo hubiese hecho ya en caso de haber considerado que era lo que debía hacer —respondió sin máscaras.

—¿Vas a negar que este beso ha sucedido?

—Eso sería una cobardía.

—Y tú no eres una mujer cobarde. Eres una valiente escocesa que me ha salvado la vida. Bien. Es un principio. Cuando esté repuesto te demostraré que puedo hacerlo mejor que ese casto beso.

—Estás dando por supuesto muchas cosas.

—Y cada una se cumplirá, Catriona. Prepárate porque eres el hueso y soy un lobo, no un perro faldero.

—Esto será un error… —musitó ella.

Él no alegó nada al respecto de su observación. Rafe comenzó a acomodarse en el sofá, de tal modo que colocó la cabeza sobre el regazo de Catriona y las piernas se le quedaron estiradas hacia el otro lado. Le cogió la mano y se la colocó en su propia cabeza.

—He cambiado de idea. Me vendría bien tu consuelo. Acaríciame el pelo y permíteme descansar sabiendo que alguien hoy se ha preocupado tanto por mí como para enfrentarse a cuatro hombres. No pienso olvidarlo nunca, Catriona.

Así fue como, por primera vez en años, Rafe Deverell concilió el sueño con la tranquilidad de saber que cuando se despertase alguien muy especial seguiría preocupándose por él.

La hermana de uno de sus mejores amigos lo había hecho soñar con algo más que un

buen revolcón. Y precisamente era el mismo que, un año atrás, le robó una posible esposa. Sí. Ewan MacCrae era más un enemigo que otra cosa en esos momentos, pensó con deleite.

¡Venganza y diversión!

¡Qué delicia!

Capítulo 4

Una persecución maravillosa

Infierno. Aquello era el infierno.

Rafe se había despertado con la boca seca y el cuerpo más pesado que el mismo plomo. La lluvia había dado tregua y quedaba en el ambiente un olor a tomillo y a humo reciente. Tardó un momento en acordarse de los incidentes de hacía unas horas. Antes de abrir los ojos ya sentía su irritación porque sabía que su salvadora no estaba con él. Se incorporó y observó la habitación por si ella se había movido de lugar.

—¿Catriona? —la llamó, aunque sabía que no obtendría ninguna respuesta.

Se había marchado. Lo había dejado solo.

La maldijo, claro. No con rabia, sino como se maldecía a la tormenta que se retiraba justo cuando uno empezaba a disfrutar del acompañamiento, porque, oh, sí, esa mujer iba a volverlo completamente loco.

Había huido. O había decidido no tentarse. Con Catriona era difícil distinguir una cosa de la otra. Aun así, no se sintió realmente ofendido. La idea de perseguirla —de tener que ganarse cada mirada, cada palabra, cada migaja de confianza— le calentó la sangre de un modo incómodo y delicioso. Olía a reto. Y él había vivido demasiados años sin retos que importasen.

Se incorporó despacio y notó un nuevo vendaje ajustado con precisión; la botella de aguardiente seguía en la mesa, la jofaina tenía agua limpia y a su lado descansaban los paños doblados. Antes de marcharse lo había dispuesto todo para que él pudiese volver a curarse en caso de ser necesario. Nada de gestos grandilocuentes. Eficacia y… preocupación. Catriona no sanaba para cobrar favores. Lo atendió porque consideraba que era lo correcto y había demostrado una paciencia excesiva con él. Y eso, para un hombre que se había pasado

media vida sin que nadie lo tuviese en cuenta, era reconfortante.

Ella le agradaba. Le gustaba demasiado. No, no la buscaba solo por su orgullo herido. Su arrogancia habría exigido triunfar sobre ella, probarle algo, restregarle la victoria cuando admitió que no era indiferente ante él tampoco. Lo que sentía no pedía trofeos. Pedía calma. Pedía estar donde estuviese ella, aunque fuese en la sombra, aunque fuese callado y observando. Le pasaba con muy poca gente; en realidad, no le había pasado con nadie. Ni siquiera con Constance. Y aceptar aquello lo dejó sentado un instante con la vista perdida en las brasas de la chimenea. Sí, vengarse de Ewan a través de su hermana habría sido una ironía brillante; durante años había vivido de ideas descabelladas que parecían buenas. Pero esto no era eso. Había algo en esa escocesa que lo llamaba como el canto de una sirena: sensual e inevitable.

Pensó en su abuela, la duquesa. La única persona que, a su manera, se había preocupado de que comiese y no le faltase de nada, de que caminase por el buen camino y no convirtiese su apellido en una burla. También había sido la única que le soltó la mano con un ultimátum: «cásate si quieres seguir viviendo como lo haces». A veces la

protección se parecía demasiado a una cuerda. La de su abuela apretaba por el lado del deber. La de Catriona, en cambio, no apretaba; lo sostenía. No le había exigido nada, no le había arrancado una promesa; le había ofrecido su cuidado cuando era lógico que él le hubiese entregado cualquier cosa que ella hubiese demandado. Le habría dado todo lo que le pidiese porque ella lo había salvado. Y luego lo había dejado solo. ¿Por qué se había marchado?

¿Estaría asustada? ¿Habría recapacitado sobre lo que sentía por él?

No importaba demasiado. La elección, comprendió, ya estaba hecha y la decisión tomada. Había pasado años convencido de que no le importaba a nadie. Había adornado esa certeza con cinismo, con amantes de paso, con sonrisas que no lo comprometían a nada. Hacía escasas horas, una mujer lo había visto de rodillas en su peor momento y, en lugar de apartar la vista o aprovechar la ocasión para ponerse a salvo, había tensado un arco por él. Había arriesgado su vida para que él viviese. Ella le restó importancia al gesto, dijo que lo hubiese hecho por cualquiera y Rafe la creía. Lo malo era que él no era cualquiera; era el hombre que llevaba diez años pensando en la única mujer que lo mandó al infierno sin un solo remordimiento. A la que un año atrás, él,

durante la boda de su amigo, no se había atrevido ni a mirarla por temor a descubrir que podría ser la mujer indicada. Un par de flechas habían servido para que Rafe comprendiese que encontrarse con Catriona no había sido casual. Ni la primera, ni las siguientes veces. Tampoco era solo deseo lo que sentía por la mujer que le había dado la vida de nuevo. ¿Cómo iba a reducir esa mañana a un capricho carnal?

A Rafe le pesaban las viejas costumbres: el deseo de resarcirse de Constance, el catálogo de conquistas con el que hacía ruido para no oírse por dentro, la arrogancia que servía de armadura… Todo eso se quedaba pequeño frente a lo que se le había abierto en el pecho cuando ella se vio las caras con cuatro malhechores sin echarse a temblar. Y también sin temblar lo había recogido del suelo, ayudado a caminar y luego lo había cuidado. Había conocido la lujuria mil veces. La necesidad también. Aquello era otra cosa. Era lealtad naciendo de la nada. Era reconocimiento. Era esperanza.

¡Demonios! Salvarle la vida lo había arruinado para el resto de las damas. Ninguna estaría a la altura de la señorita Catriona MacCrae. Las demás palidecerían siempre en comparación.

Aceptar todo lo que esa escocesa significaba para él le dio vergüenza y alivio a la vez.

Vergüenza, porque admitir sentimientos era perder el control, y él había jugado demasiadas partidas para no valorar el control. Alivio, porque de pronto comprendió por qué la miraba como se miraba una salida en un pasillo sin puertas. Si Catriona lo había salvado, quizás el mundo no estaba decidido del todo en su contra. Quizás quedaba margen para merecer algo más que los restos de la pobre consideración de una amante.

Se puso en pie. Le dolía todo el cuerpo; se permitió el lujo de sonreír a medias. Ella había elegido marcharse antes de que él despertase. Bien. No sería fácil conseguirla. Tampoco él quería que lo fuese. Había perseguido muchas cosas por capricho, por aburrimiento o por vanidad. A Catriona no podía buscarla por ninguna de esas tres cuestiones. Tenía que perseguirla porque la quería feliz y cerca; porque su risa seca y el modo en el que lo juzgaba con palabras elocuentes le habían puesto orden al caos, porque por primera vez en años se había dormido con la certeza de que, al despertar, tendría una razón para seguir respirando. Una buena razón.

Maldita fuese. Aquello iba a complicarlo todo. Y, sin embargo, sintió que la vida, por fin, se le complicaba en la dirección correcta. Afuera, el cielo seguía encapotado. Dentro, un hombre despertaba

con un reto. Rafe recogió el carcaj y el arco que ella había dejado en la cabaña. Miró el conjunto con media sonrisa. Esas dos sencillas armas habían cambiado el transcurso de dos destinos. Iba a conquistar a Catriona y no se rendiría hasta lograrlo, aunque le daba pánico saber que podría enamorarse de ella con facilidad. ¿Cómo no hacerlo de la mujer que había mirado a la muerte a los ojos y le había quitado de las manos al tercer hijo de un marqués que no valía demasiado? Aceptarlo no lo hacía menos hombre. Lo hacía, sin duda alguna, un hombre libre que sabía hacia dónde debía caminar para conseguir la felicidad.

Además, no sería complicado hacerle comprender a la escocesa que ambos debían estar juntos. Ella ya le había confesado que tenía sentimientos por él. Tal vez en un par de días podrían estar felizmente casados.

¡Una licencia especial! Sí, eso agilizaría las cosas. Ella sería feliz, él más y los abuelos festejarían la noticia con gran entusiasmo.

Nada podía salir mal.

***

Catriona alzó la cabeza y dejó que el aire frío le despejara la mente. Sensata. Esa era la palabra clave de toda la situación. Una mujer sensata no miraría ni dos veces a un hombre como Rafe Deverell. No conocía la lealtad como ella la entendía —esa que era tan inquebrantable como el mármol— ni el deber como lo había mamado en casa —ese que se seguía para sobrevivir—. Él había hecho del encanto una herramienta y de la belleza su único don; se movía por salones donde la palabra «promesa» se gastaba con la ligereza de los abanicos. Y, con todo, la sensatez se le agrietaba cuando pensaba en Rafe.

Diez años atrás ya lo había visto y apreciado. El corazón le pertenecía a otro, y, aun así, registró el envoltorio: ojos de pecado, boca de peligro y ese andar de un hombre acostumbrado a que lo persiguiesen. Entonces lo mandó lejos con buen criterio; no tuvo ni que alzar la voz. Bastó una mirada seca y unas palabras bien elegidas. Esa mañana habría querido repetir la proeza y no pudo. La sensatez no podía imponerse a la atracción por más que le pesase a la escocesa. Ese hombre no era para ella, y pese a estar segura, no lograba que saliese de su mente.

No estaba ciega. Rafe era un hombre, con todo lo que ello implicaba y alguna cosa más. Había estado lo bastante cerca, mientras atendía sus heridas, como para sentir el peso real de su cuerpo: no era ningún enclenque. Bajo la chaqueta destrozada había músculo en su sitio y resistencia almacenada. En una pelea justa, Rafe podría haber tumbado a cada uno de los cuatro. De eso no dudaba. Pero los cobardes no buscaban justicia. Cuatro contra uno insinuaba varias cosas: un ajuste de cuentas por dinero, orgullo malherido, o una falda involucrada… ¿Cuál de todas sería? Ella apostaría por la última. Involucrarse con mujeres casadas era una sentencia firme. Por más que un marido fuese desleal, la vara de medir era muy diferente para las esposas. Ellos se enfadaban y podían vengarse por la ofensa.

Cat se había ido de la cabaña porque sabía lo que pasaría si se quedaba. Él se despertaría y le susurraría un par de frases sinceras que a ella le abrirían rendijas en la coraza. No era tan dura como se creía cuando Rafe la miraba de frente. Lo peor no era el deseo; al deseo se le podía poner un cepo. Lo peor era esa extraña calma que él traía consigo a ratos, como si, debajo de la máscara, hubiese un hombre lleno de cicatrices. Y a ese hombre ella

quería comprenderlo y sanarlo. Eso sí que la asustaba.

«Tus flechas salvarán lo que más quieres», había dicho su abuela. ¿Y si no hablaba de otra persona, sino de ella misma? ¿Y si la flecha no era el disparo, sino la elección? Había tensado el arco por él. Había herido a sus captores para que viviese. ¿Qué significaba en realidad? Quiso responderse que nada, que lo habría hecho por cualquiera. Casi se lo creyó. Casi.

¿Quién era, entonces, Rafe Deverell? ¿Un libertino con muchos remordimientos que no dejaba que saliesen a flote con facilidad, o un hombre con ganas —de verdad— de hacerse cargo de sí mismo? Le había visto el brillo insolente, conocido la broma ofensiva y el orgullo bien templado. Pero también había visto lo otro: gratitud sincera, ese instante especial antes de besarla. Sabía que él se sentía solo y que lo habían relegado a la nada, porque su opinión de sí mismo era baja.

Era necesario aceptar que Raphael Deverell, con sus sombras y claridad, la atraía. Aceptó que no era solo por su bonita cara —ese rostro que provocaría suspiros en una abadía llena de monjas dedicadas a Dios— ni por su lengua —afilada como una hoz—. Le atraía lo que había debajo de la

fachada. Esa forma de resistir, el hastío que le había confesado y su capacidad rara de reírse incluso cuando la situación escocía.

No quería salvarlo más allá de haber tensado su arco. No pretendía enderezarle la vida. No era sanadora de almas ajenas. Pero quería saber si había un hombre ahí que pudiera sostenerse solo a la par que mantener a alguien más. Quería tenerlo cerca. Quería, contra toda prudencia, comprobar si esa intensidad que había sentido entre ambos no era un espejismo en medio de una tormenta, sino un lugar seguro.

Pensó en Ewan. Si Rafe tenía problemas —y estaba más que claro que los tenía— necesitaría un aliado. Un mundo en el que Rafe no estuviese sería muy sombrío. Catriona lo tenía más que claro. Porque a ella también le costaba respirar cuando él estaba cerca.

No era romanticismo. Era un hecho. Había visto a muchos hombres creerse invencibles; había querido a uno más que a los demás. Un escocés que la hizo soñar y después de aquello decidió no volver a ilusionarse. Cerró los ojos un momento porque el recuerdo dolía. Una manera de aniquilar el dolor había sido levantar un muro. Rafe lo

estaba derribando. Piedra a piedra. Con gran facilidad. Demasiada.

Siguió caminando. Catriona encontró a Ewan donde Lydia le dijo que estaría: en la biblioteca pequeña, medio a oscuras, con Constance encajada en sus brazos como si el mundo les perteneciese. La escena habría enternecido a cualquiera; a Catriona le arrancó una sonrisa breve antes de carraspear. *Lady* Dunrath se separó un poco de su esposo. Aunque cuando Catriona se mostró del todo, Connie todavía se sostenía de las solapas de Ewan, y la miró con esa mezcla tan suya de dulzura y severidad.

—Vaya, vaya —dijo Constance—. En esta fiesta hay una gran desaparecida que ha decidido regresar de su escondite. Resulta que responde al nombre de Catriona MacCrae.

—No soy la única que ha encontrado un escondite en el que refugiarse a plena luz del sol —replicó la aludida—. Lamento importunar.

—No te disculpes —le pidió Connie, divertida. Ya se había colocado al lado de su marido —. Llevas dos días escapando de mis redes. ¿Por qué no me dejas hacer lo que tu abuela me encomendó? Hay excelentes partidos en esta fiesta, Cat.

—Lo que tú tiendes no son redes, son sogas con lazo —argumentó para luego guiñarle un ojo—. Le dije a mi abuela que regresaría del mismo modo en el que partí: soltera, más mayor, igual de agria y con la misma fuerza. Pienso cumplir la promesa que le hice, así que céntrate en Lydia. La muchacha lo agradecerá más. Ahora necesito robarte a mi hermano unos instantes, por favor.

Constance leyó en la cara de Catriona lo suficiente como para no insistir más. Apretó los dedos de Ewan, le dio un beso rápido en la mejilla y se giró hacia Cat.

—Te apoyas siempre mucho en tu hermano. Eso lo admiro mucho. Pero no olvides que también me tienes a mí. Cuando me necesites solo tienes que buscarme, ¿lo sabes, verdad?

—Sí, por supuesto. Es un asunto que atañe a los amigos de Ewan, Constance. No es nada que deba inquietarte —trató de tranquilizarla. Connie era una inglesa capaz de cargar con todos los problemas de quienes le importaban. La admiraba por ello. Solo Ewan había logrado que su mujer se relajase lo suficiente como para hacer que le dejase algunos asuntos que él podía solucionar.

—Entonces será grave. Esos tres bribones podrían provocar una guerra si se lo propusieran. Os dejaré a solas.

Constance salió con ligereza, y el silencio de la biblioteca se acomodó de nuevo entre los lomos de cuero. Ewan no se movió del todo; solo la miraba, atento.

—Confío en que sea importante. Me has robado unos momentos preciosos con mi dama, Catriona.

—Lo es.

—Me lo imagino. Habla —le ordenó—. Tienes la mirada de cuando se avecina tormenta.

—No exageres. Es… una cosa que… En fin, he oído comentarios.

—¿De quién?

—De nadie que importe. Lo relevante es el contenido.

Ewan cruzó los brazos, paciente.

—Contenido.

—Dicen que lord Rafe podría tener problemas —soltó Catriona, muy comedida—. Con tipos poco recomendables. Gente que quiere hacerle daño.

Ewan no parpadeó.

—¿Dicen? —repitió.

—Lo he escuchado más de una vez —insistió, porque no estaba dispuesta a narrar lo que había visto y hecho por ese amigo de su hermano—. Ya me conoces, soy silenciosa, no suelo prestar atención a cosas que no son importantes y esto me parece que lo es.

—Rafe es una clase de hombre que atrae los problemas, Cat.

—Cierto. Me bastó verlo un segundo para saberlo. —Estaba recordando su primer encuentro años atrás—. Por eso te lo digo. Es tu amigo y creo que deberías indagar más sobre la cuestión.

—No lo pongo en duda. Lo que no comprendo es el motivo de tu preocupación.

—¿Preocupación? —trató de sonar neutra—. Como amigo, deberías interesarte por su bienestar. Pensé que te agradaría saber que tiene problemas. Eres conocido por no abandonar a nadie que precise tu ayuda, aunque no te la hayan pedido —remató, formal.

Ewan afinó la mirada sobre ella.

—*Aye*. Entiendo cada palabra que dices. A ti, como mi hermana, te interesa el asunto sobre Rafe… ¿por qué exactamente?

—Por lo mismo —contestó, sin vacilar—. Por el bienestar de un amigo tuyo. No pienso quedarme callada si veo una amenaza que podría salpicarte. Además, te conozco muy bien. Sé que jamás podrías volver a dormir en caso de que a alguien que te importase le sucediese algo malo y tú no hubieses intentado remediarlo.

—Ajá —dijo Ewan, con calma—. Curioso. En todos estos años no recuerdo que te interesases por ninguno de mis tres mejores amigos. Ni siquiera por Simon, con quien te llevas mejor que conmigo cuando se te antoja.

—Simon sabe cuidarse solo —replicó, seca.

—Rafe no —tradujo él.

—Supongo que lord Rafe sabe cuidarse a su manera —rectificó, usando el título de él de modo deliberado—. Pero cuatro contra uno no es una manera, es un linchamiento.

Ewan frunció el ceño.

—Así que has visto algo.

—He oído algo en ese sentido —repitió ella, más fría.

—Me acabas de decir que me conoces bien, Cat. No deberías olvidar que yo también a ti. Estás preocupada en exceso porque sabes que no son simples rumores lo que aseguras que has escuchado sobre mi amigo. Y no quieres contarme la verdad sobre… lord Rafe.

La pausa sobre el título fue mínima, pero logró su cometido. Catriona alzó la barbilla.

—He cumplido con mi parte. Te he puesto sobre aviso. ¿Qué pretendes con este interrogatorio, Ewan? ¿Preferirías que me hubiese callado mientras sospecho que uno de tus amigos está en problemas? —lo atacó.

—Lo que necesito saber es el motivo por el que te interesas por él —matizó Ewan—. Eres leal y te preocupas solo por quien lo merece. Acabo de descubrir que tu preocupación incluye a un hombre que no debería merecerla. Ya sabes, porque mi siempre sensata hermana, esa que sabe juzgar a una persona con un simple golpe de vista, no aprobaría a Rafe.

—¿Entonces por qué eres amigo de un tipo como él, hermano? —replicó.

—Es complicado —le dijo con sinceridad.

—Suena a evasiva.

—Porque lo es.

—¿Cuál es el motivo por el que no compartirías la verdad con tu hermana, bruto escocés? —El apelativo, lejos de ser un insulto, ambos sabían que era un cumplido.

—La pregunta correcta debería ser: ¿cuál es el motivo por el que yo debería compartir una verdad contigo cuando tú no respondes a mi cuestión?

—¿Qué quieres saber? Solo he pensado que hay rumores bastante creíbles sobre que uno de tus mejores amigos está en serios problemas. He venido a explicártelo porque he supuesto que querrías saberlo, más si alguna de sus acciones puede acabar involucrándote a ti.

—Hermosa teoría —dijo Ewan, al tiempo que le sostenía la mirada con la misma dureza que Cat lo hacía con él—. Pero sigues sin responder a la pregunta que me interesa.

—Hazla entonces y seré clara —lo retó.

—¿Qué te importa Rafe?

—Lo que debe importarme —contestó—. Es amigo tuyo. Estoy alerta. No me quedo callada cuando sospecho que puede haber algún tipo de injusticia detrás.

—Qué respuesta tan… reglamentaria. ¿Y si te la formulo de otro modo? ¿Rafe te gusta?

Catriona soltó una risa breve, cortante.

—¿Y qué debería importarte a ti si así fuese? ¿Acaso no estoy aquí para encontrar un esposo?

—Los dos sabemos que no viniste a la fiesta para tal fin.

—Puede que haya cambiado de idea. ¿Hay algún motivo por el que no debería elegir a ese amigo tuyo en concreto?

—¿Es una manera de decirme que Rafe te interesa?

—Es una forma de hacerte ver que no puedes obligarme a participar en una reunión y luego quejarte sobre mis intereses.

—Rafe no es como tú ni como yo, Cat —le explicó con suavidad.

—Constance tampoco —zanjó con un golpe muy directo.

Ewan suspiró. La cosa era más grave de lo que suponía si Catriona acababa de utilizar esa baza.

—Mi esposa ha sido educada de un modo muy diferente a ti y a mí. Es muy fina y cree en la sociedad, en la etiqueta. Lo sé bien, pero ella conoce la lealtad y una vez que te has ganado su corazón, cruzará el infierno si debe hacerlo para

salvar a cualquiera que le importe. No es como nosotros, Cat, pero tiene las mismas convicciones que nosotros.

—Y por eso la abracé cuando la trajiste a casa y la acepté. Jamás dudaría de que mi hermano no supiera elegir bien.

—¿Me estás diciendo que Rafe sería una buena elección?

—Estoy tratando de explicarte que tu amigo tiene un serio problema. No soy una mujer que huela el peligro y se eche a un lado. Yo no puedo ayudarlo. Eso te compete a ti.

—El asunto ha sido debidamente anotado, Cat. Haré algo al respecto. ¿Qué hay de la otra cuestión?

—¿Qué otro asunto?

—¿Crees que yo debería aprobar a un hombre al que eligieses aun teniendo sospechas sobre que no sería adecuado?

—Considero que la abuela y tú me habéis enseñado bien. No deberías cuestionar mi juicio si no quieres ponerte a ti mismo en la misma

tesitura. Si erro en mis decisiones solo será porque no hiciste bien tu trabajo cuando me enseñaste a decidir por mí misma, ¿o acaso me consideras una mujer pusilánime que debe ser protegida del mundo, Ewan? Porque tengo que recordarte que he estado a tu lado poniendo a buen recaudo a las ovejas cuando la ventisca azotaba con fuerza. Si soy capaz de hacer bien lo que se espera de mí, también lo soy para tomar mis propias decisiones. Confío, pues, en que no olvides que no soy una dama inglesa que se crio en un salón de baile tomando té y conversando sobre sombreros y abanicos.

Él valoró con cuidado sus palabras. Cat no era ni dulce ni débil. Era una mujer fuerte que había tenido que luchar por su tierra, por su patrimonio, del mismo modo que había tenido que hacer él.

—Sea Rafe o cualquier otro a quien elijas, te apoyaré porque creo que sabes elegir por ti misma. ¿Te satisface mi respuesta?

—Ni me satisface ni no lo hace, porque no estoy aquí para encontrar un esposo.

—Y eso será todo lo que lograré escuchar de mi hermana, la que por lo visto no es ni

sensata ni agradecida. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarte, Cat?

—Sí. Ya he cumplido con la primera parte de lo que me proponía. Te ocuparás de averiguar lo que le ocurre a tu amigo. Bien, pasemos ahora al resto.

—¿A qué?

—Simon y Azrael.

—Por amor de Dios, no me digas que los tres te están cortejando, Catriona.

—No es eso. —Ella sonrió de lado con la idea y luego añadió—: Y si lo fuera, no sería un problema. Sé cómo manejarlos a los tres.

—Si tuvieses la opción de elegir entre los tres, la opción más acertada sería…

—Simon —terminó ella por él—. Sé que siempre has tenido más afinidad con él.

—Es cierto —admitió Ewan—. Simon se ciega un momento por la ira, pero luego recapacita y siempre acaba haciendo lo correcto. Rafe encuentra problemas sin buscarlos, generalmente son de faldas,

así que la mujer que tenga la valentía de acogerlo bajo su ala deberá estar preparada para enderezarlo. Mientras que Azrael…

—¿Qué hay de ese tercer amigo?

—¿Es Azrael quien te interesa y has usado a Rafe como escudo para despistarme?

—Pasar tanto tiempo en Inglaterra para complacer a tu esposa te nubla el juicio, Ewan. Nunca me iría por las ramas de ese modo tan intrincado. Mi interés en Azrael es genuino, pero no por mí.

—¿Por quién entonces? ¿Tienes alguna amiga que esté interesada en él?

—Aquí solo me tolera Lydia, sin contar a tu esposa, por supuesto. Cuando me escuches, tienes que prometerme que no gruñirás, gritarás o romperás cosas.

—Te ha arruinado. Azrael te ha…

—Por amor del cielo, hermano. ¿No acabas de decretar que sé cuidarme sola y que aprobarás a quien yo elija?

—No ha sido así del todo, pero… —suspiró de nuevo. La opresión en el pecho comenzaba a dolerle porque tenía la sensación de que lo que iba a relatarle Cat era importante y no le agradaría en absoluto. Si fuese algo sencillo lo habría dejado caer como la cuestión de Rafe.

—Se trata de Lydia.

—Busca una pala y dime qué lugar es el indicado para enterrarlo, Cat. Lo haremos desaparecer y no le diremos ni una sola palabra a nadie. A Constance tampoco. Es más, ella jamás deberá enterarse.

—Creo que Azrael no ha hecho nada que merezca tal atención… todavía.

—Todavía —masculló la palabra como si fuesen cenizas—. Dilo de una vez, Cat.

—No es nada que tú y tu esposa no hubieseis podido ver con facilidad en caso de no haber estado en vuestra quinta o sexta luna de miel.

—¿Te molesta que estemos tan enamorados como el primer día?

—No. Es incómodo veros constantemente rebosantes de felicidad, sonrisas, besos y caricias que creéis que son secretas, pero no me supone ningún problema saber que has elegido a la mujer que quieres y te quiere.

—¿Entonces qué es lo que no estoy viendo, Cat?

—Simon está muy pendiente de Lydia.

—Lo sé. Eso sí lo sé. —No le diría que se debía a que su amigo, el año anterior, le dio un ligero empujón a la muchacha para que acabase en el Serpentine con la finalidad de que Ewan pudiese rescatarla frente a Constance. Desde luego que de ese infame plan Ewan no fue consciente hasta que Simon le confesó la autoría, pero era mejor que nadie se enterase nunca.

—¿Y apruebas el interés de Simon en Lydia?

—Simon solo quiere protegerla. No hay nada romántico en la acción.

—¿Por qué se alza como su paladín?

—Porque yo estoy en mi enésima luna de miel como tú has dicho, y le pedí que le echase un ojo. —La mentira le salió del todo natural. No podía decirle que como Simon la tiró al frío Serpentine, su amigo se había propuesto resarcirla.

—Pues me temo que Azrael no lo debe ver de ese modo, porque el primo de Simon cree que él tiene un interés romántico en la muchacha y se está desviviendo por impresionarla.

—¿Los dos se pelean por Lydia? —inquirió, porque eso sí que era nuevo.

—O los dos están perdidamente enamorados de la joven o la enemistad de la que presumen la ha colocado en el ojo de la tormenta.

Ewan soltó una colorida maldición en gaélico. Catriona no se sonrojó. No era muy dada a los exabruptos pero no los censuraba cuando hacían que un hombre pudiese desahogarse.

—Azrael está tan poseído por el odio que sería incapaz de amar. Simon solo quiere proteger a Lydia, pero su primo confunde la cuestión y por eso… —suspiró—. ¿Es irreparable lo de Lydia, Cat?

—No lo creo. Pero tengo motivos para pensar que la muchacha, a pesar de no conocer la tensión que hay entre Simon y Azrael, prefiere al segundo.

—¿Cómo que lo prefiere?

—Fantasea con casarse con él, Ewan —desveló. No se sentía como si estuviese traicionando la confianza de la joven, sino salvándola de sí misma.

—Maldita sea. La chica con un demonio y tú con un pícaro sin alma. Una tormenta sucediendo al mismo tiempo que un vendaval. ¿Acaso he hecho enfadar a Dios de algún modo? —Se pasó los dedos por la barba y se la rascó.

Catriona negó con la cabeza. Se calló una réplica mordaz sobre su interés en Rafe. No era el momento de agitar el avispero.

—Lamento ponerte más peso sobre los hombros, pero sé que podrás con el asunto de Lydia.

—¿Y con el tuyo, hermana?

—Por mí no debes preocuparte —restó importancia.

—Ni el día que Dios me llame a su lado dejaré de preocuparme por mi familia, Cat. No tengas ninguna duda al respecto. Pero tú ganas, no me meteré si tú no me lo pides. Investigaré en qué lío se ha metido Rafe sin tener que delatarte. —Le daba en la nariz que ella agradecería la última observación. Y así fue, porque la vio afirmar con la cabeza con un deje de alivio—. En cuanto a Lydia, lo cortaré de raíz.

—¿Qué harás? Ella no es una escocesa acostumbrada a perder, Ewan. Es tierna y delicada.

—Lo sé. Trataré de hacer que sufra lo menos posible. Simon no es una opción para ella, aunque sé bien que mi amigo no está interesado de ese modo, solo quiere protegerla. En cambio… ¡Infierno! Debí haber supuesto que Azrael interpretaría mal las cosas y que crearía un conflicto con su primo.

—¿Por qué se llevan los dos tan mal?

—Es complicado.

—Otra vez con esa observación —se quejó ella.

—Lo importante es que Azrael tiene que desaparecer de aquí lo antes posible.

—¿Eso que veo en tu mirada es miedo?

—Oh, sí, Cat. Azrael aprendió pronto que estaba solo y únicamente se preocupa por sí mismo. Si sabe que puede dañar a Simon no dudará en hacer lo que haga falta para lograr su cometido. Dices que Lydia está en el medio y no me sorprendería que…

—¿Qué? —preguntó al ver que su hermano se quedaba callado.

—No te separes de la joven, Cat. No dejes que se meta en líos con Azrael. ¿Puedes hacerlo?

—Sí.

—Bien. Ocúpate de Lydia y, mientras, yo averiguaré qué demonios le ocurre a Rafe.

—Procede como estimes oportuno. Me convertiré en la sombra de Lydia.

—¿Catriona? —la llamó cuando ella trataba de marcharse.

—¿Sí?

—No me agrada Rafe. Me guardaré las sospechas que tengo sobre el interés que puede albergar hacia ti porque…

—¿Te refieres a que soy la hermana del hombre que le robó la esposa que deseaba y tengo una dote excelente?

Ewan dio un golpe afirmativo y seco con la cabeza.

—Te lo diré de modo sencillo: ni tan siquiera Simon me gustaría para ti, y ya sabes que lo prefiero frente a Rafe y Azrael.

Ella apretó los labios, y esa fue toda su respuesta.

Se miraron un segundo más. Ewan acabó por sonreír de lado.

—¿Algo más, hermano?

—Te quiero.

—¿Disculpa? —Los ojos de Cat estaban abiertos como platos.

—Constance no cree que decirle a una persona cuánto se la valora sea una debilidad. Nunca te he dicho que te quiero y era hora de hacerlo.

—No tienes que decirme que me quieres. Las palabras son fáciles de pronunciar, incluso las que le pueden hacer parecer a uno vulnerable. Siempre me ha gustado que me lo demostrases más que escuchártelo decir, Ewan.

—Bien. ¿Tú tienes algo que decirme al respecto?

—Seguiré demostrándotelo también, ¿de acuerdo?

—Sí. Me parece justo.

—Voy a buscar a Lydia porque sé que tienes miedo de que se fugue con Azrael.

—Me conoces bien.

—Creo que Constance ahora mismo te conoce mucho mejor que yo —le dijo con una sonrisa llena de picardía. Eso le valió para que Ewan soltase un gruñido.

Catriona salió antes de que él pudiese añadir una advertencia más. Había dicho lo que debía. Lo demás, para bien o para mal, ya estaba en marcha.

***

Lydia siempre se sentía segura, pero desde hacía poco había descubierto que no saber hacia dónde iba el futuro podía ser excitante. Desde que tenía cuatro años había estado con Constance. Las dos se llevaron bien de inmediato. Tanto era así que cuando solo era una niña le había suplicado a su padre, el anterior duque de Wynthorpe, que nunca la separase de Connie. No pensó que la petición diese sus frutos cuando falleció su padre, porque su hermano Henry acabaría teniendo su tutela hasta que cumpliese los veintiuno. Cuando todos se enteraron de que el anterior duque había nombrado a Constance como su tutora, supuso un duro golpe para Henry y una gran alegría para ambas porque se amaban y no querían estar separadas la una de la otra. Constance siempre la protegía. Pero el manto de la protección ya no le bastaba. Lydia deseaba más. El amparo era un abrigo templado, sí, aunque la vida,

en cambio, pedía a veces salir sin capa a enfrentarse con la lluvia.

No quería defraudar a nadie, y menos todavía a Constance. Eso pensaba mientras se ajustaba el guante. Pero también tenía en la mente el recuerdo de la llegada de Azrael junto a lord Rafe a la fiesta campestre. No la saludó de un modo cualquiera. Azrael, con esa mandíbula orgullosa y esos ojos que parecían medirlo todo, le dedicó una mirada que quemó más que una llama en una chimenea. Lydia no estaba versada en las cosas que ocurrían entre un hombre y una mujer; Constance, con el mejor de los cariños, había preferido hablarle de manuales de buenas maneras sin mencionar el deseo. Pero Lydia sabía leer, porque era inocente pero no estúpida. Y el interés de un hombre, bien mostrado, era un renglón bastante legible. Azrael se lo había dejado claro.

Si las miradas no hubiesen bastado, quedaban los susurros. Azrael no hablaba alto; hablaba cerca. Muy cerca de su oreja y en un tono muy característico. Tenía una manera de inclinar la cabeza que convertía cualquier frase en una confidencia. Le había dicho cosas sin importancia —que la música era mediocre, que la alfombra del salón estaba mal colocada, que la luna del verano pasado

se empeñaba en esconderse—, pero lo decía con un ingenio que rasgaba la tela de lo cotidiano. Lydia respondía como podía porque él hacía que sus rodillas le temblasen. Al principio la joven usó frases prudentes, con risas cortas, con esa seriedad que había aprendido de Constance. Él pareció divertirse con su torpeza. No se burló; la animó a equivocarse.

Bailaron un vals. Y luego otro, en distinta velada, como quien reiteraba un experimento para asegurarse del resultado. También había bailado con Simon y con Rafe. No era nada significativo lo que habló con esos dos otros amigos de Ewan. Sí era más delicado el asunto de Azrael. En ambos bailes, ese amigo del escocés en concreto coqueteó con descaro medido; no era el desparpajo de un petimetre, sino la seguridad de quien estaba acostumbrado a impresionar a las mujeres. Y la había elegido a ella para desplegar todo su encanto. Lydia no sabía bien cómo flirtear. A cada paso que él daba hacia el borde, ella respondía con uno hacia tierra firme; porque era inteligente pero no estúpida y sabía que tenía que ir con cuidado con él. Y, sin embargo, el cuerpo no había entendido lo que la cabeza discutía, pues cuando él la sostuvo por la cintura, la música dejó de ser un sonido ordenado y se volvió algo parecido a un latido sordo.

La cautivaba. Era por ese aire de misterio que siempre lo envolvía. Era un hombre peligroso y seguramente muy pocas mujeres, más las que carecían de experiencia tratando a ese tipo de hombre, habrían podido resistirse a su canto de sirena. Un momento. ¿Un hombre podía cantar como una sirena? No importaba. Si había uno que pudiese lograrlo, ese sería Azrael.

Constance la habría advertido de sobra en caso de que Lydia le hubiese confesado lo que ese amigo de Ewan le hacía sentir. Siempre le había aconsejado ser cauta con los caballeros, porque había muchos con las manos largas y sin palabra. Le había rogado que no se dejase llevar por la primera impresión, que tuviese bien en cuenta todos y cada uno de los aspectos que hacían que un hombre valiese la pena. Como siempre, ponía a Ewan como el ejemplo para tener en cuenta. Así que como el escocés ya no estaba disponible, consideró que alguno de sus amigos tendría que bastar para igualar las bondades del esposo de Connie. Y de los tres, Azrael era el que la hacía suspirar y soñar despierta. Él no era amable —no del modo habitual—; no era seguro —no para una muchacha sensata—; no era apropiado —no según los estándares sociales. Y, sin embargo, allí estaba la tentación más divina que se le había presentado.

Azrael no era la elección más segura, pero sí que era la suya. Tenía que pensar en sí misma, porque empezaba a querer algo distinto de lo que la sociedad o su familia querían para ella. Recordó la segunda vuelta del segundo vals, el momento en concreto en que Azrael bajó la voz para decirle que no bailaba con damas que no lo impresionasen, y que esperaba no equivocarse con la que tenía entre los brazos. Lydia se rio —porque así había que responder a una insolencia que buscaba provocarla—, pero sintió cómo le cambiaba el latido del corazón.

No estaba enamorada. No todavía. Estaba encaprichada y eso era más peligroso que lo otro. Y para una joven que había vivido a salvo, la idea de ser libre, de romper las normas parecía una buena idea. Comprendía que la seguridad podía ser agradecida sin ser absoluta, y que quizá, solo quizá, su vida no iba a medirse por lo bien que el mundo la protegiese, sino por lo bien que ella aprendiese a elegir dentro de él.

Con Azrael había descubierto lo que era anhelar y desear a un hombre. Lo quería a toda costa. Lo quería para ella. Si había un hombre que pudiese hacerla tan feliz como Ewan a Connie, ese era Azrael.

Por eso iba a cometer una locura. Lydia había aceptado la cita clandestina con una serenidad que no sentía. Una joven respetable no desearía que la besaran en un cenador apartado; debía pasear con su pretendiente con una carabina, hablar del tiempo y fingir sorpresa cuando le elogiase los guantes. Pero Azrael no le permitía pensar con claridad. Le bastaba con recordar su voz baja para que la prudencia se fuese a paseo.

El cenador del norte estaba ahí para presenciar lo que sería una cita mágica. Azrael ya la estaba esperando, de pie, con la chaqueta abierta y ese descuido impecable que parecía natural en él. No sonrió del todo; se le dibujó una media curva, como si su risa fuese un secreto a medias.

—No estaba seguro de que vinieses —dijo, y el tono sonó más a alivio que a reproche.

Cuando estaban en privado, cosa que había sucedido dos veces, tres si contaba la presente cita, se trataban con informalidad. Si Constance supiera que se había reunido con él sin la debida compañía le daría un ataque de apoplejía. Aunque en honor a la verdad, las otras dos duraron pocos minutos y no sucedió nada reseñable.

—No tenía motivos para no venir —replicó Lydia, que sí los tenía pero no pensaba enumerarlos.

—Yo puedo darte algunos —bromeó—: soy imprudente, estoy mal visto, bailo solo con damas que sé que me traerán problemas y hago preguntas inoportunas. Ewan me cortaría el cuello si supiera que estoy ahora mismo contigo… a solas.

—Y, aun así, aquí estamos los dos.

—Debería mandarte de regreso, por donde has venido. Si fuese otra clase de hombre, y no uno absolutamente egoísta, lo haría.

—Soy joven, Azrael, pero no lo confundas con falta de inteligencia. Si no quisiera estar aquí no lo estaría. Tampoco deberías olvidar quién es mi tutora. Constance no dejaría que fuese completamente inocente frente a algunas cuestiones.

—¿Ella aprobaría lo que estás haciendo?

—No, pero comprendería los motivos por los que lo hago.

—¿Cuáles son?

—¿Cuáles son los tuyos para haberme citado aquí?

Él le sonrió entonces. Le reconoció la audacia.

—En mi defensa —inclinó la cabeza—, diré que esto es lo más sensato que he hecho en semanas. También lo más peligroso.

Se acercó un paso, lo justo para que la fragancia de la madreselva que los envolvía se mezclara con el aliento de él. No había prisa en sus gestos, tampoco solemnidad. Tenía la cortesía de un hombre que sabía que un atrevimiento sin permiso sería una derrota. Lydia comprendía que la estaba tanteando con ese acercamiento. Por lo visto él tenía más sentido común del que todos le atribuían. Ella se lo permitió. No se alejó de él. Levantó la barbilla y le sostuvo la mirada.

—Lydia —murmuró—, si crees que no deberías estar aquí, si consideras que me he equivocado al pedirte que vinieras, dímelo y me marcharé.

—No creo que nada de esto sea un error, pero sí debo decirte que no entiendo el motivo por el que me has pedido a mí que esté aquí.

Él le acarició un mechón de pelo que se le había escapado de su bonito peinado.

—¿Me creerías si te dijese que ni tan siquiera yo sé el motivo por el que tengo tanto cuidado contigo? Por norma general, cuando una mujer me agrada, solo…

—¿La posees? —siguió ella, tratando de controlar su sonrojo.

Le acarició el contorno del rostro con cuidado. No llevaba los guantes puestos.

—No te convengo.

—¿Y por qué te tomas la molestia, Azrael?

—Porque eres lo más dulce que alguna vez se me ha cruzado en el camino. No he podido resistirme a ti, y Dios sabe que lo he intentado con todas mis fuerzas.

—No sabía que yo me asemejase a una grave enfermedad.

Él le sonrió de nuevo.

—Ah, pero lo eres, querida. Una que podría convertirme en mortal. Creo que no he deseado nunca nada tanto como te deseo a ti.

—¿Y qué problema habría con eso? —inquirió con la voz queda.

—No puedo permitirme sufrir por una mujer. Tengo cosas que hacer antes de buscar la libertad. Y además, eres demasiado joven para mí.

—No admitiré lo último como una excusa. La diferencia de edad entre un hombre y una mujer es habitual entre la aristocracia.

—Soy un anciano lleno de cicatrices en el alma. No te arrastraré a mi infierno. He descubierto que no puedo ser egoísta contigo. Me importas demasiado.

Las últimas palabras quedaron entre ambos como una promesa sencilla. Él alargó la mano y, con dos dedos, le colocó ese rebelde mechón tras la oreja. La caricia no estaba cargada de lujuria, pero los dejó a los dos trastocados. Lydia notaba el pulso en la garganta y se obligó a respirar despacio. Él sentía que su virilidad se despertaba y se maldijo por no tener la disciplina suficiente para controlarse.

—¿Eso significa que quieres besarme?

—Más que respirar —le confesó.

—Constance me enseñó que un caballero debe pedir permiso para cualquier cosa que desee hacer conmigo —dijo con suavidad.

—Y tu Constance tiene razón —admitió Azrael, más serio.

—¿Entonces vas a pedírmelo?

—Mándame al infierno, Lydia. No debería estar aquí contigo.

—¿Es porque temes que Constance o Ewan no te aprobarán?

—Es porque no soy un buen hombre. Tú eres luz. Yo estoy lleno de oscuridad. Dime que me vaya. No me tientes más.

Lydia no confió en su voz, cerró los ojos y levantó el mentón en una clara ofrenda. Azrael se inclinó despacio y posó los labios en los suyos con una delicadeza inesperada. Fue un beso breve, pulcro, que, sin embargo, le encendió la piel como si el verano hubiese regresado de repente. Ella

respondió torpe al principio —no había estudiado aquello— y, al sentir que él seguía el compás de su titubeo, halló su ritmo.

—Otra vez —susurró él, sobre su boca—. Pero ahora separa los labios para que pueda saborear tu lengua.

—Otra —concedió, y esa vez el beso fue más profundo, cargado de placer. Azrael la sostuvo por la cintura con una presión que la mantenía cautiva. El beso se iba haciendo cada vez más ardiente. Los suspiros más audibles. Y mientras él le acariciaba la lengua y le saqueaba la boca, se juraba que solo haría durar el beso un poco más, que no pasaría de ahí. Ah, pero ella respondía demasiado bien a sus peticiones. Lydia era inocencia, dulzura. Él había conocido tanta ira que no sabía que la luz lo llamaría de ese modo. Encontró la fuerza de voluntad para separarse al fin. Ella tenía las mejillas encendidas y la mirada vidriosa. Él estaba más acalorado que la dama.

—Me temo que no soy buena en esto —confesó.

—Me temo que si fueses un poco más ducha, serías mi ruina, Lydia —contradijo Azrael—. Y

me temo también que voy a recordar esto durante demasiadas noches.

—Eso suena poco apropiado, aunque si he entendido bien la alusión debería sentirme complacida.

—Por eso te lo digo aquí, donde nadie nos oye —replicó con descaro suave—. Algún día seré libre, Lydia. No creí que pudiese ser posible, pero me haces mejor de lo que nunca imaginé que podría ser. No te pediré que me esperes. Sé feliz.

Tras decir esas palabras, él se dio media vuelta y la dejó ahí parada. La dama lo veía alejarse y no sabía si debía correr tras sus pasos o mantenerse digna. Optó por lo segundo, pues la historia con Azrael solo acababa de comenzar y ella sabía, al igual que Constance, que una dama debía mantenerse un poco firme.

Azrael caminó hasta la entrada de la finca campestre. Allí le estaba esperando un carruaje. Vio que la puerta se abría y se preparó para enfrentarse a la persona que más odiaba.

Su primo Simon bajó del vehículo. Ambos se quedaron frente a frente.

—¿Lo has hecho?

—¿Me has traído lo que me prometiste?

—¿Por quién me tomas, Azrael?

—Si respondo a dicha cuestión, provocaré una guerra, y dudo mucho que tu preciada damisela sepa que me has sobornado para que la dejase en paz.

—Todo lo que necesitas está dentro del carruaje. Recuerda tu promesa. No volverás a molestarla nunca.

—Debe ser sensacional si te has tomado tantas molestias por una muchacha —se burló.

—Vete antes de que levante los puños, primo.

—Me voy sabiendo que te he vencido. He conseguido lo que te pedí. Y no solo eso. Ella no te amará jamás. Está loca por mí. Disfruta de tu supuesto triunfo. Ese que me hace marcharme de aquí a toda prisa, Simon. Tú nunca la tendrás.

—Vete antes de que cambie de idea, Azrael —reiteró.

El aludido no esperó nada más, le sonrió a su primo con mucha burla y se metió en el carruaje. Cuando estuvo dentro le pidió a Dios no recordar nada de lo que Lydia le provocaba. Ella estaría mucho mejor sin él.

Capítulo 5

La oportunidad perfecta

Catriona se enteró de la indisposición de Lydia por boca de Ewan, porque había ido a buscarla en cuanto supuso lo que ocurría. Le dijo que la muchacha tenía un fuerte dolor de cabeza y que Constance iba a quedarse con ella un rato. El escocés estaba seguro de que no compartiría su verdadero dolor con su esposa, pero sospechaba que lo podría hacer con una buena amiga, porque la joven y Catriona se llevaban muy bien. Le explicó además que no quería inquietar a su esposa por un motivo que ya había terminado, pues fue el mismo Ewan quien le dijo que Azrael se había marchado de la fiesta. No le comentó nada sobre Rafe porque no había tenido ocasión de hablar con él.

El *laird* de Dunrath podía ser bruto y testarudo, pero rara vez se equivocaba con las personas. Si decía que Lydia no estaba bien, el dolor de cabeza sería lo de menos.

Cuando Catriona entró en la habitación de la joven, encontró la vela casi al mínimo, las cortinas corridas y a Lydia hecha un ovillo en la cama, en camisón y con los ojos hinchados. No se veía enferma. Se veía rota.

Constance ya no estaba; debió marcharse para atender al niño. La invitación fue evidente, porque en cuanto Lydia la vio, la colcha se levantó hacia un lado y le cedió una de las almohadas.

Catriona, que se había preparado para acostarse en su cama previamente, se descalzó sin ceremonias, dejó la bata sobre el respaldo de la silla y se metió en el lecho junto a ella. Lydia la abrazó y comenzó a llorar.

No hizo falta preguntar mucho. La historia salió a borbotones, entre suspiros y pausas en las que se limpiaba la nariz con un pañuelo.

Le contó que Azrael se había marchado de la fiesta, tal y como le había dicho a Cat el propio

Ewan. Que nadie había podido decirle cuándo, ni cómo, ni por cuánto tiempo. Que ella lo amaba. Lo dijo así, con la candidez feroz de su juventud. Repitió ese mismo discurso del amor una y otra vez como si fuese una condena. Le relató, coloradísima, también que habían compartido un beso en el cenador del norte —dos en realidad— y que el segundo lo había sentido como una despedida. Que él le había dicho que no era un buen hombre, que no podía permitirse sufrir por una mujer, y que tenía cosas que hacer antes de ser libre. Lydia estaba, además de triste, enfadada porque consideraba que no había aprovechado su gran oportunidad, porque en lugar de aferrarse a él y cantarle todo su amor, lo había dejado marchar.

Lydia se arrepentía de no haber dicho más, de no haber peleado, de no haber roto ni una sola norma por él. De haber sido, según sus propias palabras, «demasiado correcta y calculadora».

Catriona la escuchó en silencio, con una mano en la espalda de la joven, trazando círculos lentos para aplacar el temblor. No se permitió ni una crítica a Azrael —no era el momento— ni un consuelo fácil. Lydia no necesitaba que le dijesen que pasaría; necesitaba que alguien la escuchase y le diese consuelo.

La muchacha habló de cómo, por primera vez en su vida, había querido correr tras alguien y no lo había hecho. De lo mucho que le pesaba haber dejado sus sentimientos al otro lado del silencio.

No era solo el beso; era todo lo que no había dicho y hecho para retenerlo a su lado. Lydia sentía como si toda relación entre ambos se hubiese esfumado sin haber podido disfrutarla más.

Catriona, tumbada de lado, contemplaba el techo mientras Lydia se agotaba poco a poco. Ella, una escocesa salvaje, que no era dada a la ternura, tuvo que ocultarle sus lágrimas a la joven. Cat se conocía bien. No necesitaba a nadie para que la ayudase a identificar sus propios sentimientos. Una vez ella dejó escapar al hombre que más amó. Para bien o para mal aquello no pudo ser. En aquella ocasión, la escocesa también lloró sin consuelo por lo que pudo haber hecho para retener a un buen hombre a su lado. Pensó también en que tuvo que haberle dado más de lo que le ofreció. Y luego estaba Rafe. El hombre más improbable que seguía atormentando su mente sin descanso. No lo había visto desde que lo dejó en la cabaña, pero no podía dejar de pensar en él. Lo veía de rodillas en el barro, desafiando a la muerte con media sonrisa. ¿Por qué

Catriona tenía la sensación de que la vida le estaba dando una nueva oportunidad para ilusionarse? Porque eso era lo que estaba ocurriendo, y en vez de ser valiente, estaba aterrada y rezaba para que Rafe perdiese el interés y ambos pudiesen continuar cada cual con su rumbo. ¿Llegaría un momento en el que se arrepentiría de haber dejado pasar la oportunidad de nuevo? No era ninguna muchacha, era una mujer de veintisiete años que trabajaba si hacía falta hacerlo y que no se echaba a un lado pese a que las circunstancias se tornasen complicadas.

¿Qué mal habría en dejarse llevar, en explorar lo que Rafe le hacía sentir? ¿Qué había que proteger? Ella no se casaría nunca. Ningún hombre que no buscase su dote se fijaría en ella. Ah, pero uno lo había hecho. Cierto que Rafe debía tener un motivo oculto. Ewan mismo lo había sospechado. La venganza estaba guiando los pasos de Rafe. Bien, ¿y qué? Catriona tenía los suyos también. No quería partir del mundo sin haber hecho más que cumplir con sus obligaciones. ¿Qué mejor modo de averiguar lo que era el contacto físico que con un hombre que debía tener una gran experiencia en el asunto?

Mientras una idea iba tomando forma en su mente, Lydia se fue calmando a fuerza de llorar. Acabó con la cabeza apoyada en el hombro de

Catriona, los párpados hinchados y la voz ya ronca de tanto repetir «debí y ojalá». Entre susurros, la joven seguía comentando que habría querido compartir al menos un momento íntimo más, un baile más, una conversación más con él.

Catriona la escuchó decir todo aquello y sintió una punzada de reconocimiento que le recorrió el pecho como un frío agudo. No se trataba solo de Lydia y Azrael. También eran ella y Rafe, y todos los silencios que iban acumulando peso.

Cuando Lydia por fin se durmió —agotada, con la respiración irregular pero más tranquila— Catriona se quedó un rato más, inmóvil, dejando que el calor del cuerpo de la muchacha le templase sus propias dudas. El cuarto era un refugio tibio en el que debería quedarse, con las cortinas cerradas, un brasero al mínimo y un leve olor a agua de lavanda que Constance siempre dejaba a su paso.

Pensaba en su propio beso torpe y dulce compartido con un hombre que no le convenía en absoluto, en la cabeza de Rafe sobre su regazo, en la mano de él llevándola a su cabello para que lo consolase. Pensó en cómo se le había encogido el pecho cuando decidió marcharse antes de que él despertase. Había sido sensata. Muy sensata. Tan sensata como Lydia lo había sido en el cenador,

cuando dejó ir a Azrael sin decirle que lo amaba con todas sus fuerzas.

Miró a la joven dormida y comprendió que allí tenía, delante, el resultado claro de ese tipo de sensatez que no conducía a nada, solo a las lágrimas, el arrepentimiento y un hueco frío que tal vez no se llenaría nunca del todo.

«Yo no soy tan joven. Tengo derecho a saber lo que es sentirse deseada, a desear a un hombre», se dijo. «Y si decido no actuar, que no sea por cobardía», remató al final.

La decisión estaba tomada.

Con cuidado de no despertarla, retiró el brazo de debajo de la cabeza de Lydia y la arropó bien. Se quedó un segundo más, asegurándose de que su respiración seguía tranquila. Luego se levantó de la cama con el sigilo de quien se había criado entre tablones que crujían, se puso la bata y las zapatillas y cruzó la habitación con una idea muy clara.

El pasillo estaba en penumbra, iluminado solo por algún candil rezagado. Catriona caminó sin prisa, pero sin vacilar, sintiendo el latido en la garganta y la promesa de su propia decisión

empujándola por la espalda. No tenía la menor idea de lo que iba a decir. No tenía un discurso preparado. Solo sabía que no quería vivir con la certeza de haberse escondido detrás del temor. Y, sí. Por descontado que tenía localizada la habitación de Rafe. No porque se hubiese interesado por saberlo, sino porque todas las damas, en especial las de moral más relajada, lo comentaban sin pudor.

Al doblar la esquina, vio la puerta del cuarto de Rafe. Se detuvo un instante, apoyó la palma en la madera fría y cerró los ojos.

Pensó en Lydia llorando por lo que no se atrevió a decir. Pensó en la voz de su abuela y en la flecha que debía salvar lo que más quería. Pensó en el hombre al otro lado de esa puerta, herido, insolente y peligrosamente vivo.

Bajó la mano hacia el picaporte.

Y se quedó justo ahí, a un suspiro de entrar.

¿Y si él no estuviese solo? Sería humillante encontrarlo con otra mujer. Lo cual sería lo más natural del mundo. Era un pícaro y no lo ocultaba.

Se prometió que esa no sería otra excusa más. Se armó de valor, entró y cerró tras de sí.

Él estaba de espaldas, sentado en un sillón contemplando la chimenea.

—Se lo dije a él y te lo dije a ti también. Esto se ha terminado —dijo sin girarse—. La culpa es mía por no haber cerrado con llave. Vete.

—¿Acaso mi hermano te ha dicho algo para detenerte o estabas esperando a otra persona? —se decidió a hablar.

Rafe se giró tan deprisa que el sillón crujió. La sorpresa le cruzó el rostro como un latigazo; la dureza que había habido en sus facciones se resquebrajó al reconocerla.

—Por todos los demonios… —murmuró —. Catriona…

Ella se apoyó en la puerta cerrada, como si necesitase sentir la madera sólida a la espalda para no salir corriendo.

—¿Esperabas a otra? —insistió, alzando una ceja.

—Creí que eras… —se interrumpió y luego negó con la cabeza—. No importa. No deberías estar aquí.

—¿Me marcho? —preguntó con suavidad, por si eso significaba que no la quería.

—¡No! —exclamó con un grito. A continuación carraspeó—. Lo que sucede… es que me has sorprendido. Me desperté solo en la cabaña. —Aunque no había querido que sonase a recriminación, lo hizo.

—Yo… —suspiró con fuerza—. No estaba preparada.

—¿Y ahora lo estás?

—Espero que sí, porque dudo que la habitación de un caballero inglés sea el lugar más seguro para una escocesa a pesar de que esta sea considerada muy salvaje.

—Me gusta que seas salvaje —observó, con la voz ronca.

—Eso esperaba —admitió, y aquel reconocimiento le dio más color a sus mejillas—. Por una vez, me interesaba mucho serlo.

Rafe se levantó despacio. Llevaba la camisa suelta, abierta en el cuello, y el vendaje asomaba bajo el lino. Dio un par de pasos hacia ella y se detuvo a una distancia prudente, como si temiera asustar a un ciervo.

—Si Ewan se entera de que estás aquí…

—No lo hará. Además, yo tomo mis propias decisiones y él lo sabe.

—Si lo hace, me atravesará con tu arco. Es muy protector. —Era una cualidad que admiraba en su amigo. Él nunca había sentido motivos para mostrarse posesivo o protector, porque nunca tuvo nada que mereciese ser cuidado y conservado.

—La única opinión que debería importarte es la mía, Rafe. Si me haces daño de algún modo, yo misma te clavaré una flecha.

Él soltó una risa breve que le tironeó los moretones.

—Entonces debo pedirte muy seriamente que vuelvas a tu cama, bruja escocesa —bromeó—. Estoy… peligrosamente contento de verte, y eso nunca augura nada bueno.

—Hoy me he dado cuenta de que hay un tiempo concreto para tomar una decisión. Después de eso, no hay vuelta de hoja —aclaró—. Conozco a una mujer que llora por el hombre que ha perdido. Se lamenta por no haber hecho más. No pienso seguir su ejemplo. Si no me echas de tu habitación, no me iré. —No hablaba solo de Lydia. También de ella misma y de un antiguo amor.

—Ya te he dicho que no te marches. Creo incluso que te he gritado, aunque no era mi intención, la negativa. No, Catriona. No podría imaginarte en un lugar mejor que en el que estás.

Las palabras quedaron flotando entre ambos.

—Me alegro mucho, Rafe —le advirtió con sinceridad.

—Sé que no eres ninguna mentecata, pero el honor me obliga a hablar. ¿Eres plenamente consciente de lo que sucederá? —preguntó con una cautela que no le era familiar. Si ella fuese otra, ya la tendría de espaldas suplicando por sus atenciones. Catriona era diferente, la quería bien dispuesta.

—No he estado más segura de nada en toda mi vida —precisó.

—¿Sin arrepentimientos por la mañana? Sé de buena tinta que lo que por la noche parece correcto, cuando uno se despierta no lo es tanto.

—Cuando tomo una decisión, no me arrepiento —le explicó ella.

Lo vio tragar saliva con fuerza. Él, que llenaba las estancias de bromas y sonrisas vacías, parecía de pronto más joven, casi desarmado.

—Catriona, te lo dije en la cabaña del guardabosques —murmuró—. Yo no te convengo. Y si fuese un hombre más decente te mandaría lejos. No puedo hacerlo. Dime que eres plenamente consciente de todas las implicaciones que tendrá lo que haremos.

—Lo tengo claro, gracias —replicó sin pestañear—. Pero si lo que deseas es que me marche solo tienes que decirme que me vaya. —No entendía el motivo por el que él parecía estar dispuesto a convencerla de que sería un error.

Rafe cerró los ojos un instante y, cuando los abrió, su mirada tenía ese brillo oscuro que a ella la ponía tan nerviosa.

—Te he deseado desde la primera vez que vi las pecas de tu nariz. No tengo la fuerza necesaria para esperar más. No puedo creer que mi suerte esté cambiando al fin.

Catriona sintió que el corazón le golpeaba las costillas con la furia de un tambor.

—Yo también te deseo. Tal vez no desde hace tanto tiempo, pero no fingiré lo contrario.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue denso. Rafe dio el último paso que quedaba entre ellos. No la tocó; se limitó a inclinar la cabeza hasta quedarse muy pegado a ella.

—Dilo otra vez —susurró—. Dime que me deseas.

—¿Por qué necesitas escucharlo?

—Porque es la primera vez que quiero algo tanto que me devora el alma, Catriona. ¿Te duele el deseo por mí tanto como a mí?

—Sí, Rafe —concedió, y en la confesión hubo una especie de rendición—. No logro sacarte de mi mente. Esto que siento es extraño. Sé que no me

convienes, lo mismo que yo a ti tampoco, pero la sensatez no me ha impedido venir a tu cama.

—Y Dios te bendiga por ser tan valiente, Catriona. Yo mismo hubiese salido de aquí para ir a buscarte si no hubiese temido que pudieses sentirte insultada por mi atrevimiento. No estamos siguiendo el orden natural de las cosas, pero no me importa. Estás aquí y aquí es donde te quiero. Frente a mí, a mi lado o detrás, pero cerca.

Le rozó la mejilla con los nudillos, apenas un instante, lo justo para que a Catriona se le escapase un suspiro que no consiguió contener. Él lo oyó y esbozó esa media sonrisa tan suya, torcida, que hasta hacía poco la había sacado de quicio.

—Estoy nerviosa —le confesó la verdad.

Rafe respiró. Era como si hubiese estado conteniendo el aire desde la última vez que estuvieron juntos.

—¿Me creerías si te dijese que estoy aterrado?

—¿Tú?

—Yo, sí.

—¿Por qué? Eres el hombre que usa lo que tiene a su alcance para darle satisfacción a una mujer. Un árbol o una chaqueta.

—¿Estás celosa?

—*Nay*, advierto de un hecho verídico.

—Mis días de calavera han llegado a su fin, Catriona. No habrá ninguna otra mujer —le prometió.

Ella se apresuró a taparle la boca.

—Sin promesas. No digas nada de lo que puedas arrepentirte. No necesito poemas, ni juramentos eternos, solo quiero… esto. Tú y yo. Nadie más. Porque los dos lo queremos.

Le besó los dedos y le sonrió.

—Entonces ven a mí —dijo.

No tiró de ella. Fue Catriona quien dio el paso definitivo, quien cerró el espacio y apoyó las manos en su pecho. Notó bajo la camisa el calor de un cuerpo firme y fuerte que tenía el latido acelerado. Él bajó la cabeza y la besó.

No fue un beso casto. Tampoco brutal. Fue el anhelo que sellaba un pacto. La boca de Rafe reclamó la suya con hambre, como si llevase años esperando ese momento pese a no haberlo sabido con anterioridad. Catriona respondió con una mezcla de torpeza y decisión; se permitió abrir los labios, dejar que el sabor de Rafe la inundase, incluso se aferró a él con fuerza para no perder el equilibrio porque la mareaba de un modo delicioso.

Rafe gimió contra su boca, un sonido bajo, casi incrédulo.

—Sabes a pecado y a gloria —murmuró —. Eres mi gracia salvadora, Catriona.

—Quiero que me vuelvas loca —replicó, sin aliento. Y por si él seguía teniendo dudas, se quitó la bata y se quedó con ese sencillo camisón blanco de algodón.

La llevó hacia la cama despacio, a base de pasos cortos entrelazados con caricias. El vendaje le tiraba, pero se negó a detenerse por dicha causa. Catriona sintió el borde del colchón en la parte posterior de las rodillas y se dejó caer hacia atrás, arrastrándolo con ella.

Hubo un momento breve, suspendido en el tiempo, en el que él la miraba como si estuviese memorizando cada rasgo. Le apartó la trenza hacia un costado y rozó con la yema de los dedos la curva de su cuello.

—Dime que pare si en algún momento no quieres seguir —susurró—. Juro que aunque el deseo me ciegue encontraré el modo de detenerme. Esa es la única promesa que te hago. Siempre tendré en cuenta tus peticiones, incluso cuando no sean de mi agrado, Catriona.

—Hazme el amor, Rafe —le dijo con un susurro lleno de sinceridad.

Le dio las gracias a Dios por la respuesta. Agradeció también el modo en el que lo miraba, como si él valiese todo su peso en oro. ¿Cuándo una mujer lo había mirado de ese modo? Para ellas solo era un momento de placer, una diversión sin ataduras. Había encontrado a la mujer que tanto tiempo llevaba esperando.

—No te asustes —le recomendó, para después rasgarle la tela del camisón.

—¿Y yo soy la salvaje, Rafe? —preguntó asombrada.

—Te quería gloriosamente desnuda y no quería esperar más. Eres hermosa, Catriona. Tienes fuego entre las piernas. No sabía que… Me agrada. —Se había apartado de encima y no había ni un solo rincón de esa bella mujer que escapase de su mirada. Su sexo era del mismo color que su pelo y eso lo encendió hasta el punto de querer hundirse en su interior sin más.

Ella notó el rubor subirle por el pecho, la mezcla de vergüenza y curiosidad, el cosquilleo nuevo de sentirse admirada como mujer, no como una guerrera ni como hermana de un gran hombre.

—Rafe… me incomoda un poco el modo en el que me miras —admitió.

—Y a mí me maravilla el modo en el que eres. Perfecta. Tan perfecta… y toda mía, Catriona. Eres toda para mí. Mi gracia salvadora… —repitió, al tiempo que volvía a colocarse sobre ella para besarla con devoción.

Las palabras le agradaron casi más que sus caricias. Catriona levantó las manos y le devolvió la cortesía, pero sin romperle la tela. Le desabotonó la camisa con unos dedos que temblaban menos de lo que esperaba, apartó la tela y vio los moretones, el vendaje, la piel caliente… Era un hombre formidable.

Se inclinó y le rozó la zona sana con un beso leve pero muy carnal.

—Eres un insensato —murmuró—. Podrían haberte matado. Voy a necesitar que me cuentes por qué querían hacerte daño.

—Pero no será ahora.

—No. Ahora no —estuvo ella de acuerdo.

—Tengo planes para ti, Catriona.

—¿Cuáles?

—Pronto lo averiguarás —le murmuró cerca de la oreja derecha.

El mundo fuera de la alcoba se iba encogiendo hasta desaparecer.

Catriona y Rafe.

Solo estaban ellos dos, el crepitar del fuego, la respiración agitada y el roce de la piel buscando otra piel. Rafe se movía sobre ella con lujuria; los besos se hicieron más profundos y las manos más audaces. Catriona descubrió que no solo quería saber cómo era ser deseada, pues quería

aprender a desear activamente, a reclamar, a arrastrarlo con ella.

Cuando le besó los pechos y se separó a punto estuvo de reclamarle más atención en ese punto. ¿Cómo un hombre podría darle tanto placer con solo chupar sus pezones? Rafe era hábil dando placer y ella quería ofrecérselo también, pero desconocía cómo complacerlo. Se ordenó ser paciente. Él tenía que enseñarla y se prometió que sería una mujer muy atenta cuando supiese los misterios de hacer el amor.

—Catriona, no puedo esperar más. Llevo tiempo soñando con lo que sería poseerte. Te compensaré la próxima vez. Te prometo que te daré placer con mi lengua hasta lograr que pierdas el sentido, pero te necesito tanto que me moriré si no te tengo. ¿Lo comprendes? —Era verdad. Su virilidad le dolía muchísimo.

—Me halagan tus palabras.

—Oh, son todo un cumplido. Es la primera vez que no puedo contenerme —reconoció.

Rafe se incorporó con un quejido bajo y Catriona sintió cómo el colchón dejaba de ceder al perder parte de su peso. Lo vio buscar apoyo con una

mano en el poste de la cama y, con la otra, ir a deshacerse de la última prenda que le quedaba. Se desabrochó los pantalones con movimientos algo torpes y ansiosos debido a la impaciencia. Se los deslizó por las caderas hasta que cayeron al suelo.

Catriona no tenía intención de mirar. De verdad que no. Pero los ojos la traicionaron y, en cuanto lo hizo, un pequeño grito se le escapó de la garganta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rafe, alarmado, mirándose rápidamente, por si hubiese sangre brotando de una herida.

Catriona se dio cuenta de que él se estaba examinando el pecho. El problema no era una herida. En absoluto. El problema era… *eso*.

¡Dios santo!

Eso no iba a caber *ahí.* Ni de broma. Ni aunque los ángeles mismos bajasen a ayudar. No era que hubiese visto muchos hombres desnudos —en realidad, ninguno que pudiese tomar como referencia porque Ewan era muy joven cuando lo pescó en el lago una vez—, pero hasta su ignorancia tenía límites. Aquello no parecía un ejemplo común de virilidad

masculina, sino alguna clase de exceso de la naturaleza creado para atormentar a las mujeres.

«Eso no es normal», pensó, atónita. «Eso es un artefacto. Un arma. Un tronco.»

No. No volvería a decir que ese inglés era un muchacho. Sería imposible decir algo semejante.

Sintió que se le secaba la boca. De repente, todas sus bravuconadas mentales sobre explorar el contacto físico perdieron algo de brillo ante la evidencia práctica. ¿Cómo demonios se suponía que…? Tragó saliva con fuerza.

—Esto no va a funcionar.

—Catriona… —insistió él, aún sin entender su expresión—. ¿Qué ocurre? Pareces asustada.

Ella apartó la vista un instante de semejante artilugio, como si eso fuese a mejorar la situación, y luego la devolvió con cautela, por pura terquedad escocesa. Lo veía pero no se creía lo que le mostraban sus ojos.

—Solo estaba… evaluando el peligro —consiguió decir, con la voz más áspera de lo que pretendía.

Al fin la comprendió. La comisura de los labios de Rafe se curvó apenas, como si su orgullo masculino acabase de recibir la mejor de las alabanzas.

—Te prometo que sé usarlo con cuidado —murmuró, en un tono que habría hecho desmayarse a media docena de damas.

«Eso está por ver», replicó ella en su fuero interno, todavía con el corazón desbocado. Lo único que tenía muy claro, mientras lo veía acercándose hacia la cama, era que, fuera lo que fuese lo que estaban a punto de hacer, «enclenque» no volvería a ser un insulto creíble en labios de nadie que hubiese visto a Rafe Deverell sin pantalones. Cuando él se acomodó entre sus muslos, el pulso le rugía en las sienes. La miró a los ojos una última vez, buscando una señal de negación.

—Catriona… —susurró—. Dime que sí.

—Sí —respondió ella, clara—. Quiero esto, pero no sé cómo… Eres grande. Tengo miedo y no es una sensación con la que esté familiarizada.

—Pronto lo apreciarás —le prometió.

—No estoy segura, pero confío en ti.

Era todo lo que necesitaba oír. Él, que llevaba diez años convencido de que la había perdido a manos de otro, se permitió por fin reclamar lo que le iba a pertenecer. No tuvo la cautela de un hombre paciente que sabía que era el primero en conquistar la tierra prometida. La comenzó a poseer con la seguridad acostumbrada de quien entraba en un territorio ya conquistado.

El dolor llegó como un cuchillo cortando sin piedad. Agudo, inesperado y lacerante. Catriona ahogó un grito y luego no pudo contener otro, más alto, que se le escapó de la garganta. Su cuerpo se tensó bajo el de él, no de placer, sino de rechazo. Le rasgó los hombros con las uñas. Y él siseó una maldición.

—¡Rafe!

Se quedó helado.

—¿Te he hecho daño? —preguntó, con la voz áspera.

Ella respiraba a bocanadas cortas. Tenía los ojos muy abiertos. Estaba más sorprendida que avergonzada.

—Solo un poco —mintió, tragándose las lágrimas—. No esperaba que… doliese tanto.

Rafe la miró, realmente la miró, y algo encajó donde antes solo había suposiciones. El recuerdo de aquel suceso diez años atrás —unas ruinas y una figura masculina demasiado cerca de ella— se derrumbó como un decorado de teatro. Lo que había creído ver entonces, lo que había usado para justificar sus celos y su despecho, se mostró de pronto como lo que siempre había sido: una interpretación desajustada a la realidad.

Catriona MacCrae era virgen.

Se le heló la sangre y, al mismo tiempo, el corazón se le desbocó con una fuerza casi dolorosa. Catriona. Intacta hasta que decidió entregarse a un hombre en ese preciso momento. A él.

No se movió ni un poco pese a que quería llegar al final. Usó toda su determinación para resistir la tentación. Le sostuvo el rostro con ambas

manos y la besó. Se dio cuenta de que tenía las mejillas húmedas y se maldijo por su estupidez.

—Mírame —le pidió.

Ella obedeció, todavía tensa.

—¿Qué?

—Lo siento —dijo él, con una sinceridad que no había usado nunca en un lecho—. He sido un idiota. Debí ir más despacio. No… no sabía que…

No añadió el resto que sí se dijo para sí mismo: «No sabía que nadie hubiese estado aquí antes. No sabía que te estaba robando algo que llevo años queriendo sin admitirlo. No sabía que me estabas esperando, amor mío».

—¿Qué no sabías? —lo interrogó.

—Soy un patán, Catriona. Te juro que jamás te haré daño.

—Quería saber lo que se sentía. Eso incluye tanto lo bueno como lo malo, ¿no?

Intentó bromear, pero la voz le tembló. Rafe apoyó la frente en la suya. Estaba luchando

contra el impulso de maldecirse en voz alta.

—No te merezco, pero eres mía, Catriona. Y no pienso dejarte ir.

La idea lo atravesó de nuevo con una claridad brutal. Era el primero. No un hombre cualquiera. Él. El que había despreciado su recuerdo durante años para no admitir cuánto lo marcó que lo enviase al infierno y se burlase de él. El que había jurado no volver a arrastrarse por nadie. Y en esos momentos tenía entre los brazos a la única mujer que había conseguido salvarlo literalmente del barro… y figuradamente de sí mismo.

Una señal. Otra más. El destino, el azar o Dios riéndose de él. No importaba. Lo cierto era que, de pronto, todo lo demás —sus conquistas, sus amantes, sus venganzas mal pensadas— le parecía ridículamente pobre.

—¿Rafe? —lo llamó porque parecía estar muy lejos de ella.

—Catriona —dijo, más grave—, no tengo prisa. Ni intención de hacerte daño otra vez. Si me dices que pare, lo haré y no volveré a tocarte esta noche. Te lo juro.

Ella lo estudió. Se veía muy alterado y sus palabras eran sinceras. Le acarició la mejilla y le dio un beso en los labios.

—No quiero que pares —confesó, en voz muy baja—. Solo… haz que esto sea bueno.

Él cerró los ojos un instante, como si esas palabras fuesen un premio que no merecía.

—Te lo prometo —susurró—. Esta vez lo haremos a tu ritmo, no al mío.

La besó entonces de nuevo, con una ternura inesperada en alguien con su reputación. Sus manos, antes seguras y apresuradas, se volvieron pacientes. Le acarició el cabello, los hombros, el contorno de la cintura… como si su dama fuese un territorio sagrado. Catriona sintió cómo el miedo se iba disolviendo en calor, cómo el cuerpo comenzaba a relajarse bajo el de él.

El fuego de la chimenea lanzó una chispa y el cuarto se llenó de sombras danzantes. Afuera, la casa dormía. Dentro, el tiempo se estrechaba hasta convertirse solo en una única respiración. La de ellos. Rafe mecía las caderas con suavidad. Había colocado la mano derecha entre sus cuerpos, porque estaba dispuesto a que ella sintiese placer. Necesitaba que

alcanzase el éxtasis para poder seguirla. Se juró que lo haría aunque le costase la vida. Al infierno el dolor que sentía en el cuerpo debido a la pelea. Ella era su prioridad.

—Rafe… —susurró su nombre. Estaba encendida. Los dedos de él trazaban círculos sobre un lugar muy concreto que le hacía suspirar cada vez más agitadamente.

—No lo fuerces, cariño. Llegará, te prometo que te lo daré.

—Oh, Dios… Oh, Dios…

Los envites eran suaves, los dedos maravillosos, el ritmo exacto, las palabras las adecuadas… Todo era sencillamente perfecto. Tanto que ella abrió los ojos para mirarlo cuando al fin la ola del placer la conquistó.

—Eso es, tesoro. Así, siénteme, saborea el placer que te doy.

Y acto seguido, Rafe la besó para tragarse su grito. Mientras la sentía convulsionar alrededor de su virilidad, él aumentó un poco el ritmo con cuidado para no volver a hacerle daño. Antes de

que ella hubiese terminado su viaje por el cielo, él estaba acompañándola con el mismo deleite.

Se quedó quieto, con su semilla caliente ya derramada en su interior. Suya para siempre. No había vuelta atrás. Era a quien llevaba tanto tiempo esperando. No había ninguna duda al respecto.

No dijo nada. No le confesó que era la primera vez que sentía que una mujer lo elegía de verdad, ni que su corazón latía como si quisiese romperle el pecho. Se guardó ese descubrimiento junto a otros que no estaba preparado para expresar en alto. Además, dudaba que estuviese lista para escucharlo. Pero mientras la sostenía entre sus brazos, entendió con una certeza feroz que Catriona MacCrae no era solo la mujer perfecta para él.

Era, sencillamente, única. Y era suya.

***

Rafe no había dormido casi nada desde que Catriona salió de su cama con las primeras luces del alba. Le había permitido irse, aunque cada

músculo de su cuerpo se hubiese rebelado. No quería que la sorprendiesen saliendo de su habitación. No quería ponerle una soga de escándalo al cuello ni darle a Ewan un motivo legítimo para matarlo, pero hubiese sido la forma más fácil de hacer que se quedase anclada a él para siempre. No. No quería ganarla así. Necesitaba que siguiese eligiéndolo.

Y, sin embargo, cuando la puerta se cerró tras ella, sintió algo que no había sentido jamás. Y eso fue un vacío extraño. Como si le faltase algo vital para seguir adelante. Nunca había tenido a una virgen entre manos. Se había pasado la vida entera levantándose de camas que no significaban nada, y aquella era la primera vez que se quedaba quieto en un colchón todavía tibio, con el olor de una mujer que importaba pegado a las sábanas. Quedaban rastros de sangre, la prueba de su virginidad, pero como el servicio sabía que estaba magullado porque había dicho que se cayó y se golpeó contra una piedra mientras exploraba la propiedad, nadie prestaría atención. Creerían que una de sus heridas se habría abierto, pero Rafe sabría la verdad.

También había sido la primera vez que había dormido con una mujer. Dormir, de verdad. No solo el rato del placer y del ego bien servido. Estuvo

con ella durante prácticamente toda la noche, sintiendo el peso de una cabeza confiada en su hombro y las respiraciones acompasadas que a ratos lo habían calmado más que cualquier botella de *brandy*. Formidable. No había otra palabra para describir la sensación o a la dama que lo había hecho posible.

Estaba sentado en el borde de la cama, con la camisa mal abotonada y el vendaje volviéndole la torsión incómoda, cuando llamaron a la puerta.

Dos golpes secos. Escoceses. Reconocería la rudeza de Ewan en cualquier lugar.

El estómago se le encogió.

Durante un segundo largo, Rafe imaginó a su amigo entrando, señalando la cama, desenfundando una pistola, exigiendo explicaciones que él no estaba preparado para dar. Se pasó una mano por el pelo, intentó poner la cara de un hombre que había dormido solo y no le había hecho el amor a la hermana de su amigo. El pensamiento le hizo sonreír con franqueza. Sería grandioso que ella hubiese ido a buscar a su hermano para decirle que estaba irremediablemente enamorada de él y que por eso tenía que obligarlo a casarse con ella. Lo haría de inmediato. Sencillo, rápido y eficaz.

¿Tendría tanta suerte?

—Adelante —dijo al fin.

Eran más de las once de la mañana. Ewan abrió y entró. Llevaba escrita en el rostro esa expresión de un *laird* que cargaba con un castillo, tierras, ovejas, esposa, hermana y, por lo visto, a tres ingleses desastrosos. Sin olvidar a la pupila de Connie. Se apoyó en el marco un instante y lo miró con atención.

—Estás vivo —sentenció—. Es un comienzo.

—No cantes victoria tan rápido, Ewan —repuso Rafe, tratando de sonar ligero—. Todavía no he intentado levantarme deprisa.

El escocés cerró la puerta a sus espaldas. No avanzó mucho más, pero el aire se espesó entre ambos. Rafe lo notó; había ido a verlo demasiadas veces para saber cuándo al escocés le preocupaba algo.

—¿Qué necesitas? —preguntó, de inmediato a la defensiva—. Si has venido a decirme que hay un cura abajo, te juro que no saltaré por la ventana.

—¿Un cura? ¿Para qué querría un anglicano un hombre católico?

—Olvídalo, he hablado sin pensar. —El bruto no estaba allí para exigir una boda. Lástima.

—¿No vas a explicarme el motivo por el que necesitas a un hombre de Dios? ¿Te mueres?

—No, nunca he estado más vivo. Entonces… ¿a qué debo el honor de tu visita? —se recostó en el cabecero con el gesto más relajado que pudo improvisar—. ¿Estás aquí para ver si el inglés enclenque sigue respirando?

—Nunca te he llamado enclenque —refunfuñó Ewan.

Su amigo tenía un aspecto bastante horrible. Catriona hizo bien en avisarlo para que averiguase el problema que tenía. No obstante, lo veía… ¿alegre? No entendía nada.

—Es cierto. Eso no lo dijiste tú. ¿Alguna vez pensaste que era débil, Ewan?

—No me dedico a pensar mucho en ti, Rafe. ¿Estás bien?

—Mejor que nunca. —No era mentira.

—No lo parece. Estás magullado.

Hubo un breve silencio. Rafe lo sintió avanzar despacio, como un perro de presa antes de lanzarse sobre él.

—¿Vas a meterte en la cama conmigo? Tu esposa no lo aprobará.

—¿Qué te ha pasado?

—¿No lo sabes?

—No lo hubiese preguntado en caso de saberlo —repuso el escocés.

—Me caí. Tropecé con una piedra mientras exploraba la finca de los duques.

—He oído rumores sobre ti —soltó Ewan por fin.

Ahí estaba.

El corazón de Rafe dio un salto.

—¿Qué clase de rumores? —preguntó, con un tono que pretendió ser indiferente y sonó, sobre todo, a culpabilidad.

Ewan estrechó la mirada.

—Que estás metido en problemas. Que hay tipos que no te desean nada bueno.

Rafe sintió un latigazo de pánico, pero no por él. ¿Catriona lo había traicionado? ¿Le habría contado que tuvo que salvarlo de una panda de indeseables?

—¿Dónde lo has escuchado? —preguntó demasiado rápido.

—¿Por qué importa?

—Porque… —se detuvo para medir sus palabras—. Porque me gustaría saber quién se dedica a hablar de mí a mis espaldas. Suelo preferir que me insulten de frente.

Ewan dudó una fracción de segundo. Podría haber dicho la verdad —si era que su instinto no se equivocaba y Cat había visto más de la cuenta, pues era evidente que él no había tropezado con nada. A Rafe le habían pegado.

No. No iba a delatarla.

—Azrael —improvisó, y no era una mentira demasiado grande.

Rafe parpadeó un par de veces.

—¿Azrael?

—*Aye*. Vino a verme antes de irse. Me dijo que tenías asuntos pendientes, que había gente peligrosa pisándote los talones y que más me valía enterarme antes de que la situación te explotase en la cara. Lo adornó con sus encantadoras palabras habituales, pero ese era el mensaje.

Rafe se quedó callado un momento, encajando las piezas. Azrael no era precisamente el pregonero de sus miserias; si se había tomado la molestia de advertir a Ewan era porque estaba preocupado por él. Eso era lo que hacían los amigos, ¿no?

—Es verdad —admitió al fin, con un suspiro largo—. Tenía problemas. A estas alturas, espero que en pasado.

—Detesto las sandeces superfluas —gruñó Ewan—. Explícate. Quiero los detalles que

Azrael no me ha dado y quiero oírlos de tu boca.

Rafe se pasó la mano por la nuca. No le gustaba hablar de dinero. Era un terreno pegajoso, lleno de orgullo herido y vergüenza. Pero Ewan estaba allí, con los brazos cruzados y mostrando una expresión terca. No se marcharía sin respuestas.

—Me senté a una partida de cartas —comenzó—. De esas que parecen una broma entre conocidos, entre caballeros. Una noche cualquiera. Pan comido. O eso creí.

—Ya veo por dónde va —dijo Ewan, lacónico.

—Sí. El pan estaba envenenado. Cargaron la baraja. No fui el único que perdió, pero fui el único con las conexiones lo suficientemente jugosas como para apretar las tuercas. El nieto de un duque. —Se encogió de hombros, gesto que le dolió —. Cuando quise darme cuenta, ya no era un juego. Era una deuda complicada. Y quienes vinieron a recordármelo no llevaban frac, sino nudillos duros.

Ewan apretó la mandíbula. Pensó, sin necesidad de muchas pruebas, en que Catriona estaba involucrada de algún modo en ese relato.

—¿Y tus pistolas, Rafe? Todo el mundo sabe que nadie tiene tu puntería.

—Eran cuatro. Pude haberme defendido en caso de haber previsto que necesitaba salir a dar un paseo con ellas. Hubiese herido a dos y me habría peleado con los otros. No soy tan fácil de cazar, ¿sabes?

—¿Cuándo te atraparon esos cuatro? —preguntó, seco.

—Ayer.

—¿En qué parte de la finca?

—Lo bastante alejada para que ninguno de los invitados sepa nada. —Mintió a medias.

Ewan no tuvo dudas. Su hermana lo había visto y seguro que no se quedó cruzada de brazos.

—¿Cuánto dinero perdiste?

—Lo bastante para que empezase a resultarme interesante vender mis mejores botas —intentó bromear Rafe, pero la sonrisa se le cayó al ver a Ewan mirándolo con una ceja alzada—. No

tanto como para arruinar a mi abuela… todavía. Pero sí lo suficiente para que los cobradores se tomasen la molestia de venir a buscarme aquí.

—Creí que sería un asunto de faldas —le confesó Ewan.

—No. Mis abuelos me han cortado la asignación. Les dije a los tipos que me retrasaría en el pago y no lo aceptaron. Creen que tengo mucho dinero.

—¿Greymere y su dama siguen obligándote a que te cases?

—Sí. La abuela quiere que me asiente como mis hermanos y mis primos. El duque está decidido a que su esposa tenga lo que desea a costa de mis opiniones.

—¿Y quieres casarte?

Rafe se movió en la cama, incómodo.

—Sí. He encontrado a la mujer adecuada para ello.

Ewan apretó los labios. No le gustaba la idea de que un hombre se casase con Cat por su

descomunal dote. Apartó el pensamiento de momento.

—¿Van a volver a por ti?

—No. Azrael se ha ocupado de todo.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Me dijo que él lo arreglaría. A su manera y que no me preocupase.

—Su manera suele implicar sangre o sobornos.

—Lo segundo, espero —replicó Rafe—. Se marchó de aquí con dinero suficiente para pagar la deuda. No sé de dónde lo ha sacado, ni me lo quiso decir. Solo comprendo que si alguien puede lidiar con esa clase de rufianes, es él. Y que, cuando un hombre como Azrael te mira y te dice déjamelo a mí, más vale no discutir. En eso se parece a ti.

Ewan exhaló despacio.

—Pero no ha sido a mí a quien le has pedido ayuda.

—¿Cuando tú tienes un problema recurres a él o a mí? No —se respondió él mismo—. Buscas la ayuda de Simon. Incluso lo mandaste a encontrar a un cura para que te casase con Connie. El santo Simon ayudándote a cometer una infamia… No me lo creí a pesar de que lo juró tres veces.

—¿Te lo ha contado? —preguntó incrédulo. Eso fue lo que ocurrió el año pasado. Ella pensaba irse lejos, cayó enferma y el escocés decidió engañar a un sacerdote para que los casase. Constance no se lo tomó nada bien, pero tampoco tan mal como él creyó que sucedería. No había duda de que lo amaba y por eso no lo abandonó de inmediato.

—Se le suelta la lengua cuando bebe.

—Dirás que lo embaucas para emborracharlo cuando quieres averiguar algo.

—Sí. Eso también.

—Dime una cosa, Rafe…

—¿Más? Creo que te he contado mis secretos más vergonzosos.

—Sí. Eso es. ¿Cuál es el motivo por el que te muestras tan cooperativo? —indagó con audacia.

—¿No eres mi amigo?

—Supongo que sí… ¿Me has perdonado ya por haberte robado a Connie?

Rafe le sonrió.

—Me hiciste un gran favor.

—¿Por qué?

—Porque esa mujer no era para mí.

—¿Y la que has encontrado ahora sí?

—Sí. Ella sí es la que necesito.

—Ah. Debe tener una dote abultada… —dejó caer el escocés.

—¿Constance era miserable? —se defendió el otro.

—Yo no necesitaba ni un solo penique de ella.

—No, por no necesitar no precisaste ni de su consentimiento para casarte con ella. No me des lecciones de moralidad.

Oh. La réplica le escoció a Ewan. Tomó nota de ajustar cuentas con Simon más tarde.

—¿Nos quitamos las máscaras ya, Rafe?

—No llevo ninguna.

—Hablemos de mi hermana.

—¿Qué tiene que ver Catriona en esto? —preguntó, con cuidado para no traicionarse.

—¿Ya la llamas por su nombre?

—La conozco desde hace muchos años. Es natural que me refiera a ella por su nombre, Ewan.

—Ya… No. Ella es la señorita MacCrae para ti. ¿Estamos?

—Muy bien. —No iba a cometer la temeridad de hacer enfadar más al hombre que tenía la potestad de proteger a la dama con la que iba a

casarse—. ¿Por qué nombras a la señorita MacCrae, Ewan?

—Estás implicado de alguna manera con mi hermana.

La sangre se le heló. Rafe, que estaba preparado para cualquier cosa menos para una acusación directa, se recompuso como pudo.

—¿Cómo dices? —Mejor sería averiguar lo que su amigo sabía al respecto.

—Estás magullado, tienes sangre en algunas de las heridas. Sé que mi hermana te vio, y apostaría la fortuna que no necesito de Constance, a que Cat te ayudó con esos cuatro que te dieron caza.

—¿Catriona te ha contado algo? —soltó, demasiado tenso. Se olvidó de hablar de ella con más propiedad.

—No —mintió Ewan sin parpadear—. Ya te he dicho que fue Azrael quien me puso sobre aviso. Sin embargo, puedo leer entre líneas. A ti te conozco bien y a ella mucho mejor. Mi hermana, cuando decide preocuparse por alguien, suele hacerlo en silencio. Y a puñetazos contra el mundo, si hace

falta. ¿Mi interpretación de los hechos no es la correcta, Rafe?

—Ella me salvó la vida.

—¿Estuvo en peligro, Rafe?

—Sí —reconoció muy a su pesar—. Y tienes que creerme cuando te digo que me partió el alma no haber llevado conmigo mis malditas pistolas. Me sorprendieron por la espalda, sigilosos. Salí temprano a pasear porque no conseguí dormir bien. No pude defenderme. Si ella no hubiese estado allí… —se quedó sin palabras—. Es una mujer muy valiente.

—Y hábil con el arco. Lo llevaba consigo, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Le gusta mucho cazar, por eso sé que lo llevaba con ella. Ayer, había un juego por parejas para buscar un tesoro. Ella detesta esas cosas. Supuse que desaparecería para entretenerse sola.

Rafe se relajó un poco. Ewan no parecía estar demasiado enfadado. Incluso tenía una pequeña sonrisa mientras hablaba de Catriona.

—No me alegré de que me salvase la vida.

—¿Preferirías estar muerto?

—No suena agradecido, lo sé, pero aunque estoy bien, no lo estoy del todo —dijo, más suave—. Me humilló, Ewan. Me salvó una auténtica guerrera y no pude demostrarle que soy un tirador excelente y que sé defenderme.

—Es mi hermana, Rafe.

—¿Y eso qué demonios significa?

—Que es excepcional como yo. A diferencia de los ingleses, a nosotros nos educaron sin bajar la guardia. Seguimos esperando a que nos declaréis la guerra.

—¿Catriona también?

—Eso dependerá de ti —expuso enigmático—. Lo importante es saber si el asunto está zanjado. No quiero que mi hermana pueda correr peligro de nuevo.

—Yo tampoco. Azrael pagará. Se acabó.

—Las cosas nunca se acaban tan fácilmente —refutó Ewan—. Pero por hoy me conformaré con saber que no volverán a dejarte de rodillas en medio de un bosque.

—Qué consideración la tuya —ironizó Rafe.

—Te necesito vivo para poder gritarte cuando hagas estupideces —replicó el escocés—. Y para que puedas cuidar de los tuyos.

Rafe lo miró, sorprendido.

—¿Desde cuándo tengo algo mío, Ewan?

—Tal vez desde hace poco —dijo Ewan con una clara intención—. Cat no te habría ayudado si no considerase que lo merecieras. No es ninguna temeraria. Has dicho que corrió peligro. Te digo que no se hubiese involucrado sin un buen motivo, más sabiendo que yo me desmoronaría si la perdiese.

Rafe apartó la vista hacia la chimenea. No quedaban brasas y pese a ello contempló las cenizas. Así era su vida. Tenía demasiadas cosas que ordenar en la cabeza: la deuda, la pelea, la ayuda de Azrael, los ojos de Catriona, su cuerpo junto al suyo o el descubrimiento brutal de su inocencia. El corazón

volvió a latirle con fuerza al recordar el grito ahogado de ella, el modo en que había confiado en él para que le hiciese el amor y fue un patán decepcionante.

Ewan se pasó una mano por la barba, como si estuviese tachando mentalmente asuntos pendientes.

—Bien —dijo—. El problema del dinero, de momento, queda vigilado. El asunto de los golpes, también. Me seguiré ocupando de Azrael por mi cuenta. ¿Sabes que ha estado detrás de las faldas de Lydia?

—No me lo explicó, pero sí que vi su interés en ella.

—¿Crees que ha hecho algo irreparable con la muchacha? Tú lo conoces mejor.

—¿Qué sospechas tienes?

—Lydia no para de llorar.

—Oh. ¿Crees que está enamorada de él?

—Todo es posible. Azrael ha visto que Simon se preocupa por ella y eso ha tenido que desencadenar el resto.

—¿Simon también la quiere?

—No lo creo. Solo… se siente protector porque la ve como una especie de hermana. —En verdad Ewan consideraba que eso era así.

—Ten cuidado —le advirtió Rafe—. Azrael no nos morderá ni a ti ni a mí; con respecto a su primo no estoy tan seguro, pero sé que si te metes en sus asuntos no se lo tomará a bien.

—He domado mulas más tercas que él —replicó Ewan. Luego sonrió—. Incluso domé a Constance y esa sí fue una mula muy difícil.

—¿Sabe tu esposa que hablas así de ella?

—No. Y tú no se lo dirás.

Hubo una breve pausa. Ewan se giró hacia la puerta, como si fuese a irse, y luego se detuvo con la mano en el picaporte.

—Hay otra cuestión que necesita mayor abordaje —dijo, sin mirarlo.

Rafe sintió que todo su cuerpo se ponía tenso. ¿Qué más quería ese hombre en esos

momentos? Ya le había confesado cosas que ni siquiera había compartido con Azrael.

—¿Cuál? —preguntó, con una voz demasiado tranquila para lo que sentía.

Ewan giró la cabeza lo justo para mirarlo por encima del hombro.

—Mi hermana.

Ahí estaba. El corazón de Rafe se lanzó a trotar. Imágenes absurdas le cruzaron por la mente: Catriona saliendo de su cuarto, algún criado parlanchín… No quería que la reputación de ella estuviese en entredicho. ¿Sabía algo de lo que sucedió la noche anterior entre ambos o no? Uno no sabía a qué atenerse con el bruto escocés.

—Yo… —empezó a decir, pero pronto se calló porque no sabía cómo continuar.

Ewan levantó una mano.

—Yo iré con pies de plomo con Azrael, pero tú, ten cuidado con ella —dijo, despacio.

Rafe lo interpretó a la manera más obvia. La manera culpable. Tendría que cuidarla.

—No le haré daño —contestó de inmediato, con una seriedad que rara vez usaba—. Antes me quitaría la vida.

Lo dijo sin teatralidad, sin exageración. Era una simple verdad, porque la idea de convertir a Catriona en un nombre más en su lista de conquistas le producía náuseas.

Durante un segundo, el silencio se quedó suspendido. Y, de pronto, Ewan soltó una carcajada.

Una carcajada de las profundas. Rafe lo miró, ofendido.

—¿Te parece gracioso? —protestó—. Estoy intentando que confíes en mí.

—Sí ya lo sé. Me ha quedado claro que quieres mi aprobación al mostrarte tan manso cuando comencé el interrogatorio, Rafe.

—¿Qué más esperas pues? Quiero a tu hermana y su dote es un añadido. Mis abuelos me darán una gran recompensa cuando les presente a mi esposa. No necesitaré el dinero que ella tiene.

El *laird* de Dunrath se volvió del todo.

—¿Estás enamorado?

—¿Qué sabré yo del amor? No lo sé, Ewan. No te mentiré. Solo necesitas saber que cuando pienso en ponerme una soga al cuello, veo a Catriona a mi lado y le estoy entregando la maldita cuerda para que no la suelte nunca. —Ya estaba. Ya se lo había dicho todo.

—Bien. —Quedaba claro que sus palabras lo habían complacido—. Me he reído antes porque no estoy preocupado por Catriona —aclaró—. No lo estuve ni cuando cabía la posibilidad de que te hubieses fijado en ella para vengarte porque te quité a Constance.

—Eso era otro añadido extra —clarificó de inmediato Rafe—. Y si no te preocupa pierde su gracia, pero no es una cuestión fundamental.

—Como iba a explicarte, mi hermana sabe manejar a los escoceses mejor que nadie. Y Dios sabe que somos peores que el diablo cuando nos lo proponemos. Ha mandado al infierno a cuatro que la cortejaban en serio y se ha negado a casarse con otros tantos que tenían tierras, ganado y fortunas que nos habrían venido muy bien.

Rafe parpadeó. ¿La bruja tenía tanto éxito? Claro que sí. Él mismo, que podría tener a la mujer que quisiera en la cama, no había dejado de pensar en ella durante diez malditos años.

—Reconfortante —ironizó—. Me pones el listón alto, aunque no me importa. Se conformará con un inglés que recibirá una fortuna de sus abuelos. A partir de ahí seguiremos con la ruta que más nos convenga a ambos.

—No estás escuchando, Rafe. Lo que intento decirte —continuó Ewan— es que Cat no es una damisela a la que puedas engañar con una sonrisa. Si no te quiere, te lo hará saber con claridad cristalina. Y si te quiere también lo sabrás pronto. Lo que debes comprender es que si la enfadas de algún modo te arrastrará al infierno, y lo hará sin derramar una sola lágrima. A fin de cuentas, es hermana mía. Es igual que yo, con el pelo más largo y sin barba.

—Estás pintando una imagen muy tranquilizadora —añadió, sarcástico, Rafe—. Y no es como tú en absoluto. Ella es bonita, tú eres enorme, poco apuesto y excesivamente bruto.

—¿Has entendido mi advertencia? Te la hago solo porque eres un buen amigo. Aunque a veces haya deseado aplastarte la cabeza, te valoro.

—Sí, Ewan. Sé que ella es una mujer fuerte y actuará conmigo del mismo modo en el que yo lo haga. No la haré sufrir.

—Lo que me preocupa —remató Ewan— no es que tú la hagas sufrir. Es que ella te destroce si lo haces. Lo hará si ve que tiene que hacerlo y no se despeinará. No eres rival para ella.

Rafe abrió la boca. La cerró. Lo que acababa de decir era una gran ofensa.

—¿Perdona?

—Tú eres el que puede terminar mal, amigo mío —dijo el escocés, con media sonrisa—. Catriona ha sobrevivido a la escasez, a las tormentas, a una abuela tirana y a media Escocia empeñada en casarla. Tú has sobrevivido a cartas trucadas y a maridos celosos. No tengo dudas sobre quién de los dos es más duro. Sé lo que estás pensando. Y no, Rafe. No eres débil. Sé que no lo eres. Mi hermana no te hubiese tomado en consideración si no fueses un hombre de la cabeza a los pies. —Ewan consideraba que a su amigo podría preocuparle esa parte. Lo adivinaba por algún motivo que no lograba entender. Tal vez por la alusión sobre la debilidad al comienzo de la conversación.

Rafe dejó caer la cabeza hacia atrás en la almohada y soltó un suspiro que no sabía si era alivio.

—Es posible que tengas razón —admitió —. Sé que no es fácil. La quiero para mí de igual modo y no me rendiré hasta tenerla.

—Me alegra que lo entiendas —dijo Ewan—. Porque si mi hermana te elige, no tendrás que convencerme de que eres digno de ella. Tendrás que convencerme de que estás preparado al fin para ser el hombre que ella sabe que eres.

—Ya lo soy. Soy ese hombre. Estoy listo para Catriona, para demostrarle que vale la pena elegirme.

—Perfecto entonces —confirmó Ewan—. Bienvenido al club de los hombres que aman a mujeres demasiado formidables para ellos. Constance me tiene de rodillas desde que la viese por primera vez. No me quejo ni me avergüenza reconocerlo. Es un honor haber encontrado a la mujer capaz de haberme puesto a sus pies.

Rafe se sorprendió a sí mismo sonriendo.

—Supongo que podría acostumbrarme a ser como tú en ese aspecto —dijo, despacio. En verdad sería algo bueno. Tener la confianza de otra persona, su propia familia. Sí. Quería lo que el bruto escocés tenía.

—Depende de cómo la trates —replicó Ewan—. Pero, como ya te he dicho, no es a ella a quien temo ver hecha pedazos.

Ewan afirmó con la cabeza. Se dirigió de nuevo hacia la puerta. Esta vez sí la abrió.

—Cúrate bien, Rafe —dijo, sin volverse.

Él se incorporó un poco.

—Ewan —lo llamó.

—¿Qué?

—Gracias.

—No hay nada que agradecer, amigo mío. Lucha por ella.

Cerró la puerta antes de que Rafe encontrase una réplica ingeniosa. El inglés se quedó

solo, miró al techo un instante y, contra todo pronóstico, se echó a reír.

Ewan tenía razón. No había nada mejor que encontrar a una mujer por la que valiese la pena desprenderse de todo orgullo.

Catriona merecía el esfuerzo.

Rafe estaba dispuesto a perder todo lo necesario con tal de ganársela.

Capítulo 6

Un amargo despertar

El prado se había despejado tras la llovizna de la media mañana y olía a hierba recién sacudida. La duquesa de Ravensvy, envuelta en una muselina color crema que se pegaba a su figura como si el sol la acariciara solo a ella, alzó la voz con esa alegría ensayada de quien disfrutaba dirigiendo a los demás. Para eso era la anfitriona de la fiesta y una duquesa.

—Bienvenidos a la Caza de las Reliquias de Ravensvy. —Sonrió—. Haremos equipos de dos. Cada pareja recibirá una cinta y una tarjeta con un verso. El verso les conducirá al siguiente punto del jardín. En cada parada hallarán una reliquia: cintas, plumas, monedas antiguas… Al final, quien regrese

con más reliquias, ganará. Y, por supuesto, habrá premio.

—¿Un baile con usted, duquesa? —murmuró un gentilhombre, provocando risitas entre el resto.

—No sea indiscreto, señor Denby —replicó ella, coqueta—. El premio es una sortija antigua de granate y… el honor de haber vencido.

Constance se deslizó hasta Catriona por detrás y le colocó una cinta verde al brazo.

—Ni una palabra —susurró con un tono que no admitía réplica—. Participarás. Tengo al candidato perfecto para que sea tu compañero. Te hará bien sonreír en público y verás que es divertido.

—No acostumbro a obedecer órdenes tan… —Cat contuvo la respuesta cuando los ojos grises de Constance chispearon—. Muy bien. Participaré.

—Lydia también lo hará —añadió Constance, alisando un pliegue de la falda de su pupila, quien estaba al lado—. Y no te preocupes por ella. La he puesto con Simon. Nadie más prudente que el mejor amigo de Ewan.

Lydia y Cat intercambiaron una mirada cómplice. La joven le pedía auxilio, y la escocesa le decía que no podría hacer nada al respecto porque ella también se encontraba con el mismo problema.

Catriona asintió, resignada. Vio a Lydia hacer lo mismo. El lacayo pasó con una bandeja de tarjetas. La duquesa, con una sonrisa tan dulce como afilada, cogió una y la depositó en la mano enguantada de Rafe, pues la gran dama se había colocado pronto a su lado.

—Milord, jugará conmigo —anunció, alta y clara, como si proclamara una victoria—. Al fin y al cabo, sé que usted es muy hábil y no me agrada perder.

La forma en que posó los dedos sobre el antebrazo de Rafe no dejó lugar a dudas sobre su costumbre de tomarse libertades. Catriona notó el primer pellizco en el estómago, rabioso y frío. La duquesa inclinó la cabeza hacia Rafe con suma complicidad y se limitó a asentir.

—Como guste, duquesa —le dijo él.

—¿Listo para hacerme ganar?

—Por supuesto —respondió él con esa voz que a Cat le había parecido un pecado en sí misma desde la primera vez que la había oído.

Cerca, el señor Steel, un abogado respetable a quien Constance le había presentado al inicio de la fiesta, avanzaba hacia ella con serenidad. La escocesa se tranquilizó; la opción de la esposa de su hermano no era tan mala como se imaginó.

—Señorita MacCrae, *lady* Dunrath considera que usted y yo lograríamos divertirnos, así que me honraría ser su compañero.

Era un hombre muy común, pero no por ello desdeñable. Tenía buenos modales y Cat había descubierto que no era ningún pomposo. Además, de todos los que había en la fiesta era el más tolerable. Sí, sí. Si no contaba a Rafe, porque el amigo de Ewan la tenía deslumbrada. Catriona le dedicó una sonrisa franca al abogado.

—Acepto, señor Steel. Aunque le advierto que no soy especialmente dócil. Podría acabar lamentando su decisión con facilidad y no lo condenaré por ello.

—Eso confiere emoción al juego —dijo él, divertido.

Rafe levantó la vista justo a tiempo de verlos reír. El gesto le salió sin pensar: los dedos se le cerraron un poco sobre la tarjeta, como si apretara el cuello del estúpido que miraba con cara de ternero enamorado a Catriona. La duquesa, a su lado, interpretó el movimiento como interés por el enigma.

—¿Ansioso por comenzar, querido? —susurró, acercándose tanto que el perfume a flores blancas se coló entre la solapa de Rafe y su camisa.

—Claro que sí, duquesa.

—A ver qué dice la carta. —La mujer la abrió—. «Donde el mármol guarda promesas y el agua repite nombres, busca la primera pluma». El estanque de los cisnes, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Rafe, aunque su mirada, traidora, había volado de nuevo hacia Catriona y su acompañante.

Estaba hirviendo en su propio jugo pegajoso de celos. Otra razón más para comprender que Catriona era la mujer que quería que compartiese la vida con él. Nunca se había puesto celoso a causa de ninguna. Si ese abogado no dejaba de sonreírle como un tonto, él le daría buenas razones para apartarse de ella. En concreto dos. Un

puñetazo con la mano derecha y otro con la izquierda.

La muy traidora no le había dedicado ni una sola mirada desde que la vio en el desayuno. ¿Por qué lo ignoraba? ¿Tenía remordimientos, tal y como él le dijo que podría suceder? La inseguridad que le producía era dolorosa.

El juego comenzó entre risas y pasos ligeros. El primer punto estaba junto al templecillo de mármol, donde el agua del estanque reflejaba el cielo a tiras. Las parejas se repartieron los bordes de grava. Catriona y el señor Steel se agacharon a los pies de una estatua; la escocesa apartó una rama de boj y encontró una pluma dorada atada con hilo.

—Una —canturreó, mostrándola. El señor Steel aplaudió en un arranque de buen humor.

—Talante de cazadora, señorita MacCrae.

—Crecí en las colinas donde uno aprende a rastrear con la niebla metida hasta las pestañas. No me dé tanto crédito. Es práctica.

Se rieron los dos y Rafe, al otro lado del estanque, lo oyó. La risa se le clavó de nuevo como si alguien le hubiese metido una espina en el interior y

la removiese con saña. La duquesa, presta a marcar territorio porque se había dado cuenta que Rafe miraba a otra mujer más de lo recomendable, posó la palma en su antebrazo y se inclinó para que solo él oyera:

—Es encantadora, ¿verdad? Esa franqueza campestre. Pero dudo que entienda los matices de una fiesta como esta. La mujer del señor MacCrae cree que aquí le encontrará un esposo. Es demasiado ruda, no lo conseguirá. Demasiado mayor también como para que alguien la tenga en consideración.

Rafe respondió con una sonrisa cortés. No quería darle motivos a la duquesa para sacar conclusiones. Entonces se obligó a controlarse porque estaba a punto de sacarle los ojos al acompañante de Catriona. Él la estaba tocando de más. ¡La estaba sosteniendo del codo para ayudarla a levantarse! ¡Qué falta de respeto! Ella era suya y nadie tenía derecho a hacerla reír o a tocarla de cualquier modo. ¡Maldito fuese el abogado! Tenía que hablar con ella lo antes posible y que su relación se hiciese pública. Mejor que su relación, su matrimonio, porque de ese modo él podría haber mandado a la duquesa al infierno y reclamar toda la atención de Catriona. Los celos lo consumían.

Se concentró en el maldito dichoso juego.

La segunda pista conducía al laberinto de tejos. «Traza el surco que los niños olvidaron; allí donde el seto forme una herradura, hallarás la moneda», decía el papel.

Ese laberinto en concreto siempre había servido para coqueteos, huidas y secretos. La duquesa avanzó delante, marcando el paso con graciosa autoridad.

—Por aquí, querido —dijo, y la última palabra sonó con un matiz que a él no le agradó.

Rafe obedeció, pero cada recodo le ofrecía la visión de Catriona adelantándose ligera, con el cabello recogido a medias y varios mechones sueltos que el señor Steel notó de inmediato.

—Permítame… —le pidió el abogado a la escocesa, sin llegar a rozarla de modo inapropiado, y ella agradeció el gesto con una sonrisa que a Rafe se le clavó donde más dolía. Le había colocado un par de mechones de pelo en su lugar.

—¿Ha ejercido mucho tiempo, señor Steel? —preguntó Cat mientras doblaban una

esquina.

—Diez años. El derecho me gusta porque todo son palabras que hay que poner en su lugar. Como piedras en un puente.

—O como las piezas de un corazón —replicó ella en un tono juguetón que pretendía ser inocente, aunque no lo fue.

Oh, sí. Rafe tenía una visión certera sobre lo que ella y el abogado estaban compartiendo, pero Cat también había visto a la duquesa restregándose sobre él a cada ocasión que pudo.

¡Estaba celosa! Y descubrió que la sensación no le agradaba en absoluto.

El laberinto ofreció minutos de carreras cortas, de susurros y pasos cruzados. En un recodo, la duquesa detuvo a Rafe con suavidad.

—¿Te interesa ella?

—¿A quién se refiere? —dijo él, fingiendo ignorancia, aunque los ojos se le habían ido, tercos, en dirección a Cat.

—No hace falta que guardes las formas; aquí no nos oirá nadie. ¿Has olvidado lo que hicimos la última vez que estuvimos al aire libre? Aunque no fue tan excitante como fornicar en la habitación contigua al salón de baile el primer día.

—Se ha terminado, excelencia. Y por consiguiente me dirigiré a usted con el respeto que exige su título.

—Te gusta. Esa escocesa sin gracia alguna te gusta. Por eso me has mandado al cuerno sin ninguna compasión.

—Es una mujer casada. Nuestra aventura no podía ser permanente —le recordó.

Ella soltó una risita y tiró de él para acabar bien cogida de su brazo. Ambos llegaron a la herradura de seto. La moneda antigua brillaba en una grieta de la tierra. La duquesa la alzó triunfante y, para celebrarlo, le dio un ligero beso en los labios a Rafe. Él no pudo esquivarla. Catriona, que acababa de doblar el pasillo contiguo, lo vio. El golpe fue seco, como si una puerta le hubiese cogido un dedo al cerrarse.

—¿Está bien? —preguntó Steel, atento al ver el cambio de la joven.

—Perfectamente —mintió ella, y el acento de las *Highlands* le salió más marcado que de costumbre—. Sigamos.

La tercera pista estaba junto a la rosaleda. «En el arco que el invierno no rindió, una cinta espera». Allí, el viento aún era húmedo. Cat se adelantó para alcanzar la cinta carmesí que ondeaba en lo alto de un arco de hierro. El señor Steel miró alrededor, halló una piedra lisa y la movió bajo el arco.

—Suba aquí. Yo la sujeto.

—No soy tan frágil.

—No confundo fragilidad con prudencia. Me compete a mí preocuparme por su seguridad durante el juego al menos.

—¿Siempre es usted tan correcto?

—Oh, no. Solo lo soy en la Corte. No quiere saber cómo soy en realidad, podría salir huyendo si se lo muestro —bromeó el abogado.

El intercambio los llevó a reír otra vez. Catriona subió, cogió la cinta y, al bajar, perdió un instante el equilibrio. El señor Steel la sostuvo por la

cintura, firme, correcto, pero la acción los dejó muy cerca el uno del otro durante un par de segundos. Rafe llegó justo entonces. Lo vio todo rojo. El brazo del maldito estrechando la cintura de ella, la cinta como una marca posesiva y la mirada de uno sobre el otro. No pudo resistirse.

—Señor Steel —saludó, demasiado amablemente—, veo que el juego se ha puesto interesante.

—Estamos disfrutando, milord —respondió el abogado, sin achicarse—. La señorita MacCrae es una compañera formidable.

—Seguro que sí —dijo Rafe, con un calor que ni la brisa logró disipar—. ¿Y usted, señorita MacCrae, se divierte?

—Mucho, milord —zanjó ella con seriedad.

—Eso parece.

La duquesa, al lado de Rafe, percibió la tensión y sonrió con complacencia malsana.

—Lord Rafe, nos falta la reliquia de la *orangerie*. Venga. No malgastemos la ventaja.

Nuestro juego puede ser igual de interesante —coqueteó con descaro la dama, al tiempo que se apretaba contra él para sujetarse de su brazo.

—Por supuesto —indicó el aludido.

Catriona se colocó la cinta en la muñeca, como si fuera un talismán, y le dirigió una inclinación de cabeza a Rafe que fue como una despedida. Él respondió con una leve reverencia; el gesto decía algo parecido a: «no te vayas así y ven conmigo» al mismo tiempo que la dejaba atrás. Una contradicción que a Catriona la llenó de rabia.

En la *orangerie*, la luz caía tamizada sobre los naranjos. La pista del juego señalaba la base de un viejo tonel. La duquesa se agachó con una risa dulce y sacó una bolsa de terciopelo.

—Qué habilidad tengo —proclamó, y, sin pedir permiso, colgó la bolsa del cuello de Rafe, como si lo adornara. Después alisó la cinta de su brazo con intimidad—. Está usted hecho para ganar juegos… y otras cosas, lord Rafe —dijo bien en alto para que la pareja que iba detrás la escuchase con claridad.

Cat los vio a contraluz. La duquesa parecía tan dulce como la miel; Rafe, complacido. Demasiado. Él le devolvía la sonrisa. Sintió un pellizco

nuevo, más profundo que el anterior, que la hizo gruñir sin darse cuenta de que lo había hecho. Se volvió hacia el abogado.

—¿Seguimos?

—Señorita MacCrae, dígame la verdad. Se siente abochornada por el espectáculo, ¿me equivoco?

—¿A qué se refiere? —Ella se había perdido algo.

—Me temo que la duquesa es muy evidente en su… amistad. Y el caballero no se reserva tampoco nada. Una mujer decente censuraría el comportamiento. Entiendo, pues, el motivo por el que está tan tensa. Les dejaremos un poco de ventaja y así no tendrá que presenciar tal exhibición tan poco elegante.

—¿Cree que la duquesa y lord Rafe son…? —No pudo terminar la frase. En su interior se iluminó el pensamiento como si fuese un relámpago en plena noche. Tenía que ser la duquesa de Ravensvy. Ella era la mujer con la que él había estado retozando al aire libre. Cat no la pudo identificar en aquel momento, solo vio una mancha corriendo a lo lejos, pero sí, tenía que ser ella.

—A las pruebas me remito. He sido testigo directo, al igual que usted.

—¡Oh, cielos! —exclamó. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Se recompuso como pudo y le sonrió a su acompañante—. No importa. Es solo que… Bueno, en mi familia el matrimonio no es un asunto que se tome a la ligera. El compromiso que se asume ante Dios es irrevocable, y siempre había pensado que los pares del reino tenían una obligación moral extra. La dama es una duquesa. —Para Cat ella debería ser un ejemplo de representación moral inglés indiscutible.

—Así es. Pero los matrimonios de la clase alta rara vez se hacen por amor. Siempre que asuntos delicados se lleven con… digamos, discreción, están ligeramente permitidos.

—Pero ella no es discreta.

—No. No lo es en absoluto. Tiene suerte de que su esposo también tenga… digamos, otra distracción y no se dé cuenta del comportamiento de su dama.

Catriona abrió los ojos de golpe.

—¿El duque también es…? —Iba a decir un traidor, pero sonaba demasiado fuerte. Recordó lo que le había dicho Rafe en aquel momento sobre que su amante no era feliz y que su marido se consolaba también en otro lugar, pero ella no le dio credibilidad porque creyó que él le mentía.

—Matrimonios de clase alta, señorita MacCrae. La duquesa ha cumplido con su deber: un heredero y un repuesto, y entre ambos salió una niña. Ahora solo debe ser discreta.

—¿Cree que su esposo solo la censuraría por no ser discreta, no por traicionarlo?

—He redactado innumerables contratos matrimoniales. Me temo que debe ser así.

—¿Sabe, qué, señor Steel?

—La escucho con atención.

Ella le sonrió.

—Me alegra ser una simple escocesa. No podría aceptar esa clase de matrimonio jamás.

—Uhm… ¿A qué clase de matrimonio se refiere, señorita MacCrae? —Una poderosa voz de

barítono sorprendió a Cat y al señor Steel. Como no podía ser de otro modo, Rafe había llegado hasta ellos de modo muy sigiloso para espiarlos.

—¿No le han dicho que no es cortés escuchar conversaciones ajenas, milord? Creía que siendo como lo es usted, el nieto de un duque, tendría la etiqueta necesaria desde la cuna. —Ella estaba furiosa.

Él sonrió de modo inocente.

—¿Cómo iba a no inmiscuirme cuando mi amigo, su hermano —precisó— la trajo aquí para que encontrase a un esposo adecuado y acabo de escuchar la palabra matrimonio de sus labios? ¿Debo ir a buscar a Ewan para que hable con el señor Steel? Sospecho que ha habido una preciosa pedida matrimonial.

—En caso de que hiciese falta hablar con alguien —tomó la palabra el aludido— sé perfectamente cómo debería proceder. Y esto es una conversación privada, milord. Debería estar usted con su… pareja… uhm… disfrutando de tan plácido juego. —El ataque fue tajante. Rafe entendió el doble sentido que Steel le dio y apretó los puños con fuerza.

—No, estoy donde debo. Ewan MacCrae es uno de mis mejores amigos. Que me aspen si me quedo viendo cómo un caballero asalta a una dama inocente que no está familiarizada con las artimañas del coqueteo.

—Por amor de Dios… —susurró ella.

—¡Eso es ofensivo! —ladró el abogado.

—Sí, pero como amigo del hermano de la dama es mi obligación protegerla. Así que el juego se ha terminado. Vaya usted con la duquesa. La señorita MacCrae tiene que darle muchas explicaciones a alguien.

Ella lo miraba con los ojos como platos.

—¿Ah, sí? —preguntó

—Sí.

—¿Y a quién debo rendirle cuentas, milord?

—A su hermano. Vamos a buscarlo de inmediato —improvisó Rafe, para luego cogerla de la cintura, lo que supuso un claro gesto de posesión, y la arrastró con él lejos del alcance del abogado.

La tenía tan fuertemente cogida, que ella no podía detener el paso sin hacerlos caer a ambos. Catriona miró hacia atrás y vio a un abogado con la boca abierta. Cuando estuvo segura de que nadie los escuchaba buscó los ojos de su captor. Por descontado que él no bajó la mirada para verla. Estaba concentrado en el camino.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Y tú?

—¿Qué derecho tienes a tratarme de este modo, Rafe?

—El que me da haberte hecho el amor, Catriona.

Ella trató de pararse. Él se giró y la miró con gravedad. No le permitió detenerse.

—No quiero ir contigo ahora mismo a ninguna parte.

—No, ya sé que preferirías estar con tu señor Steel disfrutando de sus miradas, toques y sonrisas.

—¿A qué viene eso?

—Sigue caminando, no quiero tener público cuando te reprenda correctamente.

—¿Disculpa?

—Ya me has escuchado. Vamos a ir a la casa del guardabosques y allí aclararemos la situación, pues he comprendido que no eres consciente de la relación que tú y yo tenemos.

—He reconocido el camino por el que me estás arrastrando. Me estoy conteniendo para no luchar contra ti. No quiero ir a la cabaña.

—Y yo no me quedaré viendo cómo seduces a Steel.

—¿Pero tú te estás escuchando, Rafe?

—Sé lo que he visto. Tal vez no seas consciente del poder que tienes, pero solo te basta una mirada para llamar la atención de todos los hombres que están a tu lado.

—Por amor de Dios… —susurró ella—. Estás hablando y comportándote como un auténtico demente.

—En absoluto. Me he contenido, porque quería darle su merecido a ese abogado que no te conviene en absoluto.

—Tú mismo me dijiste en varias ocasiones que no me convenías —le tuvo que recordar, mientras caminaban.

—Eso fue antes de hacerte mía.

—¿Cómo has dicho?

—Estoy tan enfadado contigo, Catriona, que no sé si regañarte primero y hacerte el amor después, o intercambiar el orden para ver si logro tranquilizarme.

—¡Rafe! —lo llamó al orden—. No es nada halagador que te muestres tan posesivo. No soy yo quien habla del tamaño de tu virilidad sin pudor.

Él se detuvo entonces y comprobó que no tenían público cerca. Se colocó delante de ella.

—¿Qué acabas de decir? —la interrogó.

—Hablan de ti. Las damas —clarificó—. Antes no había entendido las alusiones a tu… a tu… *eso*.

—¿Y qué es lo que dicen?

—Oh, cosas que te agrandarían el ego. Pero la cuestión no es esa.

—No. Es cierto, la cuestión es que si me descuido un minuto, Steel hubiese caído sobre sus rodillas para declarar su amor eterno por ti.

—Tengo una pregunta, Rafe, porque creo que no entiendes que esto es cosa de dos…

—No sé lo que tratas de decir.

—¿Cómo te sentirías si más de la mitad de los caballeros supieran el tamaño exacto de mis pechos?

—Estarían muertos y tú recibirías una buena azotaina, muchacha.

Ella levantó una ceja muy sardónica.

—Creo que has entendido la comparación. ¿Qué se supone que debo hacer yo con respecto a ti? ¿Matarlas a todas y luego fustigarte?

Él apretó los labios y la miró con dureza.

—No es lo mismo. Yo soy un hombre.

—Ah. Una respuesta de lo más acertada para ofrecerle a una escocesa salvaje que no teme ayudar a su hermano con el ganado. ¿Quieres probar de nuevo, Rafe? —Le dio una nueva oportunidad aunque él no la mereciese.

—¿Y qué quieres que diga, Catriona? Yo era un hombre libre y no está penado que me… que me relacione con las damas de modo íntimo.

—No estoy contenta contigo, Rafe.

—Yo creo que lo estabas bastante antes de salir de mi cama esta misma mañana. ¿O lo has olvidado, Catriona? Porque antes de marcharte a toda prisa, todavía hicimos el amor una vez más.

—Veo una recriminación ahí, pero no la identifico. Habla claro, Rafe, y lánzame la acusación sin preámbulos.

—Te dije que tenías que irte antes de que nos descubrieran y saltaste del lecho tan rápido que temí que al darme la vuelta para despedirme de ti ya te hubieses esfumado. Eso sin contar que ni una sola vez me has mirado en todo el día.

—¿Preferías que armásemos un gran escándalo? No podía quedarme más en tu alcoba y tú lo sabes. En especial porque sé que mi hermano estuvo hablando contigo esta misma mañana.

—¿Te lo dijo él?

—¡Claro que me lo dijo! —exclamó enfadada.

Rafe la soltó y cruzó las manos sobre su pecho.

—¿Por qué tenía que decirte que estuvo en mi habitación hablando conmigo, Catriona? —Tenía sus sospechas. Seguro que Azrael no fue el único que habló con Ewan.

—Centrémonos mejor en la duquesa de Ravensvy y su gusto por sostenerse en la corteza de un árbol, ¿sí?

—No. Eso se acabó. No merece ni un pensamiento.

—Yo creo que ella no ha dado por terminada la relación.

—Dos no se acuestan si uno no quiere, Catriona. No me volverá a tener. Ahora hablemos de tu interés por Steel.

—¡Vete al infierno, Rafe! —le escupió a la cara para luego darse la vuelta y comenzar a caminar.

Él estuvo ágil y la agarró desde atrás por la cintura. La pegó a su torso y buscó su oreja.

—Me halaga que estés celosa, Catriona. Por un momento, tu frialdad y tu falta de contacto, incluso visual, me dieron la impresión de que estabas arrepentida de lo que hemos compartido. Me ha vuelto loco ver a otro haciéndote reír, y he luchado contra mis demonios cuando he sido testigo de que te rozaba la mano o te colocaba un mechón de pelo tras la oreja. He sido un truhan de la peor clase. No tengo excusa, pero te he dicho que todo eso se acabó.

—Claro que sí. Y yo tengo que creerlo después de ver a tu amante darte un beso en el laberinto.

—Estabas tan llena de celos como yo —dijo con sorpresa.

—¿Te estás vanagloriando, Rafe?

—¡Desde luego que sí! Nunca le he importado tanto a nadie, Catriona. ¿No lo ves?

—Lo que veo es que me tienes prisionera y que no trato de liberarme porque sé que no te has repuesto de la última paliza que te dieron. —Él la seguía manteniendo bien sujeta, con ella mirando al frente como él. Las manos de Rafe la sujetaban con fuerza por la cintura.

—¡A eso me refiero! Tú te preocupas por mí. He sido solo un envoltorio, Catriona. Las mujeres ven mi aspecto y me desean solo por lo que observan. Luego, cuando comprueban que no soy… que mi… que *eso* no es el instrumento de ningún enclenque, enloquecen y no piensan más que en estar conmigo en la cama.

—¡Pobre desdichado! —ironizó ella.

—Sí, maldita sea. ¡Lo soy! Ni una de las damas que me he llevado a la cama hubiese puesto en riesgo su vida por mí. Fuiste tú, Catriona. Eres la única que decidió que yo valía tanto como para jugarte la vida.

—Me das más crédito del que merezco. Sé manejar un arco con habilidad y estoy acostumbrada a cazar. No hay más. Si ellas hubiesen tenido mis nociones te habrían ayudado, tal y como yo hice. Lo que dices no me hace especial en ningún sentido.

—Te prohíbo que le restes importancia a lo que me hiciste sentir, mujer. Ninguna es como tú.

—Ahora suenas igual de estúpido que un triste poeta. ¿Es eso lo que les susurras a ellas cuando quieres encamarte?

—Jamás me importó lo que hiciese o dejase de hacer ninguna.

—Es del todo natural, pues es evidente que prefieres a las casadas, Rafe.

—Estás siendo cruel.

—No. Tú eres el que se ha comportado como un demente ante el señor Steel. Y no te ha bastado con imponerte a él y a mí, me has acusado de seducir a los caballeros. Tú, que te has acostado con un gran número de mujeres que pertenecían a otro hombre.

—¡Ellas no eran felices!

—No es ninguna excusa. Es como decir que has robado pan porque el panadero detestaba haber hecho su creación. Sigues siendo un ladrón.

—Catriona… te lo suplico, no te ciegues por las demás. No significo nada para nadie. No me quites la esperanza de creer que para ti soy especial.

La frase logró su cometido. La sinceridad tan brutal la desarmó por completo. Suspiró y se quedó muy quieta. Él aflojó su agarre y procedió a darle la vuelta para que lo mirase a los ojos. La escocesa levantó la mirada y vio ahí tanta vulnerabilidad que se le encogió el corazón.

Le acarició la mejilla. Él le colocó su mano sobre la de ella y se aferró a su contacto.

—¿Quién te ha hecho creer que no vales nada, Rafe?

—Nadie en particular. —Bajó la vista un instante—. O todos a la vez. Las risas, los susurros… y yo dejándome llevar por el placer para no pensar en la realidad.

—Mírame —pidió ella.

Obedeció. En sus ojos había una súplica sencilla, sin máscaras. Catriona sintió que el enfado perdía fuerza y se convertía en otra cosa, más profunda y cómplice.

—Eres un hombre al que escuchan cuando habla —dijo—. Al que siguen cuando toma una decisión. Ewan no te prestaría atención sino fueses importante. Mi hermano te respeta. Si alguien no lo ve, es porque es ciego o no te merece.

—¿Tú me ves, Catriona? —murmuró la pregunta como si le costara creerlo.

—Te vi desde el primer día. Y no por el brillo de tu… fama. —Le rozó el pómulo con el pulgar —. Te vi en Escocia cuando eras solo engreído y arrogante. Luego te encontré herido y comprendí que eras valiente. Enfrentaste a tus verdugos sin miedo. Y al final me desafiaste para que pudiese valorar al hombre que en realidad eres. No eres el nieto de un duque que quiere encajar, tampoco el amante que una mujer busca para entretenerse.

—¿Y qué soy, Catriona?

—Eres el hombre que le ha devuelto la esperanza a una mujer que juró no volver a enamorarse, Rafe. Creo que me conoces al menos un

poco. No soy fácil, pero me conquistaste con una facilidad que me avergonzaría si no supiera quién eres en verdad.

—¿Te importo?

—Tanto como para entregarte mi cuerpo sin pedirte ninguna condición —le confesó.

Él tragó saliva con fuerza. Se notaba que cada palabra le calaba más que una reprimenda.

—No quiero volver a estar solo y perdido —susurró—. Te he encontrado y sé que eres mi gracia salvadora. No quiero pelearme contigo. Te juro por lo más sagrado que haya en el mundo, que no sabía que era tan celoso y posesivo. La idea de que me dejes de lado me produce un gran temor.

—Yo también tengo miedo, Rafe. Esto que ha nacido entre los dos nos ha sorprendido mucho. No estoy preparada para forzar las cosas; necesito descubrir lo que tenemos.

—Lo sé. Solo dime que estás conmigo.

—Estoy contigo. Y voy a decirte algo y te aconsejo que lo recuerdes.

—¿Vas a volver a regañarme? —supuso él.

—No. Solo debes recordar que no soy una niña. Soy una mujer que sabe lo que quiere y por eso fui anoche a tu habitación. No puedes volver a actuar del modo en el que lo has hecho antes frente a Steel. Constance siente un gran respeto por las normas y estaría decepcionada conmigo si mi reputación se viese amenazada. La quiero mucho y le traeré vergüenza. ¿Lo entiendes?

—Sí —cedió, con honestidad—. Me venció la rabia.

—Yo también estaba celosa de la duquesa —admitió—. No me gustó ver a esa mujer tratarte como si tuviese algún derecho sobre ti.

—¿Y tú, quieres tener derecho sobre mí?

—*Aye*, Rafe. Eso me gustaría mucho.

—¿Y me ofrecerás la misma cortesía?

—No hace falta que te la ofrezca porque ya la tienes. Pensaba que me conocías lo suficiente como para saber que valoro la lealtad por encima de todas las cosas.

—¿Y por qué me has tratado como si no me conocieras durante todo el día?

—Porque temía salir corriendo hacia tus brazos y besarte, Rafe. Tuve que obligarme a comportarme con frialdad para protegernos a los dos.

—Te necesito, Catriona. Quiero hacerte el amor. Dime que tú también sientes que tenemos que amarnos con nuestros cuerpos, que tu alma ansía la conexión con la mía.

Rafe bajó las manos desde su cintura hasta los lados de la falda. Seguían estando frente a frente. Ella se pegó a él y lo abrazó. Él correspondió al gesto con la misma intensidad. La mirada de Cat estaba fija en los preciosos ojos ámbar de Rafe.

—Primero bésame para estar segura de que lo que dices es cierto —le pidió en un susurro que no retaba, sino que lo invitaba.

Sus labios se posaron con cuidado sobre los de Catriona. Ella respondió sin prisa, abrió la boca lo justo y le regaló la respuesta. El beso crecía con naturalidad. Eran dos personas aceptándose. Disfrutando de la calidez de otro cuerpo, de las múltiples sensaciones que causaba un beso compartido destinado a provocar un incendio. No

había apremio torpe, sino reconocimiento. Cuando él intentó tomar el control, ella marcó el compás con un leve mordisco. Rafe lo entendió. Quería ir despacio y la complacería. La siguió con honor y entusiasmado. La dejó llevarlo. Y entonces el beso cambió de temperatura: se volvió hambriento, agradecido, y lleno de pasión.

El mundo se redujo al sonido de sus propios gemidos, al sabor a granada que Catriona había desayunado, al roce de su lengua cuando le regalaba una caricia y se la quitaba al instante para pedírsela de nuevo con un suspiro. Rafe la sostenía solo de la nuca, sin invadir más. Notaba cómo se le aflojaba la rigidez de los hombros, cómo se le erizaba la piel al borde del escote y supo que sí que era importante para esa escocesa única. Fue él quien se apartó primero, con el pulso en la garganta.

—Si sigo, no tendré el juicio necesario para detenerme —confesó, ronco.

—Sospecho que nunca lo has tenido —replicó ella, sin aliento—. Pero me gustas así, porque soy yo quien te vuelve loco.

—¿Solo loco? Estoy a tu merced y el que sospecha que lo sabes soy yo. Debería estar asustado porque eres consciente de que me tienes atrapado en

tus redes, pero no lo estoy en absoluto. Creo que obrarás en consecuencia porque la lealtad te motiva, así que no tengo nada que perder y mucho que ganar. ¿Me eres leal, cariño, o me he equivocado al juzgarlo así?

—No lo dudes nunca.

Le sonrió encantado.

—Bien.

—¿Rafe?

—¿Sí?

—Estoy preparada para que vayamos a la casita del guardabosques.

—Creí que no me lo pedirías jamás.

Capítulo 7

La maldición de las amistades

Lady Lydia Wynthorpe había soportado la Caza de las Reliquias como se sufría un brebaje amargo que prometía sanar el dolor. Recordaba demasiado bien la cinta azul apretándole la muñeca y, a su lado, al vizconde Trowbridge con esa compostura que no se despeinaba ni con el azote del viento. Tan serio e impactante que le erizaba la piel. La miraba como si cada paso suyo debiera medirse con atención. Y lo peor de todo era que siempre la corregía.

Bueno. Eso no era lo más duro. Era la inquietud que le causaba. Había algo muy oscuro en él. A Azrael lo envolvía ese aire de peligro que seduciría a cualquier dama, pero en Simon, ese

mismo halo era todavía más dramático. ¿Por qué tenía que mantenerse siempre cerca de ella? Se daba la vuelta y ahí estaba él, observándola con descaro. No le gustaba sentirse tan vigilada.

Por suerte había logrado escapar de él. Si Constance volvía a hacer que tuviese que pasar tiempo con el vizconde, se moriría. No le agradaba ni un poco ese hombre. No comprendía el motivo por el que Ewan lo tenía en tan buena estima.

Así que allí estaba Lydia, en la galería cubierta escapando de lo que parecía ser un captor silencioso. Escuchó unos pasos tras ella y supo, sin necesidad de girarse, con quién se encontraría. Lydia jugueteó con la cinta azul que le habían atado para el juego; no buscaba coquetería, sino una excusa para no mirar al hombre que se había colocado justo detrás de ella.

—¿No está demasiado cerca, lord Trowbridge? —Lo debía estar porque sentía su respiración en la nuca.

—¿Y usted no sabe que la hermana de un duque es una presa fácil para un cazafortunas?

—Entonces es una suerte que Ewan le haya ordenado pegarse a mí como si fuese mi

sombra.

Él se colocó delante de ella. Se negó a mirarlo. Seguía jugando con el lazo de la muñeca y mantenía la vista ahí.

—¿Le importuna mi preocupación por usted?

—¿Tomaría en consideración mi opinión, milord?

—¿Por qué no prueba a mirarme a los ojos y me dice que la deje tranquila? Podría sentirme benévolo y concederle su deseo.

Ella levantó la mirada para demostrarle que no le tenía ningún miedo, porque la consideración de él parecía ir encaminada en esa dirección.

—¿Disfruta nombrando todas las cosas que hago mal?

—Solo hay una que me preocupe, *milady*.

—¿Solo una? No. Desde que me crucé con usted no ha parado de instruirme. Si soy una

calamidad sin remedio, ¿por qué sigue empeñado en corregirme? ¿O me equivoco y no está aquí para darme algún consejo?

El vizconde Trowbridge inclinó la cabeza, cortés hasta lo insoportable. Vio que la comisura superior izquierda del labio se le movía apenas.

—Me temo que he venido a eso mismo, *lady* Lydia. A importunarla con un consejo que una joven que pronto debutará debe tomar en cuenta con atención.

—Qué audacia. ¿No teme que lo añada a mi lista de lecciones olvidadas?

—Sí, me imagino que eso es lo que hará, pero yo habré cumplido con mi cometido —respondió, sin perder la calma—. Tiene que ser prudente. Mi primo no es exactamente quien aparenta.

El nudo de la cinta se le escapó de los dedos. Lo apretó con rabia.

—Supongo que ahora me dirá que colecciona corazones, deudas y secretos. Los varones suelen repartirse esos vicios como si fuesen naipes.

—No colecciona corazones —repuso Simon con sequedad—. Los pierde con facilidad porque los descuida. No me gustaría ver el suyo más maltrecho de lo que sé que ya está.

Ella se controló. No iba a dejar que él supiera que la había sorprendido con su aseveración tan tajante. No le costó porque como hija de un duque y hermana de otro su educación era impecable… la mayoría de las veces. Le sonrió con dulzura fingida.

—No sabía que mi corazón fuese un bien que le concerniese a usted, milord —expuso, al tiempo que alzaba la barbilla llena de altivez—. Debo preguntarle a mi tutora si la ley lo permite.

—La ley se ocupa de menos cosas de las que debería —dijo él, y una sombra le cruzó la mirada—. Pero las consecuencias de no anticiparse al desastre se pagan caras.

El murmullo de los invitados de los duques de Ravensvy llegaba amortiguado hasta su posición. En el extremo de la terraza, Constance conversaba con la vizcondesa de Redmayne y les guardaba la espalda sin parecer que lo hiciera. Lydia respiró hondo. Prefería matar a un dragón que

admitir que la advertencia del mejor amigo de Ewan había despertado su curiosidad.

—Si pretende asustarme, escoja mejor las palabras. He visto a hombres con máscaras más brillantes que la de su primo… y también he visto lo que guardaban debajo.

—No lo creo —negó él—. No entiende el juego de Azrael.

—¿Insinúa que su primo juega conmigo?

—Usted es joven pero inteligente, no hará falta que responda a su cuestión.

—¡Qué halagador resulta, milord! Cree que una muchacha que no sabe hacer bien absolutamente nada ha llamado la atención de su primo. ¡Ni el poeta más ducho me habría cantado semejante hazaña!

La sonrisa de Lydia fue un tirón leve, como quien estiraba la cuerda de un arpa para medir su resistencia.

—Temo que le interese jugar al ajedrez con alguien que cambia el tablero cuando la partida se le complica —replicó—. Y temo aún más que,

cuando lo descubra, lo haga tarde y con espectadores.

—Detesto los espectadores, son del todo inoportunos —admitió.

—También yo así lo considero.

Se miraron un largo segundo. No había simpatía, pero sí el reconocimiento incómodo de dos personas que sabían sostenerse la mirada sin titubear. Constance siempre le había dicho que como parte de la alta sociedad, ella podía permitirse el lujo de desafiar a quien fuese con la mirada si la ocasión así lo requiriese. Le daba en la nariz que al mejor amigo de Ewan le importaba poco que ella fuese una sirvienta o la hija de un duque. Su mirada era demasiado penetrante. ¿Qué había ahí? ¿Culpabilidad? ¿Resentimiento?

—No sé por qué cree que me concierne su primo y no… otros caballeros que se permiten aparecer y desaparecer con más sombras que pasos y de quienes nadie sabe sus verdaderas intenciones. Usted mismo sería un ejemplo a sacar a relucir en este último aspecto. ¿No le parece?

El velo de sutilidad no bastó para ocultar la referencia. Trowbridge no era ingenuo.

Simon se acercó más de lo que el decoro permitiría. No dejó ni un instante de mirarla a los ojos. Lydia se negó a recular.

—Azrael no es para ti —le dijo sin formalidad.

—No sabía que me lo hubiese pedido de algún modo. Además, no debería usted tomarse tantas confianzas conmigo.

—No estoy bromeando. Si no se aparta de él acabará seriamente perjudicada. —Recuperó el trato formal cuando se dio cuenta de que lo había dejado atrás sin ser consciente.

—¿Y qué le importará a usted?

—Créame si afirmo que no busco caerle bien. Busco que, si decide apostar, lo haga sabiendo el precio. La destruirá.

Lydia sostuvo el aire en los pulmones y lo soltó despacio. La irritaba su advertencia, pero había una solidez en la voz de Trowbridge que no sonaba a sermón, sino a preocupación genuina.

—¿Y cuál diría que es el precio, según su experiencia de varón sensato?

—Que cuando un hombre se empeña en ser encantador todos los días, alguien paga por los días en que no lo es. Preferiría que ese alguien no fuese usted.

—Qué caballeroso. Si yo fuese más engreída, podría sospechar que intenta despejar la competencia.

—No necesito despejar nada —respondió con una frialdad inexpresiva que a Lydia le pareció honesta—. No estoy… compitiendo. Estoy salvando lo que todavía puede ser salvado.

—Claro —se permitió una risa incrédula —. Y, sin embargo, ha cruzado media terraza para darme, sin que yo se lo pidiese, un consejo que más se asemeja a uno de sus conocidos sermones.

—Porque, le guste o no, somos algo parecido a una familia —replicó, impecable—. Su tutora considera que mi compañía es aceptable para su pupila a pesar de que la joven me deteste. ¿Qué sucedería si la esposa de mi mejor amigo supiera que frecuenta la compañía de mi primo? —Ella apretó los labios con firmeza. Él sonrió—. No quiere que su secreto salga a la luz.

—Si le detesto es porque se empeña en dictarme lo que debo o no hacer —le dijo Lydia, con crudeza.

—No vea nada extraño en mi comportamiento. Me guía el sentido del honor que una vez perdí cuando… —Se detuvo. No debía decirle que le dio un empujón al Serpentine sin pensarlo.

—¿Sí?

—Uhm… ¿Está decepcionada porque yo no sea uno de sus admiradores? Si me da los incentivos necesarios podría reconsiderar mi postura al respecto.

Ella soltó un sonido que más pareció un ladrido que otra cosa.

—¿Conoce usted bien a Catriona, milord? —se suavizó por pura fuerza de voluntad.

—Sí. Una muchacha sensata que ha perdido un poco el juicio últimamente.

Lydia no entendió la última alusión, pero no le dio importancia y siguió:

—¿Sabe qué es lo que más le gusta decir cuando se enfada? Ahora que lo pienso… —Se dio un par de golpecitos en la sien—, a Constance también se lo he escuchado decir en alguna ocasión.

—No. Imagino que pronto me lo desvelará usted —supuso.

—Váyase al infierno —dijo sin más preámbulos en un tono muy comedido.

Contra todo pronóstico Simon le mostró una preciosa sonrisa. Sincera. ¿La estaba aprobando por ser una arpía deslenguada?

—Ya vivo en él, *milady*. ¿Y quién cree que está a mi lado? No lo busque más. Olvídese de él.

Lydia no contestó. Lo observó alejarse por la galería con ese andar que no hacía ruido y, sin embargo, marcaba su paso firme. Cuando estuvo a mitad de camino, él se giró y la pescó mirándolo. Le volvió a sonreír y tuvo la audacia de guiñarle un ojo. Ella volvió a gemir porque se sentía muy ofendida.

Constance llegó entonces, como si hubiera calculado el minuto exacto en el que debía aparecer.

—¿Te estabas peleando con Simon, Lydia?

—Por supuesto que no. Es muy atento y servicial —mintió. Le gustaría atizarle con un objeto contundente en su dura mollera.

Ambas se quedaron charlando allí pacíficamente.

Mientras, Simon se cruzó de lleno con Ewan. El escocés lo miró con audacia.

—¿Qué quieres, bruto? —le preguntó el vizconde a su mejor amigo.

—¿Te gusta la muchacha, Simon?

—Me gusta tanto como agitar un avispero y esperar a que me piquen sus moradoras.

—¿Eres consciente de lo que ha propiciado la atención que le has dado a Lydia?

—Sí. Sé muy bien que Azrael se ha interesado por ella porque cree que yo siento una inclinación especial por la muchacha.

—*Aye*. ¿Cuándo pensabas ponerme sobre aviso?

—Lo he solucionado. Le he dado lo que él quería, además de una pequeña fortuna para que la deje en paz. No causará más problemas.

Ewan frunció el ceño.

—¿Cuándo le diste el dinero?

—Cuando me lo pidió por desaparecer de escena.

—¿Hace poco?

—Así es. Se marchó siendo más rico y afortunado.

Una duda resuelta, ya sabía de dónde había sacado Azrael el dinero para pagar la deuda de Rafe.

—Tu primo no se da por vencido con facilidad si tú estás involucrado. Lo mismo te sucede a ti, amigo mío. Entonces me pregunto si el interés que sabes que él siente por Lydia no ha hecho que despierte el tuyo propio.

—Demasiado joven y aristocrática para mí. No, Ewan. Solo me preocupo por ella por lo que ambos sabemos.

—Has provocado un problema.

—Te he dicho que lo he resuelto.

—Poco conoces a Azrael si eso es lo que consideras. Creo que más pronto que tarde te daré una satisfacción.

—¿A mí?

—Sí, porque si persiste en ganarse la admiración de la pupila de mi esposa, lo mataré.

Simon sonrió de nuevo ampliamente.

—No me digas cosas tan hermosas, Ewan, porque podría sentirme tentado a comenzar a cortejar a la muchacha para que mi primo luche con todas sus fuerzas por ella.

—Si haces eso, antes me desharé de ti y no verás el fin de tu primo antes de desaparecer de la faz de la tierra.

—Siempre arruinas la diversión. Me alejaré tanto de ella que Azrael perderá todo interés. —Ewan levantó una ceja—. ¡Está bien! Me pondré atento y cariñoso con otra dama para que él tenga un claro objetivo, ¿satisfecho?

—Es un buen comienzo.

—¿Sabes una cosa, amigo mío? —inquirió Simon con cierta preocupación.

—¿Qué problema tienes ahora?

—¿Yo? Ninguno en absoluto, pero tú uno muy grave.

—¿A qué te refieres?

—Rafe.

—¿Qué pasa con él?

—Ha sacado a Catriona del maldito juego sin contemplaciones. Se la ha llevado a rastras. No me hagas creer que no te has dado cuenta.

—Quiere casarse con ella. —No tenía sentido negar la evidencia.

—¿Cómo has dicho? —Había pocas cosas que le sorprendiesen a Simon. Estaba con la boca abierta.

—La quiere.

—Sabes que esto forma parte de una venganza contra ti, ¿no?

—No lo sé, Simon. Conoces bien a mi hermana. ¿Por quién apostarías, por Rafe o por ella?

El vizconde soltó una larga carcajada.

—A falta de tiempo para ver cómo mi primo acaba cayendo sin obtener salvación, me gustará ver cómo van las cosas entre Rafe y esa gata salvaje.

—Sí, pensé que te agradaría conocer las novedades. ¿Crees que Rafe tiene las rodillas bien duras, Simon?

—Espero que no.

—¿No consideras que acabará suplicando el perdón de Cat cuando lo estropee todo?

—Me preocupa más lo que él pueda hacerle mientras esté en esa posición.

Ewan soltó un gruñido.

—Estás hablando de mi hermana.

—Tú me hiciste pensar en esa imagen. Rafe no es conocido por su caballerosidad con las mujeres. —Se quedó pensativo, porque si él se ponía de rodillas para darles placer, sí que podría serlo, ¿no?—. De acuerdo, tal vez sí lo sea en exceso.

—Cállate de una vez.

—¿Crees que Rafe la hará enfadar?

—¿Te preocupa?

—No, Ewan. Solo deseo estar cerca cuando ella saque todo su temperamento para poder reírme de él.

—No seas tan malvado.

—Como si tú no quisieras estar a mi lado para reírte también sin contención —masculló.

—Creo que es sincero. Está… encaprichado.

—Ella no se conformará solo con el encaprichamiento. Exigirá su amor, su lealtad y el juramento inquebrantable de que no traicionará ninguno de sus votos.

—Así será.

—Te veo tranquilo, Ewan. ¿Sabes lo que Rafe le estará haciendo a tu hermana en estos momentos?

—Eres un bastardo, Simon. Te gusta torturar al único amigo que te tolera. ¿Qué dice eso de ti? Yo te lo diré, no eres mejor que tu primo.

—No te ofendas, es que estoy sorprendido porque no has hecho nada al respecto.

—Catriona sabe cuidarse sola.

—Ya… ¿Qué más sabes, Ewan?

—La abuela.

—¿Qué?

—Mi abuela Morna me hizo jurar que no intervendría cuando creyese que mi hermana se estaba equivocando.

—¿Consideras que lo sabía? Que Rafe y Cat… ya me entiendes.

—No lo sé. Solo veo a Catriona feliz. Incluso Constance me lo ha dicho. No sospecha que sea Rafe quien está detrás y yo no me atrevo a decírselo. Solo el tiempo dirá si estoy haciendo lo correcto o no con toda esta situación.

—Me gustaría mucho que tu abuela fuese en verdad una enviada de la providencia para desentrañar los misterios del futuro.

—¿Por qué?

—Porque en tu boda le dijo a Azrael que su propia mano guiaría el cuchillo que le atravesaría el corazón. Me duermo cada noche imaginando esa escena en concreto. No me despierto hasta el día siguiente porque duermo como un bebé. Una delicia; te lo juro. Ahora que lo pienso, algún poder mágico debe tener. El duque de Wynthorpe ya ha presentado a su codiciado heredero y ese matrimonio llevaba años sin procrear. Tu abuela le dio una poción a su esposa. Lo recuerdo bien.

—Es cierto. Constance está encantada con el niño. Las heridas familiares, que tú conoces y no compartirás jamás con nadie, se han cerrado. —Eso se refería a que Constance era la hermana ilegítima del duque de Wynthorpe y solo ellos dos, junto con Ewan y Simon, lo sabían. No le habían dicho a Lydia que era la hermana de sangre de Constance y no pensaban hacerlo por el bien de la joven—. No obstante, no sé si deberías querer que mi abuela acierte en todo lo que pronostica.

—Habló de la muerte de Azrael. Confío en su palabra.

—Ya… ¿No te dijo Morna que tú serías el que más sufriría por amor si no te olvidabas de una maldita vez del pasado?

—No. Eso se lo diría a Rafe. Con tu hermana… Está loco por haberse fijado en ella.

—¿Qué problema hay con Cat, Simon? —inquirió con la paciencia al límite.

—Ninguno —soltó con gran rapidez—. Es una escocesa maravillosa.

—Eso creía. No olvides que yo puedo despotricar sobre ella lo que se me antoje. Solo yo.

—Por supuesto. Tú tienes el derecho de ofenderla cuando te plazca y Rafe tiene el placer de arrodillarse en el momento en el que estime oportuno hacerlo —dicho lo cual, salió corriendo de allí a toda prisa mientras se reía sin contención.

—¡Maldito seas, Simon! —le gritó el escocés, quien dejó que se alejase para no acabar cometiendo un crimen. No. Claro que el maldito vizconde no se refería a pedirle perdón a la dama cuando la enfadase.

—Rafe debería recibir tus insultos, no yo, amigo mío —le señaló a lo lejos.

Capítulo 8

Un dulce sueño

Catriona se sentía segura mientras Rafe la llevaba de la mano en dirección a la cabaña. El sendero hacia la casita se abrió ante ellos, húmedo por la niebla reciente que comenzaba a cubrir el bosque, bordeado de helechos que le rozaban el bajo de la falda. Cada vez que una rama se interponía en el camino, Rafe la apartaba con un gesto brusco, casi impaciente. El silencio entre los dos no se parecía al de otras veces: no había orgullo ni distancia, solo una anticipación bienvenida que parecía pegarse a la piel.

Catriona notaba el calor de sus propios pasos, el latido acelerado, la conciencia del cuerpo de él junto al suyo. Ya no sería como aquella primera vez en su dormitorio, cuando cada botón había supuesto

una decisión y cada caricia estaba acompañada de la sombra de la incertidumbre. En esos momentos, ella ya sabía lo que era aceptar a ese hombre, sabía cómo la miraba cuando estaba desnuda, cómo temblaba cuando pronunciaba su nombre mientras la llenaba. Y, aun así, se sentía al borde de un precipicio por el que volvería a caer cuando él comenzase a besarla de nuevo.

La casita del guardabosques apareció por fin entre los árboles, igual que en su recuerdo: pequeña y con el tejado bajo, solo que en esa ocasión sería un refugio para el amor. No podría volver a ser el lugar al que había huido tantos días atrás para escapar de la vena casamentera de Connie.

Llegaron. Rafe se detuvo ante la puerta y la miró, como si le diera una última oportunidad de arrepentirse. Catriona le sostuvo la mirada sin vacilar. Lo vio tragar saliva con dificultad.

—¿Vas a echarte atrás, Rafe? —le preguntó con cierta broma.

—Siempre tengo miedo de que lo hagas tú.

—¿Cuándo dejarás de dudar de mí?

—Cuando me conozcas bien y, pese a ello, decidas quedarte conmigo.

—Hablas como si fueses un diablo que tiene que cumplir mil años de penitencia.

—Eres mi gracia salvadora. No lo olvides, porque si tú no me devuelves la ilusión, nadie lo hará.

—No quiero escucharte nunca más hablar de ti en esos términos. En unos instantes pienso hacer que comprendas lo que vales. Solo… sé paciente porque no estoy demasiado versada en las artes amatorias. ¿Dónde dejaste la llave?

Él le sonrió.

—La dejé en el mismo lugar de donde tú la sacaste la última vez que me trajiste.

Entraron un poco después. Dentro hacía fresco, aunque el sol se filtraba por las ventanas. El sofá seguía en el mismo lugar, con una manta tirada sobre él, y la mesa baja permanecía junto a la pared, tal como la recordaba. Le vino de golpe la imagen de Rafe tendido allí, pálido, sufriendo, y llegó también a su mente el nudo que había sentido en el pecho mientras le limpiaba la sangre de las heridas.

Rafe cerró la puerta con un chasquido suave. El sonido pareció trazar una línea invisible entre el mundo exterior y ellos dos.

Se acercó despacio, como si tuviera miedo de espantarla. Le apartó un mechón rebelde de la frente con la yema de los dedos y dejó que ese cálido contacto se extendiese hasta su sien. Catriona tenía la respiración agitada y el azul de sus ojos se había oscurecido por un deseo que ya no se escondía detrás de ninguna broma.

—Catriona… —la llamó, apenas con un murmullo. Una simple palabra bastaba para que ella supiera que usaba su nombre para confesarle mil verdades que ninguno de los dos estaba preparado para escuchar.

Ella se lanzó a su boca con una urgencia que llevaba años mordiéndole por dentro. El beso no tuvo nada de tímido; quería poseerlo, le abrió los labios y reclamó lo que era suyo. Rafe exhaló un sonido ronco, sorprendido la primera vez, agradecido la siguiente. La sujetó por la cintura y la pegó a su cuerpo, de modo que no quedó ni un palmo de aire entre ellos.

Todo se reducía a la boca de él, a la forma en que la reclamaba, en cómo la besaba, como

si llevara mucho tiempo conteniéndose. Catriona sentía las manos de Rafe recorrerle la espalda, subir y bajar por la línea de la columna con una mezcla de respeto y hambre. No era un libertino enseñándole sus trucos; era un hombre sin armaduras que buscaba ser aceptado y amado.

Se separaron un instante para recuperar la respiración. Ella vio el rubor marcado en los pómulos de él y el brillo febril en su mirada. Rafe alargó la mano y le acarició la mejilla con los nudillos. El simple roce bastó para que un escalofrío dulce le recorriera todo el cuerpo.

—Llevo mucho tiempo buscándote — susurró él.

La movió hacia el centro de la estancia, sin dejar de besarla. Sus labios bajaron al cuello, encontraron el hueco donde su pulso estaba desbocado y ahí lamió, besó y mordisqueó. Catriona echó la cabeza hacia atrás, ofreciéndose sin reservas. Sus dedos ya estaban en la chaqueta de él para ayudarlo a desprenderse de ella. Necesitaba sentirlo sin barreras, confirmar que seguía siendo el mismo cuerpo sólido y caliente con el que había descubierto el placer por primera vez.

La chaqueta cayó al suelo, después el chaleco, luego los pliegues de la falda de ella se alzaron lo justo para permitirle acercarse más. Había algo casi desesperado en la forma en que se buscaban, en el roce de sus caderas, en el modo en que sus manos se deslizaban sin pudor sobre el otro. No había nada, no había títulos, no había expectativas ajenas, solo el latido obstinado de un deseo que al fin había sido aceptado con madurez.

Rafe se apartó lo justo para mirarla. Sus manos se detuvieron en la línea de su corpiño, enredadas en las cintas.

—Quiero contemplarte —murmuró, con la mirada llena de lujuria.

La dama asintió, incapaz de articular palabra. Notó cómo sus dedos trabajaban los lazos con sorprendente destreza. La presión del corpiño cedió, y el aire frío de la casita le acarició la piel allí donde antes solo había opresión. Catriona sintió el rubor subirle al rostro, pero no apartó la mirada de la de él.

Cuando la tela resbaló, él se apresuró a quitarle la camisola. Entonces quedó al descubierto la palidez de su pecho. Rafe se quedó quieto, como si estuviera ante una visión que temiera profanar con

un movimiento brusco. Los ojos le ardían con una adoración que a ella le pareció tan peligrosa como el deseo en sí.

—Eres… —empezó a decir, y se quedó sin palabras, como si no encontrara ninguna lo bastante importante para revelar lo que sentía.

No necesitaba que terminara la frase. Lo vio en la manera en que la miraba, directa, sin medir el tiempo ni las consecuencias. Catriona alargó la mano, tocó el borde de la camisa de él y tiró hacia arriba.

—Tú también —susurró, al tiempo que hacía que la prenda se deslizara sobre su cabeza.

La camisa acabó junto a la chaqueta y el chaleco en el suelo. Por un instante, ella se permitió contemplarlo: los hombros anchos y el tórax firme. Sin pensarlo, pasó la punta de los dedos por aquella obra de arte. ¿Cómo alguna vez había pensado que él no era un hombre fuerte?

Rafe contuvo el aliento.

—Me tocas y estoy a punto de perder la cabeza —dijo, en voz baja—. Ya no eres una bruja, Catriona. Eres una hechicera y debo ir con mucho

cuidado contigo. Me embrujaste hace diez años y ahora es cuando has venido a cobrarte la deuda. ¿Por qué has tardado tanto?

—Nunca pensé que fueras tú, Rafe —le confesó con un hilo de voz.

Él atrapó su mano y se la llevó a los labios, para besarle la palma con una delicadeza que le rompió el corazón. Después la sujetó por la cintura y la acercó aún más, de forma que su pecho desnudo rozó el de él. Un calor se expandió entre los dos. La temperatura de la habitación había subido considerablemente.

Entre besos, entre suspiros, fueron despojándose de cuanto estorbaba hasta que se quedaron completamente desnudos. Rafe la levantó apenas, como si temiera que el frío de las tablas pudiera dañarla, y la llevó hacia el sofá.

No le permitió sentarse. La obligó a abrir las piernas con las suyas propias mientras la besaba. A continuación se colocó de rodillas y ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué vas a…?

—Lo que te prometí que haría la siguiente vez.

—¡Oh!

Rafe le había agarrado el trasero y su boca ya estaba en un lugar del todo prohibido. Catriona tuvo la audacia de echar una mirada hacia abajo y lo que vio le arrancó un gemido sordo. Sentía la lengua lamiendo sus pliegues resbaladizos, un dedo tratando de abrirse camino en su interior… ¡La iba a volver loca!

Las sensaciones eran tan idílicas que echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y se agarró al cabello del hombre que le estaba haciendo descubrir el paraíso en la tierra. Su cuerpo estaba a merced de Rafe, pero su mente ya no estaba en ese lugar. El placer era demasiado intenso como para poder tolerarlo. Necesitaba gritar, llorar y encontrar paz. Hizo las tres cosas y por ese orden, pues cuando la ola de lujuria la atravesó fue imposible detenerla.

Rafe la escuchó con atención, así que cuando la sintió laxa fue cuando dejó de lamer su feminidad. Se incorporó y la miró. Frunció el ceño.

—¿Lloras? —preguntó, al tiempo que le pasaba los pulgares por las mejillas.

—Me has hecho llorar de felicidad. Hay tantas cosas que me he estado perdiendo, Rafe.

—Solo tienes veintisiete años, te queda mucho tiempo para poder ponerte al día.

Ella le sonrió.

—Sabías que te mentí cuando te dije que tenía más años que tú, ¿verdad?

—Sí, Catriona.

Ella lo besó y luego se colocó de rodillas ante él.

—Supongo que es mi turno —dijo muy dispuesta.

—¿Qué haces?

—Quiero que llores de placer —le explicó.

—No… las mujeres no pueden… Ellas sencillamente no lo hacen.

—¿Qué no hacen las mujeres?

—Lo que creo que tú pretendes.

—¿Es por tu tamaño? —Cat sabía que no sería fácil engullirlo. ¿Le gustaría a él que hiciese eso?

—Supongo que en parte lo es —dedujo.

—Vas a tener que enseñarme cómo darte placer, Rafe. He tomado una decisión. No pararé hasta que llores como yo.

—¿Estás segura de que…? —Las palabras le faltaron cuando ella lo agarró con la mano derecha.

—Es un instrumento extraño. Muy duro, pero… eres suave también.

Rafe ya no podía prestarle atención. Se limitó a sujetarle la mano para indicarle el movimiento exacto que necesitaba para disfrutar de su caricia, y cuando ella aprendió, la soltó y se dejó llevar.

Catriona estaba fascinada. Comprobaba que cuanto más ritmo le ofrecía, él más tenso se ponía, y que cuando aminoraba la marcha, él se relajaba un poco. Se pasó la lengua por los labios y,

sin dejar de mover su virilidad, abrió la boca y tanteó la punta.

—¡Dios! —exclamó cuando Cat engulló un pedazo de su carne.

—¿Te he hecho daño? —preguntó inquieta.

—No. Sigue, Catriona, por lo que más ames no te detengas. Explora cuanto quieras y haz lo que desees, pero no te detengas o entonces sí que me pondré a llorar de verdad.

Sonrió y volvió a lamerse los labios. Acto seguido trató de acaparar mayor cantidad de él en el interior de su cavidad. No solo era largo *ahí*, también bastante ancho.

Siguió al pie de la letra la recomendación de su amante. Lamió, chupó, mordisqueó y lo acarició hasta que él dio un salto atrás y la asustó.

—¿Qué? —No tenía la menor idea de lo que había sucedido. Tal vez al final sí que le había hecho daño.

—Necesito estar dentro de ti ahora —la urgió.

No le dio tiempo a protestar y a advertirle que él todavía no había llorado por el placer. Rafe la alzó en brazos y la dejó sobre la manta a toda prisa. Catriona se preparó para hacerle frente al dolor. No sabía si podría volver a soportar aquello. Se armó de valor y confió en que el placer volviese a borrar el estremecimiento cuando la profanase de nuevo.

Rafe se inclinó sobre ella, y apoyó una mano sobre el mueble, junto a su rostro, para no aplastarla. El cabello le caía un poco sobre los ojos, y había algo casi vulnerable en la forma en que la observaba, como si necesitara grabarse aquella imagen para siempre. Ella se daba cuenta.

—No sabes lo que me haces —murmuró —. No solo aquí. —Su mano libre rozó su pecho para señalarle el corazón. Luego bajó por su costado, se detuvo en la curva de la cadera. Allí se agarró, firme, como si aquel contacto fuera lo único que le anclaba a la felicidad.

Catriona le rodeó la nuca con los brazos y lo atrajo hacia sí. Lo besó con una mezcla de ternura y hambre. No era una muchacha torpe descubriendo el deseo; era una mujer que ya conocía su cuerpo, y el de él, y que quería perderse de nuevo en esa marea llamada lujuria.

Los besos descendieron por su garganta, por su pecho, por su vientre. Cada roce le arrancaba un suspiro, un gemido que ella intentaba contener y que terminaba rompiéndose contra sus labios entreabiertos. Rafe parecía empeñado en memorizarla entera, en recorrer cada curva como si con eso pudiera recuperar todos los años robados por la distancia.

Cuando por fin la mano de él se deslizó hacia donde su cuerpo seguía ardiendo por completo, Catriona ahogó un gemido en el hueco de su cuello.

—Te deshaces cuando te toco, eso me agrada muchísimo.

—Nunca dejes de tocarme, Rafe.

Él levantó la cabeza y la miró. Los ojos de los dos ardían. No se dijeron nada más. No hacía falta.

Rafe se sostuvo la virilidad y con cuidado se preparó para introducirse en el lugar donde más deseaba estar. Unido a ella. La sintió tensarse de inmediato.

—Esta vez será diferente. No habrá dolor, te lo prometo. —Se imaginaba que ella no se

habría olvidado de lo patán que fue. También sabía que no tuvo que haberla reclamado tan pronto después de haberle hecho el amor por primera vez, pero la deseaba demasiado y ella era valiente. Así que antes de que abandonase la habitación la había vuelto a hacer suya. Y sí, era demasiado pronto para volver a tenerla. Se maldijo. Catriona había sido virgen hasta hacía muy poco y debía protegerla mejor.

—¿Rafe? —lo llamó porque lo veía muy quieto y acababa de gruñir.

—Catriona… puedo parar si no estás bien. No te he dejado descansar.

—Quiero esto —le aseguró.

—Sé que lo quieres tanto como yo, pero debes seguir dolorida y yo no debería…

—¿Habrá placer?

—Siempre.

—Entonces demuéstramelo, Rafe.

Con paciencia, poco a poco y con sumo deleite la fue ensanchando con su hombría. No hubo

la torpeza de la primera vez, ni la ansiedad de la segunda. Sus cuerpos ya se reconocían, ya sabían el ritmo del otro, la cadencia de aquel baile íntimo.

—¿Estás bien Catriona? —se interesó cuando ya había llegado sumergirse hasta la empuñadura.

—Mucho —murmuró ella, para luego rozarle la mejilla con los labios—. No te detengas.

Y él obedeció. Empezó a moverse despacio, como si quisiera prolongar cada sensación hasta el límite. Catriona se aferró a sus hombros; sentía la tensión de él en los músculos de su espalda, la fuerza contenida de cada empuje. Los suspiros de ambos llenaban la casita del guardabosques, mezclándose con el crujido leve del sofá y el latido sordo de la sangre en sus oídos.

Rafe la besaba, la llamaba por su nombre en voz baja, le murmuraba promesas que no tenían que ver con obligaciones, solo con ella. Catriona respondía con caricias, con la entrega completa de su cuerpo, con ese modo de mirarle como si fuera el único hombre que hubiera existido nunca en su vida.

Ella volvía a estar fuera de su cuerpo. Solo sentía el peso cálido de él, el ritmo que la iba arrastrando de nuevo hacia una frontera luminosa que prometía liberación. Cuando por fin la cruzó, el clímax la recorrió entera, más intenso que las otras veces, hasta el punto de que le arrancó tal gemido que no supo si había dicho su nombre o una bendición escocesa.

Rafe la siguió muy poco después. Catriona sintió esa vez la semilla cálida regándola. Gritó su nombre mientras disfrutaba de lo que ambos tenían. Y cuando terminó de celebrar la vida, se dejó caer apenas sobre su pecho, sin aplastarla, porque necesitaba que ella lo rodease con sus brazos. Cosa que Cat hizo sin necesidad de que él se lo pidiese.

Durante unos instantes, ninguno habló. Solo se escuchaba el eco de su propio resuello y el latido recuperando poco a poco un ritmo soportable.

Cuando Rafe se movió por fin, fue para colocarse a su lado. La atrajo contra su pecho, ajustándola en el hueco de su cuerpo como si hubiera nacido para ocupar ese sitio exacto. Una de sus manos empezó a dibujar círculos lentos en la espalda femenina, caricias suaves que no buscaban excitarla, sino calmarla.

—¿Te ha gustado? —dijo él, con la voz aún áspera.

—¿Se lo preguntas a todas?

—No, Catriona, porque nunca me había importado si lo disfrutaban.

—Lo siento. He estado fuera de lugar. De verdad que no sabía que fuese tan celosa.

—No te disculpes. Sé que llevo conmigo un pasado que me pesa muchísimo.

—No hablemos de nada que nos pueda incomodar. Deja que disfrute de ti. Me gusta sentirte así, cerca, conmigo.

—No pienso irme a ninguna parte. Lo sabes, ¿cierto? Así que es hora de que hablemos sobre el futuro.

Catriona se apresuró a taparle la boca.

—No rompamos este momento, te lo suplico.

Le besó de nuevo la palma y bajó la cabeza para buscar su mirada.

—Eras una mujer inocente. Solo nos queda un camino.

Ella suspiró. No quería tener esa conversación en esos instantes. En la expresión de Rafe no había ni rastro del seductor despreocupado; solo quedaba un hombre que pretendía compartir lo que sentía sin adornos. La culpabilidad le dio un tirón en el pecho. Decidió olvidarse de todo.

—¿Rafe? —lo llamó.

—¿Sí?

—Creo que necesito repetir esto otra vez. Me siento fantástica cada vez que me tocas, y cuando me sobreviene esa sensación que me deja libre… es todavía más fascinante. ¿Podemos repetirlo ahora mismo?

Él soltó una larga carcajada.

—Dame unos pocos minutos y estaré encantado de complacerte.

—Quiero saber más cosas.

—¿Más? Ya sabes lo esencial, el resto es solo cuestión de ver cómo podemos ajustar nuestros

cuerpos sin mantener siempre la misma posición.

—¿Qué?

—Te lo enseñaré.

Cinco minutos después, ella estaba colocada con las manos y rodillas sobre el sofá.

Vaya que sí. Iba a ser un aprendizaje sensacional.

***

Los días que siguieron se deslizaron con una placidez envidiable, porque la fiesta campestre había cambiado por completo.

Por las mañanas, Catriona ya no buscaba excusas para desaparecer antes del desayuno. Se presentaba en el salón, con el cabello recogido de una manera más sofisticada que al principio, y ocupaba su lugar habitual entre las damas que tomaban té y comentaban las actividades del día. Escuchaba los planes de los invitados, asentía, dejaba

que otros decidieran por ella si habría paseo hasta el río, partida de caza menor o visita a los invernaderos. Parecía resignada, incluso dócil, y alguna joven inglesa llegó a pensar que la escocesa se estaba ablandando.

La razón se encontraba al otro lado de la mesa, donde Rafe ocupaba su sitio entre los caballeros. Fingía interesarse por la calidad de los caballos de un marqués vecino o por la posibilidad de organizar una carrera improvisada, pero cada vez que alguien dejaba caer una broma, cada vez que sonaban las cucharillas contra la porcelana, él buscaba un momento para levantar la vista y buscarla. No hacía falta más. Un solo cruce de miradas bastaba para que Catriona supiera si aquel día el deseo sería tan fuerte como para exigir una escapada, o si, por el contrario, el simple hecho de tenerlo cerca sería suficiente.

Se habían vuelto expertos en la discreción. Él no repetía nunca el mismo gesto para hacerle una señal de que necesitaba escapar para besarla. Una mañana se acercó a ella durante el paseo por los jardines y se detuvo a contemplar, con una atención exagerada, un macizo de rosas. La distancia entre ambos seguía siendo decorosa, pero la sombra de su hombro se proyectaba sobre el suelo

casi rozando la suya. Un gesto que le hacía saber cuánto la echaba de menos. Otro día, en los invernaderos, se paró a oler una flor que no le interesaba en absoluto y la inclinación de su cabeza le permitió susurrar una indicación que nadie escuchó, salvo ella. No hacían falta palabras para que Catriona entendiera que aquella tarde la casa abandonada del guardabosques los reclamaría.

Ella tampoco permanecía inmóvil. Aprendió a escoger su asiento con calculada naturalidad, de modo que durante las comidas se sentaba lo bastante cerca como para notar, de vez en cuando, el roce fugaz de su rodilla bajo la mesa. Se acostumbró a cruzar la sala sin mirarlo, a parecer distraída mientras sus sentidos estaban pendientes de cada cambio en la voz de él, de cada carcajada que dejaba escapar, incluso de los nombres de las damas con las que se mostraba más cortés. Se sorprendía por su propia posesividad con él.

Tener una relación clandestina era de lo más excitante.

Rafe, por su parte, no descuidaba su papel. Danzaba con una debutante tímida las noches de baile, se dejaba atrapar en conversación por la hija de un conde que lo miraba con abiertas intenciones, se reía con ligereza cuando las madres

dejaban caer alusiones transparentes al porvenir de sus respectivas hijas. Nadie podía acusarlo de preferir a la escocesa, porque apenas se acercaba a ella más de lo que exigían la cortesía y el sentido común.

Sin embargo, Cat sabía que, cuando la música cambiaba y sonaban los primeros compases de un vals, él no podía quedarse quieto. Permitía que otro caballero la invitara a los bailes más animados. La observaba desde la distancia mientras ella se movía, ligera a pesar del escepticismo que había mostrado al principio de la fiesta, y aguardaba con paciencia el momento oportuno para bailar con él.

Siempre llegaba.

Catriona aceptaba la propuesta de baile de Rafe con una inclinación de cabeza, como si le concediera un favor que no le afectaba en lo más mínimo. Se dejaba llevar al centro del salón, apoyaba la mano en su hombro y confiaba la otra a sus dedos. Desde fuera, no había nada que los delatase. La distancia entre sus cuerpos respetaba los centímetros que imponía la decencia, la mayoría de las veces, las vueltas que trazaban seguían el ritmo con precisión, y sus rostros mostraban una seriedad casi aburrida.

Era todo lo demás lo que los traicionaba. El modo en que sus respiraciones se acompasaban, el

pequeño estremecimiento que recorría a Cat cuando la mano de él se ajustaba en la curva de su cintura, la tensión que vibraba en la mandíbula de Rafe cuando ella levantaba la mirada y lo encontraba más cerca de lo permitido. No hablaban. No lo necesitaban. Los minutos que duraba aquel vals se convertían en una conversación muda entre dos cuerpos que se conocían demasiado bien como para fingir indiferencia.

Se deseaban con fervor.

En las ocasiones en que sonaba un *reel*, y a Rafe se le antojaba volver a bailar con ella, la energía cambiaba. El baile exigía pasos rápidos y giros vivos, una alegría casi ruda que a ella le resultaba familiar por sus recuerdos de Escocia. Catriona se entregaba a la música con entusiasmo. Se permitía reír, moverse con soltura, giraba de la mano de Rafe al son de aquellas notas que imitaban los bailes de su tierra aunque estuvieran pulidas por la etiqueta inglesa. Entre salto y salto, sentía su mirada fija en ella, orgullosa, divertida, y una parte de sí misma admitía que jamás se había sentido tan viva y feliz.

Rafe la hacía inmensamente feliz.

El resto del tiempo se destinaba a actividades más inocentes. Tomaban parte en paseos a caballo supervisados por otros invitados; Catriona cabalgaba un poco por detrás del grupo, con la excusa de acostumbrar a la yegua al terreno, mientras Rafe, lógicamente, encontraba también motivos para quedarse rezagado. Bastaba un cambio de ritmo, un recodo del camino, para que el resto desapareciera por unos instantes tras una colina y ellos se quedaran prácticamente solos. No llegaban a detenerse, pero el simple hecho de cabalgar a la par, los dejaba con la sensación de haber compartido algo muy especial.

Había mañanas de tiro al blanco, organizadas con el pretexto de entretener a los caballeros y escandalizar a medias a las damas. Rafe se colocaba en la línea con el resto, aceptaba el rifle con una sonrisa que despertaba suspiros entre las muchachas y disparaba con una puntería magistral. Era el mejor de todos porque siempre había tenido buen ojo para disparar. Cat lo observaba fascinada desde la distancia, rodeada de sombreros con plumas y abanicos que escondían murmuraciones, y fingía interesarse por la destreza de todos por igual pese a que quisiera gritar que el campeón era suyo. Y ella sabía que la manera en que se mordía el labio inferior cuando se preparaba para disparar le resultaba

dolorosamente familiar por motivos que no tenían nada que ver con la actividad.

A veces, después de esas demostraciones, se organizaban pequeñas competiciones menos serias: carreras de sacos para los invitados más jóvenes, pruebas de equilibrio sobre troncos cerca del río o lanzamientos de herradura. La escocesa, que al principio habría rechazado participar, empezó a dejarse arrastrar. No porque de pronto le parecieran divertidas las ocurrencias inglesas, sino porque descubrió que, al mezclarse con los demás, le resultaba más fácil esconder cuánto la alteraba la presencia de Rafe.

En uno de esos juegos, el destino hizo que un aro lanzado por un caballero despistado terminara rodando hasta sus pies. Catriona se agachó para recogerlo justo cuando alguien, desde la otra orilla, alzó la voz para reclamarlo. Supo quién lo había lanzado. Al enderezarse, notó la mirada de Rafe al otro lado del césped, entre los árboles. Él no se acercó. Se limitó a inclinar la cabeza a modo de agradecimiento y a ofrecerle una sonrisa cuando un chico llegó para recoger el aro. Aquella escena, insignificante para cualquiera, bastó para que ella pasara el resto del día con un calor extraño en la piel. Su mirada la abrasaba.

A pesar de tanta precaución, el deseo no se contentaba siempre con valses y miradas robadas. Había tardes en las que una caricia accidental, un roce de manos al intercambiar una partitura en el salón de música, o la visión de Rafe inclinado sobre una mesa de cartas, con la atención fija en las fichas, despertaba en Cat una impaciencia que ningún juego podía calmar.

Entonces llegaban las escapadas.

No podían permitirse tantas como deseaban. Dos huéspedes que desaparecieran a la vez durante más tiempo del prudente despertarían sospechas. Aprendieron a dosificar el pecado. A veces bastaba con un paseo hasta el lindero del bosque, con la excusa de tomar aire fresco, para encontrarse unos minutos entre los árboles, donde un beso rápido y unas manos ansiosas prometían más de lo que se atrevían a cumplir allí mismo.

Otras veces, sin embargo, la casita del guardabosques los llamaba con voz propia, porque allí era más seguro dar rienda suelta a sus gemidos y gritos llenos de pasión.

Habían establecido un lenguaje silencioso para esos días. Una pausa demasiado larga en la conversación de él con un grupo de caballeros,

mientras sus dedos jugueteaban con el borde de la copa. Un movimiento de ella al cambiar de lugar su chal sobre el respaldo de una silla. Un comentario inocuo a una dama acerca de la belleza de los senderos de la finca. Nadie relacionaba esos detalles, pero para ellos era la señal de que se necesitaban con urgencia.

Catriona solía salir primero, sin prisa pero con el paso firme. Se detenía a examinar un grupo de flores, se entretenía en un camino aparente, doblaba una esquina y, cuando estaba segura de que nadie la seguía, tomaba el sendero estrecho que conducía al bosque. Rafe la dejaba adelantarse unos minutos. Luego se excusaba con alguna broma sobre la necesidad de buscar un momento de paz, y se perdía en la misma dirección.

La cabaña se convertía entonces en un mundo aparte. Allí no tenían que medir la duración de las miradas ni la distancia entre sus cuerpos. Podían reír sin contenerse, deshacerse de las capas de ropa y de la obligación del comportamiento correcto. En aquel refugio compartían más que caricias. Catriona se permitía hablar de su infancia en Escocia, de los inviernos interminables, de la primera vez que vio el mar embravecido. Rafe, a su vez, confesaba pequeñas miserias que jamás habría revelado ante

ningún salón: miedos infantiles, frustraciones de un tercer hijo, la sensación de no haber pertenecido nunca del todo a ningún lugar hasta que la encontró a ella en Dunrath.

Entre una visita y otra, el bosque guardaba sus secretos. Cuando volvían a la casa, lo hacían por caminos distintos. Ella, con el cabello lo bastante arreglado como para no delatar que el hambre lo había deshecho momentos antes. Alguna vez regresaba con las mejillas demasiado encendidas, pero la explicación de un paseo enérgico bastaba para aplacar cualquier curiosidad… Aunque en honor a la verdad, alguna que otra vez Ewan le había gruñido para luego desaparecer. No entendía el motivo y tampoco le importaba.

La complicidad se filtró en lo cotidiano. Al tomar el té, Catriona atrapaba sin querer un trozo de pastel que él detestaba, simplemente porque sabía que así no se vería obligado a rechazarlo y aguantar el comentario ofendido de una cocinera orgullosa. En la biblioteca, Rafe dejaba un libro en una estantería baja, al alcance de ella, después de comentar con otro caballero lo interesante que resultaba cierto tratado sobre campañas militares. Al día siguiente, el volumen aparecía en una mesa lateral, abierto por la mitad, con una ramita de

lavanda a modo de marcapáginas. Nadie se preguntaba quién lo había dejado ahí.

En ocasiones, durante las veladas de música, alguno de los invitados le pedía a Catriona que se acercara al piano y lo acompañara en una canción escocesa que se había puesto de moda. Ella obedecía, se sentaba en el taburete y dejaba que sus dedos recorrieran las teclas con una soltura que desmentía la supuesta rusticidad de su origen. Mientras tanto, Rafe, apostado en un rincón, conversaba con un grupo de caballeros. Sin embargo, cada vez que la melodía alcanzaba un pasaje que le recordaba a Dunrath, sus hombros se tensaban apenas. Solo Cat lo advertía, porque era la única que sabía interpretar aquel mínimo gesto.

Hubo tardes más tranquilas, en las que el tiempo no permitió grandes salidas y el grupo se vio obligado a quedarse en interiores. Los anfitriones sacaban juegos de mesa, barajas y tableros de backgammon. Catriona se encontraba compartiendo una mesa con señoras de más edad, que la instruían con gusto sobre los entresijos de ciertos juegos que llevaban años practicando. Rafe, en otra mesa cercana, administraba con moderación sus talentos en las cartas. De vez en cuando, un comentario más alto de la cuenta, una risa compartida, cruzaba el

espacio entre dos grupos. Ninguno lo reconocía, pero la manera en que ella sonreía de lado cuando escuchaba su voz bastaba para traicionarla ante sí misma.

La discreción se convirtió en la disciplina más exigente para ambos. De eso no cabía ninguna duda. No podían permitirse errores. Un vals de más, una desaparición sin coartada o un descuido en el modo de pronunciar el nombre del otro bastarían para levantar sospechas y no querían ser descubiertos. Y, sin embargo, esa misma prudencia añadía una nota mayor al deseo. Saber que cada roce tenía que parecer casual lo hacía más intenso. Saber que cada despedida en la casita del guardabosques podía ser la última antes de que la realidad los alcanzara, convertía cada encuentro en una pequeña batalla ganada al tiempo.

Así transcurrían esos días: entre desayunos animados, paseos vigilados, bailes vivos y juegos inocentes, mientras debajo de todo existía una verdad que solo ellos conocían. El campo, con sus colinas suaves y sus bosques, se convirtió en el escenario perfecto para un romance que debía parecer inexistente. Y, a medida que la fiesta avanzaba, ni siquiera Catriona conseguía fingir que aquel arreglo era solo un capricho pasajero.

Porque, aunque se empeñara en decirse que únicamente disfrutaba del momento, de la libertad en la campiña y el anonimato relativo de la reunión, cada vals concedido, cada *reel* compartido, cada escapada a la casita del guardabosques la iba atando un poco más a un hombre complejo y fascinante que la deslumbraba por completo, incluso con sus grandes sombras.

Estaba aterrada porque una vez se juró no volver a amar y Rafe estaba haciendo que rompiera su promesa.

Que Dios la perdonase, porque se había enamorado de él de modo irreparable.

Capítulo 9

Una exasperación exasperante

Rafe estaba perdiendo los nervios. Sí, sí. Era muy feliz. Estaba pletórico pero lleno de frustración, y no era de carácter sexual.

¡Se estaba impacientando y eso lo tenía muy ansioso! No era una exageración melodramática ni una de esas frases sin sentido. Catriona no le permitía hablar del futuro.

Y después estaba el otro asunto, porque la duquesa de Ravensvy no ayudaba en absoluto.

Esa dama había decidido que la fiesta campestre era el escenario perfecto para recordar al mundo que seguía siendo influyente y deseable.

Había vuelto a poner de moda los abanicos de plumas y las confidencias pronunciadas en voz muy baja, pero con la entonación necesaria para que las escucharan quienes debían hacerlo. Y lo perseguía. Rafe había probado en varias ocasiones a colocarse en puntos estratégicos del salón para evitarla, aunque parecía ridículo en un hombre de su porte huir de una mujer a la que ya le había dicho que todo entre ellos se había terminado.

La duquesa no atendía a razones.

No servía de nada tratar de esquivarla. Cuando Catriona se encontraba cerca, la duquesa se comportaba de un modo… extraño. Lo saludaba con un movimiento sutil de cabeza, dejaba caer un comentario que pasaría desapercibido para quienes no supieran que ambos habían sido amantes y se retiraba llena de satisfacción. Era imposible que la mujer supiera que él estaba interesado en la hermana de Ewan porque lo mantenían bien en secreto. Así que no lo entendía. Además, en cuanto la escocesa desaparecía del campo visual, la duquesa de Ravensvy se transformaba en una pantera aburrida que pretendía cazarlo.

Lo acorralaba en rincones con excelentes cortinajes, se lamentaba de lo insufribles que resultaban algunas jóvenes, hablaba de su soledad

con una voz que no tenía nada de trágica y sí mucho de seductora. En más de una ocasión, Rafe había tenido la impresión muy clara de que, si se inclinaba lo suficiente, aquella mujer lo abordaría sin medir las consecuencias. Catriona parecía llevar la presión de esa mujer sobre él bastante bien. Al menos no había vuelto a hablar del asunto.

Lo irónico —y desesperante— era que la esposa de Ravensvy no representaba el verdadero problema. Podía esquivar a la duquesa con algo de habilidad y dosis generosas de cinismo.

No. Su auténtica ruina tenía el cabello del color del fuego, hablaba con acento escocés y había decidido que no iba a permitirle, bajo ningún concepto, pronunciar la frase que le ardía en la lengua.

Había descubierto que Catriona desconocía por completo el concepto de conversación seria en la intimidad. O lo conocía demasiado bien y había jurado utilizarlo contra él cada vez que se ponía serio y trataba de mencionar el futuro.

Matrimonio.

Las primeras veces en que Rafe había intentado abordar el tema lo había pillado

desprevenido, casi a traición, pues ella lo había seducido con suma maestría para que él se olvidase del asunto. Probó otro método. Rafe se convenció de que una petición de matrimonio debía nacer en un momento de calma, de esos en los que la razón todavía no se cegaba por la lujuria. Había elegido instantes en apariencia sensatos, como paseos tranquilos por los jardines, un rincón apartado en la biblioteca, incluso un tramo del camino solitario durante una excursión en grupo en la que los demás se habían adelantado. Abría la boca, empezaba a decir algo que sonaba peligrosamente a matrimonio y ella encontraba, con precisión insultante, la manera de desviar el rumbo de la conversación.

Una tarde, mientras paseaban por un sendero arbolado, él había comenzado a hablar de lo poco que le apetecía regresar a Londres y enfrentar a sus abuelos. Quiso enlazar ese pensamiento con la idea de no hacerlo solo. Catriona, con toda naturalidad, se detuvo a examinar un tronco cubierto de musgo y se lanzó a una explicación detallada sobre qué tipo de humedad perjudicaba a los árboles y cuál no. Cuando él retomó el hilo, ella ya había cambiado de tema de nuevo y estaba recordando cómo encontró a una maldita oveja extraviada en medio de una tormenta en las *Highlands*.

Otra vez, en la biblioteca, él había mencionado lo solitaria que sería la vida para un hombre soltero que había decidido sentar la cabeza. Ella cerró el libro que sostenía, lo miró con esos ojos suyos tan llenos de vida que podían hacer gritar a cualquiera y, en lugar de dejarlo continuar, comentó que el volumen que acababa de terminar le resultaba insoportable y propuso que lo usaran como base para calzar una mesa coja. El momento se evaporó.

Rafe había comprendido entonces que estaba enfrentándose a una experta en retiradas tácticas. O eso o ella solo lo quería para pasar un buen rato… No. Eso era imposible. Una mujer que tuviese el concepto de lealtad tan arraigado, no podía jugar de ese modo con un hombre del que ya no podía tener la menor duda de que la amaba. No, no. Él no le había dicho todavía que estaba enamorado, porque quería hacerlo cuando ella accediese a casarse con él. No obstante, era imposible que una mujer con su intuición no lo supiera. Entonces… ¿por qué no le permitía hablar de un futuro juntos?

No tenía ni la más remota idea.

La situación se estaba volviendo muy exasperante. No se trataba solo de miradas robadas y valses concedidos con avaricia. Se habían amado con una intensidad demasiado grande como para seguir

cada uno por su cuenta después de la fiesta campestre.

Deseaba casarse con Catriona MacCrae sin un ápice de duda, y ella le impedía dar el paso. No la quería a su lado solo porque lo salvó de unos cretinos, ni porque había descubierto lo que era amar y ser amado, ni tan siquiera porque sus abuelos lo habían obligado a buscar esposa; quería despertarse con ella cada día durante el resto de su vida, discutir con ella, soportar sus ironías en el desayuno y verla poner los ojos en blanco cada vez que él dijera algo particularmente arrogante. Anhelaba esa rutina, esa unión compartida que, hasta entonces, había despreciado en otros como una forma tediosa de encadenarse.

Solo había un obstáculo. La interesada no estaba dispuesta a dejarlo pronunciar la solicitud.

Cada vez que él veía un filón, se aseguraba de que estuvieran a solas, escogía en su mente las palabras con un cuidado que habría sorprendido a cualquiera que lo conociera, y Catriona recurría a sus propias artimañas para zanjar el asunto.

Pero lo realmente devastador llegaba cuando ella decidía cambiar de estrategia.

Porque había noches —y tardes, y alguna mañana robada— en las que, justo en el momento en que él iba a plantear que quizá debieran pensar en anunciar en la fiesta algo más que su mutua afición a los paseos por el bosque, Catriona encontraba la manera de acercarse, de subir la mano por su pecho y… Sí. Él tenía la culpa por ceder a todos y cada uno de sus caprichos íntimos.

Había terminado por desconfiar de cualquier situación en la que ella se encontrara a menos de un brazo de distancia y la puerta estuviera cerrada. Sabía que, en cuanto intentara entablar la conversación definitiva, el cuerpo desnudo de Catriona se interpondría entre su intención y su lengua. Y, lo que era aún más frustrante, sabía que él cedería. Que volvería a olvidarse de la frase cuidadosamente ensayada en cuanto le rozara la piel con los labios. Dios santo… Las cosas que Catriona había aprendido a hacer con la lengua y la boca…

¡La deseaba demasiado a todas horas!

Por eso, cuando aquella mañana Rafe se despertó con la certeza clara de que el tiempo se les acababa —la fiesta tenía los días contados, Londres lo esperaba con sus obligaciones, sus abuelos y sus trampas—, comprendió que había llegado al límite de su paciencia. No podía seguir escondiéndose en la

cabaña del guardabosques, esquivando a duquesas entrometidas y aplazando indefinidamente las palabras que necesitaba pronunciar.

Estaba enamorado hasta la locura de una mujer que lo tentaba con su maravilloso cuerpo cada vez que olía un atisbo de seriedad en su voz. Y, por mucho que adorase perderse en esa tentación, había llegado el momento de decidir si pensaba seguir siendo el seductor que huía de su propia felicidad o el hombre que se atrevía a reclamarla, aunque para ello tuviera que enfrentarse a los demonios de ambos.

Y también estaba el asunto de aquel escocés con el que al final Catriona no intimó, tal y como él dio por supuesto que ocurrió. Le gustaba pensar que ella se había reservado solo para él, pero eso no excluía que necesitase saber la verdad.

Rafe podía mentirse en muchas cosas, pero no en esa. No se había atrevido a ponerle nombre en voz alta a lo que ella hubiese tenido con aquel otro. Sin embargo, la imagen seguía clavada donde más dolía. Cerraba los ojos y divisaba la colina cerca del castillo de Dunrath, las ruinas… y a ella, plantada ante un escocés de hombros anchos, con la barbilla alzada y los ojos encendidos por una emoción que entonces no supo descifrar.

No había necesitado palabras para entender que aquel hombre había sido importante. Tal vez lo siguiera siendo. Lo que era seguro era que aquello fue amor. El escocés misterioso la había amado en aquel momento. Bien. ¿Qué había sido de ese otro?

Siempre le había gustado pensar que su intuición solo servía para ganar en las cartas y evitar profesores resentidos en Oxford, pero en aquel caso la sentía hablarle con una claridad incómoda. Había algo en el modo en que Catriona callaba cuando la conversación se acercaba demasiado a Dunrath, en la forma en que miraba el horizonte cuando alguien mencionaba Escocia, que le confirmaba que no sería una historia cualquiera. Allí, en ese pasado de nieblas, había existido alguien que se le había adelantado.

Y lo había odiado. No por no haberla conocido antes —eso fue inevitable—, sino por la sospecha de que quizá ella no creyera posible querer a más de un hombre en una misma vida… y, en el reparto, él se hubiera quedado con el papel de intruso tardío.

¿Sería así?

A todos esos problemas, que ya bastaban para agotar la paciencia de un santo, se le sumaba uno nuevo en aquellos días de fiesta campestre. Ese era el duque de Ravensvy.

Así que ahí estaba Rafe, instalado en una esquina que le daba una visión perfecta del salón de baile. Estaba examinando al duque en esos precisos instantes. Era un aristócrata de manual: alto, correcto hasta la náusea en público, con el tipo de educación impecable que permitía hablar durante horas sin decir nada. No era particularmente ingenioso ni demasiado atractivo, pero tenía algo que llamaba la atención. Rafe lo conocía bien y ese hombre era muy peligroso.

No lo había visto como una amenaza hasta que decidió tomárselo en serio. Ravensvy era el organizador de la fiesta. Bailaba lo justo, sonreía poco y bebía menos. Podría ser considerado como un hombre aburrido de sí mismo por otro que no fuese Rafe. Además, había un detalle que le erizaba la piel; esa noche el duque había mirado más de la cuenta a Catriona.

Lo había hecho con esa discreción bien entrenada que solo los grandes aristócratas dominaban. Nunca de frente, nunca cuando ella pudiera sorprenderlo. Sin embargo, cada vez que la escocesa se levantaba para cruzar el salón, cada vez

que reía con alguna dama o se sentaba para descansar, los ojos del duque la seguían un instante más de lo necesario.

Al principio pensó que eran imaginaciones suyas, fruto de tantos días compartiendo casa y tensión.

No.

Aquella noche, el salón estaba especialmente concurrido y, pese a ello, Rafe lo vio con claridad todo. Los anfitriones habían invitado a unos vecinos además de a quienes ya participaban en la fiesta. La orquesta se había esmerado y las damas lucían sus mejores galas. Rafe había cumplido con sus obligaciones sociales; había bailado con quien debía, había soportado con estoica cortesía un comentario de la duquesa de Ravensvy que habría hecho ruborizarse a un oficial de caballería, así como otras cosas más que se esperaban de él. Con lo que no contó fue con que el duque se atreviese a ir en busca de Catriona. Oh, sí. Ese bastardo que le helaba la sangre estaba pidiéndole un vals, y, como ella no le había permitido hablar sobre matrimonio, él tenía que verla entre sus brazos.

El duque ya estaba bailando con ella. En el centro del salón. Catriona mantenía la expresión

serena, el mentón ligeramente elevado y la mirada clavada en un punto indefinido por encima del hombro de Ravensvy. No parecía incómoda, pero tampoco divertida. El duque, en cambio, estaba demasiado concentrado en ella.

No la devoraba con los ojos como habría hecho un libertino, no. Era incluso peor. La miraba como quien examinaba un cuadro que podría colgar en su casa durante décadas. Había interés real, una especie de valoración silenciosa que no tenía nada de pasajero.

Rafe sintió cómo algo se le tensaba en la mandíbula primero, en el pecho después. Podía haberse dicho que eran celos. Habría sido fácil, casi cómodo. No era eso. Celoso se hubiese puesto si hubiese sido otro quien bailase con ella.

Lo del duque era algo más profundo.

Ravensvy tenía el poder de acabar con Rafe porque él mismo se lo había concedido.

***

La mano enguantada del duque reposaba en su cintura con una corrección impecable y, a pesar de ello, de alguna manera Catriona se sentía indecente. No le agradaba ese noble en absoluto.

Más allá de la sensación de que estaba con un hombre que la examinaba a través de una máscara, aunque su rostro estuviera al descubierto, lo que notaba Cat era la mirada de Rafe clavada en su espalda. No se atrevía a buscarlo entre las parejas, pero sabía que la estaría observando con muchísima atención. No era estúpida. Ella era muy consciente de que Rafe había sido el último amante de la esposa del duque. ¿Lo sabría Ravensvy y por eso…? No. Porque ese hombre no podía estar al corriente de la relación que ella y Rafe compartían. ¿Qué había detrás de ese sorpresivo baile que Ravensvy le acababa de solicitar? No lo sabía, pero su intuición le gritaba que no debía bajar la guardia.

—Baila usted con soltura, señorita MacCrae —comentó Ravensvy, marcando el giro con una precisión casi militar—. No diría que las reuniones inglesas le son tan odiosas como parecía ser cuando llegó. Supongo que las cosas cambian… para bien. He notado que los últimos días la fiesta campestre le ha parecido… excitante.

No perdió la compostura ni un solo segundo. Catriona le sonrió.

—Una aprende a adaptarse cuando no le dejan alternativa, excelencia. Y sí, la fiesta ha sido maravillosa —respondió ella con tranquilidad.

El duque dejó escapar una leve sonrisa, casi invisible.

—La adaptación es una virtud muy valorada en este lado de la frontera. Y algunas personas parecen tener un talento innato para… disfrutar de ella.

El violín sostuvo una nota larga. Catriona siguió el paso sin vacilar.

—Disculpe mi torpeza social, excelencia, pero no entiendo bien sus reflexiones —dijo, con cortesía seca.

—Se lo explicaré. —Ravensvy la hizo girar y, cuando regresó a sus brazos, siguió hablando —: Hay personas cuyas reputaciones delicadas necesitan adaptarse para protegerse.

No levantó la voz, pero la palabra «delicadas» sonó más que el resto. Catriona sintió un

hilo de hielo recorrerle la nuca.

—En estos días no he visto muchas reputaciones frágiles, excelencia —replicó—. No diría que la mía resultase la más vulnerable, si es a eso a lo que se refiere.

—Ah, pero la suya es… interesante. —Sus ojos oscuros descendieron un instante hasta su escote y volvieron al frente—. Y es la única que me preocupa ahora mismo.

Catriona apretó los dedos sobre su hombro lo justo para sentir la tela bajo la mano. Fue un acto del que no se dio cuenta. Él sí lo hizo y le sonrió.

—Sé que usted es un duque y que merece el respeto de quienes están por debajo de su rango. No obstante, le habrán llegado rumores sobre cómo soy en realidad. Así que no espere de mí ni docilidad ni obediencia, porque soy escocesa y no sigo las normas inglesas con gran habilidad.

—Lo sé bien, querida —sentenció él con un tono de voz que ella no supo interpretar—. Es precisamente lo que he averiguado sobre usted por lo que me ha llamado poderosamente la atención.

—Supongo que debería sentirme halagada.

—Puede y debe. Usted me apasiona y no soy un hombre cuya atención sea fácil de captar —le dijo sin fisuras.

—Su esposa tiene suerte de que su duque sea tan atento. ¿Es costumbre que un hombre casado ensalce a otra dama en Inglaterra? Lo cuestiono porque en Escocia eso no está bien visto —preguntó con inocencia.

—Ah, querida, pero estoy seguro de que hay muchas cosas que ha hecho aquí en Inglaterra y que en Escocia no disfrutó tanto.

—Deduzco por su suposición que cree conocerme, excelencia.

—Deje que le diga lo que hacemos bien en esta parte del reino, señorita MacCrae. Aquí los esposos tienen la obligación de adaptarse para que la vida sea… placentera.

—No me parece nada cuestionable —advirtió ella.

—Me alegra que compartamos esa creencia. Verá, mi duquesa últimamente parece aficionada a mencionar un nombre de forma insistente. El de un hombre.

Catriona se tensó y él lo notó. Debió verlo como una victoria porque el duque le sonrió con suficiencia. Ella le devolvió el gesto.

—Confío en que sea el suyo, excelencia. No hay nada más placentero para un esposo que saber que su mujer siente devoción por él.

—Tiene usted garras y eso me gusta todavía más. Como trataba de explicarle, yo sé que para mi duquesa soy su mundo entero, pero eso no le impide, digamos… cosechar buenas amistades. Ella siente un gran afecto por lord Raphael Deverell. Bueno, mi esposa se refiere a él como Rafe. Creo que es también un buen amigo suyo, ¿no es cierto, señorita MacCrae?

Catriona no se dejó acorralar. Lo miró a los ojos sin retroceder ni un ápice. Estaba más que claro que el duque sabía algo, ¿pero cuánto?

—Lord Raphael y yo nos conocemos, sí. Es el mejor amigo de mi hermano.

—¿Solo eso, señorita MacCrae? ¿No lo llama de otro modo menos formal? —Ahí. Otra pista de que el duque estaba jugando con ella. ¿A qué y por qué?

—Mi hermano y él son amigos desde hace muchísimo tiempo, así que tengo el privilegio de poder llamarlo Rafe en privado, sí.

—Comprendo. Siempre he creído que el deber de un esposo es cuidar, proteger y darle todo cuanto pueda a su mujer. El de ella es el mismo. Soy un buen marido, por eso he considerado conveniente explicarle que su amigo y mi esposa tienen una… relación bastante cercana. —El duque bajó un poco la voz, sin perder el ritmo del vals—. He pensado que sería poco caballeroso no advertirla a usted de esta circunstancia.

El corazón de Catriona le dio un vuelco furioso y luego se asentó. No necesitó buscar a Rafe para verlo en su mente: su risa, su descaro, la forma en que la miraba cuando la tenía desnuda entre los brazos. La idea de la duquesa ocupando ese lugar en esos mismos instantes le pareció tan absurda que casi le arrancó una carcajada. Pudieron ser amantes. Lo habían sido. De hecho, él no la había engañado a ese respecto, pues se lo explicó claro cuando le dijo que terminó con la duquesa de Ravensvy. La cuestión

principal era que Rafe era muy diferente ya. Rafe estaba con ella y solo con ella y esa seguridad no había grieta capaz de romperla.

—Por fin se ha quitado usted la máscara, excelencia.

—Sin máscaras, querida. Ahora mismo soy solo lo que ve.

—No entraré a valorar lo que indica que un esposo sea tan permisivo con las necesidades de su mujer. Eso quedará entre usted y su duquesa. Lo que sí puedo decirle es que en Escocia el matrimonio es cuidar, proteger, amar y ser *leal* —puso especial énfasis en esta palabra—. Supongo que no debería sorprenderme por cómo se hacen las cosas en Inglaterra. Puede que algunos ingleses desconozcan lo que significa la palabra fidelidad o no la empleen del mismo modo que nosotros.

Ravensvy inclinó apenas la cabeza, como si evaluara su respuesta.

—No me ofendo con facilidad, querida. No desaproveche su ingenio porque solo servirá para concretar con mayor fervor mi plan.

—¿Su plan?

—Tengo grandes planes para usted, señorita MacCrae. Y los llevaré a cabo porque la reputación es un bien que debe cuidarse, protegerse y honrarse. Eso ocurre aquí y en Escocia. Juego con ventaja sobre usted y Rafe. —Se permitió usar su apelativo—. Ya ve que yo también tengo el privilegio de llamarlo de ese modo, y lo puedo hacer tanto en público como en privado.

—¿Acaso son ambos tan amigos? —se burló a medias porque no sabía cómo proceder ante él.

—Compartimos muchas aficiones. Tenemos mucho en común.

—Ya… sé a lo que debe estar refiriéndose. Se lo diré de modo claro. —Hizo una pausa dramática, porque si él quería jugar, ella intentaría estar a su altura—. Sé bien que Rafe no tiene ningún interés en su duquesa.

—¿De veras? ¿Eso es lo único que le preocupa? —murmuró—. Qué curioso. Pensaba que una mujer en su situación sería especialmente sensible a… los matices de ciertas relaciones. Reputaciones, ¿recuerda que le hablé de eso antes?

—No entiendo a qué se refiere.

—Me sorprendería que no lo entendiera, señorita MacCrae. —Sus dedos se cerraron un poco más en torno a su mano, sin perder la corrección del agarre—. Usted, que sabe lo que significa verse comprometida por decisiones tomadas en la intimidad. Rafe, que también carga con… asuntos que no soportarían bien la luz del día… Usted y su amigo comparten más de lo que parece a simple vista.

El violín ascendió en un arabesco. Catriona sintió que el suelo bajo sus pies seguía el compás, pero el mundo a su alrededor parecía desenfocarse.

—Dígalo sin subterfugios de una vez, excelencia —lo retó.

—Él es su amante y mi duquesa no está contenta —decidió darle lo que pedía—. No hay nada más peligroso que una mujer despechada que se interesa por las rutinas del hombre que decide dejarla atrás sin ninguna explicación. Creía que Rafe era más inteligente de lo que ha demostrado ser. Su amigo, señorita MacCrae, está en un buen lío y no encontrará consuelo esta vez en la antigua casa del guardabosques porque la cerradura ya ha sido cambiada.

Catriona suspiró. La duquesa debió haberlos seguido hasta allí en algún momento.

—¿Y qué interés tiene usted en todo esto, excelencia? Si quisiera colocarme en el ojo de la tormenta ya me habría delatado públicamente. ¿Va a decirme lo que pretende? ¿Revelarme sus planes?

Él sonrió complacido porque ella no era ninguna mujer ingenua.

La música giró hacia el último tramo del vals. Catriona notó un hilo de calor subirle hasta el rostro; una mezcla de rabia y de un miedo que se negó a reconocer.

—Creo —dijo entonces, despacio el duque— que ese asunto no sería un tema adecuado para un salón de baile, querida. Convendría hablar de esto en un lugar más privado.

Catriona le sostuvo la mirada un segundo más, como si evaluara sus opciones. Luego asintió, cortés.

—Por supuesto. —Ella se dejó guiar en el último giro del vals con una elegancia impecable—. Después de este baile, si le parece, podemos conversar con calma.

—Muy bien. En mi despacho. Me gustaría aclarar ciertas… posibilidades antes de que termine la fiesta.

La música cesó. Las parejas se detuvieron y los aplausos llenaron el salón. El duque le hizo una reverencia perfecta; Catriona inclinó la cabeza, esperando que hubiese más de una mirada curiosa sobre ellos. Cuando se irguieron, él le ofreció el brazo.

—Señorita MacCrae.

Ella lo aceptó y dejó que el duque de Ravensvy la condujera hacia la salida del salón. Hacia su despacho. Hacia una conversación que, presentía, iba a sacudir los cimientos de su mundo.

Capítulo 10

Las cartas sobre la mesa

El pasillo que conducía al despacho estaba peor iluminado que el resto de la casa. Las paredes parecían cerrarse un poco sobre ellos mientras avanzaban, y el rumor de la música se quedaba atrás como un eco lejano. El duque caminaba a su lado con el mismo paso firme con el que había marcado el vals, como si nada pudiera alterarlo.

Catriona, en cambio, tenía el pulso desbocado… aunque no permitía que se le notara ni en la espalda ni en la barbilla.

Cuando doblaron el último recodo, se dio cuenta de que no estaban solos. A unos pasos, como

si casualmente hubiera escogido el mismo camino, la duquesa de Ravensvy avanzaba a buen ritmo, con los hombros erguidos, el mentón en alto y una expresión llena de satisfacción. Claro que estaba allí. Por supuesto que los seguía.

¿Qué clase de matrimonio tenían los duques de Ravensvy? Catriona pensó en la hija de ambos; la joven era una de las mejores amigas de Lydia. Tendría que advertirle sobre los peligros de mantener esa relación, aunque… ¿por qué tenían que cargar los hijos con los pecados de los padres?

El duque se volvió hacia su esposa con una cortesía impecable. Sus miradas se encontraron por encima del hombro de Catriona.

—Querida, iba justamente a ocuparme de un asunto delicado con la señorita MacCrae. Debí suponer que no me permitirías hacer esto sin tu supervisión.

—Como siempre estás acertado, amor mío —repuso ella, sin molestarse en fingir sorpresa—. Me ha parecido que el asunto me incumbía lo suficiente como para estar presente.

Había en ese intercambio algo que hablaba de muchas conversaciones previas, de

acuerdos susurrados entre sábanas que nada tenían que ver con ternuras matrimoniales. Aquello apestaba a algún tipo de depravación para la que la escocesa, a buen seguro, no estaría preparada.

—Está bien. Acompáñanos.

Catriona no se apartó. Entró en el despacho cuando el duque abrió la puerta, cruzó el umbral como si aquello fuera un simple cambio de estancia y esperó, erguida, a que los dos se situaran en el interior.

Ravensvy cerró la puerta con un chasquido seco. Giró la llave en la cerradura.

La escocesa lo observó hacerlo, sin pestañear. Luego dejó que una sonrisa lenta, casi amable, se dibujara en sus labios. Si querían que sintiese miedo, podían esperar sentados.

—No se molesten en preocuparse por las apariencias, excelencias —dijo, mirando alternativamente a uno y a otro—. Sería mejor que dijeran lo que tengan que decir. El tiempo del que disponen es limitado. —Estaba segura de que no solo Rafe habría presenciado su salida. Ewan también se habría fijado. No sabía el tiempo que tardarían en dar

con ella. Y si no se equivocaba, Simon no se quedaría tampoco de brazos cruzados.

El duque frunció levemente el ceño.

—¿No tiene miedo?

—¿Debería? —inquirió Cat altiva.

—Ah, querida mía —expuso al tiempo que miraba a su duquesa—. Tenías razón cuando dijiste que ella me complacería.

—No mientas, lo que te agradó de ella fue lo que te narré sobre lo que era capaz de hacerle con la boca a Rafe. Y ambos sabemos que él tiene un tamaño monstruoso.

Catriona inspiró aire con profundidad. La rabia que sentía se estaba volviendo complicada de contener. Esa mujer no solo los había seguido hasta la cabaña; claramente los había espiado.

—Otra cosa que respetamos muchísimo en Escocia, excelencia —comenzó a decir mientras miraba al duque—, es la privacidad. Bien. Dejemos a un lado las cosas superfluas. Si pretenden intentar asustarme, sería prudente que lo hicieran deprisa.

La duquesa soltó una risita breve.

—Tiene carácter, señorita MacCrae. Ya se lo advertí a mi esposo —comentó, mientras se acercaba a una de las butacas como si se encontrara en su propia salita.

—Pero también tiene una reputación que perder —replicó el duque, sin apartar los ojos de Catriona—. Y un hombre al que parece apreciar. Empecemos por ahí. Tome asiento, señorita MacCrae.

Ella no se movió.

—Prefiero mantenerme de pie, excelencia. Así me cansaré menos de escuchar tonterías.

La duquesa sonrió, complacida por el desafío.

—Muy bien —aceptó la dama, quien ya se había sentado—. Habrá de perdonarnos si somos… explícitos. No parece usted una mujer que se desmaye con facilidad, ¿verdad? No. No debe serlo si es capaz de soportar con tanto brío las exigencias de Rafe.

Catriona le sostuvo la mirada.

—No lo soy, duquesa. He visto sangre, barro y muerte a lo largo de mi vida. Dudo que puedan contarme nada que me impresione.

—Eso está por ver —intervino el duque —. Hablábamos de reputaciones delicadas. La suya. La de Rafe. Tal vez no sepa con quién se ha metido en la cama, señorita MacCrae.

Un nudo desagradable se formó en el estómago de Catriona, pero lo ignoró.

—Sé lo suficiente sobre el caballero. Lo bastante como para confiar en él.

—¿Confía en él incondicionalmente? —preguntó la duquesa—. ¿Incluso si le digo que fue mi amante muy poco antes de que decidiera meterla a usted en el juego?

—No solo lo fue —la corrigió Ravensvy con una calma que la hizo estremecerse—. Mi esposa y su amigo compartieron… una relación muy particular, señorita MacCrae.

—Eso ya lo sé —los interrumpió Cat, con frialdad—. Rafe jamás me engañó con respecto a su pasado con la duquesa. Me habló de su aventura y del momento en que decidió ponerle fin. Lo que me

sorprende es que los ingleses acepten esa traición con tanta facilidad. Soy una mujer, pero si otra tratase de quitarme lo que Dios unió a mí, a mi esposo —clarificó por si tenían dudas—, ella tendría un serio problema conmigo.

La duquesa arqueó una ceja, divertida.

—¿Lo llama aventura? Qué encantador. No, querida, su amigo se limitó a narrarle la versión pudorosa. No era una simple aventura. Era un acuerdo. Un arreglo muy… beneficioso para todas las partes.

Su sonrisa se volvió más afilada cuando Cat frunció el ceño. Ella era una escocesa muy sencilla, así que no entendía de cuestiones inimaginables y censurables. ¿Qué clase de marido aceptaría la traición de una esposa?

—Verá, la primera vez que Rafe y yo nos acostamos, mi marido nos sorprendió. Entró en la habitación como un esposo ultrajado, con toda la indignación que la situación exigía. Recuerdo que mi amante se quedó helado, incluso llegó a balbucear. Tembló como una hoja en medio de una ventisca.

Catriona apretó los dientes. Recordó a Rafe herido en la casita del guardabosques,

vulnerable de un modo que pocos habrían reconocido en el seductor despreocupado de un salón de baile. No quiso imaginarlo en aquella escena, desnudo y expuesto bajo la mirada fría del duque. No. No era un tipo que se amedrentase ni bajo las peores circunstancias.

—Rafe no es la clase de hombre que balbucee o se eche a temblar. Si pretende pintarlo como un enclenque —sonrió para sus adentros al usar la palabra—, debería recordar con quién está hablando. Ese hombre podría mirar a la muerte y sonreírle con insolencia. —Ella misma lo había visto en esa tesitura cuando cuatro villanos lo atacaron.

Ravensvy continuó, como si relatara un episodio trivial de caza:

—Eso no es lo relevante, señorita MacCrae. Lo que lord Raphael no supo hasta unos minutos después es que mi indignación fue… teatral. Lo que deseaba no era castigarlo, sino proponerle un trato. Yo sabía que tenía problemas de dinero. Esos apuros son difíciles de ocultar cuando uno no tiene cuidado en las mesas de juego. Así que le ofrecí un intercambio sencillo: mi silencio y una suma generosa a cambio de que siguiera acostándose con mi esposa. —Hizo una breve pausa y Catriona se preparó para

algún tipo de explicación que no tardó en llegar cuando le dijo—: Mientras yo los observaba hacerlo.

Las palabras le cayeron como un cubo de agua ardiendo. No, fría no, porque ella estaba acostumbrada al helor de Escocia y era inmune.

Catriona sintió que algo se le revolvía en el estómago, una oleada de náusea que le subía a la garganta. Apretó las manos sobre los pliegues de la falda, con tanta fuerza que le dolieron los dedos. No apartó la vista del duque.

—Mentira —dijo en voz baja.

Fue un reflejo. Un acto desesperado de rechazo. La duquesa se inclinó hacia delante, con los ojos brillantes.

—Oh, no, querida. —negó a la vez que se llevaba la mano al pecho—. A mí me encanta la verdad, por su capacidad para destrozar ilusiones. Su amigo aceptó. Al principio se mostró escandalizado, por supuesto, pero cuando mi esposo mencionó la cifra que obtendría y la conveniencia de evitar un escándalo…

—Su amigo, señorita MacCrae —tomó la palabra el duque—, se adaptó. Decidió aceptar

porque así podría atender un pago urgente que le exigían sin demora.

—Bien. Dicen que él aceptó. ¿Qué quieren que haga yo con tal confesión? Ustedes dos lo acorralaron —replicó Catriona, con serenidad—. Sabían que tenía problemas de dinero, lo amenazaron con destruir su nombre y él hizo lo que consideró que debía. Aunque para mí eso no es un acuerdo. Fue un abuso. Un movimiento calculado.

—Llámelo como quiera —respondió Ravensvy, al tiempo que se encogía un poco de hombros—. Lo cierto es que durante un tiempo cumplió su parte con… eficacia. No voy a negar que era un hombre talentoso en esa faceta. Usted misma lo ha comprobado. Mi duquesa quedó muy satisfecha. Sé de lo que hablo, fui testigo de ello —se vanaglorió.

La náusea se intensificó. Imágenes que no deseaba recrear se agolpaban en la mente de Catriona. Se obligó a respirar despacio. No iban a conseguir verla tambalearse.

—Sea como fuere, todo eso terminó —dijo, aferrándose al único punto fijo que tenía—. Rafe rompió ese… arreglo con ustedes. Decidió que no iba a seguir.

—Exacto —admitió la duquesa, y por primera vez dejó escapar una chispa de irritación—. De un día para otro, sin explicaciones. Nos retiró… sus servicios justo cuando se habían vuelto más interesantes. Yo estaba acostumbrada a su compañía. Mi marido, a su obediencia. Y sin embargo, desapareció.

—Lo que significa —añadió el duque, con calma— que no solo es un jugador imprudente y un hombre que se vende cuando le conviene, sino también un ingrato. Olvida demasiado deprisa quién le tendió una mano cuando estaba en la ruina.

Catriona alzó la cabeza.

—Rafe no se vendió. Sobrevivió. Ustedes lo usaron como si fuera una mercancía, lo convirtieron en algo que ningún hombre con un mínimo de orgullo habría querido ser. Y, aun así, tuvo el valor de parar cuando comprendió el precio que estaba pagando.

El duque la observó con curiosidad, como si examinara una pieza en el tablero.

—Habla usted con mucha seguridad, señorita MacCrae, pues es alguien que acaba de

enterarse de que su amante aceptaba dinero por acostarse con otra —señaló—. ¿No le provoca… asco?

La palabra la atravesó. Sí, lo sentía. Asco, dolor y una punzada de humillación. Rafe la había colocado en una situación muy compleja.

—Lo que me provoca asco es que un hombre de su rango utilice su título para convertir a otro en algo que no desea ser —replicó—. Lo que siento por su esposa, excelencia, me lo reservo. No me corresponde juzgar su matrimonio. Pero no permitiré que conviertan a Rafe en el único villano de una historia que ustedes escribieron a cuatro manos.

La duquesa soltó una carcajada corta.

—Está enamorada de él, amor mío. Es fascinante. Lo defiende como si fuera digno de ello.

—Lo es —confirmó Catriona—. Ha cometido errores, por supuesto. Muchos. Pero no es usted quien va a dármelos enumerados. Ni quien decidirá si puedo seguir a su lado después de conocerlos.

Ravensvy dejó que aquel intercambio se asentara unos segundos antes de continuar.

—Permítame entonces que le ofrezca algunos datos adicionales —dijo—. Sabe ya que es un jugador. Mi generosidad iba a evitar que los acreedores le arrancaran la piel a tiras. Sin embargo, cuando decidió romper nuestro acuerdo, esas deudas seguían ahí. —Se acercó al escritorio, apoyó una mano en él, como si sostuviera un argumento sobre la madera sólida y luego prosiguió—: Poco antes de venir a nuestra fiesta, su amigo jugó una última partida desafortunada. Muy desafortunada. Le debía una pequeña fortuna a un hombre poco paciente. No voy a aburrirla con detalles. Lo único importante es que ese caballero envió a sus hombres a cobrar lo que se les debía. Y Rafe, sin mi protección, se encontró de repente solo frente a ellos. ¿Por qué cree que él tenía esas heridas los primeros días de la fiesta?

La imagen de Rafe maltrecho, sus heridas, la sangre que ella había limpiado en la casita del guardabosques… Todo aquello se superpuso a las palabras del duque. Catriona comprendió de golpe lo que hasta entonces solo había intuido. Fue un ajuste de cuentas por dinero. Maldijo a Ewan por no haberle contado la verdad, porque su hermano se limitó a decirle que aquello sobre Rafe ya estaba arreglado.

La duquesa se inclinó hacia adelante, disfrutando de la tragedia que sabía que la escocesa estaba viviendo. Por más que ella se mantuviese digna, la esposa del duque era consciente de que tenía que estar perturbada por los descubrimientos.

—Comprenderá ahora que su valiente Rafe no es solo un libertino, querida. Es un hombre que se mete en juegos peligrosos y después no sabe cómo salir de ellos. Un amante formidable cuando le conviene, un jugador incorregible y un deudor temerario.

Catriona sintió cómo la rabia le subía de los pies a la cabeza. Cuando habló, su voz sonó baja y tensa:

—Puede repetir cuantas veces quiera esas palabras, duquesa. No cambiarán el hecho de que ustedes, con todo su poder y su dinero, lo tuvieron que comprar para que se prestase a sus juegos porque sabían que de otro modo no hubiese accedido. Si no, no estaríamos teniendo esta conversación. Y, es más, no se esfuercen para que yo me sienta obligada a apartarme de él. Lo haré solo si así lo decido, no porque ustedes traten de que lo haga.

El duque la contempló con una mezcla de sorpresa y admiración.

—Lo cierto es que estoy impresionado y hay pocas personas que sean capaces de lograr tal hazaña. Y precisamente lo ha hecho una escocesa rústica… No se rompe con las revelaciones. No llora, no pide piedad ni busca una salida fácil. Tiene más sangre fría de la que esperaba.

—Es escocesa, tú mismo lo has dicho —observó la duquesa, casi con gusto—. Y está enamorada. Esa combinación produce criaturas… fascinantes.

—Lo cual nos lleva al punto final de esta charla —prosiguió Ravensvy—. Verá, señorita MacCrae, mi esposa y yo disfrutamos de ciertos… entretenimientos privados, tal y como ya ha quedado admitido. Hasta ahora contábamos con Rafe para uno de ellos. Mientras él estuvo dispuesto a… colaborar, todo funcionó de maravilla. Las cosas han cambiado ahora.

—Y ustedes no soportan que alguien les diga que no —intervino Catriona—. Ahí radica el problema.

—Digamos que no estamos acostumbrados —admitió él—. Mi esposa se ha sentido… ofendida. Yo, inquieto por la pérdida de un elemento valioso. Y entonces aparece usted. Hermosa, comprometida, con una reputación lo bastante frágil como para ser útil y lo bastante resistente como para soportar ciertos juegos.

La duquesa sonrió, como si la estuviera desnudando con los ojos.

—Podríamos divertirnos tanto juntos, querida. Usted, Rafe, mi esposo y yo. Un cuarteto… muy exclusivo. —Saboreó la palabra—. Sería nuestro pequeño secreto. Usted está ya medio comprometida con un escándalo con ese hombre. ¿Qué más le daría añadir unas cuantas sombras en lugares donde nadie mira? No tiene más remedio que aceptar.

Catriona sintió que se le helaba la sangre. No porque no entendiera lo que le estaban proponiendo, sino porque lo entendía demasiado bien.

—No —dijo, sin dudar—. No voy a participar en eso.

—Piénselo con frialdad —insistió el duque—. Si acepta, su reputación seguirá igual de

comprometida de puertas adentro, pero intacta hacia fuera. Nosotros nos ocuparemos de que nadie sepa nada. Tendrá a Rafe, tendrá seguridad, tendrá… protección.

—La protección de ustedes dos no la quiero ni regalada —respondió ella, con los ojos brillantes—. Y mucho menos a ese precio. No sé qué clase de personas tratan su matrimonio como un espectáculo, excelencia. No lo juzgaré porque no me importa. Pero no voy a convertir a Rafe en su juguete, ni voy a convertirme yo en parte de su entretenimiento. Si todo esto tenía la pretensión de ser un chantaje, se han topado con la mujer menos indicada para dar su brazo a torcer.

El ambiente se tensó. La duquesa dejó de sonreír.

—Se niega —dijo, con incredulidad—. Después de todo lo que le hemos contado, después de haber visto cómo ese hombre ha mentido por omisión y se ha vendido por dinero… ¿todavía lo defiende?

—Lo defiendo precisamente porque ha sobrevivido a ustedes —contestó Catriona—. Ha estado en el fondo, ha hecho cosas que me repugnan, lo admito. Pero tuvo el valor de negarse a

continuar. Eso vale más que cualquier reputación construida sobre el miedo.

Los ojos del duque se enturbiaron.

—Debe de quererlo mucho —concedió—. Y, aun así, no puede protegerlo si decide ponernos en contra. Si se niega, no tendremos más remedio que informar a determinados oídos respetables de que lord Raphael Deverell ha deshonrado a una señorita escocesa bajo nuestro techo. Me temo que en ese caso su único futuro honorable sería casarse con él de inmediato… si sus abuelos lo permiten. Y, aun así, el escándalo los acompañaría siempre.

—Una palabra nuestra —añadió la duquesa, con suavidad venenosa— y la buena sociedad sabrá que no es usted más que la amante de un jugador sin moral. Bastará con sugerir que si él se acostaba con mujeres casadas, ¿qué no habrá hecho con una mujer a la que nadie protegió?

El silencio que siguió fue denso. Catriona sentía que cada latido golpeaba en sus sienes. Sabía que no exageraban. En ese mundo, bastaba un susurro bien colocado para arruinar una vida. Y, sin embargo, cuando abrió la boca, lo que salió no fue una súplica ni una concesión.

—No hace falta que nadie me proteja. No me asustan —dijo, clara—. Que puedan destruir mi nombre no significa que tengan derecho a poseer mi voluntad. No participaré en su juego. Ni por mí, ni por Rafe. Si deciden arruinarnos, háganlo. —Se giró para enfrentarse al duque—. Pero recuerde, excelencia, que incluso en Inglaterra los secretos tienen la mala costumbre de no quedarse donde se los pretende encerrar. Yo caeré, pero no lo haré sola.

El duque la observó durante un largo rato. Había rabia en su mirada, sí, pero también una chispa de reconocimiento, como si midiera la altura de un enemigo digno.

—No es rival para mí, señorita MacCrae.

—¿No? Mi hermano está casado con quien tiene la tutela de la hermana del duque de Wynthorpe. Conoce a ese duque, supongo, pues de otro modo no habría invitado a *lady* Lydia a sumarse a la fiesta. Su fama de ser correcto hasta la extenuación es incuestionable. Pocos habrá más severos que él. Mi abuela lo ayudó con un remedio para que su duquesa le diese a su heredero. El matrimonio de mi hermano, a diferencia del de ustedes, está basado en los principios de Dios: amor y fidelidad. Constance MacCrae creció bajo el ala del padre del anterior duque, ¿qué no hará el actual

Wynthorpe si ella le pide su ayuda para la hermana de su esposo, la nieta de la mujer que lo ha colmado de dicha? Sé que traeré vergüenza a mi familia por mi desliz. Yo vivo en Escocia, vine a Inglaterra casi secuestrada. Regresaré a mi casa y mi escándalo quedará en el olvido, pero les puedo asegurar que mi hermano y Wynthorpe harán lo imposible por conseguir que ustedes obtengan la misma cortesía que amenazan con darme.

El silencio imperó en el despacho.

—Es usted más testaruda de lo que imaginaba —dictaminó al fin Ravensvy—. Y eso, señorita MacCrae, complica mucho las cosas porque no comprende en lo que está metida.

Catriona alzó el mentón un poco más.

—Testaruda, no, excelencia. Soy escocesa. Ahora le aconsejo que abra la puerta de inmediato.

—No. No haré eso porque siempre consigo lo que quiero.

—No lo entiende, excelencia. Detrás de esa puerta —señaló el lugar con un dedo— calculo que habrá tres protectores que se preocupan mucho

por mí. Tal vez incluso Constance esté ahí con el resto. Mi hermano me conoce bien y sabe que soy capaz de librar mis propias batallas, por eso no ha echado la puerta abajo todavía. Ni le ha permitido a Rafe hacerlo. Una orden mía, un simple grito, y verá la furia de un bárbaro escocés en su máximo esplendor.

—Es un farol —dijo la duquesa.

Catriona alzó una ceja.

—¿Quieren comprobarlo? Les costará mucho explicar al resto de sus invitados qué ocurrió para que la puerta del despacho quedase destrozada. Eso, sin contar a los sirvientes. O mejor aún, abra la puerta. Si me equivoco y no hay nadie ahí afuera, le prometo que tomaré en consideración su proposición —expuso muy segura de sí misma.

El duque le sonrió con suficiencia.

—Acepto el reto.

Ravensvy estiró la mano hacia la cerradura con una calma que Catriona estaba segura de que no sentía. La llave giró, el pestillo cedió y el noble abrió la puerta con un gesto casi teatral, seguro de encontrar el pasillo vacío.

No fue así.

Al otro lado, ocupando casi todo el marco, estaba Ewan con los brazos cruzados sobre el pecho. Detrás de él, como una segunda línea perfectamente formada, se hallaban Simon, Rafe y Constance. Los cuatro miraban el interior del despacho con expresiones distintas, aunque ninguna era complacida.

Catriona no se permitió buscar a Rafe, sabía que no podría mirarlo en ese momento. Sus ojos se concentraron en Ewan.

El bruto escocés tenía la mandíbula tan tensa que el músculo le saltaba bajo la piel y se apreciaba incluso con la poblada barba. No le dijo nada al duque. Apartó a Ravensvy del marco con un leve empujón en el hombro —lo justo para abrir espacio— y clavó su mirada azul en su hermana.

—Cat —dijo, con voz grave—. ¿Tengo que hacer algo?

Había en esas palabras un mundo entero: «¿tengo que partirle la cara a un duque?, ¿tengo que sacarte de aquí en brazos?, ¿tengo que quemar esta casa hasta los cimientos?»

Catriona sintió cómo se le aflojaba algo por dentro, de pura ternura y orgullo. Una cosa era segura. El único hombre que jamás le fallaría era Ewan MacCrae. Se le llenaron los ojos de lágrimas que trató de contener.

—¿Cuánto hace que estás ahí fuera, hermano?

—Tal vez llegamos cinco minutos después de que salieses del salón. Pensé que agradecerías la ventaja. No ha sido fácil contener a… a uno de mis amigos. —Ella supo que se refería a Rafe—. Él quería echar la puerta abajo desde el principio. —Ella intuía el motivo, seguramente no quería que se enterase de… La náusea se le subió de nuevo a la garganta. No era momento de imaginarse todo lo que Rafe había hecho con ese par de degenerados.

Enderezó la espalda un poco más, se tomó un segundo para respirar y negó con la cabeza.

—No, Ewan. No tienes que hacer nada —respondió a la pregunta que le había hecho su hermano nada más entrar en el despacho—. Ya he dicho lo que tenía que decir. Todo está aclarado. Solo necesitaba que estuvierais ahí fuera para que los

duques de Ravensvy entendieran que un escocés nunca va de farol.

Su hermano entrecerró los ojos, estudió su rostro con atención y bajó despacio los hombros. No estaba tranquilo del todo.

—¿Seguro? —insistió.

—Segurísima —confirmó ella—. ¿No crees que sepa manejar mis propios asuntos?

Eso no era del todo cierto. Las palabras podían golpear más que un puño, pero no era el momento de matizarlo. Ella estaba completamente dolorida debido a la batalla.

Constance dio un paso al frente. No levantó la voz, pero el despacho pareció hacerse más pequeño al oírla:

—Excelencia —dijo—, supongo que tendrá una explicación muy convincente para justificar que haya encerrado con llave a mi hermana por matrimonio en su despacho, acompañado de su esposa. Wynthorpe es un duque como usted y jamás haría algo semejante.

La amenaza pronunciada con aquella frialdad cortés, sonó más como una acusación que como un tratamiento. Catriona sonrió. Nuevamente tuvo que contenerse para no llorar porque Connie, sin saberlo, le había ayudado más de lo que se imaginaba al nombrar al hermano de Lydia.

Ravensvy recuperó parte de su aplomo.

—Solo pretendía hablar con la señorita MacCrae de ciertos asuntos delicados —repuso—. Nada impropio ha ocurrido.

—Lo celebro —intervino Simon, que se había colocado ya junto a Ewan, como si formaran una barrera—, porque habría sido extraordinariamente incómodo explicar a nuestros anfitriones por qué era necesario derribar la puerta. No obstante, aunque dudo que haya una próxima vez, no olvide buscarnos a alguno de nosotros para tratar los asuntos que tengan que ver con nuestra Cat.

La duquesa alzó la barbilla.

—No hay motivo para tanto dramatismo.

—¿Hay algo que debamos saber? —le preguntó Ewan a Catriona.

Oh, vaya que lo había. Pero todo lo ocurrido era asunto suyo y únicamente a ella le concernía. Solo entonces, casi contra su voluntad, dejó que la mirada se le desviara hacia Rafe. Él no había avanzado ni un paso hasta su posición, aunque estaba dentro del despacho. Tampoco había hablado. Estaba más pálido de lo habitual, su brillo en la mirada no era el mismo de siempre y la boca la tenía apretada en una fina línea tensa. Los ojos de él estaban sobre los de ella, así que Catriona sintió el impacto de su mirada en el pecho, pero no se la sostuvo más de lo necesario. Volvió enseguida la vista a su hermano.

No estaba preparada para enfrentar lo que acababa de saber de Rafe, cosa que él seguramente intuía que ella ya conocía.

Ravensvy seguía observando al grupo sin dejar ver su incomodidad.

—Creo que se están precipitando —dijo —. Solo hemos conversado sobre reputaciones y prudencia. Cosas que, al parecer, nos preocupan mucho a todos.

—Veo que al menos coincidimos en la importancia de la prudencia —replicó Constance—. Permítame un consejo. Mi esposo es el responsable

de la señorita MacCrae. Debió haberlo buscado para tratar cualquier asunto que a ella le concerniese.

El duque apretó los labios, pero no contestó. Cat se colocó delante de Ravensvy, sin altivez, pero llena de seguridad.

—Eso es lo que he tratado de explicarle. No me doblego ni ante la adversidad, y cuento con más lealtades de las que me atribuyó en un principio. Si he de caer lo haré de pie. ¿Usted puede decir lo mismo, excelencia? Wynthorpe adora a Constance y hará lo que ella le sugiera que debe hacerse. Mi hermano es un salvaje de la peor clase. —Se giró para mirar a Ewan—. Negaré haberte hecho tal cumplido luego —le dijo. El aludido le sonrió complacido y ella volvió a centrarse en el duque—. Pese a que mi hermano no necesita aliados, sabe cómo funcionan las cosas en Inglaterra y utilizará todos los contactos de los que dispone porque su mujer no le dejará mancharse las manos. Ya sabe la relación que tiene Connie con el hermano de *lady* Lydia y Ewan no dudará en hacer lo que deba. Lo hará por mí y por cualquiera que necesite protección, y eso incluye a sus amigos y los míos. —Era evidente que hablaba de Rafe.

Catriona sintió que los duques contenían el aliento. Habían apostado a que saldría rota de

aquel despacho, manejable, dispuesta a aceptar condiciones. En cambio, se encontraba rodeada por las personas que más la querían… y por el hombre al que acababa de defender frente a sus peores enemigos aunque no pudiese ni mirarlo a la cara.

—Lo ha dejado perfectamente claro, señorita MacCrae. Disfrute de… su victoria —dijo a regañadientes Ravensvy.

Los duques salieron del despacho de inmediato. La escocesa no se sentía como una vencedora. Todo lo contrario.

—Catriona… —Rafe susurró su nombre por primera vez.

Ella no le hizo caso, negó con la cabeza. No podía ni quería enfrentarse a él. Miró a su hermano.

—¿Ewan?

—¿Qué necesitas, Cat?

—Llévame a casa. Necesito regresar a Dunrath —le rogó.

No esperó respuesta. Dio un paso hacia el umbral. Ewan se apartó para dejarla pasar, Simon le hizo una ligera inclinación de cabeza, casi un gesto de respeto por la batalla que suponía que acababa de librarse. Constance alargó la mano y le apretó apenas el brazo, un contacto breve, cálido, que decía más que cualquier palabra.

Rafe seguía allí.

Cuando pasó a su altura, él se colocó frente a ella.

—Por favor… —le suplicó.

Las sílabas quedaron suspendidas entre los dos, cargadas de todo lo que ninguno sabía aún cómo afrontar.

Catriona no estaba preparada. Si lo enfrentaba, toda la rabia, el dolor y la lealtad que había sostenido en equilibrio en aquel despacho se le vendrían encima a la vez y rompería a llorar. Se limitó a posar sus ojos en los de él.

—No puedo —murmuró.

Catriona había ganado la batalla, pero lo había perdido todo durante la lucha.

Capítulo 12

La tempestad sin calma

Escocia era su refugio. Siempre lo sería.

Catriona había buscado el lugar de forma instintiva. El viejo prado cerca del castillo de Dunrath se extendía ante ella, salpicado de piedras que alguna vez habían sido muros, esquinas, hogares, y que en esos instantes no eran más que ruinas cubiertas de musgo y sombras. Allí se alzaban todavía los restos de una torre, obstinados contra el viento, como si se negaran a aceptar que el tiempo los había olvidado.

Se detuvo en medio de aquella antigua edificación y dejó que el aire helado le golpeara el rostro. El viento silbaba entre las grietas de la piedra

con una furia que conocía desde niña, era una música áspera que formaba parte de su sangre. Cerró los ojos. Bastaba ese gesto en aquel lugar para que los recuerdos más crudos apareciesen en su mente.

Allí mismo, muchos años antes, le prometió amor eterno a un escocés por el que habría dado la vida sin vacilar. Lachlan la había mirado con aquella mezcla de solemnidad y alegría que solo tenían los jóvenes seguros de que el mundo les pertenecía. Él le juró que volvería, que no se quedaría nunca fuera de su vida, que se forjaría un destino digno y, cuando lo hubiera conseguido, regresaría a buscarla. No tenía mucho que ofrecer entonces, más allá de sus manos encallecidas y un corazón que latía al mismo ritmo que el de ella. Aquello, a Catriona, le parecía más que suficiente. No lo fue para Lachlan y la dejó atrás.

Recordaba aún la calidez de sus dedos entre los suyos, el roce torpe de unos labios inexpertos que, sin embargo, le habían parecido la garantía más firme de todas. Recordaba cómo había creído, sin resquicios, que aquel amor bastaría para salvarlos a los dos incluso de la muerte. Qué fácil fue, entonces, estar segura de algo que no sucedió.

Lachlan nunca regresó.

Se había marchado para convertirse en alguien, hacer fortuna, tener un nombre, un lugar desde el que pudiera mirar al futuro sin vergüenza, con ella a su lado. En su lugar, años después, solo llegó una carta incierta, un informe frío escrito por un compañero militar del escocés que hablaba de desaparición en el frente, de confusión en la batalla, de cuerpos que no se encontraron. No había tumba, ni cruz, ni lápida. Solo el dolor de la pérdida de un gran hombre. Su primer gran amor. Lachlan era muy parecido a Ewan. Tal vez no tan duro como su hermano, pero con el mismo corazón. Era la honradez personificada, el amor fiel, la ternura dulce… Así que fue imposible no enamorarse de él pese a las diferencias que existían entre su familia y la de ella.

El aniversario de aquella triste noticia que lo cambió todo se acercaba de nuevo. Catriona lo sentía en los huesos igual que la llegada de una tormenta. Era como si cada año, en esas fechas, las ruinas la atormentasen y la obligaran a recordar con más dolor. Lachlan cayó en batalla y la dejó con el futuro truncado. Tuvo que haber insistido más en que no se marchase, en que su deber estaba con ella.

Lo dejó ir creyendo en su palabra de que volvería.

Desapareció.

Lachlan la dejó sola.

Fue ahí, sobre ese mismo prado que pisaba, donde se arrodilló ante Dios convencida de que todo se había acabado. Cuando supo que él no regresaría nunca, lanzó al cielo un juramento que entonces le pareció noble, casi heroico: no habría otro hombre en su vida. Se quedaría sola para honrar su sacrificio. Era el modo que encontró de sostenerlo, de no sentir que lo traicionaba por seguir respirando. Había hecho aquel voto con la fe sencilla y absoluta de una muchacha que creía que la fidelidad se demostraba congelando el corazón.

Y, sin embargo, allí estaba años después, plantada en el mismo lugar, con el cuerpo marcado por las caricias de otro hombre y el alma hecha jirones.

El viento arreció, como si quisiera arrancarle esos pensamientos de la cabeza, pero no lo consiguió. Cuanto más intentaba apartarlos, más nítido regresaba el rostro de Rafe. Su risa descarada, sus ojos ámbar cargados de luz y de sombras y esa boca y esas manos que tanto placer le habían dado. Había visto en Rafe muchas cosas: arrogancia, torpeza, lealtades inesperadas y una melancolía soterrada. Había creído que, con todo su pasado

manchado de libertinaje, todavía conservaba algo puro en él.

Los duques de Ravensvy le habían demostrado que estaba equivocada.

Por mucho que se hubiera repetido que ese par de duques putrefactos solo habían ideado un burdo intento de destruirlo, las imágenes no habían dejado de perseguirla desde que salió de aquel despacho. Veía a Rafe en una habitación cerrada, desnudo, con la duquesa en sus brazos y el marido de ella sentado en una silla, observándolos como quien contemplaba una obra de teatro. Lo imaginaba al principio sorprendido, pero luego… ¿qué? ¿Cediendo con rapidez? ¿Dudando? ¿Negociando precios? Por amor de Dios, ¿cuántas veces habría repetido aquella escena?

La arcada volvió a subirle a la garganta. Se llevó una mano al estómago, como si pudiera contener así la oleada de repugnancia. No sabía si le dolía más la sordidez del acuerdo o la facilidad con la que los duques lo habían contado, como si estuvieran hablando de un caballo alquilado para una cacería. Y, por encima de todo, la devastaba darse cuenta de que ese hombre, el mismo que había sostenido su mano en la casita del guardabosques, había aceptado aquel papel por dinero.

Podía repetirse que lo habían acorralado, que aceptó por sus deudas, por el miedo a un escándalo o debido a la diferencia de poder. Lo entendía con la cabeza. Comprendía la desesperación de no tener un penique y de ver, de repente, la posibilidad de pagar todo a cambio de… eso. Pero el resto de sí misma se rebelaba. Una parte muy arraigada en ella sabía que había cosas que no se vendían; que el cuerpo, el honor y la intimidad no eran moneda de cambio, por muy desesperado que estuviera el bolsillo.

No podía aceptarlo. Existían líneas que no se podían cruzar porque no había vuelta atrás. Rafe las había cruzado todas.

¿Quién era él entonces? ¿El hombre que había mirado a la muerte a los ojos y había sonreído con insolencia o el que se dejaba usar como entretenimiento para un matrimonio enfermo? Tal vez fuese las dos cosas. Tal vez por eso dolía tanto el descubrimiento de una verdad insoportable a la que no podía enfrentarse.

¿Y qué decía de ella el hecho de haber sucumbido a semejante desalmado?

La palabra la golpeó por dentro. Desalmado. Rafe lo era. No porque creyera que él no

tenía alma, sino porque le aterraba la idea de que la hubiera empeñado tantas veces que ya no supiera a quién pertenecía.

Había defendido a Rafe con uñas y dientes delante de esos dos degenerados. Les había plantado cara. Había afrontado el chantaje, el desprecio, las medias verdades y la amenaza sobre su reputación. Había aguantado en pie, escocesa y orgullosa, mientras le lanzaban al rostro cada detalle de aquella sórdida e increíble historia. Los había desafiado y les había dejado claro que no cedería su voluntad a nadie. Había ganado esa batalla. Y, sin embargo, al subir al carruaje camino de Dunrath, se había sentido la más infeliz de las perdedoras.

Se marchó de la fiesta campestre sin enfrentarse a él. Poco le importaba que un hombre con ese calado la considerase una cobarde.

No quiso verlo. No quiso escuchar una sola explicación de él. No soportaba la idea de tener que mirarlo a los ojos sabiendo lo que sabía. Porque, oh, sí, cuando Catriona hizo que el duque abriese la puerta, Rafe le confirmó con su silencio y temor que la historia recién descubierta era cierta.

¿Qué le quedaba a ella entonces? ¿Un perdón difícil que la rompería en dos, o una ruptura

inevitable que la dejaría mutilada para siempre? En ambos casos seguía perdiendo. No estaba lista para afrontar la verdad, y mucho menos de perdonarlo por su falta de ideales sólidos.

Era impensable que él hubiese accedido a algo así. Impensable. Pero los duques se lo detallaron con una naturalidad ofensiva y el relato se convirtió en lo único que podía ver cada vez que cerraba los ojos.

Si se quedaba a solas con él antes de marcharse, sabía qué ocurriría. Rafe encontraría las palabras perfectas, mezclaría verdad y encanto como siempre hacía, se disculparía, se flagelaría, le juraría que ya no era aquel hombre. Y ella, que lo amaba con una intensidad que no se atrevía ni a reconocer en su fuero interno, se vería tentada a creerle. A perdonar. A decirse que todos podían equivocarse, que la necesidad empujaba a la gente a cometer atrocidades, que con ella era distinto.

Y entonces sí rompería por completo la promesa hecha a Dios por Lachlan. Por eso necesitaba la certeza de que podía perdonarlo antes de hacerlo, para así poder convivir con un juramento roto.

Sí. Ya lo había roto con el cuerpo, lo sabía. El juramento de no pertenecer a ningún hombre después de Lachlan se había quebrado la primera noche en que se dejó desnudar en la habitación de Rafe, pero no se había casado con él, y no fue porque su amante no tratase de insistir en reiteradas ocasiones. Evitó el discurso porque no estaba segura de nada.

Había amado a Rafe. Lo amaba. Esa era la traición verdadera, pero no le pertenecía. Ni ella a él.

Y en esos momentos tenía que enfrentarse al hecho de que aquel amor no se dirigía a un hombre intachable, víctima de malentendidos nobles, sino a alguien capaz de meterse en un lecho por dinero mientras un tercero lo contemplaba. ¿Cómo reconciliar eso con el recuerdo de Lachlan, quien se había ido sin nada, confiando solo en su honor y su fuerza? Uno había tenido demasiado honor y la había dejado sola; el otro parecía no haber tenido ninguno durante demasiado tiempo y, aun así, había encontrado el camino hacia su corazón.

Se había enamorado de dos hombres completamente diferentes y ambos le habían fallado.

Los odiaba.

A Rafe, por no haber sido mejor de lo que él mismo debería haberse exigido, por haber elegido el camino más oscuro cuando ya tenía suficientes sombras. A Lachlan, por haberse marchado y no volver nunca, por obligarla a aprender a vivir con un corazón roto por el dolor que otro hombre no había sido capaz de recomponer.

También se odiaba a sí misma por haber sido tan estúpida como para amar a dos hombres que, cada uno a su manera, la habían dejado desamparada.

La marcha de la fiesta campestre había sido una huida tanto como una retirada estratégica. Se había levantado al amanecer, con la cabeza aún llena de retales de la noche anterior, del vals, de la mirada rota de Rafe en aquel despacho. Había subido al carruaje manteniendo la compostura entre caras preocupadas y silencios cargados de emoción.

Necesitaba poner distancia. Necesitaba regresar a Dunrath, a su hogar. Necesitaba estar en las ruinas, sentir el frío de su tierra para despejar la mente. Ahí, bajo el cielo gris, encontraría el modo de enfrentar la verdad sin que nadie intentara suavizarla. Porque no sabía cómo tenía que seguir adelante. Esperaba una señal. Un grito claro que le dijese lo que tenía que hacer.

¿Perdonarlo o seguir sola?

Había querido a Lachlan con la seguridad inocente de la juventud, creyendo que bastaba prometerse para que el mundo les permitiese ser felices. Había querido a Rafe con la lucidez dolorosa de una mujer que ya sabía que las promesas se rompían y que el amor no salvaba a nadie de sus propios demonios. Lo uno no se parecía en nada a lo otro. Y, sin embargo, ambos amores la habían dejado en el mismo sitio: de pie en un prado desolado, preguntándose qué parte de culpa le correspondía por haber confiado.

El cielo se extendía sobre las tierras de su hermano tan espectacular como siempre. A lo lejos, el castillo aguardaba, sólido, lleno de voces que la querían y que querrían saber qué había pasado para que saliese corriendo de Inglaterra. Tendría que decidir cuánto contar y cuánto callar.

Por el momento, solo sabía una cosa: no había hablado con Rafe antes de marcharse porque, si lo hubiese hecho, no habría sido capaz de irse de su lado; y solo Dios sabía lo que le había costado dejarlo atrás. Pero quedarse sin estar segura de si podría seguir adelante con él habría sido peor que huir.

Sentía que se estaba muriendo y no podía más.

El viento seguía azotando las ruinas cuando Catriona oyó el crujido de unas piedras a su espalda. No se volvió de inmediato. Conocía bien aquellos pasos tranquilos y seguros. Reconoció en el aire el aroma a lilas también.

Constance se acercó hasta situarse a su lado. Llevaba el abrigo bien cerrado y el velo del sombrero le bailaba un poco con las ráfagas, pero su rostro se mostraba tan sereno como siempre.

—Te he buscado por todo el castillo —dijo con suavidad.

—¿Y cómo me has encontrado?

—Alguien me dijo que debía venir aquí. ¿Quieres que me vaya, Cat?

Catriona mantuvo la vista fija en las piedras derruidas.

—No. Este lugar me trae paz a pesar de que es donde me rompí. ¿Cuándo regresáis a Londres?

Constance tardó un momento en contestar.

—No creo que lo hagamos —admitió—. Lydia ha dicho que no quiere debutar este año. Hemos decidido esperar.

Aquello la obligó a parpadear. Se volvió por fin hacia ella.

—¿Esperar? —repitió—. ¿Por mí?

—Por todo —Constance se encogió ligeramente de hombros—. Por Lydia, que no está preparada. Por Ewan, que está más tranquilo si te ve en Dunrath y no en una casa llena de ingleses curiosos. Y por ti. No tenemos ninguna prisa por volver a meter la cabeza en el avispero. Londres seguirá estando en el mismo lugar la próxima temporada.

Hubo un silencio breve.

—Es un honor que mi familia se preocupe por mí. Gracias, Connie.

Lady Dunrath la observó unos segundos más antes de volver a hablar.

—Sabía que te habías ilusionado con alguien —dijo al fin—. Me engañaste bien, Catriona. Yo… no sé qué hice mal para que no tuvieses la suficiente confianza para hablar conmigo del asunto. Creo que no tenías la menor intención de contármelo y me duele no haber estado a la altura para que confiases en mí.

Catriona suspiró.

—Estoy acostumbrada a lidiar sola con mis problemas. No involucro a la familia a menos que sea incapaz de manejar un asunto.

—Eso es lo que me ha explicado Ewan, pero yo quiero que confíes en mí porque sabes que siempre te apoyaré, Cat.

—¿Cómo supiste que estaba ilusionada, Connie? —se interesó.

—Yo veía que estabas distinta. Discutías menos y no insistías ya en regresar a Escocia a cada hora. Además, te observaba y de alguna manera sabía que estabas siempre esperando y buscando a alguien muy especial. Lo único que no sabía era quién era ese alguien. —Alzó una ceja—. Hasta la reunión con Ravensvy. Tuviste que haberle visto fuera mientras tú estabas con los duques. Se enfrentó a

Ewan, con el puño levantado. Simon tuvo que sujetarlo en más de una ocasión porque estaba dispuesto a echar la puerta abajo con o sin el consentimiento de tu hermano. Nunca había visto así a nadie, parecía un demonio dispuesto a matar a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Catriona tragó saliva.

—¿Qué sabe Ewan con respecto a Rafe? —preguntó en voz baja.

Constance no vaciló en su respuesta.

—Ewan lo sabe todo —respondió, igual de directa—. Rafe mismo le dijo que quería casarse contigo. Y eso fue mucho antes de que se produjese aquella extraña reunión entre los duques y tú.

Aquello fue demasiado.

Catriona sintió que la tensión que llevaba soportando desde aquella última noche en casa de los duques era ya incontenible. El nudo que había mantenido a raya con orgullo y rabia se deshizo en un instante. Se cubrió el rostro con las manos y, antes de poder contenerse, rompió a llorar.

—No puedo más —murmuró entre los dedos.

Constance no dijo nada al principio. Solo se acercó un paso y le rodeó los hombros con un brazo, llevándola un poco hacia ella. No hubo palabras de consuelo vacías, ni susurros piadosos. Solo calor humano contra el frío de Dunrath. Las dos se abrazaron. Constance no se impacientó, le permitió desahogarse en su hombro. Cat era muy parecida a su marido y ninguno de ellos se permitía nunca flaquear. Si ella estaba en esa tesitura era porque lo sucedido era muy serio.

Catriona tardó en conseguir respirar sin que le doliera.

—Lo amo —confesó al fin, con la voz destrozada—. Amo tanto a Rafe que me mata por dentro.

Constance no la soltó.

—No vas a conseguir que me sorprenda con esa revelación —dijo—. Ya me había dado cuenta de que tenías que estar enamorada para involucrarte con él. No eres la clase de mujer que cedería ante un hombre si no lo amase, Cat. Sé eso sobre ti. Dime

cuál es el problema para que entre las dos podamos encontrar la solución.

Catriona se apartó lo justo para mirarla. Tenía los ojos enrojecidos y la nariz helada.

—Le amo y no se lo merece. No puedo aceptar a un hombre como él. No después de lo que ha hecho.

—Pocos habrá que merezcan la devoción de una mujer. Tan pocos como pocas serán las mujeres que merezcan la admiración de sus esposos. Estoy aquí, Catriona. Necesito que ahora confíes en mí. No puedo ayudarte si no me cuentas el problema. ¿Puedes confiar en mí? —le preguntó con el corazón en la mano. Connie odiaba ver sufrir a quienes amaba. Necesitaba que la hermana de su marido le diese un propósito para solventar la situación.

—Si te cuento lo que sé, lo traicionaré —advirtió—. Estoy segura de que Rafe confiaba en que nadie supiese… lo que hizo. Y yo solo me enteré porque los duques querían que… Dios santo, Connie. Me puso en una situación muy complicada. Porque no hay ni una pizca de decencia en él. No debería abrir la boca. No quiero hacerlo. Pero necesito… —se llevó una mano al pecho—. Necesito sacar esto de dentro o me volveré loca. No puedo dormir. No puedo

respirar. El dolor me ahoga y me consume. —No era mentira. Llevaba varios días sin poder probar bocado. Estaba muy triste y dolida.

—Cuéntamelo —respondió Constance, sin vacilar—. No para juzgarlo, sino para entenderte a ti.

Catriona inspiró hondo, como si se preparase para sumergirse en agua helada.

—Lo salvé —empezó—. Lo encontré cerca de una cabaña abandonada en las tierras de los Ravensvy que yo había hecho mi refugio para esconderme. Rafe estaba malherido. Cuatro hombres habían ido a darle una lección porque les debía dinero. Por el juego. —Se le quebró la voz—. Lo habrían matado si no hubiese llegado a tiempo.

—¿Cómo lo salvaste de cuatro hombres, Cat? —preguntó Connie con suavidad.

—Había salido aquel día a cazar.

—Llevabas tu arco y las flechas —supuso. Cat asintió—. Es del todo natural que un hombre como él, que nunca se emociona con nada, se quedase fascinado contigo. Lo que habría dado yo por verte. Seguro que te asemejabas a una amazona.

Eso hizo que ella sonriese.

—No una amazona. Soy una escocesa, Connie.

—Cierto. Mil disculpas, continúa, por favor.

Afirmó con la cabeza.

—Le curé las heridas, estuve con él, creí que… que todo quedaría en eso. Un libertino, sí, eso ya lo sabía bien yo. Yo y cualquiera que tuviese ojos en la cara.

—¿Entonces, Cat? —preguntó cuando se quedó callada.

—Ha cruzado una línea y no sé si puedo… si puedo estar con una persona así. Es algo terrible, Connie. No lo concibo siquiera.

—No tienes que seguir si no quieres.

La escocesa asintió.

—He de hablar sobre esto. Confío en ti. Los duques lo sabían —continuó Cat—. Sabían lo del juego, las deudas, todo. Y lo usaron en su contra. La

primera vez que él se acostó con la duquesa de Ravensvy, su esposo los sorprendió y actuó como se suponía. Pero todo estaba preparado. —Se le crispó la boca—. Fue una trampa. Después le ofreció dinero a cambio de… de repetir —musitó con la voz muy débil.

—¿Repetir qué? —preguntó Constance, con serenidad dura.

—Lo contrató —escupió Catriona—. Ravensvy lo contrató para que se metiese en la cama con su duquesa mientras… mientras él miraba. —Se abrazó a sí misma—. Eso fue lo que me contaron. Que Rafe aceptó acostarse con ella, con el marido sentado a pocos pasos, supongo.

Cat no se atrevía a mirar a Connie por miedo a ver repugnancia en su rostro. Eso era lo que ella sentía cada vez que pensaba en el relato.

—¿Qué sucedió después? —la animó a soltarlo todo para que dejase de cargar con tanto peso sobre sus hombros.

—Los muy miserables —añadió, temblando—, no se conformaron con eso. Cuando Rafe rompió el trato, cuando decidió que no iba a seguir porque estaba conmigo, vinieron a por mí. Me

ofrecieron el mismo juego a cambio de no destruir mi reputación. La duquesa nos siguió un día y nos espió en aquella cabaña, así que pensaron que me tenían acorralada por lo que descubrieron sobre mí. Cuatro personas, Constance. Los dos, Rafe y yo en una cama. Dijeron que, si me negaba, le contarían a todo el mundo que él me había deshonrado bajo su techo. Que mi único futuro sería casarme con él entre susurros y risas.

Constance apretó un poco más el brazo que mantenía sobre sus hombros.

—Así que por eso tuvo lugar aquella extraña reunión. Los duques tuvieron mucha suerte de que Ewan no sospechase nada. Hubiese prendido fuego a la casa con ellos dentro. Esto tiene que quedarse entre nosotras, Cat. Si él se entera… — Connie sabía que el escocés no se quedaría de brazos cruzados. Arremetería contra todos los implicados, incluido Rafe por poner a su hermana en semejante aprieto.

—Lo sé.

—¿Y qué hiciste?

Cat sonrió de lado.

—Lo que mejor sabemos hacer los salvajes escoceses. Les planté cara. Les dije que no pensaba ser un juguete, ni yo ni él. Que podían destrozar mi nombre, pero no mi voluntad. Y amenacé con usar a Wynthorpe, a Ewan y a ti contra ellos. Les juré que si yo caía ellos me seguirían.

—Bien hecho. Wynthorpe está tan en deuda con tu abuela que no hubiese parado hasta destruirlo públicamente. Pero ambas sabemos que el hermano de Lydia no hubiese tenido tiempo de actuar si Ewan hubiese sabido… todo el asunto. Por descontado que yo te seguiré al infierno si es necesario, tal y como haría Ewan.

A Catriona se le empañaron los ojos. Eran lágrimas de agradecimiento en esa ocasión.

—Eso mismo fue lo que le dije a Ravensvy. Lo avisé de que tras la puerta que él había cerrado con la única intención de hacerme temblar estaban mis refuerzos. Simon incluido. El duque lo puso en duda; estuve tentada de gritar para que mi hermano derribase la puerta con una patada.

—Eso no lo hubiese hecho Ewan, Cat. Rafe era el que hubiese actuado de ese modo. Te lo garantizo, sé lo que vi.

Ella afirmó con la cabeza porque creía en sus palabras.

—Lo reté a abrir la puerta y a comprobar la veracidad de mis palabras. Mi hermano sabe cuánto me enfada que se inmiscuya en mis asuntos sin que yo se lo pida, así que sabía que estaría esperando mi señal.

—Por eso nos ordenó a todos esperar pacientemente tras la puerta.

—Le dije al duque que si abría y allí no había nadie, reconsideraría su propuesta. Así que se engalanó con su arrogancia ducal y cuando abrió… Dios mío, Connie. Estuve a punto de echarme a llorar debido a la felicidad que sentí al ver que todos estabais allí tal y como supuse y dije. Supieron que habían perdido y me sentí pletórica. De lo que no me di cuenta en aquel instante fue de que yo también me convertí en una perdedora. Nos conoces bien a Ewan y a mí. No puedo concebir que alguien… El matrimonio es sagrado… Yo sabía que Rafe mantenía una aventura con una mujer casada, él mismo me lo restregó por la cara.

—¿Qué es lo último que has dicho?

—Es una historia larga. Comenzamos siendo… una especie de enemigos.

—Sí… eso me suena también —murmuró por lo bajo. Ewan y ella no habían sido menos. Constance la contempló en silencio un instante. Y luego añadió—: Me sorprendí al ver a Rafe tan manso cuando la puerta se abrió. Creo que él intuyó lo que te contaron.

—Sí. Yo también me di cuenta.

—No obstante, sabes que Rafe aceptó eso antes de conocerte —dijo despacio—. No lo hace mejor, ni lo exculpa por algo que es… perverso. Pero el tiempo importa. Lo que hoy ves como una ofensa mayúscula, mañana puede parecer menos grave y al otro, tal vez, insignificante. No pretendo restarle importancia a lo que Rafe ha hecho. Solo necesito que comprendas que antes de conocer a Ewan, lo hubiese cuestionado por cualquier ridiculez. Ahora mismo, si viniese cualquiera a decirme que mi esposo ha matado a alguien, le preguntaría qué le hizo el muerto a él.

—Entiendo lo que dices. Te juro que lo defendí con ahínco ante los duques porque le debía lealtad. Me ha costado contar el relato entero porque no quería que nadie más supiese su vergüenza, pero

es… es… Se vendió. No solo eso, consintió que otro lo viese mientras… ¿Qué clase de hombre permite eso? ¿Qué valores tiene él? El matrimonio es una bendición. Si no es capaz de respetar el de los demás, ¿qué garantiza que el suyo funcione?

—¿Te refieres a que tienes miedo de que tu matrimonio con él no funcione?

—Sí, Connie. Tengo miedo de que Rafe no tenga salvación —confesó al fin su mayor miedo —. ¿Qué clase de hombre es? —repitió.

Constance bajó la vista hacia las piedras y luego volvió a alzarla.

—El tipo de hombre que se cree tan poco valioso que piensa que su cuerpo es lo único que puede ofrecer —contestó—. O el hombre que tiene tanta desesperación encima que ya no distingue qué está haciendo. Ewan dice que Rafe… lleva solo toda su vida. Sus padres y sus hermanos…

—Lo sé. Me contó que los difuntos marqueses se enredaban con otras personas aunque siempre volvían el uno con el otro. El día que ocurrió el accidente en el que fallecieron fue debido a la huida de la marquesa. El padre de Rafe salió detrás y… Bueno. Sus hermanos no le han prestado atención

nunca. Los duques de Greymere fueron los únicos que se preocuparon un poco, hasta que lo obligaron a encontrar esposa. Me lo contó todo. Casi todo —se obligó a rectificar.

—Mientras caías en sus redes, tuviste que darte cuenta de que él era un hombre complicado, Cat. No es ningún reproche. Eres inteligente y no puedes acusarlo de engañarte. No te contó lo más feo, de acuerdo, pero tú tenías que saber que es un hombre con mucha oscuridad. Tanta como Azrael. ¿Por qué crees que Simon y Ewan se llevan tan bien y Rafe y Azrael son uña y carne?

—No me pidas que lo vea con compasión —rogó—. Ahora mismo no puedo. Llevo media vida viviendo con la idea de que hay cosas sagradas. El acto de hacer el amor es algo especial y único. Y de pronto descubro que el hombre al que amo ha convertido eso en… un espectáculo de pago. Y encima —añadió Cat, con la voz rota—, he sido capaz de traicionar a Lachlan por él. A Lachlan, Constance. A mi primer amor. Aquí mismo le juré a Dios que no habría ningún otro hombre después de él. Que si él no volvía del frente, seguiría sola. Que mi amor sería… —buscó la palabra—. Eterno. Y luego llegó Rafe y lo destruyó todo. Le di mi cuerpo, mi

confianza, lo defendí… ¿para esto? ¿Para enterarme de que ha hecho cosas que no tienen nombre?

Constance le dio sentido a las palabras. Ewan le dijo una vez que sospechaba que su hermana había encontrado a alguien cuando era más joven, pero que él no sabía quién podía ser. Otra parte más del rompecabezas. Catriona no solo censuraba a Rafe por su comportamiento. Se sentía culpable por deshonrar a su primer gran amor por un hombre que no había cumplido con sus expectativas.

Cuando Catriona se quedó sin aire, intervino:

—No eres una traidora por volver a amar —dijo—. Si acaso, eres humana. Y Dios, te lo digo sinceramente, tiene cosas más importantes que hacer que apuntar en un libro quién se enamora después de un amor perdido en la guerra.

Catriona negó con la cabeza.

—No entiendes lo que se siente. Yo… yo necesitaba a Lachlan para creer que el amor era algo limpio. Y necesitaba a Rafe para convencerme de que podía seguir adelante. Y ahora me siento culpable por ambos. Por el que se fue y por el que encontré.

Constance inspiró hondo.

—Te entiendo más de lo que crees —replicó—. Ninguna historia de amor es fácil. ¿Te he contado alguna vez cómo me casé con Ewan?

Catriona frunció el ceño, desconcertada.

—Sé que hubo prisas.

—Eso es la versión decorosa —Constance dejó escapar una sonrisa torcida—. La verdad es que llamó a un cura mientras yo estaba enferma. Literalmente. Organizó la boda a traición porque quería que no tuviese elección. Y sorprendentemente se salió con la suya. Tu hermano es muy inteligente. Se casó conmigo sin que yo lo supiera, se lo calló y luego se aseguró de que me enamorase tanto como para no poder separarme de él.

El gesto de Catriona se transformó en sorpresa.

—Dios de los cielos… —musitó—. ¿Y no le diste su merecido?

—Me enfadé cuando descubrí lo que había hecho. Mucho. ¿Qué derecho tenía él a decidir

por mí? ¿A tomar mi mano sin yo estar consciente? Y, aun así, aquí estoy.

—Dime que pagó caro su atrevimiento, Connie. No puedes ser tan buena como para…

—Cada vez que quiero que haga algo que no desea, le recuerdo nuestra primera boda.

Catriona se sintió un poco más ligera.

—Supe que tú eras la indicada cuando me enteré de que se había despojado de su preciada barba por ti.

—¿Quién te lo contó?

—Simon me dijo que mi hermano no era tan duro como yo me creía. Tú eras su talón de Aquiles. Lo reté a probar su teoría y me dijo que se rasuró el rostro porque tú así lo querías.

—Es cierto —dijo con satisfacción—. Eso me recuerda que tienes que confiar. Un hombre que te quiere de verdad te lo hace saber con sus gestos, no solo con sus palabras. ¿Crees que Rafe te quiere?

—Sí. Sé que me ama.

—Y tú ya has dicho que también lo amas. Date un poco de tiempo. No vuelvas corriendo a sus brazos si no quieres. Lo único que te aconsejo es que mires al hombre completo, no solo te centres en su peor pecado. Pon en una balanza lo que ha sido capaz de hacer desde que te conoció. ¿Es el mismo que aceptó aquel trato? ¿O hay algo en él que te haya demostrado que quiere ser mucho más de lo que ha sido hasta el momento? Algunos caballeros solo necesitan encontrar a la mujer adecuada para brillar y salir de la oscuridad.

—¿Y Lachlan?

—Lachlan está con Dios —le dijo Constance con suavidad—. Si era tan honorable como dices, se alegraría de que no te quedes sola por él. El juramento que hiciste fue el de una muchacha rota. Estás en tu derecho de cambiarlo. Dios es piadoso, Cat. Te perdonará porque lo mereces.

—Desde que llegamos me pregunto qué estará haciendo Rafe. No quiero echarlo de menos, pero lo hago. Tampoco quiero que nada malo le suceda. Y vi su cara cuando pasé por su lado y no quise hablar con él. Estoy preocupada.

—Ewan ha enviado a Simon para que esté pendiente de Rafe. A él también le preocupa lo

que pueda hacer. Tu hermano está convencido de que te ama de verdad. Lo que no sabe es que tú también estás totalmente enamorada de él.

Catriona iba a contestar cuando oyó otro crujido de piedras. Ambas se volvieron. A unos metros, avanzando con paso más lento pero decidido, la abuela Morna se acercaba envuelta en un chal oscuro y con el cabello recogido en un moño apretado que no engañaba a nadie sobre el fuego que llevaba dentro.

Constance la abrazó y la soltó.

—Parece que ha llegado el turno de que la sabiduría de tu abuela nos impregne —murmuró—. Prepárate.

La mujer se quedó delante de ambas y miró a su nieta con fijación.

—Está hecho. Ha sucedido tal y como debía ser. Da gracias a Dios, muchacha. No tendré que darte un buen sermón porque harás lo correcto cuando lo descubras. Prepara los baúles, pues antes de lo que crees tendrás que ir por él. Lo necesitas tanto como él a ti. Así debe ser. Lucharéis juntos. —Todo lo dijo en gaélico. Luego se dio media vuelta y emprendió el regreso al castillo.

Constance había captado algunos retales. No obstante, Cat, pese a hablar y entender perfectamente el gaélico, no comprendió absolutamente nada.

Capítulo 13

El borde del abismo

Lord Raphael Deverell, nieto de los duques de Greymere y tercer hijo de un marqués, no estaba bien. Y dudaba que alguna vez pudiese recomponerse del duro golpe recibido si no hacía algo al respecto. No solo por ella, para poder redimirse algún día a sus ojos, sino por él mismo. Necesitaba cambiar. Era consciente de que había caído hasta lo más bajo y tenía que hacer todo lo posible para continuar hacia adelante. Pero no quería seguir siendo el de siempre. Eso ya no le valía.

Además, Londres no era una ciudad amable ni divertida para quienes se quedaban sin ilusiones y se sentían profundamente heridos. Rafe siempre había pensado que el ruido, la niebla y el

olor a carbón servían para adormecer cualquier cosa parecida a la conciencia; en esos dos últimos meses había descubierto que no era cierto. Dos malditos meses tratando de pensar en cuestiones productivas y no en la herida y la vergüenza.

¡Dios!

La conciencia seguía ahí, terca, incluso cuando uno se quedaba mirando durante horas la chimenea apagada en una casa ajena.

Porque eso era en lo que se había convertido desde que regresó a la ciudad; un huésped permanente. Un invitado que no se marchaba nunca porque no podía hacerlo si no cambiaba su suerte y sus aspiraciones.

Poco después de regresar de la fiesta campestre, Rafe se había instalado en casa de Simon. No porque le hiciera particular ilusión compartir techo con un hombre tan indecorosamente correcto, sino porque no tenía otra opción digna. Los duques de Greymere se habían mostrado imperturbables cuando les confesó que había vuelto a perder a una mujer. Había pronunciado esas palabras con una ligereza que no sentía, sin decir que aquella escocesa no era un capricho más, sino la única mujer a la que había amado de verdad, pues, aunque les hubiese

desnudado su alma no lo habrían creído. No los podía culpar por ello. Llevaba tanto tiempo sin preocuparse de lo que pensaran de él, que posiblemente nunca había sido sincero ni con su abuela.

Sí. La opinión de las personas a las que uno amaba sí que importaba. No lo había descubierto hasta que Catriona llegó a su vida. La única consideración que él necesitaba era la de la hermana de uno de sus mejores amigos. Ahí fue cuando comprendió que era preciso convertirse en el hombre que ella se merecía. Su pasado lo alcanzó antes de poder demostrarle que podía ser mejor.

La explicación de que había querido casarse con una buena muchacha no conmovió a los duques.

Sus abuelos escucharon el relato con la misma serenidad distanciada con la que habrían atendido a un mayordomo que les informaba de un desperfecto menor. No hubo ni una pregunta, ni un suspiro. Solo una mirada fría, un recordatorio suave de que el mundo no recompensaba a quienes se empeñaban en desperdiciar las oportunidades y la confirmación de que la asignación seguía cancelada.

Ni un penique.

Si no fuera porque Simon insistió en que se quedara con él —con esa mezcla de obstinación inglesa y lealtad casi absurda—, Rafe habría acabado en casa de Azrael y eso sí hubiese sido contraproducente para salir a flote, porque aunque valoraba muchísimo a ese amigo, no estaba preparado para dejar atrás la vida disoluta y Rafe había terminado con todo eso. No sospechaba que el impecable vizconde actuaba siguiendo las órdenes de Ewan; solo veía a un amigo que se negaba a dejarlo caer del todo. En realidad no necesitaba saberlo. Estaba agradecido.

Azrael también lo rondaba y, aunque no le había contado que estaba enamorado, su amigo más afín lo conocía lo suficiente para saber que estaba sufriendo. Entre Simon y Azrael se esforzaban tanto en animarlo que resultaba patético y conmovedor a la vez. Lo más revelador era que, cuando Rafe estaba presente, ninguno de los dos se peleaba con el otro. No había dardos, ni discusiones, ni amenazas de pelea. Se limitaban a hablar de cosas prácticas, a preguntar si había comido, a dejar caer noticias del exterior como quien alimentaría a un enfermo con cucharadas pequeñas para que no se le atragantasen.

Debían verlo muy mal para llegar a semejante tregua. Azrael y Simon se odiaban con fuerza.

Rafe lo sabía. Sabía también que, en otro tiempo —antes de Catriona— habría aprovechado aquella compasión para exigir copas, mujeres y distracciones sin pagar por ninguna de ellas. Se habría refugiado en el viejo repertorio que todos esperaban de él: noches en blanco, apuestas y risas vacías que disimularan el agujero del pecho. Esta vez no lo hizo.

Ni una sola vez se emborrachó.

Bebía lo justo en las cenas, tragos comedidos que no le enturbiaran la cabeza. Necesitaba recordar cada gesto de Catriona cuando salió del despacho de los duques de Ravensvy para mantenerse sereno y seguir luchando para salir del hoyo en el que se había metido. Su corazón lloraba por haberla visto marcharse sin mirar atrás. Lo había herido. Desde luego que sí. No le dio opción a explicarse, porque, por supuesto que sabía que ellos le habrían contado el trato que tenían con él. La reacción de ella al salir de allí dentro no le dejó duda alguna. Así que… ¿qué iba a explicarle? Había consentido ser partícipe de un acto que una mujer con sus principios no aprobaría jamás. Para él, el

placer solo era eso. No importaba quién estuviera presente mientras lo alcanzase. No había compartido nunca una intimidad tan especial como la que tuvo con Catriona. Así que estar en medio de un matrimonio como el de los Ravensvy no supuso ninguna tragedia… Hasta que comprendió que la opinión de Catriona pesaría más que ningún juicio de la Corte. Había cancelado el trato con los duques cuando comprendió que deseaba conocer mejor a esa salvaje escocesa que lo volvía loco. Le avisaron de que no cobraría lo pactado y no le importó. Dudaba mucho que explicarle a Catriona esa última cuestión hubiese servido de algo. Rafe no se permitía entumecer nada, porque engañarse a sí mismo sería demasiado fácil. Tenía que ser mejor. Esa era la consigna que se repetía cada día que se despertaba.

Tampoco buscó refugio en ninguna mujer.

Había ocasiones, por supuesto. Londres no se había olvidado de su reputación como libertino aunque él no pudiese ser nunca más el mismo. Siempre había alguna viuda aburrida, alguna dama demasiado curiosa, alguna mujer de vida fácil dispuesta a sonreírle a cambio de olvidar su nombre después. Pero cada vez que sentía la tentación de mirar a otra con el viejo interés que lo había

caracterizado, la imagen de Catriona se interponía. Era ella. Solo ella. Veía su gesto altivo, su orgullo escocés y volvía a confirmarse que estaba irremediablemente enamorado de ella. Una vez le dijo que un hombre podía hacer lo que quisiera con las mujeres y que a la inversa no estaba permitido porque la sociedad no lo permitía. Falso. Había aprendido que ambos géneros tenían derecho a ser honorables y actuar del modo más correcto. El amor. El amor y no la lujuria era la mejor base para una relación íntima. Lo descubrió con ella. Se arrepentía de cada decisión que había tomado y que lo había condenado a ser un hombre sin planes ni valores. No podía tocar a nadie más que no fuese Catriona porque la amaba y sabía que ninguna sería capaz de llenar ese hueco en su alma, en su corazón y de alimentar su cuerpo.

Catriona lo inspiraba a ser mejor. Era tan simple y devastador como eso. Quería más de la vida. No solo limitarse a vivir. Quería la felicidad y estar orgulloso de sí mismo sin arrepentirse de nada más.

Por primera vez, Rafe tenía la sensación de estar midiendo sus actos no solo por el placer inmediato que pudieran darle, sino por lo que ella pensaría de él si estuviera mirando. Y la imagen que había visto de sí mismo en sus ojos en aquella última

noche de la fiesta era un espejo en el que no quería volver a verse reflejado. Por amor del cielo, ella no pudo casi ni mirarlo. Estaba más que claro lo que le producía saber lo que había hecho con los duques.

No había ido tras ella precisamente por eso.

La idea de presentarse en Dunrath había sido un aguijón constante desde el mismo día en que vio el carruaje alejarse. La necesitaba. Podía haberse montado en un caballo, haber irrumpido en Escocia con alguna excusa brillante, un discurso preparado y promesas en los labios. Lo frenó la certeza de que ella no estaba lista para perdonarlo. Ni él podía demostrarle que sería mejor solo por ella. Porque a pesar de que estuviese dolido por la facilidad con la que lo había dejado atrás, podía entenderla.

Catriona tenía valores férreos, casi feroces. Era parte de lo que lo había atrapado desde el inicio: su incapacidad para doblarse donde todo el mundo se inclinaba y la manera en que llamaba a las cosas por su nombre. Él, que llevaba toda la vida jugando con los límites, necesitaba a alguien que viviera con una línea clara e infranqueable. Justo esa rectitud la hacía en esos momentos, para él, inalcanzable.

No se engañaba. Sabía que, si se presentaba de rodillas, quizá obtendría lágrimas, reproches o una escena de esas que daban para toda una leyenda. Pero no quería arrastrarla a una reconciliación hecha de impulsos y culpa. Quería llegar a ella siendo otra cosa. Un hombre de verdad. Uno que pudiera mirarla a los ojos sin avergonzarse de lo que era.

Y sabía lo que tenía que hacer. Ser un hombre íntegro. Capaz de valerse por sí mismo. Simon lo estaba ayudando a escalar peldaños.

Curiosamente, las cosas no le iban tan mal como parecía a simple vista. Entre tanta ruina, había pequeñas brasas muy prometedoras. Las inversiones que había hecho tiempo atrás —esas ridiculeces que, por ejemplo, sus abuelos habrían vendido sin pestañear o censurado porque un aristócrata no especulaba— empezaban a moverse.

Los peajes de los caminos nuevos, aquel proyecto que recaudaba menos que un cepillo en la catedral un día de lluvia, dejaron de ser un agujero negro. El tráfico estaba aumentando, empezaban a utilizar ese tramo en lugar de perder tiempo en rutas viejas y, poco a poco, las cuentas comenzaban a dejar de sangrar.

Y las acciones de gas, esas que olían mal, a humo y promesas falsas, empezaron a dar señales de vida también. Las lámparas de gas se extendían por Londres más deprisa de lo que nadie hubiera imaginado. Donde antes había velas caras y calles oscuras, se abría la posibilidad de una iluminación constante. Los hombres de negocios sonreían cada vez que hablaban de aquello. Y con el porvenir llegaron los primeros dividendos. También tenía compradores para un par de almacenes junto al canal.

No era una fortuna. No todavía. Pronto.

Se aferró a esos pequeños triunfos con una intensidad que habría hecho reír a cualquiera que lo conociera en sus tiempos de gloria. El dinero ya no era solo una excusa para el juego, ni una forma de comprar libertad inmediata. Era, por primera vez, la base sobre la que imaginaba construir algo que pudiera ofrecerle a Catriona sin sentirse un farsante.

No sabía cuándo sería el momento de ir a buscarla. No sabía si ella lo recibiría o si le cerraría la puerta en las narices. Pero se había prometido a sí mismo que, cuando lo hiciera, no se presentaría como un hombre a la deriva que se aferraba a ella como si fuese su última tabla. Iría con algo entre las manos. Con un futuro mínimamente digno. Con la

decisión tomada de no volver a utilizar su cuerpo ni su nombre como moneda de cambio.

Mientras tanto, Londres seguía girando a su alrededor. Las invitaciones llegaban por inercia: cenas, veladas musicales, reuniones donde la gente fingía interesarse por la política o por la poesía mientras negociaba matrimonios y alianzas con la misma naturalidad con la que pedía otra copa. Rafe las rechazaba casi todas. Estuvo en las que eran interesantes para hacer contactos. ¿Quién iba a decirle que Simon sabía tanto de negocios? Le recomendaba conocer a caballeros que entendían los números y él se dejaba aconsejar.

Una noche, Simon le dijo que tenía un compromiso ineludible. Rafe no tenía ganas de participar en la temporada, le aquejaba un dolor de cabeza horroroso. Así que su amigo le rogó que lo acompañase.

No fue una invitación, sino una especie de súplica razonada. Su amigo le habló de un hombre de negocios que estaría presente, alguien que podía estar interesado en las mejoras de infraestructuras como las del canal. Podía significar nuevos acuerdos, más estabilidad económica, una forma de acelerar esa transformación que Rafe deseaba.

Al final cedió pese a que no le apetecía nada en absoluto.

Se vistió con la corrección acostumbrada, aunque el espejo le devolvía un hombre más robusto, con los ojos un poco más sombríos, pero más lozano. Dejar los vicios provocaba ciertos cambios que eran más que bienvenidos. Subió al carruaje con la sensación de caminar hacia un examen cuya nota aún no sabía si le importaba.

La casa donde se celebraba la fiesta era grande y tenía los salones rebosantes de gente. El murmullo de las conversaciones, la música de fondo, el tintinear de copas… todo le resultaba familiar y extraño al mismo tiempo. Rafe avanzaba entre los grupos de invitados como un fantasma bien vestido, saludando a conocidos, soportando miradas curiosas, presentándose a hombres serios que hablaban de dividendos y acciones con un brillo frío en los ojos. Simon a su lado iba explicándole a qué se dedicaba cada caballero para que comenzase a tener sus propias relaciones financieras. Tenía tantos contactos que se sentía un hombre importante. Poco le importaba que la clase alta censurase el trabajo o las inversiones. Él necesitaba valerse por sus propios medios, con su esfuerzo.

Y entonces la vio.

Fue un destello primero. Un perfil conocido, el reconocimiento de la forma de inclinar la cabeza, el tono rojizo de un cabello que no pertenecía a las damas inglesas que llenaban aquel salón. Giró la cabeza sin pensar, con el corazón ya adelantándose a la razón.

Allí estaba.

Catriona.

De pie al otro lado del salón, con un vestido verde pálido que no recordaba haber visto nunca, con la espalda erguida y el mentón en esa posición que conocía demasiado bien como para confundirla con otra mujer. Una escocesa desde los pies a la cabeza figuraba en medio de un lujoso salón londinense.

¡La presentación de Lydia! Era del todo lógico que Catriona y su familia estuviesen al fin en Londres.

Trató de serenarse y de no pensar el daño que le hizo cuando se marchó con tanta facilidad de su lado. Ah, pero no era fácil cerrar esa herida. Al primer contratiempo ella había desistido. No. No pensaría en eso. El futuro necesitaba estar libre de rencor. Se prometió que si ella encontraba la

fuerza de aceptar su pasado, él hallaría el modo de olvidarse de lo que sintió como una traición también. Una pareja no podía tensar la cuerda más de un lado que del otro; tenían que estar en equilibrio. Sonrió para sus adentros. El estúpido bruto escocés tenía razón cuando le dio ese consejo antes de despedirse en la fiesta campestre. ¿Desde cuándo se había vuelto tan inteligente ese bárbaro? Desde que encontró a Constance…

No podía dejar de contemplarla. Durante un instante pensó que era una aparición, un castigo de su propia mente cansada; un espejismo convocado por el exceso de recuerdos y la falta de sueño. Pero las demás personas a su alrededor parecían verla también; alguien se inclinó hacia ella para decirle algo, una dama a su lado sonrió, un caballero le hizo una pequeña reverencia.

¡No estaba soñando!

Era real. Había cruzado la frontera que él no se había atrevido a traspasar en dos meses. ¿Por qué? ¿Solo por Lydia? Ella podía haberse quedado en Escocia mientras la joven debutaba, ¿no?

Todo el ruido del salón se convirtió en un zumbido distante. No sabía si moverse, si quedarse quieto, si girar sobre los talones y esconderse como

un cobarde. Solo sabía que el amor de su vida estaba en el mismo edificio que él, a unos pasos de él, y que cada decisión que había tomado desde que la perdió se pondría a prueba muy pronto.

—¿Rafe? —la voz de Simon lo devolvió al presente.

—¿Sí?

—El señor Nicholson te estaba preguntando si estarías interesado en vender uno de los dos almacenes —le dijo Simon.

Rafe miró al aludido y le sonrió.

—Si el precio es el adecuado podemos llegar a un acuerdo. Eso sí, no pienso regalar lo que sé que valdrá mucho más dinero en un año.

—Me avisaron de que era usted duro —le dijo Nicholson, quien era banquero.

—Los negocios lo exigen. Le diré a mi abogado que se ponga en contacto con el suyo —sugirió Rafe.

—Un placer, milord. —El hombre se despidió y se marchó.

—¿Tienes abogado, amigo mío? —se interesó Simon.

—Yo no, pero seguro que tú sí y me lo presentarás para que lo contrate, porque ya puedo permitirme los servicios de uno. Olvídate de eso de momento, Simon. ¿Por qué tengo la sensación de que estoy en el lugar donde se esperaba que estuviese esta noche? —indagó.

—¿A qué te refieres?

—A que Ewan y su esposa están al final del salón.

—¿Ah, sí? —preguntó curioso el otro—. ¿Solo ellos dos?

—No juegues conmigo, Simon. ¿Qué sabes?

—¿Yo? Nada. A mí no me has contado nada.

—Es verdad, no lo he hecho, pero creo que sabes más de lo que parece.

—¿Te refieres a que lo echaste todo por la borda con la hermana de Ewan?

—Ahí está. ¿Qué está ocurriendo, Simon?

—Lo que ocurre es que deberías dar gracias de seguir con vida. Ewan sabía que te estabas… lo que estuvieses haciendo con su hermana y te permitió vivir cuando ella le dijo que necesitaba regresar a casa. ¿Qué maldad hiciste, Rafe? —inquirió lleno de curiosidad felina.

—¿Esperas que te lo cuente para que me lo puedas echar en cara cuando te venga bien?

—Debió ser algo muy gordo como para que ella quisiera verte crucificado.

—¿Eso dijo Catriona, que quería verme como Jesús en la cruz?

—No, pero cuando salió de aquel despacho no te miró. ¿Te acostabas con la esposa de aquel hombre mientras hacías lo que hicieses con Cat?

—No —refunfuñó.

—Eso pensé, porque de otro modo ella no le habría dicho a su hermano que necesitaba regresar a Londres por ti.

Los ojos de Rafe se posaron en los de su amigo.

—¿Catriona dijo eso? ¡Espera un momento! ¿Cómo sabes que ella le pidió venir aquí a Ewan? Has estado manteniendo correspondencia con… ¡Lo has estado haciendo! —Abrió los ojos con sorpresa—. ¡Me has estado espiando! —lo acusó muy ofendido.

—No. Yo me he limitado a ser un buen amigo y brindarte mi apoyo.

—¿Seguro que solo ha sido eso?

—Sí. Y como soy un buen amigo también de Ewan, me limité a informarle de tus…

—¿De mis… qué?

—No encuentro una palabra adecuada. ¿Progresos?

—Me has estado espiando y contándole lo que hacía o dejaba de hacer —le dijo muy molesto.

—¿Y qué pensabas que ocurriría, Rafe? Le dijiste que querías casarte con ella y te la… hiciste con ella lo que fuese que hicieras.

—¿Quieres dejar de decir eso?

—Te la llevaste a la cama. Ya está. Ya lo he llamado por su nombre. Te acostaste con la hermana de uno de tus mejores amigos y luego ella se marchó de tu lado. ¿En qué mundo te imaginaste que Ewan se quedaría de brazos cruzados?

—¿Sabe él el motivo por el que ella…? —No se atrevió a seguir con la pregunta.

—No. Parece que Catriona no habló con nadie del asunto. Aunque Ewan sospecha que su esposa sabe más de lo que quiere admitir. Sea cual sea tu pecado, eso queda entre tú y ella. Dame una pista, Rafe. Porque si no la traicionaste con otra, no logro entender lo que…

—¿Qué quiere Ewan que haga? —desvió el asunto.

—Nada.

—¿No te ha dado instrucciones más allá de pedirte que hoy me trajeses aquí?

—No. Dijo que Catriona tenía que tomar una decisión.

—¿Qué tipo de decisión?

—No lo sé. Supongo que será sobre si te manda al infierno definitivamente o no. Vamos, Rafe, te juro que no se lo diré a nadie. ¿Qué le hiciste?

—No es asunto tuyo.

—¿Te negaste a casarte con ella después de llevártela a la cama?

—Cada vez que traté de hablarle sobre el futuro, ella desviaba el asunto. No. No fue eso.

—Cierto. Tiene que ser algo relacionado con los Ravensvy… ¿Se la cediste al duque por el pago de alguna deuda de juego?

—No hagas que te mate aquí mismo. ¿¡Cómo iba a hacer yo algo así!?

—Pues porque no te despeinaste cuando Azrael usó a Lydia para sacarme dinero a fin de pagar una sustanciosa deuda de juego.

—¿Qué? —Eso era nuevo.

—¿No lo sabías?

—Explícame qué hizo Azrael con Lydia. —El pánico que comenzaba a sentir le erizaba la piel.

—Tuve que pagarle para que la dejase en paz. Pensaba seducirla o algo peor solo porque yo me preocupo por ella. Cuando llegué a Londres me dijo que mi dinero había servido para evitar que tratasen de volver a matarte por segunda vez, que debería darle las gracias por salvarte. ¡Fue eso! —exclamó de pronto—. Catriona se enteró de que Azrael trató de seducir a una dama inocente por ti y… —Su explicación fue perdiendo fuelle—. No, no puede ser eso porque no está conectado con los Ravensvy. ¿Seguro que no te acostaste con la duquesa y Cat te pescó? —insistió de nuevo.

—¿Catriona sabe lo que ocurrió con Azrael y Lydia y que te pidió dinero por mi causa? —Era fundamental averiguarlo.

—No. Ewan sí.

—Infierno —soltó el exabrupto sin pensarlo.

—No mencionó nada extraño sobre ti. Me ha hecho responsable a mí, así que no tengas tanto miedo. ¿Se enfadó Cat contigo porque no eres tan experto en la cama como te crees? No, eso

tampoco involucra de ningún modo a los Ravensvy. ¿Qué diantres le hiciste, Rafe? Me he devanado los sesos desde que abandonamos la fiesta campestre y no logro establecer una causa probable.

—¿Estás enamorado de Lydia, Simon? — Se le ocurrió que con eso terminaría con las especulaciones.

—¿Yo? —inquirió asombrado.

—Has dicho antes que te preocupas por ella y tu primo le echó el ojo por tu culpa. Ewan mismo, según tus propias palabras, también lo ve así.

—No es lo mismo estar enamorado de una mujer que preocuparse por que no le pase nada. ¿Fue eso, Rafe? ¿No fuiste capaz de cantarle tu amor cuando ella más lo necesitaba? ¡Maldita sea! Esa hipótesis tampoco tiene nada que ver con los estúpidos duques.

—Estás enamorado de Lydia. —No fue una pregunta esta vez.

—¿Quieres que Ewan me corte una parte de mi anatomía a la que le tengo aprecio? No susurres nada similar cuando esté cerca. Bastante enfadado estuvo cuando conoció a Constance y no le

dije que era la mujer con la que tú pretendías casarte.

—¿Cómo has dicho?

—Condenación… No lo sabías —se dio cuenta de que había hablado de más.

—¿Cómo iba a saberlo, Simon?

—Bueno. Todo ha salido bien. Ewan y tú sois felices cada uno con la mujer que precisaba. No le des más vueltas.

—¿Te parece que nado en la felicidad, Simon?

—Te he apoyado desde que llegué a Londres.

—Dirás que me has estado vigilando desde que Ewan te mandó para que siguieses mis pasos —lo corrigió.

—Lo que sea. Le he hablado muy favorablemente de tu cambio de actitud y de vida. Ella está en Londres porque ha venido a por ti. Así que sí, Rafe. Estás a punto de emborracharte de felicidad. No te muestres tan ofendido, ¿de acuerdo?

—A ti lo que más te ha gustado de nuestra pequeña relación juntos, es que a Azrael no le ha sentado nada bien que te eligiera a ti en vez de a él para lamerme las heridas.

—Sí. Eso ha sido un añadido, lo admito. Ahora deja de decir tonterías y acércate a ella.

—No puedo.

—¿Por qué no? ¿Te has doblado un tobillo o algo así?

—Eres insufrible.

—¿Qué te pasa, Rafe? La mujer por la que llevas meses muriéndote de amor está al alcance de la mano, ¿por qué te quedarías en un rincón observándola?

—Es complicado.

—Tal vez, si me contases lo que le hiciste, podría ayudarte mejor.

—Ni en tus mejores sueños te funcionará esa táctica —refunfuñó.

—¿Y qué quieres hacer entonces?

—¡No lo sé! Estoy pensando… ¿Seguro que ella le dijo a Ewan que tenía que venir a por mí?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque creo que voy a esperar a que Catriona dé el primer paso y me haga una señal de que seré bien recibido si me acerco.

—Eres el hombre; es a ti a quien corresponde hacer eso. No a ella. Además, sé que lo arruinaste todo tú, aunque no tengo la menor idea de qué papel desempeñaron los Ravensvy.

—Simon… supongamos que tú eres yo.

—Me pegaría un tiro… —musitó su amigo.

—¡Céntrate!

—Está bien. A ver. Soy tú. Hice enfadar a la mujer que amo porque… ¿por qué, Rafe? ¿Qué le hice?

—Deja de intentarlo. Eso quedará entre Catriona y yo. Fin. Ella no te permitió hablarle de tus planes de matrimonio durante prácticamente toda la fiesta campestre, y cuando surgió el primer…

problemilla —fue un eufemismo llamarlo así— se marchó como si tú no valieses nada.

—¿Problemilla?

—¡Déjalo de una maldita vez!

—No fue un problemilla. No sé lo que le hiciste, pero sí que estoy convencido de que no resultó un asunto menor.

—¡Está bien! Se enteró de una cosa sobre mi pasado que es… —apretó los labios.

—¿Sí, Rafe?

—Maldita sea, Simon. Fue una cosa que una mujer con la educación de Catriona no aprobaría jamás. Y eso es todo lo que te diré.

—¿Te acostaste con una oveja?

—¡Simon! —lo llamó al orden.

—Te lo pregunto porque para ella las ovejas son muy importantes.

—¡Ya no sé lo que te estaba diciendo! —se enfadó.

—Hablabas de que ella te abandonó y no te dejó pedirle matrimonio —recapituló su amigo.

—¡Eso es! ¿No estarías…?

—¿Humillado? ¿Muerto de la vergüenza? ¿Avergonzado?

—Enfadado, Simon. Enfadado con ella por dejarte sin mirar atrás.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De lo que le hicieras para que ella decidiese dejarte atrás.

—Desearía matarte. Estoy comenzando a comprender muy bien a Azrael. En estos momentos, te odio con todas mis fuerzas.

—Si no vas a satisfacer mi curiosidad, deja de perder el tiempo y ve a buscarla. Pídele un baile.

—¿Y si se niega?

—Te pones de rodillas.

—¿De rodillas?

—Tal vez tengas que hacer algo más heroico, pero como no sé lo que le hiciste, mis consejos son limitados.

—Una pistola… Eso es lo que necesito para matarte y no mancharme las manos.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Dime qué hago.

—¡Ya te lo he dicho! Ve a pedirle un maldito baile. Si te dice que no, insiste, saca ese lado seductor que tienes y haz que acceda. Si te dice que sí, entonces tendrás media batalla ganada. Sabes que ha venido a por ti. ¿Qué esperas, una nueva invitación a su cama sin que te hayas disculpado por…? Malditos duques de Ravensvy, me limitan las ocurrencias.

—No me entretengas más, Simon. Tengo que pedirle un baile a Catriona. No me has ayudado en nada. Azrael lo habría hecho mucho mejor que tú —le dijo justo antes de salir a toda prisa en su dirección.

Rafe se tragó una sonrisa cuando lo escuchó maldecir con fuerza desde atrás.

***

Los dos meses siguientes en Dunrath no fueron un descanso. Fueron una condena dolorosa para Catriona.

Lo más desconcertante fue la actitud de Morna. Esperaba sermones, reproches y esa mirada de abuela capaz de arrancarle la verdad a tiras. En lugar de eso, lo único que recibió fue la advertencia críptica en las ruinas… y normalidad. La abuela no le pidió explicaciones, no pronunció el nombre de Rafe, no la acorraló ni una sola vez. Solo la miraba con atención cuando estaba cerca, como si estuviera leyendo un libro que ella misma aún no sabía cómo se titulaba, y luego le servía más caldo, o le ordenaba ponerse un chal porque hacía frío.

Esa normalidad fue peor que cualquier regañina.

Porque quien se juzgaba sin piedad era ella misma. La ausencia de Rafe se le clavaba en el cuerpo como una astilla demasiado profunda para poder sacarla. Lo echaba de menos a todas horas. Por las noches, cuando se metía en la cama y el silencio del castillo se hacía más evidente, evocaba el recuerdo de su voz, sus manos y aquel modo tan certero de acariciarla y no lograba dormirse hasta que el cansancio la vencía. Le costaba entrar en calor porque añoraba la calidez de su cuerpo tendido junto al suyo.

Las mañanas eran todavía más crueles.

Se despertaba con náuseas, con el estómago revuelto y un nudo en la garganta. Al principio lo achacó a todo lo que había descubierto en la fiesta campestre. Parecía lógico que el cuerpo protestara por algo así. Pero las jornadas pasaban y esa sensación no menguaba, cambiaba de ritmo pero era persistente. Le llevó un tiempo averiguar que no tenía que ver solo con el pasado de Rafe.

Lo que ocurría dentro de ella era mucho más delicado.

Mientras tanto, la vida seguía en Dunrath con una normalidad insoportable. Ewan se ocupaba de las tierras, Constance lo ayudaba con las cuentas,

Lydia se aferraba a Escocia como si el mero hecho de nombrar Londres fuera una amenaza. Cada vez que alguien mencionaba la temporada, la joven hacía una mueca y cambiaba de tema. No quería participar en bailes, ni presentaciones, ni tonterías de sociedad.

Catriona comprendía a la muchacha, porque aunque no le había dicho nada, sabía que Lydia también sufría por dentro. Y, sin embargo, cada vez que la joven rechazaba la idea de regresar a Londres, a ella se le encogía el pecho. Porque sabía que, más pronto que tarde, tendría que ir. Tenía que buscarlo. No podía quedarse a salvo entre los muros de Dunrath sabiendo lo que sabía.

La culpa no ayudaba.

No solo lo culpaba a él por lo que había hecho; también se culpaba a sí misma por haber huido a la primera ocasión. Por dejarlo atrás sin darle opción a decir una sola palabra. Sabía por qué lo había hecho: en aquel momento todo su mundo se había derrumbado y necesitaba escapar para no romperse en pedazos allí mismo. Pero entenderlo no la hacía sentirse orgullosa. Una parte de ella, la más honesta, reconocía que no había estado a la altura de la mujer que creía ser.

Había tardado dos meses en mirar a esa verdad a la cara y aceptarla.

Dos meses de noches en vela, de mañanas con arcadas, de silencios con Morna, de charlas serenas con Constance, de mirar por la ventana como si Londres estuviera justo detrás de las colinas. Dos meses en los que fue aceptando que Rafe era el hombre al que, sin saberlo, había estado esperando para volver a vivir con plenitud.

No le quedaba ninguna duda ya.

No tenía la menor idea de cómo lo abordaría cuando lo tuviera delante. No sabía cómo encajarían la vergüenza de él, la suya propia y el amor que ambos sentían. Solo comprendía que seguir alejados no era una solución. En algún momento tendría que dejar Escocia, afrontar Londres, afrontarlo a él… y luchar por lograr la felicidad.

Luego estaban las dudas, por descontado. ¿Y si él la había olvidado ya? ¿Y si se había enredado con otra mujer? Peor aún, ¿y si se había casado debido a la presión de sus abuelos?

Las inseguridades eran muchas, la certeza solo una.

Tenía que buscarlo y aclarar las cosas. Catriona se había marchado y a ella le correspondía regresar a buscarlo. Había agradecido que él no hubiese ido tras sus pasos pese a que su orgullo femenino se encogiese un poco. Aunque… ¿y si ella solo fue un pasatiempo más? ¿Y si él se había dado cuenta de que no la necesitaba para nada?

Cerró el capítulo de la inseguridad y se armó de valor.

Le dijo a Ewan que tenía que ir a por él y su hermano se preparó para el viaje sin mencionar nada al respecto. Ella juraría que pareció aliviado por su decisión. Constance también insistió en acompañarla. En caso de no haberlo hecho, le hubiese pedido que estuviese a su lado. Lydia suplicó quedarse y Morna dijo que ella se ocuparía de la muchacha.

Así que llegaron a Londres y la primera parada fue una fiesta a la que ella se arrepentía de haber acudido… hasta que lo vio.

¿Por qué tenía que estar todavía más apuesto y fuerte que antes?

Ella se veía delgada y desmejorada… Lamentó no haberse peinado mejor, ni haberse

puesto un vestido más hermoso.

¡La vida era injusta!

Se giró y miró a Ewan con irritación. Su hermano se rio. No le hizo caso y siguió hablando con el caballero con quien departía.

—Constance, ¿tú lo sabías?

—No, Catriona. Te prometo que no pensaba que nos encontraríamos con él aquí. ¿Crees que tu hermano lo ha preparado todo o que es fortuito?

—Está con Simon. No, no es fortuito.

—¿Vas a decírselo?

Las dos sabían a lo que se refería la pregunta. Cat suspiró.

—Tengo que hacerlo, pero no quiero que piense que he venido a por él porque no tengo otra opción. Si sé algo acerca de Rafe es que siempre se ha sentido infravalorado por todos.

—¿Y cómo lo harás?

—No lo sé.

—¿Lo sigues amando?

—Tengo que luchar para no ir corriendo, lanzarme a sus brazos y suplicarle que me bese. ¿Y si me ha olvidado, Connie?

—Tú lo has dicho, está con Simon. Creo que todo está bien, porque de otro modo Ewan hubiese puesto más reparos a la hora de venir a Londres.

—¿Qué quieres decir?

—Pienso que mandó a Simon para que…

—¿Para qué? —preguntó cuando la otra se quedó callada.

—Conoces mejor a tu hermano que yo, Cat. ¿Para qué crees que lo envió?

—Para cuidarlo y… Ah, ya —Espiarlo. No hizo falta decirlo—. ¿Sabe Ewan que yo… que yo…? —Tragó saliva con fuerza.

—No me ha dicho nada al respecto. Morna tampoco, pero ya sabes que se ha puesto a

tejer pequeños calcetines de lana de color rosa.

—Sí, también me di cuenta. Tengo miedo, Connie —le confesó.

—Ve a por él, Cat. Solo tienes que acercarte, estoy segura de que su reacción cuando te tenga cerca te dirá todo lo que necesitas saber.

—Sí, supongo que sí… O tal vez sea mejor esperar a ver qué hace él cuando me vea.

—Oh, Cat. Él ya sabe que estás aquí.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Lo sé. Ve con él —la animó.

—No creo que… Es mejor no precipitarme.

—¿Catriona?

—¿Sí?

—¿De verdad tienes miedo?

—Sí. Ya te lo he dicho antes.

Connie le sonrió.

—No creí que fuese verdad. Pensé que solo habías dicho una frase que se suele decir cuando una está nerviosa. Además tú nunca…

—Lo sé. No tengo miedo nunca.

—Está bien, espera un poco y mueve ficha cuando te sientas segura. Él no se irá a ninguna parte sin ti esta noche.

—¿Estás segura?

—¿Tu hermano me abandonaría alguna vez, Cat?

—Eres su esposa. No lo haría nunca.

—Y en el corazón de Rafe, tú eres ya su mujer.

—¿Lo crees así? —inquirió llena de esperanza.

—¿Acaso en el tuyo no es él tu marido ya?

—Comienzo a pensar que cada paso que di desde que aprendí a caminar me ha traído a este preciso instante. Siento que estoy en un campo de batalla donde se va a librar la gran lucha.

—Y vencerás aunque no te hayas traído ni tu arco ni las flechas. Y no, Cat. No me preguntes si lo creo así, porque así es como será.

—Bien. Es hora. Lo sé. Tengo que ir a por él.

Así que ella dio un paso, luego otro y finalmente Rafe y Catriona se encontraron a mitad de camino. Se miraban sin apartar la vista. Azul sobre ámbar y el destino por decidirse.

Había tanto que decir que… ¿por dónde empezar?

Capítulo 14

El grito del destino

Él le hizo una ligera inclinación de cabeza, más correcta de lo que jamás había visto. La luz de las lámparas de araña acentuaba los reflejos dorados sobre su cabello; estaba más fuerte, más firme, con el porte de un hombre que se había visto obligado a ponerse serio de la noche a la mañana. Cat lo intuía. Y, sin embargo, en los ojos ámbar había algo que reconoció al instante: el recuerdo de un pasado reciente muy intenso mediando entre ambos.

—Señorita MacCrae —dijo Rafe al fin.

Su voz sonó grave, un poco más ronca de lo que ella recordaba. El corazón de Catriona dio un vuelco. Se obligó a mantener el mentón alto, a no

dar ni un solo indicio de lo mucho que aquellas dos palabras la habían afectado.

—Lord Raphael —respondió, con corrección exquisita.

Un par de personas pasaron cerca, sin prestarles demasiada atención. Alguien soltó una risita a su espalda. La orquesta atacó las primeras notas de un baile animado. Catriona percibía el silencio que mediaba entre ambos denso y lleno de cosas no dichas. Él fue quien volvió a hablar.

—Londres la recibe con… respeto y anhelo —comentó, al tiempo que le mostraba una ínfima sonrisa. Estaba claro que hablaba en clave—. No puedo culpar a la ciudad por rendirse ante Escocia.

Ella parpadeó despacio. El cumplido lo percibió como íntimo y secreto, y la forma en que la miraba no tenía nada de superficial.

—A Escocia, tan valiente como siempre pensó que era, le costó un poco más de la cuenta encontrar el camino a Londres. La espera resultó asfixiante.

—Sé exactamente cómo se siente algo así —murmuró él—. Londres tampoco supo qué hacer durante mucho tiempo.

Catriona asintió. Se permitió entonces observarlo con más atención. Llevaba la chaqueta y los pantalones perfectamente conjuntados en tono azul oscuro; el nudo del pañuelo de su corbata era perfecto y la firmeza de sus hombros la llamaba a gritos, pero lo que más le sorprendía era su rostro. Era el mismo hombre, pero miraba de modo diferente las cosas, incluso a ella. No era el libertino despreocupado que recordaba en la fiesta campestre. O quizá lo era… pero con una capa nueva de algo que no reconocía todavía. ¿Qué sería?

—Está usted diferente, milord.

—Eso es bueno, ¿no?

Catriona lo miró de arriba abajo una última vez, pues buscaba ese nuevo toque que se percibía en él.

—Le sienta muy bien —se le escapó, antes de poder morderse la lengua. No debería hablar de ese modo en público. Ni haber sido tan descarada al examinarlo.

Rafe afirmó con la cabeza.

—Usted sigue siendo la misma. Le aconsejo que no cambie nunca. Solo lo que se puede mejorar debería corregirse. Lo perfecto debe permanecer intacto, animando al resto a progresar.

Los labios de ella se separaron ligeramente. ¿Estaban alcanzando una tregua de verdad? El nuevo cumplido la hizo sonreír con cautela.

Se gestó un nuevo silencio. Algo parecido al alivio cruzó fugazmente por el rostro de él, como si aquel pequeño gesto fuese más de lo que esperaba recibir esa noche.

—Yo… uhm… ¿Cómo ha estado, milord? —se interesó.

—Progresando —insistió—. Era eso o seguir cayendo. Y ya había tocado fondo suficientes veces como para reconocer que no me gustaba estar tirado en un suelo tan duro.

Catriona tragó saliva. No estaba preparada para una honestidad tan cruda, no allí, no todavía. Desvió un momento la mirada hacia el extremo del salón, donde distinguió la figura

imponente de Ewan, quien seguía conversando con un grupo de caballeros. Su hermano parecía muy entretenido. Constance, a su lado, fingía escuchar; pero Catriona sabía que ambos estaban pendientes de ella.

Cuando regresó la vista a Rafe, él seguía mirándola como si necesitara asegurarse de que no iba a desvanecerse en cualquier momento.

—¿Disfrutó de su regreso a Escocia? —preguntó él, con voz más neutra.

Catriona notó cómo se le encogía algo en el pecho. Podría haber dicho que sí, que había estado tranquila, que Dunrath era un refugio. En lugar de eso, eligió otra verdad, menos cómoda.

—Escocia siempre será mi hogar —respondió—. Pero… algunas noches el hogar puede volverse demasiado solitario. Descubrí que… no estaba tan bien como cuando abandoné Dunrath.

Sus miradas seguían fijas en el otro. A Rafe se le tensó la mandíbula, como si entendiera a qué se refería y, al mismo tiempo, no se atreviera a creerlo del todo.

—¿Por qué? —la interrogó él sin piedad.

—Porque no soy la misma ni puedo serlo sin lo que encontré fuera de mi casa. —No podía haberlo dicho de modo más claro.

La orquesta terminó la pieza anterior y el maestro alzó la batuta. Los primeros compases del nuevo vals se elevaron por el salón, claros como el disparo de salida de una gran carrera. Varias parejas empezaron a dirigirse a la pista de baile.

Rafe inspiró hondo.

—Catriona… —se le escapó su nombre en un susurro que solo ella pudo oír—. ¿Me concedería este baile? —La segunda parte salió más correcta de sus labios.

Las palabras flotaron entre los dos, pesadas y ligeras a la vez.

Catriona sintió que el corazón se le desbocaba de nuevo. Una parte de ella pensó en decirle que no, que todavía dolía, que no estaba lista para su cercanía. Otra, más sincera, le gritaba que había cruzado medio país para estar allí, para verlo, para tener precisamente ese momento con él.

Era demasiado orgullosa para humillarlo en medio de un salón lleno de ojos curiosos. Y

demasiado honesta consigo misma para fingir que no deseaba sentir sus manos sobre ella otra vez, aunque fuera mientras durase el vals.

Así que dudó apenas un segundo. No era ninguna cobarde.

—Sí, lord Raphael. Bailaré con usted.

Él no sonrió, pero la mirada se le suavizó, llena de un agradecimiento que no intentó disfrazar.

—Gracias —susurró.

Extendió la mano. Catriona la contempló un instante, como si aceptarla significase su rendición perpetua ante él. ¿Estaba lista para olvidar y comenzar de nuevo? Sí. Había estado en el castillo esperando una señal, que el destino le dijese lo que tenía que hacer. Bien, las Parcas de la antigua Grecia le habían hablado a gritos. En el seno de su vientre crecía la respuesta. Se armó de valor, se decidió y posó la mano enguatada sobre la de él.

Rafe la condujo hacia el centro del salón, abriéndose paso entre las parejas con una seguridad que ella no recordaba haber apreciado antes. Cuando

se detuvieron en su sitio, él colocó la mano en la curva de su cintura con una corrección irreprochable.

A Catriona le tembló el alma.

El vals los envolvió como una marea lenta.

Rafe marcó el primer giro con una precisión magistral. Sin embargo, había algo contenido en cada movimiento, una especie de respeto solemne que no le cuadraba con su recuerdo de él… y que, sin embargo, le encajaba demasiado bien con el hombre que tenía delante.

La tensión la estaba matando.

—No pareces el mismo que destrozó un *minué* la última vez que bailamos porque no recordaba la mitad de los pasos —murmuró ella, esperando aligerar un poco el momento. Se permitió tratarlo con menos informalidad porque dudaba que alguien los escuchase.

Rafe dejó escapar una risa breve, casi incrédula.

—He descubierto que los pies responden mejor cuando la cabeza está sobria —replicó—. Y

cuando la compañera de baile importa de verdad.

Catriona apartó la vista un instante, para fijarla en el movimiento ordenado de las demás parejas. El contacto de su mano en la cintura no era impropio, pero bastaba para recordar la intimidad compartida. Recordaba bien el peso de él sobre su cuerpo, el calor de sus caricias, la forma en que la había hecho olvidar el mundo en aquella cabaña del guardabosques.

En esos momentos no había paredes de piedra ni mantas, sino terciopelo, luces y demasiados testigos. Se sentía muy expuesta.

—¿Qué has estado haciendo este tiempo?

—Cambiando.

—Sí. Estás distinto. Ya te lo he dicho antes.

—Está mal visto que el nieto de un duque haga algo tan bajo como convertirse en un hombre de negocios, pero es lo que trato de hacer.

Eso causó que ella abriese los ojos con interés.

—¿Negocios?

—¿Tan increíble te parece?

—En absoluto. Creo que cada uno debe hacer lo que debe. A mí no me molestó ayudar a Ewan en la cría de las ovejas. Lo hago incluso mejor que él.

Rafe le sonrió con sinceridad.

—Serías capaz de inspirar a mucha gente, Catriona.

—No soy ningún ejemplo a seguir. También cometo errores que no debería.

—Todos lo hacemos. Supongo que la clave está en perdonar. —Catriona perdió el paso y él la sostuvo con fuerza. La mirada de ambos se cruzó y fue tan intensa que ella tuvo que apartarla para no romperse.

—No es fácil olvidarse de algunas cosas.

—Lo comprendo. Pero a veces hay reacciones que duelen aunque sean justas. Me habría gustado algo más que tu silencio y tu partida.

—Rafe…

No la dejó continuar. La giró con suavidad, haciéndole ver un instante la línea de los ventanales, las cortinas y las lámparas de cristal. Cuando ella regresó a sus brazos, él prosiguió:

—Resulta que necesitaba un empujón para avanzar. He descubierto que tengo buena cabeza para las finanzas. Simon se vanagloria de que a él le corresponde buena parte de mi mérito, pero cuando un hombre deja de centrarse en asuntos que no le convienen, puede ver lo importante y conseguir sostenerse por sí mismo. Lo estoy haciendo.

—Es un avance prometedor —apuntó ella con reconocimiento.

—Espero que sí. —No hubo defensa en su voz, solo aceptación—. He pasado dos meses repasando cuántas cosas estúpidas puede hacer un hombre cuando no sabe lo que vale. —Hizo una pausa—. Y cuántas quiere hacer porque le importa la opinión de una sola persona.

El corazón de Catriona dio un salto. Apretó un poco la mano que descansaba sobre el hombro masculino, como si esa presión pudiera bastar para hacerle sentir todo lo que le provocaba.

—Yo también he aprendido un par de cosas mientras me refugiaba en mi hogar. Juzgar es fácil cuando no se está en el borde del abismo. Debí haber sido más…

Él supo que se refería a lo que descubrió en casa de los duques de Ravensvy.

—No lo suavices —la frenó—. Sé qué opinión tenías de mí la última vez que nos vimos —explicó con la misma calma que ella trataba de aparentar también.

—No es una imagen que se olvide con facilidad, Rafe —reconoció. Catriona recordó aquel baile en la finca campestre, el despacho, la puerta abriéndose, la mirada de Rafe sobre ella, intentando leer en su rostro la sentencia. Y recordó, sobre todo, cómo había evitado cruzarse con él después. Cómo se había marchado de la fiesta sin darle oportunidad alguna. La culpa se le instaló otra vez en la boca del estómago. Tragó saliva con dificultad—. Pero sé que no fui justa —murmuró, casi para sí.

Rafe bajó un poco la cabeza, sin perder el compás.

—No fuiste injusta tampoco —la corrigió —. Hiciste lo que tenías que hacer para no romperte.

Solo… me habría gustado tener algo más que tu silencio como despedida —insistió.

Le dolió. No por el reproche en sí, sino porque era cierto.

—No podía quedarme —confesó, en voz baja—. No con… todo eso tan reciente en la cabeza. Si me hubiese quedado habría terminado… —buscó la palabra— cediendo, supongo. Perdonándote sin estar preparada. Y yo no puedo vivir con perdones a medias, Rafe. Tenía que estar segura de lo que hacía y elegía.

Él la miró con tal intensidad que por un momento temió tropezar una vez más.

—¿Te fuiste por miedo? —preguntó—. ¿O porque dejé de importarte?

El giro los separó un segundo y volvió a reunirlos. Catriona aprovechó ese tiempo mínimo para ordenar las ideas.

—Si hubieras dejado de importarme —replicó al fin— habrías sido infinitamente más fácil de olvidar. No he podido dejar de pensar en ti.

Los labios de Rafe se curvaron apenas y los ojos se le llenaron de algo muy parecido al alivio.

—Entonces —concedió— supongo que no he perdido del todo la partida.

—No es un juego —dijo ella, con un hilo de voz.

—Ya lo sé. —Su mano en la cintura se tensó un instante—. Tal vez ese haya sido mi mayor error toda la vida: actuar como si todo lo fuese. Incluso lo que nunca debió serlo. No me había importado nunca la opinión de nadie porque a nadie le había importado la mía, Catriona.

Había tanto debajo de esa frase que la escocesa sentía que el pecho le ardía. Pensó en Lachlan, en la promesa, en las ruinas, en el juramento roto, en la cabaña, en los Ravensvy, en el cuerpo de Rafe utilizado como entretenimiento. Y, por primera vez, en vez de un oleaje de repugnancia, percibió algo más.

Compasión.

Por él, por el hombre que había sido, por el que intentaba ser ahora. Sabía que a él no le agradaría que ella tuviese tal sentimiento. No podía

evitarlo. Todo el mundo le había fallado a Rafe. Incluida ella misma.

—No sé qué clase de hombre eres todavía —admitió—. Es como si hubiese dos seres diferentes dentro de ti. Dos que comparten el mismo cuerpo, pero que tienen distinta alma. Uno de ellos me hizo… feliz. Muy feliz. Y el que descubrí después me dio miedo. Mucho miedo.

Rafe asintió despacio.

—He pasado estos meses intentando matar al segundo y mantener con vida al primero —dijo—. No te voy a decir que lo haya logrado aún, el tiempo es el único que puede confirmarlo. Pero al menos ya no me avergüenzo de lo que hago cuando me levanto por las mañanas. No pienso cometer los mismos errores nunca más. Eso sí que te lo puedo garantizar.

La música continuaba, arrastrándolos de un extremo al otro del salón, girando entre sedas y fracs, entre perfumes caros y conversaciones ajenas. Para cualquiera que los observase, eran solo una pareja más, bien avenida, bien coordinada. Nadie habría sospechado que en cada paso se jugaban la posibilidad de un futuro.

Catriona bajó la vista un instante hacia el punto donde su mano descansaba sobre la de él. No era el momento ni el lugar para hablar de promesas, ni de revelarle el pasado con Lachlan, ni juramentos hechos a Dios. Pero algo, al menos, podía dejar claro:

—No estoy en Londres porque me apetezca entretenerme pasando una temporada —dijo—. He venido porque no podía seguir sin… sin saber qué quedaba de nosotros.

—He deseado ir a buscarte desde que te marchaste. No lo hice porque era muy consciente de que no debía aún. No sabía que vendrías pero nunca me he alegrado tanto de algo —confesó Rafe—. No soy un hombre fácil de rescatar. Entre otras cosas porque he descubierto que tú no eras mi gracia salvadora. Eres el impulso que precisaba para que yo comenzase a querer salvarme solo, Catriona.

La confesión tan sincera hizo que todo su cuerpo temblase. Él lo sintió, pero no dijo nada al respecto.

—Bien, porque no quiero salvar a nadie. Estoy aquí para decidir si puedo caminar a tu lado cada día el resto de mi vida.

Él asintió. Ni una protesta, ni una súplica precipitada. Solo aceptación y esperanza.

—Me parece un objetivo muy razonable —dijo, para después suspirar—. Entonces tengo que demostrarte que soy merecedor de tal privilegio.

La pieza entró en su tramo final. El ritmo se hizo un poco más dilatado. El cierre se preparaba. Catriona percibía que el tiempo se les escapaba entre los dedos de las manos, como la arena demasiado fina.

No podían seguir hablando allí de lo que realmente importaba. Necesitaban paredes más discretas.

—Rafe… —empezó a decir.

—Lo sé —se adelantó él, con una claridad que la sorprendió—. Este no es lugar para todo lo que tenemos pendiente, pero no quiero ver cómo te desvaneces, Catriona.

—No pienso irme.

—No me has entendido. No puedo dejarte ir ahora mismo. No estoy listo para separarme de ti.

—Oh. —Ella también se sentía igual. No quería alejarse de él.

—¿Podemos ir a algún lugar más discreto? —inquirió Rafe.

—Tal vez al jardín —respondió ella—. O a algún gabinete más solitario.

Él inclinó la cabeza, como si acabara de recibir la invitación más valiosa de su vida.

—Cuando termine el vals —dijo—, tomaré el aire en la galería del primer piso que da al jardín. Te esperaré allí. No tiene pérdida. La verás nada más subas. Será discreto. Me han dicho que desde ese lugar la luna se ve decente esta noche.

—No sabía que te interesara tanto la luna —murmuró.

—Me interesa cualquier cosa que pueda poner de excusa para estar a solas contigo —confesó, sin rodeos.

El último acorde resonó en el salón. Las parejas se detuvieron al unísono, los caballeros se inclinaron y las damas les hicieron pequeñas reverencias.

—Señorita MacCrae —dijo, en el tono formal que exigía el momento.

—Lord Raphael —correspondió ella.

Se separaron lo justo para no dar que hablar, pero antes de que cada uno retomara su lugar entre la gente, sus miradas se cruzaron una vez más.

Azul sobre ámbar. De nuevo.

Había tanto que decir que… al fin sabían por dónde empezar. No en medio de aquel salón, sino en la penumbra discreta de una galería, con la luna como único testigo y el destino aguardando a escuchar su decisión.

Catriona regresó al lado de Constance un momento antes de ir a buscar a Rafe.

—¿Todo bien? —le preguntó la esposa de Ewan.

—Creo que… sí. Sí. Todo parece ir encajando. —Estaba muy ansiosa. Sabía que lo que estaba por decidirse era su futuro.

—Mientras tú te entretenías bailando el vals, Simon me ha estado contando cosas muy

interesantes sobre… cierto caballero.

—¿Malas?

—En absoluto. Simon considera que él está en el buen camino. Dice que pese a conocerlo desde prácticamente toda la vida, no lo reconoce ahora mismo. Sostiene que el propio Ewan palidece en comparación con Rafe ahora mismo. Ha puesto distancia incluso con Azrael.

—¿Y eso es bueno?

—Azrael tiene peor reputación que Rafe, ¿lo entiendes?

—*Aye*.

—¿Cuál es el siguiente movimiento, Cat? ¿Debo preparar a Ewan para que lo recibas mañana en casa sin carabinas?

—No. Bueno, tal vez sí. Pero no he terminado de hablar con él esta noche aún. No quiero separarme de Rafe aún, Connie —le confesó.

—¿Lo has invitado a casa hoy mismo? ¿Es eso lo que me estás diciendo, que tengo que

entretener todo lo que pueda a Ewan aquí mientras sales a buscar el carruaje y…?

—No lo había pensado —musitó al tiempo que consideraba que Constance había tenido una idea mejor—. Eso hubiese sido más fácil.

—¿Cómo dices?

—Me ha dicho que lo acompañe a un lugar más discreto.

Constance sonrió.

—No cabe duda de que es amigo de Ewan. —*Lady* Dunrath recordaba bien la primera vez que su esposo la llevó a un *lugar discreto* con una única finalidad.

—¿A qué te refieres?

—Tu hermano no es tan santo como te imaginas —dijo para luego quedarse sonriendo como una tonta.

—¡Connie! —la llamó al orden porque la veía suspirando y recordando otros tiempos.

—Sí, sí. Ve con él. Trataré de que nadie note tu ausencia. Diré que estás en la habitación de retiro de las damas.

Se apresuró a desaparecer del salón principal.

***

La galería donde Rafe la esperaba estaba vacía. La música del salón llegaba amortiguada. El cristal de las altas ventanas devolvía un reflejo blanquecino de la luna; más allá, el jardín era una mancha oscura, apenas iluminada por algunas antorchas.

Rafe se apoyó en el alféizar de la ventana, de espaldas a la puerta, y cerró los ojos.

Sus manos estaban heladas.

Las había tenido sobre la cintura de Catriona hacía apenas unos minutos y, aun así, no conseguía recuperar el calor. O quizá no era cuestión de temperatura, sino de falta de tranquilidad. El

nerviosismo de saber que, en cualquier momento, ella podía aparecer por la puerta… o no hacerlo.

Tardaba. Catriona estaba tardando demasiado para su gusto.

Ella no huiría, se dijo. No esta vez. Había ido a Londres. Había aceptado bailar con él. Eso tenía que significar algo. Y, aun así, una parte de sí mismo, la más insegura y desgraciada, seguía susurrándole que no confiara demasiado en la buena fortuna. Nunca le había durado.

Escuchó el leve roce de una falda. No el murmullo ruidoso de un grupo, sino el paso firme de una sola mujer. Su cuerpo la reconoció antes que su mente.

Se irguió y se volvió.

Catriona estaba en el umbral, sola. La luz de la galería, más suave que la del salón, le acariciaba el rostro y hacía que sus pecas parecieran más marcadas. Tenía las mejillas un poco sonrosadas, no sabía si por el baile o por los nervios. Sus ojos azules lo buscaron de inmediato, como si tampoco tuviera intención de perder tiempo fingiendo que había ido allí por casualidad.

Durante un segundo, ninguno habló.

—No me digas que de verdad has venido a contemplar la luna —rompió ella el silencio al fin—. Siempre pensé que eras más… mundano.

Él dejó escapar una media sonrisa.

—Los dos sabemos que en realidad la luna me importa muy poco esta noche. —Inclinó levemente la cabeza—. Aunque admitiré que el escenario es el propicio. ¿Me equivoco, Catriona?

—Supongo que sí. Es idílico.

—Estaba desesperado por estar contigo a solas —reconoció.

La escocesa avanzó unos pasos hacia el interior de la galería. La puerta se quedó entornada tras ella unos instantes. Luego la cerró con decisión.

—Desesperado —repitió—. No te recordaba dado a los excesos en el lenguaje.

—Hay cosas que cambian —dijo Rafe—. Y otras que se quedan cortas aunque se les ponga todas las palabras más crudas del diccionario. Te he echado muchísimo de menos. ¿Tú a mí también?

Se quedaron uno frente al otro, separados por una distancia prudente. Podían haber estirado un brazo y tocarse, pero ninguno lo hizo. No todavía.

—Ya sabes que sí —le habló con el corazón.

Rafe cabeceó afirmativamente.

—No sé por dónde empezar —admitió él —. Y esa es la verdad más honesta que tengo para ofrecerte ahora mismo.

—Yo tampoco —confesó ella—. He ensayado conversaciones enteras en mi cabeza durante dos meses. Todo se ha desmoronado en cuanto te he visto.

Él sonrió con un deje de tristeza por el tiempo perdido.

—Eso me consuela más de lo que debería.

Un silencio breve. Catriona inspiró hondo. No había ido hasta allí para quedarse paralizada, se recordó.

—Supongo que lo correcto sería empezar por los Ravensvy —sugirió con tranquilidad—. Son el agujero negro donde todo se fue al demonio, ¿no crees?

Rafe sintió cómo se le tensaban los hombros. No se encogió ni apartó la mirada. Estaban allí para enfrentarse a su situación.

—Sí —asintió. Se obligó a sostenerle la mirada a la mujer que amaba—. Voy a contártelo todo, Catriona. No porque crea que eso vaya a arreglar nada, sino porque te lo debo. Y porque mereces conocer la historia entera, no solo la versión adornada que los Ravensvy usaron para hacerte daño.

Ella enarcó una ceja.

—No recuerdo muchos adornos —dijo, seca—. Solo sordidez.

—Fue perverso aunque no lo comprendiese hasta después de conocerte. No hay forma elegante de decirlo, así que no voy a intentarlo. —Tragó saliva con fuerza—. Cada vez que he compartido mi cuerpo ha sido por el mero hecho de alcanzar el placer. No sabía que un acto íntimo pudiese desembocar en otra cosa más profunda y

sincera hasta que yací contigo. Eso no es un adorno. Es la verdad. ¿Me crees?

—Sí, Rafe. Porque no solo encontré liberación, me sentí feliz de compartir mi cuerpo y mi alma contigo.

—Yo no lo hubiese explicado mejor. —Suspiró—. La primera vez que me acosté con la duquesa, fue porque ella dejó claro que tenía interés en mí. Coqueteo, aburrimiento y el ego inflado de un hombre que creía que nada tenía consecuencias porque siempre caía de pie. No voy a endulzarlo. Fui exactamente lo que era en aquel momento: un libertino con más vanidad que juicio.

Catriona apretó los labios. Aquello no le resultaba nuevo; Rafe siempre había sido muy franco a la hora de reconocer su libertinaje. Asintió.

—Sigue, por favor.

—Su esposo nos pescó —continuó él—, amenazó con un duelo que yo hubiese podido ganar con facilidad, porque soy diestro con las pistolas aunque todavía no he podido demostrártelo más que por una pequeña competición con un rifle. Sin embargo, él es un duque y yo solo un tercer hijo de un marqués. No hubiese sido adecuado dar ese paso

en falso y no lo hice. Por aquel entonces, no me importaba lo que nadie pudiese pensar de mí. No sentí vergüenza. —Su sonrisa fue amarga—. Aunque esa llegaría mucho después como bien sabes. Yo estaba hasta el cuello de deudas porque hice varias inversiones y no resultaron, así que me dediqué a probar suerte en las mesas de juego. Era carne de cañón para cualquier enemigo. El duque lo sabía. Lo había planificado todo para encontrarme en la cama con su esposa.

—Así me lo contaron ellos mismos.

Sus dedos se cerraron en un puño tras la espalda, fuera de su vista.

—Finalmente Ravensvy me ofreció una salida. —Alzó la barbilla un poco para soportar el peso de las malas decisiones tomadas—. Dinero. Mucho. Y silencio. A cambio de seguir acostándome con su esposa. Cuando él lo ordenase. Mientras él miraba.

Catriona cerró los ojos un instante, como si luchara contra la oleada de náuseas que esas palabras seguían provocándole. Había escuchado esa historia ya, en boca de los duques, pero oírsela relatar a él… era otra cosa. Más crudo. Más real.

—Y aceptaste —dijo, sin inflexión.

—Sí. —La palabra cayó entre ambos como una piedra—. No voy a decirte que tardé mucho en decidirme cuando él confirmó que no intervendría en lo que su duquesa y yo hacíamos. Iba a pagarme por divertirme, por algo que yo ya había hecho con esa mujer. ¿Qué había de malo en ello? Yo no tenía a nadie a quien rendirle cuentas. Estaba endeudado y acostumbrado a creer que mi cuerpo era un medio para lograr satisfacción. No entendía de cosas sagradas. —La miró con una mezcla de vergüenza y desafío.

La sinceridad brutal le arrancó el aire de los pulmones.

—¿Durante cuánto tiempo…? —No fue capaz de completar la pregunta.

—El suficiente como para comenzar a odiarme cuando me volví a encontrar contigo —respondió, en voz baja—. Al principio me repetía que daba igual porque aquello sucedió antes de tu llegada. No estaba engañando a nadie porque mi vida únicamente me había pertenecido a mí mismo. Pensé que solo eran cuerpos, placer, y la duquesa no parecía sufrir demasiado. Más bien todo lo contrario. —Su voz se volvió un hilo duro—. Es sorprendente las

cosas con las que un hombre puede aprender a convivir si decide no pensar demasiado en ellas. O cuando no hay nadie en su vida a quien le importe lo suficiente para cuestionarlo.

—Existen líneas que no se deberían traspasar nunca, Rafe.

El viento golpeó un cristal; una rama rozó el vidrio con un crujido suave.

—Lo sé ahora. No lo supe hasta que llegaste tú y me di cuenta de los valores que tenías —insistió—. Te envidié por la seguridad de tus creencias. También te odié por ellas. Por ese motivo fui desagradable contigo cuando nos reencontramos.

Catriona alzó la vista, confundida.

—Cuando hablamos por primera vez en la fiesta, cuando me topé contigo y recomponías tu atuendo… ¿Estabas haciendo eso para ellos? —se atrevió a preguntar.

—No. Ella me cercaba algunas veces y él no lo sabía. El duque también tenía sus propios secretos con una de sus sirvientas y creo que la duquesa no lo sabía tampoco.

Catriona asintió.

—Comprendo todo lo que me dices. Pero no estuve preparada para imaginarme que alguien pudiese aceptar algo así. Me asusté mucho. Por eso me fui, tenía que pensar bien las cosas.

—Rompí el acuerdo con los Ravensvy cuando me di cuenta de que, más allá de alguna fricción contigo, las chispas saltaban entre nosotros y me sentí intrigado por ti desde que diez años atrás me dejases claro que no te impresionaba.

—Yo tenía muy claro que mi dote y el hecho de ser la hermana del hombre que te robó a Constance pudieron ser un incentivo para que te fijases en mí. Aunque también notaba que había algo entre nosotros muy fuerte.

—Lo entiendo. No sé si es relevante, pero quiero que sepas que no recibí el pago por… por aquello. Finalicé el acuerdo y él se negó a darme lo acordado.

—No recuerdo si el duque habló sobre el pago.

—No lo hubo. Corté la relación porque un día me miré al espejo y vi exactamente lo que era:

un hombre al que un duque alquilaba como si fuese un semental y que tú no lo aprobarías. No quería decepcionarte más. —Desvió la mirada un segundo hacia el jardín—. Sabía que era demasiado tarde para cambiar, pero que podía, al menos, dejar de empeorar.

—Tienes que saber que a pesar de que me fui de tu lado, te defendí implacablemente frente a ellos.

Rafe asintió. No habría esperado menos de ella.

—No quería que supieses los detalles, hubiese dado cualquier cosa para cargar yo solo con las consecuencias de mis actos. ¿Qué ocurrió allí dentro, Cat? Tu hermano no me dejó asaltar el despacho.

—Lo sé. Constance me lo dijo.

La miró de frente otra vez.

—Dime qué ocurrió. Necesito saberlo.

—En gran parte ya te lo he dicho. Querían ponerme en un aprieto.

—Te conozco. ¿Qué me ocultas, Catriona?

Ella carraspeó. Era el momento de liberarse de todo aquello.

—Me amenazaron con destruir mi reputación. La duquesa nos sorprendió en la cabaña y vio lo que hacíamos allí. Fue muy… descriptiva al hablar de algo que le impresionó relacionado con mi boca y tu tamaño. —Lo escuchó soltar una colorida maldición—. Te odié con todas mis fuerzas por colocarme en esa tesitura.

—Lo siento mucho.

—Ahí no terminó lo peor. Me amenazaron con destruir mi reputación si no aceptaba…

—¿Qué? —se impacientó al ver que ella no seguía.

—El duque quería un juego de cuatro personas, y dudo que se hubiese contentado con mirar, Rafe.

—Bastardo. —Era peor de lo que había supuesto en un principio. Creyó que solo le habrían relatado el acuerdo para quitarla del medio.

—Se vieron a sí mismos como ganadores antes de tiempo. No lo eran. Les planté cara recordándoles que mi hogar era Escocia, lugar al que pensaba regresar y al que el escándalo no me seguiría. Les mencioné que tenía un hermano muy bárbaro y la influencia de un duque severo e implacable como lo es Wynthorpe.

—No debió gustarles nada tu amenaza —supuso.

—No me creyeron cuando la lancé. Entonces les dije que si gritaba, un escocés más parecido a un demonio que a otra cosa aparecería. No funcionó. Así que los reté a abrir la puerta para que comprobasen todos los custodios con los que contaba. El duque accedió a hacerlo cuando le dije que si allí no había nadie tomaría en consideración su… oferta.

—Ninguna decisión que tomé en el pasado había puesto en peligro a nadie, Catriona. Yo… no sé cómo pedirte disculpas. Las palabras se quedan cortas.

La escocesa caminó un par de pasos hacia la ventana y apoyó la mano en el alféizar frío. Luego se volvió despacio hacia él.

—¿Qué garantías tengo de que podré confiar en ti siempre? ¿Y si decides que no me querías tanto como creías y me dejas a un lado, Rafe? Para ti el matrimonio no es un asunto serio. Por eso no te permití hablar con libertad cada vez que tratabas de sacarlo a colación. No es lo mismo una aventura corta en una fiesta que estar el resto de tu vida al lado de la única persona que de verdad debe importar.

Rafe bajó la cabeza un momento. Cuando habló de nuevo, su tono fue áspero:

—No merezco que confíes en mí, Catriona. No después de lo que he hecho, ni después de lo que te oculté por cobardía. Pero necesito que sepas algo, aunque no cambie nada: no puedo volver a tocar a ninguna otra mujer que no seas tú. Te amo.

—Hay algo que tienes que saber.

—Entonces dímelo.

—Hubo alguien… Yo…

—¿Te refieres a que amaste a otro hombre? —la ayudó él.

—Sí.

—Diez años atrás te vi en un prado, rodeada de ruinas. Besabas a un hombre todavía más fiero que el propio Ewan. ¿Fue él?

—Sí.

—Pero llegaste a mí intacta.

—Así ocurrió. No pude darle lo que él me pidió como regalo de despedida antes de marcharse a la guerra.

—No, Catriona —la interrumpió—. No se lo diste porque era algo que estabas destinada a ofrecerme a mí. Yo creía que habías sido de otro cuando llegaste a mi cama y por eso fui un patán. Te lo confieso ahora y espero que no te ofendas por haberlo considerado, pero sé lo que vi en aquel prado cerca de Dunrath. ¿Sabes lo que supuso para mí saber que eras pura, que me habías esperado? Y para alguien que no valoraba nada… sé bien que me regalaste un tesoro. Y fue ahí cuando comprendí que un hombre no debía caer en las tentaciones que las damas respetables tenían prohibidas. Me hubiese gustado mucho llegar de igual modo a ti. Complicado, lo sé bien, pero hubiese dado años de vida por poder haberlo logrado.

—Te creo. Ahora escúchame para poder entenderme un poco más también. Se llamaba Lachlan. Su hermano es *laird* como el mío y nunca hubo buena relación entre su familia y la mía. Era todo lo que yo admiraba.

—A diferencia de mí —susurró él.

—Te he aceptado tal y como eres ahora, Rafe. Me ha costado mucho. Cuando él desapareció y lo dieron por muerto, juré en aquel prado en el que nos despedimos y debiste vernos que no sería nunca de ningún hombre.

—Pero fuiste mía… —murmuró con suavidad.

—Por eso me costó tanto aceptar que me había enamorado de un hombre que no respetaba nada. Odié a Lachlan por haberme dejado sola, a ti por no ser mejor y a mí misma por… por todo. Pues a él le debí haber impedido partir y a ti… No sé lo que tenía que haber hecho contigo, solo sabía que había roto mi promesa por un hombre sin principios. Yo ya sabía cómo eras, por supuesto, pero lo de los duques fue… el golpe de gracia. Hice un juramento y lo rompí por ti. Durante años, esa promesa fue lo único que me sostuvo en la vida, mi forma de creer que su muerte no era del todo en vano. Cuando me acosté

contigo, ya la rompí con el cuerpo. Y estaba… —se le quebró la voz— estaba a punto de romperla también con el alma. De aceptarte como la persona que podría sustituir a mi primer amor. Y entonces descubrí que el hombre por el que estaba dispuesta a traicionar esa promesa se había vendido a sí mismo como… un entretenimiento. ¿Entiendes ahora por qué hui?

Rafe se quedó inmóvil.

No dijo nada al principio. El respeto se le marcó en cada línea fina en la frente. Cuando habló, lo hizo despacio, tratando de medir cada palabra:

—No quiero ser el hombre por el que traicionaste a otro —dijo. Se acercó un par de pasos, sin incomodarla—. Quiero ser el hombre que te haga sentir que ese juramento cumplió su función hasta que estuviste preparada para continuar… y que puedes dejarlo marchar sin culpa. No para olvidarlo. Sino para dejar de vivir encadenada a un muerto.

Los ojos de ella se le llenaron de lágrimas, pero no parpadeó para ahuyentarlas.

—Es fácil decirlo.

—Lo sé. —Suspiró—. Y no tengo méritos para pedirte nada. Solo tengo lo que he hecho desde que te fuiste. Puedo explicártelo, si quieres. No es gran cosa, pero al menos ya no vivo de la caridad ni del juego. No he bebido hasta perder la razón en dos meses. No he tocado a ninguna otra mujer. No porque sea un santo repentino —esbozó una sonrisa cansada—, sino porque no podría soportar mirarme al espejo si vuelvo a perder tu respeto y el mío propio. Me haces querer ser mejor. Si eso no es amor, no sé lo que puede ser, Catriona.

—Constance me ha comentado, después del vals, que Simon le había explicado que estás cambiando —murmuró—. Ya la había creído. No es necesario que me pruebes nada. Yo quiero confiar en ti.

—Hazlo. No volveré a fracasar —insistió.

Él dio un paso más; estaba ya casi pegado a Catriona. Seguía manteniendo las manos a la espalda, como si temiera que, si las soltaba, la tocaría y no quería hacerlo sin permiso.

—Estoy aquí, Rafe.

—Pero creo que sigues sin estar segura de mí y de ti. Catriona —habló en voz baja—, no

puedo borrar lo que he sido. Ni devolverle la vida a Lachlan, ni deshacer el voto que hiciste en aquellas ruinas. Lo único que puedo hacer es amarte el resto de mi vida. No como amaba antes, cuando confundía amor con lujuria o con vanidad herida. Te amo con todo lo que sé que está roto en mí y con todo lo que estoy intentando reconstruir. No te voy a prometer que nunca me equivocaré, porque soy humano y, además, bastante torpe. —Se le curvó la boca en un amago de sonrisa—. Pero sí puedo prometerte que seré el esposo que te mereces. Y que, si aceptas caminar conmigo, todos los pasos de aquí hasta el fin de nuestros días, desde el primero hasta el último irán hacia la felicidad conyugal.

Ella lo escuchó en silencio. Las lágrimas ya rodaban por sus mejillas, silenciosas, pero no se las secó.

—Todavía duele —susurró—. Lo que hiciste con ellos fue… Me sentí sucia. Humillada. Como si hubiese compartido la cama con ellos también, sin quererlo.

Rafe cerró los ojos un segundo, aquellas palabras le abrían una herida que parecía no cerrarse nunca.

—Lo sé —dijo—. Y te juro que, si pudiera llevar yo todo ese peso por ti, lo haría. Lo único que te pido es… más tiempo. Renueva tu confianza en mí. Dame la oportunidad de demostrarte con actos que no sigo siendo ese hombre porque tú llegaste a mí. No con palabras bonitas, no con discursos. Con días y decisiones pequeñas. Con la forma en que te mire cuando estés despeinada en la mesa del desayuno frente a mí. Con la manera en que trabaje para que no nos falte nunca de nada.

Catriona frunció el ceño.

—Y en ese futuro que auguras, ¿qué haré mientras tú te ocupas de todo? ¿Supones que me quedaré como un bonito adorno?

—No supongo nada —replicó él, muy serio—. Haz lo que te plazca mientras estés a mi lado. Solo te digo cómo será, si me aceptas y me permites hacerte olvidar lo malo. —Tomó aire—. Quiero casarme contigo, Catriona. Ya se lo dije a Ewan antes de que todo estallara. No es una propuesta improvisada porque estés aquí y porque me haya visto obligado a confesarme. Es lo que he querido desde que me reencontré contigo en la maldita fiesta.

El silencio que siguió fue distinto a los anteriores. Menos tenso. Ella sabía que él le había desnudado su alma.

Catriona miró por la ventana. La luna, en efecto, se veía más que decente. Espectacular. Un perfecto círculo blanco alumbrando la oscuridad. ¿Y si ella pudiese ser en verdad esa luna para él?

Pensó en Lachlan, en las ruinas, en la promesa gritada al viento con la garganta en carne viva. Pensó en Morna tejiendo calcetines diminutos sin decir una palabra. Pensó en Constance y sus verdades suaves, en Ewan vigilando desde lejos, en Simon actuando de espía con arrogancia inglesa. Pensó en las náuseas, en el miedo, en la soledad de Dunrath y en el calor del cuerpo de Rafe cuando la rodeaba.

Luego lo miró a él.

—Te amo —dijo, con sencillez—. Eso no ha cambiado. No ha dejado de ser cierto ni un solo día desde que fui a buscarte a tu alcoba. Y te odio un poco, sí. Por lo que hiciste y por poner todo mi mundo patas arriba. Por haber hecho que mi juramento se haya roto. Por haberme obligado a aceptar que soy capaz de enamorarme de un hombre tan imperfecto. No estoy libre de culpa. Pregono la

lealtad y te dejé atrás sin pestañear. Soy temperamental, tozuda y a veces pienso que la única verdad que cuenta es la mía pese a saber que nada es solo blanco o negro.

A Rafe se le escapó el aire del pecho como si hubiera recibido un golpe con la confesión.

—¿En qué punto nos deja eso, Catriona?

Ella cerró toda la distancia que los separaba.

—No puedo vivir sin ti, Rafe. Lo he intentado y ni puedo ni quiero. Tendré que aceptar que nadie puede ser un santo y que los pecados deben ser perdonados. Aprenderé a hacerlo —le prometió.

Él no se lo pensó. La abrazó y ella se dejó mimar y consolar.

—He soñado con ese reconocimiento desde que viniste a mi cama, Catriona —le confesó, para después besarle la coronilla.

—Si vamos a casarnos —comenzó a decir sin dejar de abrazarlo con fuerza—, será para caminar juntos hacia adelante, tal y como has dicho.

Felices. No para arrastrar viejas cadenas que podamos arrojarnos cuando discutamos. Espero que estés preparado, porque tú no eres fácil de rescatar ni quieres que te rescaten, pero yo soy la mujer más complicada que te puedas imaginar y tal vez sí que necesite un salvador. Aceptaré tus defectos solo si tú aceptas los míos y consideras que puedes vivir con alguien tan imperfecto como yo, Rafe. Una vez que te entregue mi lealtad ante Dios, frente a Dunrath entero, no habrá vuelta de hoja. Seré más tuya que mía. Y tú serás más mío que tuyo.

El mundo se le vino abajo por un segundo. Rafe tuvo que cerrar los ojos para no marearse. La abrazó pensando que nunca podría soltarla.

—Catriona —dijo, con una especie de reverencia en la voz—, jamás he sido tan feliz. Estaremos bien. Lo haremos bien juntos —se prometió.

Ella se removió en sus brazos y él la dejó separarse un poco, pero no la soltó.

Él estaba sonriendo, ella más. Rafe levantó la mano para rozarle la mejilla. No se lanzó sobre ella, no buscó su boca como un hombre hambriento; simplemente posó la palma en su rostro,

como si necesitara confirmar que era de carne y hueso.

—¿Puedo besarte? —preguntó.

Catriona se quedó inmóvil un segundo. Luego asintió.

—Como mi futuro marido te invito a que lo hagas cada vez que se te antoje sin pedir permiso, pues es exactamente lo que haré yo.

Rafe suspiró lleno de deleite.

Se inclinó hacia ella con una delicadeza nueva, casi tímida, y la besó. No hubo urgencia en ese primer contacto, solo un agradecimiento profundo, un agradecimiento tácito por creer en él, por haber ido a buscarlo, pronunciado con labios y suspiros.

Dejaron de besarse y Catriona se quedó un momento en silencio. Tenía la frente apoyada en la de él, el aliento de uno se mezclaba con el del otro y el sabor de ese beso todavía continuaba muy presente entre ambos. Desearía permanecer así una eternidad, pero había algo más entre ellos. Algo nuevo que necesitaba ser dicho con urgencia.

La escocesa se apartó un poco, lo justo para poder mirarlo a los ojos.

—Rafe… —lo llamó despacio.

Él notó al instante ese tono, esa gravedad. Se enderezó, como si esperara otro disparo, otra verdad dolorosa.

—Si me vas a decir que no puedes…

Ella negó con la cabeza, incapaz de sonreír esta vez.

—No. No es eso. Ya te dije que cuando tomo una decisión no me echo atrás. —Tragó saliva con gran dificultad—. Hay algo más que debes saber.

—Te escucho —la invitó a explicarse.

—No he venido por obligación. Me conoces bien. Espero que lo tengas en cuenta cuando te informe sobre…

—No te andes por las ramas. ¿Cuál es el problema, Catriona?

—Estoy embarazada —dijo sin más preámbulos.

La revelación quedó suspendida entre los dos. Un hijo. No había metáforas, ni eufemismos. Era una verdad clara y redonda como la luna detrás del cristal.

Durante un segundo, él se quedó inmóvil.

No palideció. No dio un paso atrás. No murmuró un juramento. Sus ojos ámbar simplemente la miraban sin parpadear apenas. Le sonrió complacido y ella se tranquilizó.

—No es ninguna gran sorpresa, cariño —dijo al cabo de un suspiro y con paciencia.

Catriona frunció el ceño.

—¿Afirmas que lo sabías?

—Digamos que… lo sospechaba —admitió—. O, mejor dicho, que podría ser una posibilidad. —La miró con una mezcla de ternura y culpabilidad—. Catriona, contigo no me contuve ni una sola vez. Ni hice nada por evitarlo. Y… —se aclaró la garganta— siempre había sido muy cuidadoso con eso antes.

Ella frunció el ceño, sin comprenderlo del todo.

—¿A qué te refieres con ser cuidadoso?

Se le subió un leve color a las mejillas. Por una vez en su vida, lord Raphael Deverell parecía incómodo hablando de su propia disolución.

—Los hombres de mi… clase —empezó— aprendemos pronto que es mejor no dejar demasiados recuerdos permanentes por ahí. Hay… —buscó un término respetable— fundas. Ciertas envolturas de tripa que algunos comerciantes muy discretos venden a caballeros imprudentes. Siempre las utilicé con mis amantes. No solo por nobleza, sino por egoísmo. Para no dejar hijos que nunca podría asumir, ni escándalos adicionales que sumarle a mi reputación ya tocada.

—Fundas… para tu…

—Sí. Para evitar que mi semilla arraigue. Siempre, Catriona. Siempre fui meticuloso con eso. Menos contigo. La primera noche lo achaqué a un olvido. Luego me di cuenta de que iba a casarme contigo y de que tú también me querías, porque de otro modo no me hubieses permitido poseerte, así que no pensé en ello de nuevo.

Ella se quedó mirándolo, sin saber si abofetearlo, echarse a reír o llorar.

—No sé qué decir al respecto.

—No lo hice con mala fe; y espero que me creas del mismo modo que sé que no solo me has buscado porque un hijo fuera del matrimonio es una línea que no se debe cruzar. —La sinceridad le oscureció la mirada—. Desde el primer momento supe que no serías una más. Porque, aunque ni siquiera entendía lo que estaba sintiendo, sí era consciente de que lo nuestro era natural. Cuando me desperté después de haberte hecho el amor por primera vez, no tuve miedo de las consecuencias. Estaba feliz. Solo pensaba en ti y en que me querías.

—¿Tan seguro estabas?

—Sí. En otro caso no hubieses venido a mí. Además, sabía bien que no eras una mujer inocente por completo; crías ovejas, sabes cómo se produce la procreación. Eso sin olvidar que creí que tenías experiencia en esos asuntos. Pensé que incluso querías tenderme una trampa, pero luego consideré qué ventajas tendría eso para ti y no vi ninguna. Supuse que estabas dispuesta a correr el riesgo porque no te importaría ser la madre de un hijo mío. No te hablé de la cuestión porque… supongo que ni

yo estaba preparado todavía, ni tú tampoco. Decidí que las cosas siguieran su rumbo. ¿Me equivoqué al juzgarte segura de tus actos, Catriona?

—No. Yo sabía lo que hacía cuando fui a ti. Acepté la posibilidad.

—¿Habrías preferido que te hablase después de aquella primera noche sobre que había formas de evitar…?

—No —le aseguró—. No puedo imaginar la vida sin lo que me has regalado. —Le colocó la mano sobre su vientre y luego le dijo—: Hacer el amor trae alegría e hijos.

—Te confieso que no pensaba que llegase tan pronto un niño, pero no me arrepiento. De todos modos es verdad que no estaba seguro por completo de que pudiese ocurrir. Wynthorpe mismo es la prueba de que las bendiciones pueden tardar en llegar. No me he sorprendido. Eso es lo que trato de decirte. Y que tenía miedo de que te enfadases porque pudieses pensar que deseaba dejarte embarazada para que no tuvieses escapatoria. No fue así en absoluto. Eras una mujer virgen, la hermana de Ewan, y sabía que nos acabaríamos casando. Luego llegó el amor y se confirmó lo que deseaba.

—Yo tenía miedo también —confesó, al fin—. Miedo de que pensaras que había venido porque no tenía otra salida. Que creyeses que te estaba… cazando. Forzando a hacer lo correcto.

—Me gustaría pensar que ni tú ni yo hicimos nada para evitar lo que ha sucedido porque en verdad lo deseábamos. ¿Puede ser?

—Sí. Después de la promesa que hice, no me imaginé siendo madre. Estoy contenta y es lo que importa.

—Bien, porque así lo siento yo también. El niño es… un regalo más que bienvenido.

—Niña —se atrevió a confirmarlo al fin.

—¿Niña?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

Ella suspiró.

—Recordé una cosa que mi abuela dijo un poco antes de la boda de Ewan.

—¿Qué fue?

—Niñas. Me dijo que mi esposo no sabría engendrar ni un solo varón.

—¿Ningún niño? —No lo veía posible.

—No. Aunque no se lo he dicho a Morna todavía, ella sabe acerca de mi condición. Estaba tejiendo ropa muy pequeña de color rosa cuando dejé Dunrath.

—¿Ewan lo sabe?

—Mi hermano cree que la abuela ha visto que Constance pronto tendrá una niña. No sabe que todo eso es para nosotros.

—Eso explica el motivo por el que sigo respirando.

Rafe se puso de rodillas, directamente frente al vientre de Catriona.

—Hola —susurró—. Soy el hombre afortunado que eligió tu madre para darte la vida.

—Oh, Rafe. Tú también me elegiste a mí. Las cosas han resultado tal y como tenían que

ser.

—Quiero que mi hija sepa que, cada vez que sienta miedo o duda, ahí estaremos para ella. Y que jamás, jamás, haré con mi pequeña lo que hicieron conmigo. No será un estorbo, ni un repuesto del repuesto. No me importa si no tengo niños. No crecerá en medio de infidelidades convertidas en espectáculo. Conocerá lo que es un hogar de verdad, porque tú y yo nos amaremos con intensidad y a la vez con calma —se juró.

Catriona sonrió, enternecida.

—Gracias, *mo ghràdh* —dijo ella.

—¿Lo soy?

—Sí, Rafe. Eres mi amor, dicho en el idioma del rey o en el mío, pero te amo y daré gracias por tenerte cada día.

—Sí que eres la mujer a la que estaba destinado, amor mío. Te amaré siempre —le juró.

Y Catriona sabía que esa promesa no se rompería con facilidad.

Epílogo

El siguiente paso tras la aceptación

El día amaneció claro sobre el castillo de Dunrath, con ese cielo azul frío que parecía hecho a propósito para que Escocia se luciera. La abuela Morna se vanagloriaba de haberlo pactado con Dios.

Desde la ventana de su habitación, Catriona veía el prado donde todo empezó: las ruinas, el perfil testarudo de la vieja torre, las piedras que habían presenciado promesas de juventud, lágrimas, juramentos a Dios… y, por fin, algo que no dolía.

Algo nuevo.

Algo suyo.

Rafe mismo había insistido en que la ceremonia de la boda se celebrara allí. Como un acto sagrado; un recuerdo de un amor perdido y otro encontrado. A ella no se le ocurrió ningún motivo para negarse.

Catriona se estaba dejando ajustar el lazo del vestido con una paciencia casi milagrosa mientras sonreía. Constance estaba a sus espaldas, hábil como siempre, asegurándose de que cada detalle fuese perfecto.

—Se hace tarde.

—Respira —murmuró Connie—. El sacerdote todavía no ha llegado y, aunque lo hubiera hecho, no creo que se atreva a empezar sin la novia.

—Estoy respirando —repuso Cat—. Lo que pasa es que estoy muy nerviosa.

Constance se rio bajito y le puso la mano en el hombro con ternura.

—Todo va a salir bien, Cat. Ewan se enteró de quién está realmente embarazada y solo le gruñó. Nada va a empañar tu enlace matrimonial.

—¿Por qué hizo eso la abuela? Estuvo dos meses en silencio y justo cuando regresamos todos en paz, no se le ocurrió nada mejor que preguntarle a Ewan si había magullado un poco a Rafe por plantar en mí su semilla sin estar casada.

—No lo pienses más. Morna tiene sus propios planes.

—Eso es una gran verdad, muchacha —se escuchó una voz tras ambas. Las dos se sobresaltaron pese a que deberían estar ya acostumbradas a que la abuela apareciese de la nada. Morna contemplaba a su nieta con la mirada llena de orgullo—. No pensé que llegaría el día. Pero mírate, vas a casarte. Me alegro de que tu abuelo no esté aquí ahora mismo para verlo. No era tan permisivo con los *sassenach*. Sus dos nietos casados con un par de ingleses de buena cuna…

—No soy una aristócrata como el inminente esposo de Cat, Morna —apuntó Constance. Sus orígenes no eran motivo de orgullo.

—Tonterías, la hija natural de un duque es de la alta nobleza.

—¿Cómo sabe eso? —saltó Constance.

—¿Hija de sangre de un duque? —inquirió asombrada Catriona.

—Eso no es lo importante ahora. ¿Qué dijo de ti la abuela del muchacho, Catriona? ¿Se mostró encantada contigo o censuró al nieto?

—¿Cómo sabes que…? —La abuela levantó una ceja y ella dejó de formular la pregunta —. Creo que la mujer hubiese aceptado a cualquiera que hiciera que Rafe se asentase. Fue muy amable conmigo cuando él me llevó para que los conociera.

—¿Le ha dado la fortuna que le prometió cuando lo obligó a casarse? —siguió Morna con su interrogatorio.

Catriona no se molestó en preguntarle cómo sabía aquello. Su abuela aseguraba que hablaba con los espíritus.

—No lo sé.

—No mientas, chica —la acusó la anciana.

—No. Rafe no la ha aceptado. Les dijo a los duques que puede bastarse por sí mismo.

—Bien. Eso está bien —estuvo conforme Morna—. Él te merece, muchacha. Es un luchador. A tu abuelo sigue sin gustarle, pero me ha dicho que no debes enfadarte con el chico cuando descubras que tiene mejor puntería con una pistola que tú con el arco. Tu padre quiere que recuerdes que jamás debes competir con tu esposo. Tienes que acompañarlo en el camino. Nada más. Y tu madre no estaba contenta porque no te casaste antes de conocer el placer de la carne, pero te ha perdonado ya.

A Cat se le hizo un nudo en la garganta. Los ojos se le pusieron muy brillantes.

—¿Y tú, abuela? ¿Estás contenta?

—Siempre sospeché que sería un amigo de tu hermano. No cuál —se apresuró a aclararle—. Tienes suerte de que no fuese el más joven… ¿Cómo se llama?

—¿Simon? —inquirió Constance.

—No. El otro. Al que odia tanto ese que mencionas.

—¿Azrael? —indagó Cat.

La anciana chasqueó la lengua.

—Has sufrido, Catriona. Dios sabe que hasta el último momento no sabía si encontrarías el camino, pero lo hiciste. La otra es demasiado joven para comprender la elección que tendrá que hacer. No será fácil. Por ella tendrá que pasar la decisión. Y si no encuentra el amor antes de que sea tarde, tres sufrirán para toda la eternidad.

—¿Quién? —preguntó Constance.

—¿Te refieres a Lydia, abuela? —supuso Catriona.

—Mírate, Cat… Estás a punto de casarte por fin… —La abuela dejó ahí el asunto y la contempló una vez más con gran admiración.

El vestido no era el típico que habría aprobado la alta sociedad londinense para una boda de cierto rango. Era de color marfil, sencillo, con poco encaje. Tres mujeres antes que ella lo habían usado para una boda escocesa. Cat llevaba el cabello recogido en una trenza elaborada, coronada por un pequeño velo ligero que le caía por la espalda; nada aparatoso, nada que le impidiera al viento jugar con él.

—Soy feliz, abuela. No creía que lo sería nunca.

—Él te ha perdonado. Sigue con tu vida y no mires atrás. Eres feliz y por fin ha encontrado la paz al igual que tú.

Las lágrimas que había estado conteniendo aparecieron.

—Lo amé tanto… Yo lo quería. Mi Lachlan… —murmuró—. Ahora le pertenezco a él. Rafe es mi rey soberano.

Morna asintió, satisfecha.

—Lo sé. Nada de príncipes enclenques. Un guerrero inglés que luchó contra una bruta escocesa y logró llevarse el premio.

—Abuela…

—*Aye*, Catriona —la interrumpió—. Hace diez años yo ya vi un retal, *a rùin*. —La llamó tesoro en gaélico—. No sabía cuándo ocurriría, ni quién era en realidad el hombre que te acababa de conquistar, pero sé que lo conociste entonces y que lo consideraste inferior a ti. Al principio creí que era Lachlan, su hermano no sirve ni para tirarle piedras a un lago. No. No fue él.

—¿Cómo ves esas cosas? —preguntó Cat. Su abuela la asombraba cada día más.

—¡Hay una boda que celebrar! ¿A qué estás esperando? Tu novio puede darse cuenta de que se casa con una bruja y huir. ¡Vamos!

Constance disimuló una carcajada. Cat le sonrió a la anciana. Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla seguido de un gran abrazo que la abuela correspondió.

—¿Rafe está preparado ya?

—¿Preparado? Está abajo intentando no matarse con la espada que le ha dicho Ewan que podría llevar para que pareciese más escocés. No te preocupes, se la he arrebatado de las manos y los he mandado ya al prado a todos. Tu muchacho estaba también muy preocupado por si la falda escocesa dejaba ver más de la cuenta —informó—. Llevaba diez minutos preguntándose si era decente ir con semejante atuendo. ¿Qué se pensaba ese inglés que llevaban los escoceses debajo? Ewan dice que casi se desmaya cuando le dijo que…

—Sí, abuela. Me imagino lo que vas a decir —la cortó Cat.

Morna chasqueó la lengua porque su nieta se mostraba muy puritana de repente.

—Lo que sea. Tu hermano lleva toda la mañana sonriendo como un idiota —dijo—. Aunque no tanto como tu inglés loco. Eso es buena señal. El año que viene Ewan se irá más tranquilo a Londres con la chica y Constance sabiendo que Rafe y tú cuidaréis de Dunrath y de su heredero. Eso implica más trabajo para mí. Tendré que cuidaros a todos todavía, pero lo soportaré. Soy vieja, pero fuerte.

«Inglés loco», pensó Cat, con el corazón lleno de ternura. Le prometió que la honraría vestido de escocés y lo había hecho. No para disfrazarse, sino para decirle sin palabras que Escocia también iba a convertirse en su hogar.

—Abuela, no hemos decidido todavía si viviremos en…

—No digas pamplinas. Tu novio sabe que aquí reside tu corazón y que aquí será feliz. Ese será su regalo de bodas. Mejor hazte la sorprendida cuando te lo diga —le pidió—. Tus hijas corretearán por Dunrath igual de salvajes que tú. La mayor será hábil con el arco, tendrá tu talento, se casará con un escocés. Es más sabia que el resto. Las gemelas querrán ir a Londres para buscar a alguien como su

padre. Tu abuelo y yo vendremos a visitarte para opinar cosas diferentes sobre esa decisión. Yo las apoyaré, él no lo aprobará.

Catriona se estremeció.

—Dime que para eso falta mucho. —No se imaginaba quedarse pronto sin su abuela.

La anciana le sonrió.

—Me quedaré hasta que tu hermano y tú dejéis de necesitarme, ni un día más. Tu abuelo se impacienta, *a rùin*.

Escucharon el sonido de una nariz sonándose. Se giraron para ver a Constance limpiándose las lágrimas. Estaba llorando.

—¡No me miréis así! Ha sido precioso. Yo también quiero saber lo que harán mis hijos, Morna.

—Tú los guiarás bien y mi muchacho los hará ser hombres dignos. Es lo que debes saber. Hay amor en el clan, el resto no importa.

Lady Dunrath asintió satisfecha.

—Es la hora —advirtió Connie al tiempo que le ajustaba el velo a Cat con cuidado—. Sellemos en esta tierra tan especial un nuevo pacto de amor para toda la eternidad.

—Sí —estuvo de acuerdo Cat.

***

El prado se había transformado.

No en algo ajeno, sino en una versión más luminosa de sí mismo. Habían limpiado las zonas más inestables de las ruinas, adornado las piedras con ramas de brezo y colocado cintas con los colores del clan y algunas flores tempranas que Lydia se empeñó en recoger ella misma. Un arco sencillo de madera marcaba el lugar donde el sacerdote esperaba a los inminentes esposos, con la estola preparada y cierta impaciencia escocesa reflejada en los ojos.

Más allá, los invitados formaban pequeños grupos. No eran una multitud, pero sí los imprescindibles.

Lydia, radiante con un vestido azul suave, que de algún modo la hacía parecer menos niña y más mujer sin robarle la dulzura. Azrael, con su elegancia peligrosamente controlada, de pie a su lado como si no estuviera haciéndole compañía y, sin embargo, sin alejarse demasiado. Simon, impecable, pendiente tanto del sacerdote como de un par de caballeros ingleses que habían llegado expresamente desde Londres y que, curiosamente, se mostraban más interesados en hablar de canales y gas que del vestido de la novia.

Y Ewan, por supuesto.

El escocés estaba delante, junto al sacerdote, vestido como un auténtico *highlander*, las botas firmes y una mano apoyada en la cadera. No había sonrisa en su rostro, pero sus ojos azules brillaban con una mezcla de orgullo, nostalgia y… cierta amenaza.

Justo a su izquierda, un poco más tenso pero muy seguro de sí mismo, estaba Rafe.

Llevaba el *kilt* de los MacCrae con orgullo, el *sporran* de cuero oscuro y una chaqueta corta ajustada sobre la camisa blanca que le marcaba mucho los hombros. Sus piernas, fuertes, parecían hechas para esas botas y esas medias, como si

hubiera nacido para ser escocés. El pelo lo llevaba un poco más largo de lo acostumbrado y el rostro se le apreciaba más serio que meses atrás. Eso sí, se había negado a dejarse crecer la barba tal y como le había sugerido Catriona que podría hacer.

Había aceptado todo el atuendo con un respeto que había sorprendido incluso a Ewan. Lo que no creyó era que iría tan *fresco* debajo de la falda. Solo podía pensar en lo fácil que le sería a Catriona… Se negó a seguir con el pensamiento. No era el lugar adecuado. Luego. Durante la noche de bodas ya daría rienda suelta a todo lo que se imaginaba que podría hacer con su esposa.

Estaba satisfecho porque estaba eligiendo una vida, no solo a la mujer que amaba.

—Estás distinto —murmuró Azrael a su lado, sin dejar de observar el entorno con cautela—. Casi respetable.

—No arruines el momento, Azrael —repuso Simon, desde el otro lado—. Llevo meses trabajando en este resultado.

—Sí, lo sé. Hasta que no has intentado robarme a mi mejor amigo no has parado.

Rafe sonrió de lado.

—Si vais a pelearos el día de mi boda, debo advertiros que mi novia es capaz de darle a una mosca a varios metros de distancia con un arco y una flecha.

—Y el hermano de la escocesa puede usar los puños para silenciaros —se metió en medio Ewan.

—Habrá paz… por el momento —dijo Azrael, mientras miraba de soslayo a Lydia.

Simon compartió una mirada cómplice con Ewan, quien también había visto lo mismo que él. El escocés negó. No era momento de provocar ninguna discusión. Cuando se terminase la boda, Azrael seguiría su camino y Lydia continuaría bien protegida en Dunrath.

—Mi primo no sabe que tengo un nuevo entretenimiento. La señorita Penwild resulta deliciosa. ¿Vas a ir tras sus faldas para demostrar que puedes ser mejor que yo? No debería sorprenderme, siempre quieres lo que yo ya he conseguido.

—¿Conseguido dices? Interesante. Me pregunto si Ewan… —dejó la frase en suspenso

porque no hizo falta decir más.

Simon apretó los labios. El tiro no le había salido como creyó.

—No lo repetiré —dijo el escocés—. Es el día más feliz de mi hermana. Si tengo que actuar lo haré. Los dos lo pagaréis.

Ambos primos se silenciaron de inmediato. Simon se disculpó con el escocés con una leve inclinación de cabeza muda.

El viento se levantó de pronto. Rafe miró hacia el sendero que subía desde el castillo.

Y entonces la vio.

Catriona avanzaba del brazo de Morna, quien se había adjudicado el papel de escolta. Constance caminaba un poco más atrás, como un ángel guardián.

El viento hacía bailar el velo y los mechones sueltos del cabello rojizo. El vestido marfil se movía a cada paso, dejaba entrever el contorno de su cuerpo y la falda apenas insinuaba su vientre. Su mujer y su hija. No dudaba de la palabra de la anciana.

Cuando se acercó, los planetas se alinearon.

La música del gaitero comenzó a sonar. Era una melodía antigua que hacía que la piel de todos se erizase. El murmullo de los invitados se apagó por instinto.

Morna se detuvo con Catriona a unos pasos de Ewan y Rafe. Le dio un apretón breve en la mano, luego soltó una retahíla breve en gaélico que solo algunos entendieron.

—Díselo tú —le pidió Cat.

La anciana alzó la barbilla.

—Se lo diré a Dios —respondió, en inglés esta vez—. Tu Lachlan ya lo sabe. —Sus ojos se clavaron en los de su nieta—. Tu inglés también. Hoy es un día de alegría. El amor os ha llamado a los dos. Estaréis en paz siempre.

Catriona bajó la cabeza un segundo. Cuando la alzó, sus ojos buscaron los de Rafe.

Él dio un paso adelante.

Fue Ewan quien extendió la mano, marcando el gesto escocés que repetían los hombres que estaban al cargo del clan desde hacía generaciones.

—Te traigo a mi hermana —dijo, con voz clara—. Salvaje, testaruda, escocesa hasta la médula y más valiosa que todas las tierras de Dunrath juntas. Si no estás a su altura, Raphael Deverell, tendrás que responder ante mí después de que ella te asesine.

Rafe sostuvo la mirada de Ewan con humildad, pero sin titubear le dijo:

—Lo estaré todos los días de mi vida —respondió—. Y si alguna vez fallo, le pediré yo mismo que me quite la vida.

Algo parecido a una sonrisa cruzó el rostro de Ewan.

—Bien —gruñó—. Entonces te la confío sin reservas. —Posó la mano de Cat en la de Rafe, y apretó ambas juntas un segundo.

Lydia se llevó discretamente un pañuelo a los ojos mientras se fijaba en lo apuesto que estaba Azrael.

El sacerdote dio un paso al frente.

—Hermanos, estamos aquí hoy reunidos… —empezó con la fórmula solemne.

La ceremonia fue una mezcla perfecta entre rito santo y costumbres.

Hubo palabras en inglés, promesas ante Dios y la bendición tradicional de la Iglesia. Pero, cuando llegó el turno del lazo, Morna se adelantó con una cinta de tartán y el sacerdote, con una sonrisa resignada —pues ya lo había anticipado—, aceptó que la abuela les rodease las manos a ambos.

Así, con la bendición del hombre de Dios, Rafe y Catriona se quedaron unidos, palma contra palma envueltas en la tela del clan. Un juramento irrompible.

—En Escocia —explicó el sacerdote, para los pocos ingleses despistados—, esto simboliza el lazo que une no solo a los esposos, sino a las familias. Hoy el nombre de lord Raphael se ata al de los MacCrae ante Dios y ante los hombres.

Morna murmuró algo en gaélico, y esta vez Rafe, sorprendiendo a varios, respondió también en ese idioma con unas palabras torpes pero claras.

Las había practicado durante semanas con la ayuda de Ewan.

Constance se llevó la mano libre al corazón. Su hermano parpadeó, visiblemente emocionado. Azrael levantó las cejas. Simon sonrió abiertamente. Lydia volvió a derramar más lágrimas.

—¿Desde cuándo hablas gaélico? —susurró Cat.

—Desde que decidí que quería entender cada palabra que tu abuela suelta a mi espalda —respondió él, en un susurro igual de bajo—. Tu hermano me dijo lo que ella diría y lo que debía decirle para sorprenderla. Y porque mis hijas no van a reírse de mí en dos lenguas sin que pueda responderles al menos en la más complicada.

Ella se tuvo que tragar una carcajada para no echar a perder el momento solemne.

Lo que había sucedido fue que la abuela les había echado su propia bendición cargada de buena esperanza, amor y prosperidad. A lo que Rafe le dijo que él se ocuparía de mantener a su familia a salvo de todo peligro siempre. Todo ello en gaélico, por descontado.

El sacerdote continuó. Llegó el momento de los votos.

Rafe habló primero.

—Catriona —dijo, con la voz algo ronca —, te tomo por esposa, sabiendo exactamente lo que eso significa. Soy tuyo. Prometo honrarte, respetarte y hacer de nuestro matrimonio un refugio lleno de amor. Prometo protegerte incluso de mis propios errores. Prometo trabajar con estas manos que tú tanto has sabido apreciar para que sean dignas de esta tierra y de las hijas que Dios nos quiera dar.

El viento parecía que se había calmado para escucharlo bien

Catriona le sonrió. El corazón le golpeaba el pecho con tanta fuerza que seguro que él lo escuchaba.

—Rafe —dijo ella—. Te tomo por esposo sabiendo exactamente la clase de hombre que eres. El mejor que pude encontrar. Prometo decirte la verdad incluso cuando duela, recordarte quién eres cuando te pierdas. A cambio te pido que hagas por mí lo mismo. Prometo honrarte siempre y te juro que mi lealtad nunca se extinguirá.

Hubo un murmullo leve, como de aprobación. Morna asintió, satisfecha. Lydia lloraba abiertamente ya. Constance también estaba utilizando varios pañuelos.

Entonces el sacerdote los declaró marido y mujer.

—Puedes besar a la novia, muchacho —anunció con ese acento escocés tan cerrado.

Rafe no se lanzó de inmediato. Se inclinó despacio para colocarle primero una mano en la mejilla, la otra permanecía aún enredada con la suya bajo la cinta. El beso fue tan profundo como respetuoso.

Los aplausos estallaron con fuerza. Alguien silbó. Azrael y Simon se miraron de reojo, como si hubieran sobrevivido a una batalla conjunta. Al darse cuenta de ese gesto tan personal, dejaron de observarse de inmediato.

Las felicitaciones para los esposos no tardaron en llegar. Todo el mundo se acercaba para darles la enhorabuena.

Más tarde habría bailes en el castillo.
Más tarde, Rafe tendría que intentar no pisarle el

vestido a Catriona mientras bailaba un *reel* escocés. Más tarde, Morna comentaría en voz alta lo bien que le sentaba el *kilt* al inglés y lo mucho que había tardado Dios en mandarle a su nieta un hombre que estuviese a su misma altura.

Pero en ese instante, en medio del prado, con el sol posándose lentamente sobre el castillo de Dunrath, Rafe tuvo la certeza de que el abismo quedaba por fin atrás.

Catriona le apretó la mano.

—Bienvenido a casa, esposo —susurró.

Él miró alrededor: la torre en ruinas, el castillo, su nuevo clan, los amigos, la familia… la vida que se abría paso para llenar su existencia de felicidad.

—Gracias por darme un hogar, esposa —respondió.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no se sintió ni un invitado ni un intruso. Solo era un hombre que había encontrado su lugar junto a la mujer que amaba; con la esperanza creciendo silenciosamente entre ambos y con todo el tiempo del mundo por delante.

Escocia le había dado lo más importante y él honraría esa tierra por ello.

Por ella.

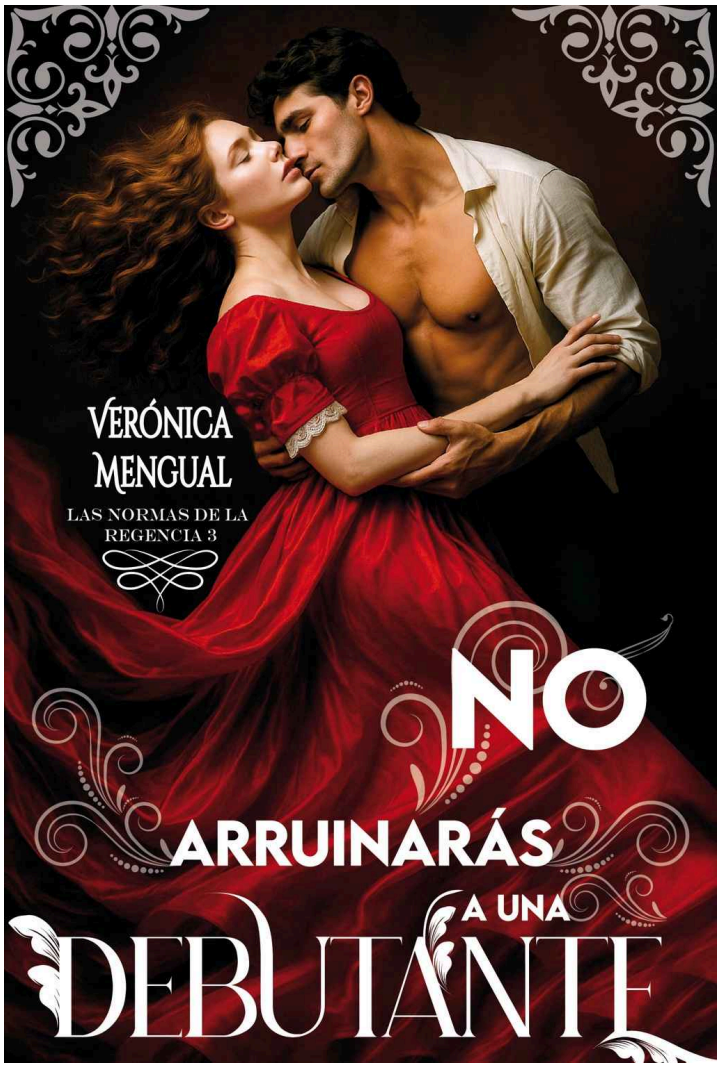
Su Catriona.

Fin.

No te pierdas la **siguiente** historia

«No arruinarás a una debutante»

Link: https://mybook.to/8pBW



La hermana de un duque que siempre coquetea con el peligro.

Un vizconde correcto que nunca se equivoca.

Lady Lydia Wynthorpe tiene tanta sangre azul en las venas que, a veces, el deber la deja del mismo color. La joven debutante llega a Londres siendo muy consciente de lo que es en realidad el mercado matrimonial. No lo acepta; desea un amor tan grande que la ciegue y la haga desvanecerse. Su familia tendrá que asumirlo.

El destino tiene sus propios planes y no entiende la necesidad de una dama que sueña despierta. Lo que parecía un cuento de hadas se convierte en pesadilla cuando la realidad le asesta un duro golpe y Lydia tiene que recurrir al hombre más confiable de toda la ciudad para que la salve de la desgracia y la humillación.

Simon Beresford, **vizconde Trowbridge**, es justo el tipo de aristócrata al que las madres señalan en los salones con un suspiro mientras susurran a sus hijas la conveniencia de cazar un buen partido. Es discreto, metódico y excesivamente protector, aunque, por lo visto, no

mide bien las consecuencias de sus decisiones. Cuando el nombre de Lydia corre peligro, Simon se ve obligado a salvarla porque siente que se lo debe… y porque no soporta la idea de verla caer.

Un matrimonio sensato, sin pasión ni emoción alguna, no parece un mal trato para ninguno de los dos. Al fin y al cabo, se espera de ella que se case esa temporada y a él no le vendría mal un heredero. La nobleza acuerda enlaces por mucho menos. Lástima que ni Lydia sea tan razonable… ni Simon tan aburrido como todos creen.

Arranca la tercera novela de la serie *Las Normas de la Regencia*, donde una debutante descubrirá que el verdadero riesgo no es arruinarse, sino atreverse a aceptar al caballero que de verdad puede hacerla feliz.

Aclaración sobre la historia

Mi queridísima bella y fiel lectora:

Esta historia transcurre en 1817, cuando Londres bailaba al compás de la etiqueta y Escocia seguía latiendo con orgullo propio. He procurado que usos y costumbres sean fieles a la época, pero esto es ficción y me he tomado algunas licencias narrativas para servir mejor a los personajes.

En estas páginas aparecen temas sensibles propios de la Regencia: deudas de juego, coerción social, una heroína fuera de la pista de baile y un embarazo antes de una boda que hace las cosas más interesantes. Nada de ello busca romantizar la violencia ni premiar el doble rasero; al contrario, la novela propone que el perdón exige hechos y que amar es elegir ser mejor y demostrarlo.

El castillo de Dunrath y algunos escenarios y ciertos títulos secundarios son ficción al servicio de la trama; el paisaje, sin embargo, bebe de lugares y tradiciones reales que admiro y conozco, como Dunnottar Castle en Aberdeenshire (Escocia). Si en algún punto he sacrificado la exactitud por la emoción, ha sido con la intención de que la verdad del corazón de Catriona y Rafe llegara nítida a ti.

Gracias por leerme, confío en que hayas disfrutado con la batalla dialéctica previa tanto como de los besos. Y gracias por acompañar a dos tercos que acaban descubriendo el poder del amor. Si al terminar de leer te has quedado con una sonrisa… ¡misión cumplida! Ya lo sabes, esa es mi máxima aspiración.

Llegados a este punto, solo queda recordarte, de nuevo, y no me canso de decírtelo, que te amo mucho, mucho, muchísimo. Así que, por favor, y con mucha humildad, te pido que me sigas en mi próximo proyecto.

Y ahora, por otro lado, quería recordarte que es muy importante para las escritoras que dejes una valoración, y si es con una pequeña reseña, sería fantástico. En fin, mil gracias por seguirme y apoyar mi locura *escritoril*.

Dejo de escribir esta noche para ponerme mañana a primera hora con más. Sé que me repito hasta la saciedad, pero es que así de contenta me tienes, escribiendo como una esclava para ti, porque te adoro.

Nos vemos en la próxima con lady Lydia Wynthorpe.

Todos los títulos por orden

Os recuerdo que el resto de mis sagas son las siguientes, y que no es necesario leer mis libros en orden:

Serie Las normas de la Regencia (en producción)

1) No subestimarás a una solterona

2) No tentarás a un seductor

3) No arruinarás a una debutante

Serie Hermanos Taverham

1) Casarse con un conde

2) Ligada a un granuja

3) Pactar con el diablo

Serie Corazones Rotos

1) Seduciendo a un caballero

2) Corrompiendo a un lord

3) Sanando a un canalla

4) No quiero, lord Harding

5) Enamorando a un disoluto

Serie Reinas de Corazones:

1) A un suspiro de ti

2) A un beso de ti

3) A una caricia de ti

4) A un abrazo de ti

5) A un tormento de ti

Serie Disolutos sin Corazón:

1) Una esposa para el duque de York

2) Un buen partido para lady Evangeline

3) Una institutriz para el vizconde Portman

4) Una Navidad para los duques de York

5) Una prometida para el duque de Phenton

6) Una amante para un lord

7) Una dama para el conde de Snow

Serie Soldados en la Batalla del Amor:

1) Lady Briana y el coronel

2) Lady Angela y el conde

3) Lady Elisabeth y el capitán

4) Lady Olivia y el teniente

Saga Amor, Amistad y Deber (Reeditada):

1) Lady V. no quiere casarse (Es de editorial. No tengo los derechos todavía)

2) Lady Lena y el amor

3) El duque y la maldición

4) Lady Susan y el error

5) El conde y la equivocación

6) La duquesa y el acierto

7) El marqués y el deber

8) La marquesa y el destino

9) El rey y la perversión

Trilogía Hermanas Davenport:

1) Amberly, la esposa perfecta

2) Tiffany, la esposa esquiva

3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía Ducado de Mildre:

1) Loren, la esposa sin título

2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse

3) Gabriel, el esposo que quería ser digno

Trilogía Institutrices:

1) Rosemary, una institutriz soñadora

2) Philomena, una institutriz desdichada

3) Marianne, una institutriz realista

4) El diablo pelirrojo quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa

Bilogía Acuerdos:

1) El acuerdo de un lord inadecuado

2) El desacuerdo de un lord reticente

Serie Inesperada (Junto con A. S. Lefebre):

1) Una pupila inesperada

2) Una prometida inesperada

3) Una candidata inesperada

4) Una pretendienta inesperada

Serie Destino (Viejo Oeste Americano):

1) Un esposo inconveniente

2) Un amor inconveniente

3) Un matrimonio inconveniente

Libros multiautor, independientes:

Entre el deber y la pasión

Una segunda oportunidad para amar

Cómo volver a confiar

Novela Contemporánea:

Club Inhibiciones (Romance erótico)

¿Serás un error, Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo. Sin vosotras no sería nada, no

escribiría nada, no soñaría nada…

Os adoro, queridas y bellas damas.

Hasta pronto, liVertinas mías.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1